



(River's End) 1999

Prólogo

El monstruo había vuelto. Su olor era el de la sangre. Su sonido era el terror.

Ella no tenía otra opción que correr, y esta vez correr hacia él.

El maravilloso bosque que en otro tiempo había sido su refugio, que siempre había sido su santuario, se convirtió en una pesadilla. La imponente majestad de los árboles ya no era un grandioso testimonio del vigor de la naturaleza, sino una jaula viviente que podía atraparla, ocultarla a él. La luminosa alfombra de musgo era un burbujeante pantano que le succionaba las botas. Se abrió paso entre los helechos, reduciendo sus manchadas hojas a jirones manchados de barro, tropezó con un tronco podrido.

Frente a ella, a su lado, detrás de ella, se deslizaban sombras verdes que parecían susurrar su nombre.

Livvy, cariño, deja que te cuente una historia.

Le faltaba el aire; tenía miedo y una sensación de pérdida. La sangre que aún le manchaba los dedos se había quedado fría como el hielo.

La lluvia caía de un modo regular en el dosel barrido por el viento, un goteo sigiloso sobre la corteza cubierta de líquen. La ávida tierra la fue empapando hasta que el mundo entero estuvo mojado, maduro y de alguna manera hambriento.

Ella olvidó si era cazadora o presa, sólo sabía, por algún profundo instinto primario, que para sobrevivir tenía que moverse.

Le encontraría, o él la encontraría a ella. Y de alguna manera todo habría terminado. Ella no terminaría como una cobarde. Y si en el mundo existía la luz, ella encontraría al

hombre al que amaba. Vivo.

Cerró la mano sabiendo que en ella había sangre y la retuvo como si se tratara de la esperanza.

La niebla la rodeaba y se partía con sus largos e intrépidos pasos. El corazón le palpitaba en las costillas, las sienes y las muñecas con un ritmo feroz.

Oyó el crujido en lo alto, el chasquido, y saltó a un lado cuando una rama, cargada de agua, viento y tiempo, se estrelló en el suelo del bosque.

Una pequeña muerte que significaba vida nueva.

Cerró la mano sobre la única arma que tenía y supo que mataría para vivir.

Y a través de la luz verde oscuro acosada por sombras más oscuras, vio al monstruo tal como lo recordaba en sus pesadillas. Cubierto de sangre y observándola.

Olivia

Un niño que toma aliento levemente, y siente su vida en todos sus miembros, ¿qué sabrá de la muerte?

1

Beverley Hills, 1979

Olivia tenía cuatro años cuando vino el monstruo, Se introdujo en sueños que no eran sueños y arrancó con manos sangrientas la inocencia que los monstruos más codician.

Una noche de pleno verano, cuando brillaba la luna llena y la brisa olía suavemente a rosas y jazmín, acechaba la casa para cazar, para matar, para dejar atrás la indiferente oscuridad y el hedor de la sangre.

Nada fue igual desde que viniera el monstruo. La encantadora casa con sus muchas habitaciones amplias y centenares de metros de relucientes suelos llevaría consigo eternamente la mancha de su fantasma y el eco plateado de la inocencia perdida de Olivia.

Su madre le había dicho que los monstruos no existían. Sólo eran apariencias y sus pesadillas sólo sueños. Pero la noche en que vio al monstruo, lo oyó, lo olió, su madre no pudo decirle que no era real.

Y no quedaba nadie para sentarse en la cama, acariciarle el pelo y contarle bonitas historias hasta que ella conciliara de nuevo el sueño.

Su padre era el que le contaba las mejores historias, algunas maravillosamente absurdas, con jirafas de color rosa y vacas de dos cabezas. Pero él había caído enfermo y la enfermedad le había hecho hacer cosas malas y decir palabras feas con una voz ronca que no parecía en absoluto la de él. Había tenido que marcharse. Su madre le había pedido que se marchase `hasta que ya no estuviera enfermo. Por eso sólo podía venir a verla a veces, y mamá o tía Jamie o tío David tenían que quedarse en la habitación todo el rato.

En una ocasión le habían permitido ir a la nueva casa de papá en la playa. Tía Jamie y tío David la habían llevado allí y a ella le había fascinado mirar a través del amplio ventanal las olas que iban y venían, ver el mar extenderse hasta el infinito y confundirse con el cielo.

Entonces papá quiso llevarla a la playa a jugar, a construir castillos de arena, sólo ellos dos. Pero su tía dijo que no. No estaba permitido. Discutieron, al principio en esa voz baja y susurrante que emplean los adultos cuando no quieren que los niños los oigan. Pero Olivia oyó y, mientras oía, permaneció sentada junto al gran ventanal mirando

fijamente el agua. Y cuando las voces subieron de tono, se esforzó por no oír porque las palabras hacían que le doliese el estómago y le ardiese la garganta.

Y no quería oír a papá insultando a tía Jamie, ni a tío David diciendo con voz áspera: «Cuidado, Sam. Esto no va a ayudarte.»

Por fin, tía Jamie dijo que tenían que marcharse y la llevaron al coche. Ella se despidió con la mano por encima del hombro de su tía, pero papá no le devolvió el saludo. Se limitó a mirar fijamente y sus manos permanecieron a los costados con el puño apretado.

No le permitieron volver a la casa de la playa y contemplar las olas.

Pero todo había empezado antes de esto. Semanas antes de la casa de la playa, semanas antes de que viniera el monstruo.

Todo había ocurrido después de la noche en que papá había entrado en su habitación y la había despertado. Se había paseado por su habitación, susurrando para sí. Era un ruido fuerte, pero ella, en la gran cama con su dosel de encaje blanco, no tenía miedo. Porque era papá. Ni siquiera cuando la luz de la luna que entraba por las ventanas le iluminó la cara revelando una expresión perversa y ojos brillantes, porque seguía siendo su padre.

El corazón le dio un vuelco de amor y excitación.

Él dio cuerda a la caja de música que tenía en el tocador, la del hada azul de Pinocho que tocaba When You Wish upon a Star.

Ella se sentó en la cama y sonrió, adormilada.

-Hola, papi. Cuéntame una historia.

-Está bien. -Él volvió la cabeza y miró a su hija, el pelo rubio revuelto y sus grandes ojos castaños. Pero sólo veía su propia furia-. Te contaré una maldita historia, Livvy, cariño. Trata de una hermosa puta que aprende a mentir y engañar.

-¿Dónde vivía la puta, papi?

-¿Qué puta?

-La hermosa.

Él entonces se volvió con una mueca en los labios.

-¡No escuchas! ¡No escuchas más que ella! ¡He dicho puta, maldita sea!

A Olivia se le encogió el estómago y sintió en la boca una curiosa punzada que no reconoció como miedo. Era la primera vez que lo sentía realmente.

-¿Qué es una puta?

-Tu madre. Tu jodida madre es una puta. -Barrió con el brazo el tocador, enviando al suelo la caja de música y una docena de pequeños tesoros.

Olivia se acurrucó y se echó a llorar.

Él le gritaba diciéndole que lo sentía. ¡Deja de llorar ahora mismo!» Le compraría una caja de música nueva. Cuando se acercó a ella para cogerla, olía de un modo extraño, como una habitación después de una fiesta de adultos y antes de que Rosa limpiara.

Entonces entró mamá precipitadamente. Llevaba el pelo largo suelto, y el camisón blanco, relucía a la luz de la luna.

-Sam, por el amor de Dios, ¿qué haces? Livvy, cariño, no llores. Papá lo siente mucho.

El perverso resentimiento casi se esfumó cuando él miró las dos cabezas doradas juntas. Darse cuenta con sorpresa de que tenía los puños apretados, que éstos querían, ansiaban, golpear, hizo que se sintiera culpable.

-Ya le he dicho que lo siento.

Pero cuando quiso avanzar, con intención de volver a disculparse, su esposa levantó la cabeza. En la oscuridad, sus ojos relucieron con una fiereza que rozaba el odio.

-No te acerques a ella. -Y la oscura amenaza que había en la voz de su madre hizo gemir a Olivia.

-No me digas que no me acerque a mi propia hija. Estoy enfermo y cansado, enfermo y cansado de recibir órdenes tuyas, Julie.

-Estás colocado otra vez. No permitiré que te acerques a ella en ese estado.

Entonces lo único que Olivia oyó fueron gritos terribles, más estrépito, los sollozos de su madre. Para escapar salió de la cama arrastrándose y se encerró en el armario entre su montaña de juguetes.

Más tarde, se enteró de que su madre había logrado sacarle de la habitación y llamar a la policía con su teléfono de Mickey Mouse. Pero aquella noche lo único que supo fue que mamá se metió a rastras en el armario con ella, la estrechó entre sus brazos y le prometió que todo iría bien.

Fue entonces cuando papá se marchó.

Los recuerdos de aquella noche podían introducirse en sus sueños. Cuando lo hacían y ella despertaba, Olivia salía de su cama e iba a la habitación de mamá, que estaba al final del pasillo. Sólo para cerciorarse de que estaba allí. Para ver si papá había vuelto a casa porque estaba mejor.

A veces estaban en un hotel, o en otra casa. El trabajo de su madre la obligaba a viajar. Después de que su padre enfermara, Olivia iba siempre con ella. La gente decía que su madre era una estrella, y esto hacía reír a Olivia. Sabía que las estrellas eran las lucecitas que titilaban en el cielo y su madre estaba aquí.

Su madre aparecía en películas y mucha gente iba a verla fingir que era otra persona. Papá también aparecía en películas, y ella conocía la historia de cuando se habían conocido fingiendo ambos ser otras personas. Se habían enamorado y casado, y habían tenido una niña.

Cuando Olivia echaba de menos a su padre, miraba en el gran álbum de piel todas las fotografías de la boda, cuando su madre había sido princesa con un vestido blanco largo que centelleaba y su padre había sido el príncipe con traje negro.

Había un gran pastel blanco y plateado, y tía Jamie llevaba un vestido azul que la hacía parecer casi tan guapa como mamá. Olivia se imaginaba a sí misma en las fotografías. Llevaría un vestido rosa y flores en el pelo y daría la mano a sus padres y sonreiría. En las fotografías, todos sonreían y eran felices.

Durante aquella primavera y verano, Olivia miró a menudo el gran álbum de piel.

La noche en que vino el monstruo, Olivia oyó los gritos en sueños. Le hicieron gemir y revolverse. No le hagas daño, pensó. No hagas daño a mi mamá. Por favor, por favor, papá.

Despertó con un grito en la cabeza, con su eco en el aire. Y quiso a su madre.

Salió de la cama, silenciosos sus piececitos sobre la alfombra. Se frotó los ojos y cruzó el pasillo hasta donde había luz.

Pero la habitación con su gran cama azul y bonitas flores blancas estaba vacía. El olor de su madre estaba presente, lo cual fue un alivio. Todas las botellas y botes mágicos estaban en el tocador. Olivia se entretuvo un rato jugando con ellos y fingiendo que se ponía colores y perfumes igual que su madre.

Un día ella también sería hermosa. Como mamá. Todo el mundo lo decía. Canturreó para sí mientras se pavoneaba y hacía poses ante el espejo, ahogando risitas al imaginarse a sí misma vestida con un largo vestido blanco, como una princesa.

Luego, como volvía a sentir sueño, salió en busca de su madre.

Cuando se acercaba a la escalera, vio que las luces de abajo estaban encendidas. La puerta de la calle estaba abierta y la brisa de mediados de verano le agitaba el camisón.

Pensó que tal vez hubiera visitas, y quizá habría pastel. Silenciosamente, bajó la escalera tapándose la boca para ahogar la risa.

Y oyó la canción favorita de su madre: *Sleeping Beauty*.

La sala de estar daba al vestíbulo central y tenía elevados techos en forma de arco, océanos de vidrio que abrían la estancia a los jardines que tanto gustaban a su madre. Había una gran chimenea de lapislázuli oscuro y suelos de mármol blanco. Había jarrones de cristal llenos de flores y urnas de plata y lámparas con pantallas del color de las piedras preciosas.

Pero esta noche los jarrones estaban rotos, hechos añicos en el suelo, y pisoteadas sus elegantes y exóticas flores. Las relucientes paredes de marfil estaban manchadas de rojo, y las mesas que la alegre Rosa, la doncella, pulía para que brillaran, estaban volcadas. Había un olor perverso que le hizo sentir náuseas.

La música subió en crescendo, un lamento de cuerdas sollozantes.

Vio cristales esparcidos en el suelo que relucían como diamantes y vetas rojas que manchaban el blanco suelo. Llamando a su madre entre lloriqueos, entró. Y vio.

Tras el rincón del gran sofá, su madre yacía desmadejada de costado, con una mano flácida, los dedos abiertos. Su pelo rubio estaba ensangrentado. Había mucha sangre. El vestido blanco que llevaba estaba también manchado de sangre y hecho jirones.

No pudo gritar, no podía gritar. Los ojos se le desorbitaron, el corazón le latía dolorosamente y unas gotas de orina le resbalaron por las piernas. Pero no pudo gritar.

Entonces el monstruo que se agazapaba sobre su madre, el monstruo que tenía las manos rojas hasta las muñecas, y rojos regueros en la cara y la ropa, levantó la mirada. Tenía los ojos de un salvaje, brillantes como los añicos de cristal que había en el suelo.

-Livvy -dijo su padre-. Dios mío, Livvy.

Y cuando se puso en pie penosamente, ella vio las relucientes tijeras ensangrentadas que sostenía.

Aun así no gritó, pero echó a correr. El monstruo era real, el monstruo se acercaba y ella tenía que esconderse. Oyó una larga llamada, un grito quejumbroso, como el aullido de un animal moribundo en el bosque.

Fue directamente a su armario y se escondió entre los juguetes. Allí también se ocultó su mente. Clavó la mirada en la puerta, se chupó el dedo en silencio y apenas oyó al monstruo aullar y llamarla mientras la buscaba.

Las puertas daban golpes que parecían disparos. El monstruo sollozaba y gritaba, dando golpes por toda la casa sin dejar de llamarla. Un toro salvaje con sangre en los cuernos.

Olivia, una muñeca entre muñecas, se acurrucó y esperó a que su madre acudiera y la despertara de esa pesadilla.

Ahí fue donde la encontró Frank Brady. Habría podido pasarla por alto, acurrucada como estaba entre osos, perros y muñecas. La niña no se movía, no hacía ningún ruido. Tenía el reluciente pelo rubio pálido largo hasta los hombros; su rostro era un óvalo, dominado por unos grandes ojos ambarinos bajo unas cejas oscuras.

Los ojos de su madre, pensó el hombre con piedad. Ojos que él había visto docenas de veces en las pantallas de cine. Ojos que él había examinado menos de una hora antes y que había encontrado sin vida.

Los ojos de la niña miraban a través de él. Él reconoció el estado de shock y se agachó, apoyando las manos en sus rodillas en lugar de tenderlas a la niña.

-Soy Frank -dijo con voz suave, con los ojos fijos en los de ella-. No voy a hacerte daño. - Parte de él quería llamar a su compañero, o a alguien del equipo de la escena del crimen, pero pensó que si lo hacía tal vez la niña se asustara-. Soy policía. -Muy despacio, levantó una mano para dar un golpecito a la insignia que le colgaba del bolsillo del pecho-. ¿Sabes lo que hacen los policías, cariño?

Ella siguió con la mirada ausente, pero al hombre le pareció captar un levísimo parpadeo. Me oye, pensó.

-Ayudamos a la gente. Estoy aquí para cuidar de ti. ¿Son tuyas todas estas muñecas? - Sonrió y cogió una blanda rana Kermit-. A éste le conozco. Sale en Los Teleñecos. ¿Lo miras en la tele? Mi jefe es igual que Oscar el Cascarrabias, pero no se lo digas.

Como ella no respondía, sacó todos los personajes de Los Teleñecos que recordó e hizo comentarios, haciendo saltar a Kermit sobre su rodilla. El modo en que la niña le miraba, con los ojos desorbitados y terriblemente inexpresivos, le partía el corazón.

-¿Quieres salir? ¿Tú y Kermit? -Le tendió una mano y aguardó.

La niña levantó una mano como una marioneta. Cuando las dos manos se tocaron, la niña se echó en brazos del policía, temblando, y hundió la cara en su hombro.

Hacía diez años que era policía -y aún se le partía el corazón. -Bueno, bueno. No pasa nada. Todo irá bien. -Le pasó una

mano por el pelo y la mecía unos instantes.

-El monstruo está aquí -dijo ella en un susurro. Frank dejó de mecerla y se puso en pie. - Ya se ha ido.

-¿Has hecho que se marchara?

-Se ha ido. -Recorrió la habitación con la mirada, vio una manta y envolvió con ella a la niña.

-He tenido que esconderme. Él me buscaba. Tenía las tijeras de mamá. Quiero ir con mi mamá.

Dios mío, pensó él.

Al oír pasos que se acercaban por el pasillo, Olivia dejó escapar un gemido y apretó los brazos en torno al cuello de Frank. Él murmuró algo dándole palmaditas en la espalda mientras se dirigía hacia la puerta..

-Frank, hay... Ah, la has encontrado. -La detective Tracy Harmon observó a la niña que abrazaba a su compañero y le acarició el pelo-. El vecino dice que hay una hermana. Jamie Melbourne, casada con un tal David Melbourne, una especie de agente musical. Viven a un kilómetro y medio de aquí.

-Será mejor que se lo comuniquemos. Cielo, ¿quieres ir a ver a tu tía Jamie?

-¿Mamá está allí?

-No. Pero me parece que ella querría que fueras. -Tengo sueño.

-Duérmete, cielo. Cierra los ojos.

-¿Ha visto algo? -preguntó Tracy en un murmullo.

-Sí. -Frank le acarició el pelo cuando la niña cerró los ojos-. Sí; creo que ha visto demasiado. Podemos dar gracias a Dios de que ese hijoputa estuviera demasiado borracho para encontrarla. Llama a la hermana. Vamos a llevar allí a la niña antes de que la prensa se entere de esto.

Regresó. El monstruo regresó. Ella lo vio arrastrarse por la casa con la cara de su padre y

las tijeras de su madre. La sangre se escurría de las afiladas hojas que chasqueaban. Con la voz de su padre el monstruo susurraba el nombre de ella, una y otra vez.

Livvy, Livvy, cariño. Sal. Sal y te contaré una historia.

Y las largas y afiladas hojas que tenía en sus manos se abrían y cerraban mientras él se acercaba al armario.

-¡No, papá! ¡No, no, no!

-Livvy. Oh, cariño, no pasa nada. Estoy aquí. Tía Jamie está aquí.

-No dejes que venga. No dejes que me encuentre. -Gimiendo, Livvy se hundió en los brazos de Jamie.

-No lo haré, te lo prometo. -Desolada, Jamie apoyó la mejilla en la frágil curva del cuello de su sobrina. La meció a la delicada media luz de la lámpara de la mesilla de noche hasta que cesaron los estremecimientos de Olivia-. Estarás a salvo; yo me ocuparé de ello.

Apoyó la mejilla sobre la cabeza de Olivia y dejó correr las lágrimas. No se permitió sollozar, aunque un llanto ardiente y amargo le anegaba la garganta. Las lágrimas eran silenciosas y le resbalaban por las mejillas hasta el pelo de la niña.

Julie. Oh, Dios mío, Julie.

Quería pronunciar en voz alta el nombre de su hermana. Gritarlo. Pero tenía que pensar en la niña, que ahora se estaba durmiendo entre sus brazos.

Julie habría querido que protegieran a su hermana. Dios sabía que había intentado proteger a su hija.

Y ahora Julie estaba muerta.

Jamie siguió meciéndose, para consolarse a sí misma ahora que Olivia se había quedado dormida. Aquella mujer hermosa y brillante de risa perversamente ronca, corazón generoso y talento ilimitado, muerta a la edad de treinta y dos años. La había matado, según le comunicaron los dos detectives con semblante serio, el hombre que la había amado hasta el punto de volverse loco.

Bueno, Sam Tanner estaba loco, pensó Jamie apretando los puños. Loco de celos, loco a causa de las drogas, loco de desesperación. Ahora había destruido el objeto de su obsesión. Pero jamás tocaría a la niña.

Jamie dejó con suavidad a Olivia en la cama, la tapó con las mantas y por unos instantes le acarició la cabellera rubia. Recordó la noche en que Olivia había nacido, el modo en que Julie se reía entre una contracción y otra. Sólo Julie MacBride, pensó Jamie, podía haberse tomado a broma los dolores del parto. El aspecto de Sam, imposiblemente guapo y nervioso, sus ojos azules brillantes de excitación y temor, su revuelto pelo negro que ella había alisado con los dedos para tranquilizarle. Después había levantado en sus brazos a aquella hermosa niña tras el cristal de la sala de maternidad y en sus ojos había lágrimas de amor y asombro.

Sí, lo recordaba, y recordaba que pensó, mientras le sonreía a través del cristal, que los tres eran perfectos. Juntos eran perfectos. Perfectos uno para otro.

Eso le había parecido.

Se acercó a la ventana, miró fuera sin fijarse en nada. La estrella de Julie había estado en ascensión y la de Sam ya estaba alta. Se habían conocido cuando rodaban una película, se enamoraron perdidamente y se casaron al cabo de cuatro meses; la prensa no les dejaba en paz.

A ella le había preocupado, lo admitió. Todo fue tan rápido, tan típico de Hollywood.

Pero Julie siempre había conseguido exactamente lo que quería, y en aquella ocasión había querido a Sam Tanner. Durante un tiempo pareció que serían siempre felices igual que en las historias que Julie le contaba a su hija a la hora de acostarse.

Pero el cuento de hadas había terminado en pesadilla, a pocas manzanas de distancia y mientras ella dormía, pensó Jamie, cerrando los ojos con fuerza cuando un sollozo le subió a la garganta.

De pronto vio el destello de unos faros y se sobresaltó. Se dio cuenta de que era David y se volvió con gesto rápido hacia la cama para asegurarse de que Olivia dormía en paz. Dejó la luz encendida y se apresuró a salir. Bajaba por la escalera cuando se abrió la puerta y entró su esposo.

Un hombre alto de anchos hombros. Su pelo castaño oscuro estaba despeinado, sus ojos, una mezcla de gris y verde, llenos de fatiga y horror. Ella siempre había encontrado fuerza en él.

Fuerza y estabilidad. Ahora parecía perplejo y atónito, su tez normalmente sonrosada estaba pálida, su firme mandíbula temblaba.

-Dios mío, Jamie. Oh, Dios mío. -Se le quebró la voz-. Necesito un trago. -Se dirigió con paso inseguro al salón delantero.

Ella tuvo que agarrarse a la barandilla para no perder el equilibrio antes de conseguir que sus piernas se movieran, que le siguieran.

-¿David?

-Necesito un minuto. -Le temblaban las manos cuando cogió una botella de whisky y se llenó un vaso. Se apoyó con una mano en la barra, levantó el vaso con la otra y se lo bebió de un trago como una medicina-. Por Dios, qué le ha hecho.

-Oh, David... -Jamie se desmoronó. El dominio que había conseguido mantener desde que la policía había llamado a su puerta se hizo añicos. Simplemente, se dejó resbalar al suelo con espasmos de llanto y estremecimientos.

-Lo siento, lo siento. -Él se acercó a ella y la apretó contra sí-. Oh, Jamie, lo siento mucho.

Se quedaron allí, en el suelo, mientras la luz se teñía de color perla con el amanecer. Ella lloró con roncós jadeos que se convirtieron en gemidos al pronunciar el nombre de su hermana y, luego, los gemidos dieron paso al silencio.

-Te acompañaré arriba. Necesitas descansar.

-No, no. -Las lágrimas le habían ayudado aunque le dejaron una sensación de vacío y dolor-. Livvy podría despertarse. Estaré bien. Tengo que estarlo.

Se sentó, secándose la cara con las manos. La cabeza le palpitaba como una herida abierta y su estómago era una masa de retortijones. Pero se puso en pie.

-Necesito que me lo cuentes todo. -Cuando él negó con la cabeza, ella lo miró-. Tengo que saberlo, David..

Él vaciló. Jamie parecía exhausta, pálida y frágil. Mientras Julie era alta y esbelta, Jamie era bajita y menuda. Las dos tenían un engañoso aire delicado. A menudo había bromeado diciendo que las hermanas MacBride eran tías duras, hechas para escalar montañas y explorar bosques.

-Vamos a tomar un poco de café. Te contaré todo lo que sé. Igual que su hermana, Jamie se negaba a tener servidumbre fija. Aquélla era su casa y no quería sacrificar su intimidad. La interina no llegaría hasta al cabo de dos horas, de modo que preparó el café ella misma mientras David miraba por la ventana.

No hablaron. Por la cabeza de ella pasaron las tareas que tendría que hacer aquel día. Llamar a sus padres sería lo peor, y ya estaba reuniendo fuerzas para ello. Habría que ocuparse de los preparativos del funeral buscando el máximo de dignidad e intimidad posibles. A la prensa se le haría la boca agua. Se aseguraría de que la televisión permaneciera alejada mientras Olivia estuviera en la casa.

Puso dos tazas de café en la mesa y se sentó. -Cuéntame.

-No hay gran cosa más de lo que el detective Brady ya nos ha dicho -empezó David-. No había ninguna entrada forzada. Ella le dejó entrar. Iba vestida para acostarse, pero no se había ido a la cama todavía. Da la impresión de que estaba en la sala de estar ocupada con los recortes. Ya sabes cuánto le gustaba enviar recortes de periódico a tus padres.

Él se pasó las manos por la cara y cogió su taza de café.

-Debieron de discutir. Había señales de pelea. Él utilizó unas tijeras para herirla. -El horror asomó a sus ojos-. Jarcie, debe de haber perdido la cabeza.

Su mirada tropezó con la de ella y la sostuvo. Cuando hizo ademán de cogerle la mano, ella le apretó la suya. -¿Ha sido... rápido?

-No lo sé ... Se ha vuelto loco. -Cerró los ojos. Ella se enteraría de todos modos. Habría filtraciones, los medios de comunicación ofrecerían verdades y mentiras-. Jamie, ella... él le clavó las tijeras repetidamente, y le cortó la garganta.

El rostro de Jamie palideció pero su mano siguió firme en la de él.

-Ella se resistió. ¿verdad? Debió de luchar. Le hirió.

-No lo sé. Tienen que hacer la autopsia. Sabremos más cosas cuando se la hayan hecho. Creen que Olivia vio algo y después se escondió de él. -Se bebió el café con la débil esperanza de que le asentaría el estómago revuelto-. Quieren hablar con ella.

-No puede pasar por esto. -Esta vez dio un respingo y soltó la mano de él-. Es una niña pequeña, David. No permitiré que la hagan pasar por algo así. Saben que lo hizo él =dijo con virulenta amargura-. No permitiré que la hija de mi hermana sea interrogada por la policía.

David exhaló un largo suspiro.

-Él dice que encontró a Julie así. Que llegó y la encontró muerta.

-Es un mentiroso. -Echaba fuego por los ojos y el color volvió a sus mejillas-. Asesino hijo de puta. Quiero verle muerto. Quiero matarle yo misma. Este último año convirtió la vida de mi hermana en un calvario y ahora la ha matado. Arder en el infierno no es suficiente para él.

Se levantó con ganas de romper algo. Pero se detuvo en seco cuando vio a Olivia mirándola fijamente con ojos desorbitados desde la puerta.

-Livvy.

-¿Dónde está mamá? -Le temblaba el labio inferior-. Quiero ir con mi mamá.

-Oh, cariño. -Mientras la ira se transformaba en pena y la pena en indefensión, Jamie se inclinó y cogió a la niña en brazos.

-El monstruo vino e hizo daño a mi mamá. ¿Qué le ha pasado? ¿Está bien ahora?

Por encima de la cabeza de la niña, los ojos desesperados de Jamie se encontraron con los de su esposo. Él le tendió una mano y ella se acercó a él para estar los tres juntos.

-Tu mamá ha tenido que marcharse, Livvy. -Jamie cerró los ojos y dio un beso a Olivia en la cabeza-. Ella no quería marcharse, pero tuvo que hacerlo.

-¿Volverá pronto?

Jamie sintió una opresión en el pecho. -No, cariño. No volverá.

-Ella siempre vuelve.

-Esta vez no puede. Se ha ido al cielo para ser un ángel. Olivia parpadeó.

-¿Como en una película?

Las piernas empezaron a temblarle a Jamie, que se sentó con la hija de su hermana en brazos.

-No, cariño, esta vez no es como una película.

-El monstruo le hizo daño y yo huí. Por eso no volverá. Está enfadada conmigo.

-No, no, Livvy. -Suplicando tener sabiduría, Jamie se echó hacia atrás y cogió la cara de Olivia entre sus manos-. Ella quería que tú escaparas. Quería que fueras lista y te escondieras. Para estar a salvo. Eso es lo que más deseaba. Si no lo hubieras hecho, se habría puesto muy triste.

-Entonces vendrá mañana. -Mañana era un concepto que ella conocía como más adelante, en otro momento, pronto.

-Livvy. -David hizo un gesto con la cabeza a su esposa y se puso a la niña en su regazo; sintió alivio cuando ella apoyó la cabeza en su pecho y suspiró-. Ella no puede volver, pero te estará mirando desde el cielo.

-No quiero que esté en el cielo. -Se echó a llorar suavemente, ahogando los sollozos-. Quiero ir a casa y ver a mamá.

Cuando Jamie fue a cogerla, David le hizo un gesto de negación con la cabeza.

-Déjala que llore -murmuró.

Jamie apretó los labios y asintió. Luego, se levantó para ir al dormitorio a telefonear a sus padres.

2

La prensa acechaba como una manada de lobos hambrientos atraídos por la sangre. Al menos eso pensaba Jamie de ellos mientras protegía a su familia detrás de las puertas cerradas. Para ser justos, muchos periodistas estaban consternados y apenados y daban la noticia con tanta delicadeza como las circunstancias permitían.

Julie MacBride había sido una mujer deseada, admirada y envidiada, pero por encima de todo amada.

Pero Jamie no se sentía particularmente ecuánime. No cuando veía a Olivia sentada como una muñeca en la habitación de invitados o cuando bajó por la escalera delgada y pálida como un fantasma. ¿No era suficiente que la niña hubiera perdido a su madre del modo más terrible? ¿No era suficiente que ella misma hubiera perdido a su hermana, a su gemela, a su amiga más íntima?

. Pero ella había vivido ocho años en el mundo luminoso de Hollywood con sus sombras seductoras. Y sabía que nunca era suficiente.

Julie MacBride había sido una figura pública, un símbolo de belleza, talento, sexo con la vecina de al lado, una chica de campo convertida en atractiva princesa del cine que se había casado con el príncipe reinante y vivido con él en su hermoso castillo de Beverly Hills.

Los que acudían a ver sus películas, que devoraban los artículos que aparecían en la revista People o las tonterías de los tabloides la consideraban suya. Julie MacBride, la chica de la sonrisa rápida y luminosa y voz ronca. Pero no la conocían. No; creían conocerla a través de sus declaraciones, sus entrevistas y artículos en las revistas de cotilleos. Julie se había mostrado abierta y sincera en la mayoría de

ellos. Era su manera de ser, y nunca daba por sentado su éxito. Siempre le había emocionado y encantado. Pero por mucha tinta, cinta y película que emplearan con la actriz, nunca habían comprendido realmente a la mujer: su sentido de la diversión y la alegría, su amor por el bosque y las montañas del estado de Washington donde se había criado, su absoluta lealtad a la familia, su amor y devoción inquebrantables hacia su hija. Y su trágico e imperecedero amor por el hombre que la había matado.

Esto era lo que a Jamie más, le costaba aceptar. Ella le había dejado entrar, era lo único que podía pensar. Al final, dejándose llevar por el corazón, ella le había abierto la puerta al hombre al que amaba, aunque sabía que él había dejado de ser ese hombre.

¿Habría hecho ella, Jamie, lo mismo? Habían compartido muchas cosas, eran más que hermanas, más que amigas. En parte debido a que eran gemelas, claro, pero a ello se sumaba su infancia compartida en los bosques. Las horas, los días, las noches que habían pasado juntas explorando, aprendiendo, amando las fragancias, los ruidos y los secretos del bosque, siguiendo huellas, durmiendo bajo las estrellas, compartiendo sus sueños con la naturalidad con que en un tiempo habían compartido el seno materno.

Ahora era como si algo en Jamie también hubiera muerto. Mi parte más amable, pensó. Mi parte más fresca y más vulnerable. Dudaba que alguna vez volviera a recuperarla. Sabía que jamás volvería a ser la misma.

Fuerte podía serlo. Tendría que serlo. Olivia dependía de ella y David la necesitaba. Él también quería a Julie, la consideraba su propia hermana. Y los padres de ella eran como los suyos.

Jamie dejó de pasearse para mirar escaleras arriba. Ahora estaban allí, con Olivia, en su habitación. Ellos también la necesitarían. Por muy fuertes que fueran, necesitarían a la hija que les quedaba para seguir adelante.

Cuando sonó el timbre, Jamie dio un respingo y cerró los ojos. Ella, que en una época no temía nada, temblaba ante las sombras y los susurros. Inspiró profundamente y exhaló despacio.

David se había ocupado de que hubiera guardias y a los periodistas se les prohibió acercarse a la propiedad. Pero durante aquel largo y terrible día de vez en cuando alguno se colaba. Ella quería hacer caso omiso del timbre. Dejarlo sonar una y otra vez. Pero esto inquietaría a Olivia y alteraría a sus padres.

Se dirigió hacia la puerta con intención de desollar al periodista, pero por el cristal esmerilado que había a los lados de la puerta de madera reconoció a los detectives que habían ido a su casa para comunicarle la noticia de la muerte de Julie.

-Señora Melbourne, lamentamos molestarla -dijo Frank Brady.

Jamie se fijó en él.

-Es el detective Brady, ¿verdad?

-Sí. ¿Podemos entrar?

-Está bien.

Dio un paso atrás y abrió la puerta. Frank observó que se mantenía detrás de la puerta, para no dar a las cámaras la oportunidad de enfocarla. La noche anterior Frank había observado y admirado su dominio de sí misma.

Recordó que ella había salido de la casa antes incluso de que hubieran parado en la entrada. Y cuando vio a la niña en sus brazos, se había ocupado de su sobrina, abrazándola y llevándola al piso de arriba.

El policía volvió a examinarla mientras les hacía pasar al salón.

Ahora sabía que ella y Julie MacBride eran gemelas y que Jamie era la mayor por siete minutos. Sin embargo, no guardaban tanto parecido como cabría esperar. Julie MacBride era de una extraordinaria belleza que resplandecía y quemaba al que la miraba.

La hermana tenía un aspecto más sereno, el pelo más castaño que rubio hasta la barbilla, los ojos más castaños que dorados y carentes de aquellos sensuales párpados. Medía apenas metro sesenta, calculó Frank, y probablemente pesaba unos cincuenta kilos, mientras que su hermana era más alta y delgada.

Se preguntó si habría envidiado a su hermana, aquella perfección física y el exceso de fama.

-¿Quieren tomar algo? ¿Café?

Respondió Tracy, pues creyó que le iría bien hacer algo normal antes de hablar del tema.

-Un poco de café, señora Melbourne, si no es mucha molestia.

-Día y noche estoy haciendo café. Voy a buscarlo. Siéntense, por favor.

-Se mantiene fuerte -comentó Tracy cuando estuvo a solas con su compañero.

-Le queda mucho por aguantar. -Frank atisbó por las cortinas la multitud de periodistas-. Esto parece un zoo, y durará. No ocurre cada día que la princesa de América sea cortada a tiras en su propio castillo.

-Por el príncipe -añadió Tracy. Se tocó el bolsillo donde guardaba los cigarrillos, pero se lo pensó mejor-. Quizá podamos hacer otra tentativa con él antes de que se calme y pida un abogado.

-Entonces será mejor que demos en el blanco. -Frank dejó la cortina y se volvió cuando Jamie entró en la habitación con una bandeja con café.

Se sentó. No sonreía. Los ojos de ella indicaban que no necesitaba ni deseaba oír palabras agradables.

-Se lo agradecemos, señora Melbourne. Sabemos que es un mal momento para usted.

-Ahora mismo tengo la impresión de que nunca será otra cosa. -Esperó mientras Tracy añadía dos cucharadas de azúcar a su taza-. Quieren hablarme de Julie, ¿verdad?

-Sí, señora. ¿Sabía que su hermana había llamado a la policía, hace tres meses, por un problema doméstico?

-Sí. -Levantó su taza con mano firme-. Sam llegó a casa en un estado agresivo. Esta vez, físicamente ofensivo.

-¿Esta vez?

-Anteriormente lo había sido verbal y emocionalmente. -Su voz era clara. No permitía que le vacilara-. Durante el último año y medio, que yo sepa.

-¿Opina que el señor Tanner tiene un problema con las drogas?

-Sabe usted muy bien que Sam es adicto. -Sus ojos se mantuvieron firmes en los de Frank-. Si no lo ha intuido, se ha equivocado de trabajo.

-Lo siento, señora Melbourne. El detective Brady y yo sólo intentamos tocar todos los aspectos. Tenemos que imaginar que usted conocía al marido de su hermana, su rutina. Quizá ella le hablaba de sus problemas personales.

-Lo hacía, claro. Julie y yo estábamos muy unidas. Podíamos hablar de todo. -Jamie desvió la mirada, haciendo esfuerzos para mantenerlo todo firme: la voz, las manos, los ojos-. Creo que todo empezó hace un par de años, cocaína social. -Sonrió con amargura-. Julie lo detestaba. Discutían por ella Empezaron a discutir por muchas cosas. Las últimas dos películas de él no fueron tan bien como esperaba, ni económicamente ni en cuanto a críticas. Los actores a veces son muy sensibles. Julie estaba preocupada porque Sam se

volvió irritable, discutía por todo. Pero por mucho que ella intentaba suavizar las cosas, su propia carrera subía vertiginosamente. Él le guardaba resentimiento por ello.

-Estaba celoso de ella -sugirió Frank.

-Sí, cuando debería haber estado orgulloso. Empezaron a salir más, a ir a clubes. Él necesitaba que le vieran. Julie le apoyaba en esto, pero era hogareña. Sé que es difícil imaginárselo, una mujer tan bella y llena de encanto sintiéndose feliz en casa, en su jardín, con su hija; pero así era Julie.

Se le quebró la voz. Carraspeó, tomó un sorbo de café y prosiguió.

-Estaba trabajando en la película con Lucas Manning, Smoke and Shadows. Era un papel difícil, que le exigía mucho. Muy físico. Julie no podía trabajar doce o catorce horas, ir a casa y arreglarse para pasar la noche en la ciudad, día tras día. Quería tener tiempo para relajarse y estar con Olivia. Así que Sam empezó a salir solo.

-Corrieron ciertos rumores sobre su hermana y Manning.

Jamie pasó la mirada a Tracy y asintió.

-Sí, suele haberlos cuando dos personas muy atractivas tienen escenas apasionadas en la pantalla. La gente lo convierte en un romance, les gusta chismorrear. Sam la celaba respecto a los hombres y, últimamente, respecto a Lucas en particular. Los rumores eran infundados. Julie consideraba a Lucas un amigo y un hombre maravilloso.

-¿Cómo se lo tomó Sam? -preguntó Frank. Ella suspiró y dejó su taza.

-Si hubiera sido hace tres o cuatro años, se habría reído, habría bromeado. En cambio ahora la acosaba, la acusaba de intentar dirigir su vida, de alentar a otros hombres y de estar con otros hombres. Lucas fue su primer objetivo. Esto dolía mucho a Julie.

-Algunas mujeres, al estar sometidas a esta presión, busca rían consuelo en una amiga, o en otro hombre. -Frank la miraba fijamente; Jamie echaba fuego por los ojos.

Julie se tomaba muy en serio su matrimonio. Amaba a su esposo. Lo suficiente, como se ha visto, para quedarse con él hasta que la mató. Pero si quiere darle la vuelta a esto y hacerla parecer vulgar y ordinaria...

-Señora Melbourne -le interrumpió Frank levantando una mano-. Si queremos cerrar este caso, para hacer justicia con su hermana, tenemos que preguntar. Necesitamos todas las piezas.

Ella suspiró lentamente y se sirvió más café aunque no le apetecía.

-Las piezas son sencillas. La carrera de ella ascendía y la de él se tambaleaba. Cuanto más tambaleante era ésta, más se drogaba y más la acusaba a ella. Aquella noche, la primavera pasada, llamó a la policía porque él la agredió en la habitación de su hija y temía por Livvy. Temía por todos ellos.

-Pidió el divorcio.

-Fue una decisión difícil para ella. Quería que Sam buscara ayuda, acudir a un terapeuta, y utilizaba la separación como arma. Sobre todo, quería proteger a su hija. Sam se había vuelto inestable. Ella no quería poner a su hija en peligro.

-Sin embargo, le abrió la puerta la noche de su muerte.

-Sí. -A Jamie le tembló la mano. Una vez. Dejó la taza de café y cruzó las manos en el regazo-. Le amaba. Pese a todo, le amaba y creía que si él conseguía dejar las drogas volverían a estar unidos. Quería tener más hijos. Quería volver a tener a su esposo. Tuvo mucho cuidado de que la prensa no se enterara de su separación. Aparte de la familia, las únicas personas que lo sabían eran los abogados. Esperaba que fuera así durante el máximo tiempo posible.

-¿Le habría abierto la puerta si él se encontraba bajo el efecto de las drogas?

-Eso es lo que sucedió, ¿no?

-Sólo estoy tratando de atar cabos -dijo Frank.

-Debió de ser así. Ella quería ayudarlo, y creía que podía manejarle. De no ser por Livvy, no creo que hubiera pedido el divorcio.

Pero su hija estaba en casa aquella noche, pensó Frank. En casa, y corría peligro.

-Usted los conocía bien a los dos.

-Sí.

-En su opinión, ¿Sam Tanner es capaz de haber matado a su hermana?

-El Sam Tanner recién casado se habría arrojado a las ruedas de un tren para protegerla. - Jamie volvió a beber café, pero éste no se llevó la amargura que le recubría la garganta-. El que tienen ustedes bajo custodia es capaz de cualquier cosa. Mató a mi hermana. La mutiló, la destrozó como si fuera un animal. Quiero que muera por ello.

Hablaba con frialdad, pero tenía los ojos llenos de odio. Frank la miró y asintió.

-Comprendo sus sentimientos, señora Melbourne. -No, detective. No los comprende.

Frank no respondió y Tracy se rebulló en la silla.

-Señora Melbourne -dijo Frank-, nos sería de gran ayuda poder hablar con Olivia.

-Tiene cuatro años.

-Lo sé. Pero la realidad es que fue testigo. Necesitamos saber qué vio y oyó. -Al ver negativa y vacilación en Jamie, insistió-. Señora Melbourne, no quiero causarles más dolor ni a usted ni a su familia, y no quiero molestar a la niña. Pero ella forma parte de esto. Es una pieza clave.

-¿Cómo es capaz de pedirme que le haga pasar por eso, que le haga hablar de ello?

-Lo tiene en su cabeza. Lo que viera u oyera ya está allí. Necesitamos preguntarle qué es. Ella me conoce de aquella noche. Conmigo se sintió a salvo. Tendré mucho tacto.

-Dios mío. -Jamie levantó las manos, se cubrió los ojos y trató de pensar con claridad-. Quiero estar presente. Tengo que estar con ella y quiero que pare si yo digo que es suficiente.

-De acuerdo. Se sentirá más cómoda si está usted con ella. Le doy mi palabra de que lo haré lo más fácil que pueda. Yo también tengo un hijo.

-Dudo que jamás haya presenciado un asesinato.

-No, señora, pero su padre es policía. -Frank dejó escapar un suspiro cuando se levantó-. Saben más de lo que uno querría que supieran.

-Tal vez. -Ella no lo sabía, pensó al salir de la sala y al subir por la escalera. David no había querido tener hijos, y como ella no estaba segura de quererlos, se había contentado con hacer de tía de la hija de su hermana.

Ahora tendría que aprender. Todos tendrían que aprender.

Ante la puerta del dormitorio, hizo señas a los detectives de que se apartaran. Entreabrió la puerta, vio que sus padres estaban sentados en el suelo con Olivia, haciendo un rompecabezas.

-Mamá, ¿podrías venir un momento?

La mujer que salió tenía la complexión menuda de Jamie, pero parecía más fuerte. El bronceado y las puntas de su cabello aclaradas por el sol indicaron a Frank que le gustaba estar al aire libre. Calculó que estaría a principios de la cincuentena e imaginó que pasaba por más joven cuando su rostro no estaba contraído por la aflicción. Sus suaves ojos azules, inyectados en sangre, rozaron el rostro de Frank y luego el de su compañero.

-Ésta es mi madre, Valerle MacBride. Mamá, son los detectives que... se ocupan del caso -dijo Jamie-. Necesitan hablar con Livvy.

-¿Hablar con...? -El cuerpo de Val se puso tenso mientras cerraba la puerta tras ella-. Es imposible. Es muy pequeña. No lo permitiré. No permitiré que nadie le haga recordar lo ocurrido.

-Señora MacBride...

Pero ella se volvió hacia él.

-¿Por qué no la protegieron? ¿Por qué no mantuvieron lejos de ella a ese bastardo asesino? Mi niña está muerta. -Se cubrió la cara con las manos y lloró en silencio.

-Esperen aquí, por favor: -Jamie rodeó a su madre con un brazo y le dijo con voz suave:- Ven a echarle un rato, mamá. Ven.

Cuando Jamie volvió, tenía el semblante pálido y con señales de haber llorado. Pero sus ojos estaban secos.

-Acabemos de una vez. -Cuadró los hombros y abrió la puerta.

El hombre que levantó la mirada tenía las piernas dobladas al estilo indio. Su pelo era una hermosa mezcla de oro y plata en torno a un enjuto rostro bronceado y apuesto. Los ojos ambarinos, que había transmitido a su hija menor y a la hija de ésta, tenían arrugas en las comisuras- bajo unas cejas oscuras.

Extendió el brazo para poner una mano en el hombro de Olivia, en un gesto de protección, mientras examinaba a los hombres que estaban detrás de Jamie.

-Papá. -Jamie sonrió con esfuerzo-. Éstos son los detectives Brady y Harmon. Mi padre, Rob MacBride.

Rob se levantó y, aunque ofreció su mano a los detectives, se mantuvo entre ellos y su hija.

-¿De qué se trata, Jamie?

-Tienen que hablar con Livvy. -Bajó la voz y le cogió la mano antes de que él pudiera protestar-. Necesitan hacerlo -insistió, dándole un apretón-. Por favor, papá. Mamá está alterada. Se ha ido a acostar en vuestra habitación. Yo me quedaré aquí. Estaré con Livvy todo el rato. Ve a hablar con mamá. Por favor... -Como su voz amenazaba con quebrarse, se interrumpió un momento-. Por favor, tenemos que acabar con esto. Por Julie.

El hombre se inclinó, apoyó su frente en la de ella y permaneció así unos instantes.- Hablaré con tu madre.

¿Adónde vas, abuelo? No hemos terminado el rompecabezas.

Él miró atrás, haciendo esfuerzos por contener las lágrimas que pugnaban por asomar a sus ojos.

-Vuelvo enseguida, Livvy, cariño. No crezcas mientras esté fuera.

La niña ahogó una risita, pero se llevó el pulgar a la boca cuando vio a Frank.

Sabía quién era aquel hombre: el policía de los brazos largos y ojos verdes. Su rostro parecía cansado y triste. Pero recordó que tenía una voz agradable y unas manos dulces.

-Hola, Livvy. -Frank se puso en cuclillas-. ¿Me recuerdas?

Ella asintió con la cabeza y habló sin sacarse el pulgar de la boca.

-Eres Frank el policía. Tú hiciste que el monstruo se marchara. ¿Ha vuelto?

-No, descuida.

-¿Has encontrado a mi mamá? Tenía que ir al cielo y se habrá perdido. ¿Puedes ir a buscarla?

-Ojalá pudiera. -Frank se sentó en el suelo y cruzó las piernas como antes el abuelo.

Los ojos de la niña se humedecieron y a Frank se le partió el corazón.

-¿Es porque es una estrella? Las estrellas tienen que estar en el cielo, ¿no?

Oyó detrás de él el leve gemido de desesperación de Jamie, controlado enseguida al acercarse. Pero ahora él necesitaba ganarse la confianza de la niña y le acarició con una mano la mejilla, dejándose llevar por el instinto.

-A veces, si tenemos mucha suerte, una estrella muy especial viene a estar con nosotros. Cuando tienen que marcharse, nos ponemos tristes. No pasa nada si se está triste. ¿Sabías que las estrellas están ahí siempre, incluso cuando es de día?

-No se las puede ver.

-No, pero están ahí y nos ven. Tu madre siempre estará ahí, cuidando de ti.

-Quiero que venga a casa. Vamos a tener una fiesta en el jardín con mis muñecas. -

-¿A tus muñecas les gustan las fiestas?

-A todo el mundo le gustan las fiestas. -Cogió el Kermit que se había traído de casa-. Éste come insectos. -Es una rana. ¿Le gustan solos o con chocolate? A la niña se le iluminaron los ojos.

-A mí me gusta todo con chocolate. ¿Tienes una niña pequeña?

-No, pero tengo un' niño pequeño, y antes comía insectos. La niña rió y se sacó el pulgar de la boca. -No es verdad.

-Oh, sí. Yo tenía miedo de que se volviera verde y empezara a dar saltos. -Con aire distraído, Frank cogió una pieza del rompecabezas y la puso en su lugar-. Me gustan los rompecabezas. Por eso me hice policía. Estamos todo el tiempo trabajando en rompecabezas.

-Esta es Cenicienta en el baile. Tiene un vestido muy bonito y una calabaza.

-A veces hago rompecabezas mentalmente, pero necesito que me ayuden con las piezas para componer el dibujo. ¿Crees que puedes ayudarme, Livvy, hablándome de la noche en que te conocí?

-Viniste a mi armario. Yo pensé que eras el monstruo, pero no lo eras.

-Eso es. ¿Puedes decirme qué sucedió antes de que yo llegara y te encontrara?

-Estuve mucho rato escondida y él no sabía dónde estaba. -Era un buen escondrijo. ¿Aquel día jugaste con Kermit o hiciste rompecabezas?

-Jugué con muchas cosas. Mamá no tenía que trabajar y fuimos a la piscina a nadar. Sé aguantar sin respirar bajo el agua mucho rato, porque soy como un pez.

Él le dio un leve tirón en el pelo y le miró el cuello. -Sí, ahí están las agallas.

La niña abrió los ojos desmesuradamente. -¡Mamá también dice que las ve! Pero yo no. -

¿Te gusta nadar?

-Es lo más divertido.- Tengo que quedarme en el sitio menos hondo y no puedo meterme bajo el agua si mamá o Rosa o una persona mayor no está cerca. Pero algún día podré.

-¿Aquel día tuviste amiguitas para jugar?

-Aquel día no. A veces sí. -Apretó los labios y colocó otra pieza en el rompecabezas-. A veces vienen Billy o Cherry o Tiffy, pero aquel día jugamos mamá y yo, echamos la siesta y tomamos las galletas que Rosa había hecho. Y mamá leyó su guión y se reía y habló por teléfono: «¡Lou, me gusta muchísimo! » -Livvy imitó la voz con un tono tan suave y adulto que Frank la miró y parpadeó-. «Soy Carly. Es hora de que haga una comedia romántica con ingenio. Haz el trato.»

-Ah... -Frank se sintió dividido entre la sorpresa y la admiración mientras Livvy intentaba colocar otra pieza del rompecabezas-. Muy bien. Tienes muy buena memoria.

-Papá dice que si tuviera alas sería un lorito. Recuerdo muchas cosas.
-Apuesto a que sí. ¿Sabes a qué hora te acostaste?
-Me acuesto a las ocho. Las gallinas se acuestan a las ocho. Mamá me contó la historia de la señora que tenía el pelo muy largo y que vivía en la torre.
-Más tarde te despertaste. ¿Tenías sed?
-No. -Volvió a llevarse el pulgar a la boca-. Tenía una pesadilla.
-Mi Noah también tiene pesadillas. Cuando me las cuenta, se siente mejor.
-¿Noah es tu niño pequeño? ¿Cuántos años tiene? -Diez. ¿Quieres ver su foto?
-Sí. -Se acercó a Frank mientras éste se sacaba la cartera y buscaba dentro. Con la cabeza ladeada, la niña examinó la foto escolar de un niño con el pelo castaño alborotado y una amplia sonrisa-. Es guapo. A lo mejor podría venir a jugar conmigo.
-A lo mejor. A veces tiene pesadillas con alienígenas. -Perdóname, Noah, pensó Frank algo divertido mientras guardaba la cartera, por desvelar tu secreto mejor guardado-. Cuando me las cuenta, se siente mejor. ¿Quieres contarme tu pesadilla?
-La gente grita. No me gusta que mamá y papá se peleen. Él está enfermo y tiene que ponerse bien, y nosotras tenemos que desear muy pero que muy de veras que se ponga bien para que pueda volver a casa.
-¿En tu sueño oías gritar a tus padres?
-Hay gente que grita, pero no oigo lo que dicen. No quiero oírlo. Quiero que paren. Quiero que venga mi mamá. Alguien grita como en las películas que le gustan a Rosa. Gritan y gritan y yo me despierto. No oigo nada porque sólo es un sueño. Quiero que venga mi mamá.
-¿Fuiste a buscarla?
-No estaba en la cama. Yo quería meterme en la cama con ella. A ella no le importa. Entonces yo... -Se interrumpió y dedicó atención a su rompecabezas.
-Está bien, Livvy. Puedes contarme lo que ocurrió después. -No me dejan tocar las botellas mágicas. No rompí ninguna. -¿Dónde están las botellas mágicas?
-En la mesita de mamá con el espejo. Cuando sea mayor podré tener una, pero son juguetes para niñas mayores. Sólo jugué con ellas un minuto. -Miró a Frank con tanta seriedad que el hombre tuvo que sonreír.
-De acuerdo. ¿Qué hiciste después?
-Bajé al piso de abajo. Las luces estaban encendidas y la puerta abierta. Fuera no hacía frío. Quizá vino alguien a visitarnos, a lo mejor había pastel. -Las lágrimas empezaron a resbalarle por las mejillas-. Ahora no quiero contarle.
-Está bien, Livvy. A mí puedes contármelo. Adelante.
Ella le miró a los ojos y empezó a hablar:
-Huele mal y las cosas están rotas, y ellos están rojos y mojados y dan asco. Las flores están en el suelo y hay cristales. No se puede andar descalza cuando hay cristales porque puedes ha-, certe daño. No quiero pisarlos. Veo a mamá echada en el suelo y está cubierta de algo rojo y mojado. El monstruo está con ella. Tiene las tijeras de ella en la mano. -Levantó los dedos curvados, con la mirada vidriosa-. «Livvy. Dios mío, Livvy» -dijo la niña en una horrible imitación de la voz de su padre-. Yo me marché corriendo y él siguió llamándome. Rompía cosas y me buscaba y lloraba. Me escondí en el armario. -Una lágrima le tembló en la pestaña y cayó-. Me mojé encima.
-No pasa nada, cariño. No importa.
-Las niñas mayores no lo hacen.

-Tú eres una niña mayor, y además muy valiente y lista. -Cuando ella sonrió levemente, él rogó para no tener que hacerle revivir aquella noche.

El policía volvió su atención al rompecabezas y dijo algo que hizo reír a la niña. No quería que su último pensamiento asociado a él fuera de miedo, sangre y locura.

Aun así, cuando estuvo en la puerta miró atrás, Olivia tenía los ojos fijos en él, suplicando en silencio con aquella expresión terriblemente adulta que sólo los muy jóvenes pueden exhibir.

Cuando empezó a bajar por la escalera, sus pensamientos se volvieron hacia Jamie Melbourne. Ella quería la sangre de Sam Tanner.

-Ha estado muy bien con ella. -El control de Jamie casi había llegado al final de su potencia. Ella quería acurrucarse y llorar como hacía su madre. Ocuparse en tareas y obligaciones como su esposo. Hacer cualquier cosa menos revivir el asesinato como había hecho al escuchar las palabras de Olivia.

-Es una niña extraordinaria.

-Se parece a su madre.

Él se paró y miró francamente a Jamie. _ -Yo diría que tiene algo de su tía.

Hubo un destello de sorpresa en el rostro de Jamie, que exhaló un suspiro.

-Anoche tuvo pesadillas; y a veces la encuentro mirando fijamente al vacío con esa... esa mirada ausente, chupándose el pulgar. Dejó de chuparse el pulgar antes de cumplir un año.

-Cualquier cosa consuela. Señora Melbourne, tiene usted muchas cosas en la cabeza y mucho de lo que ocuparse. Tendrá que pensar en buscar asesoramiento, no sólo para Olivia, sino para todos ustedes.

-Sí, pensaré en ello. Ahora tengo que vivir el momento. Quiero ver a Sam.

-No es buena idea.

-Quiero ver al hombre que asesinó a mi hermana. Quiero mirarle a los ojos. Ésa es mi terapia, detective Brady.

-Veré lo que puedo hacer. Le agradezco su cooperación y su tiempo. Y le repito que lamentamos mucho su pérdida.

-Ocupese de que él pague por ello. -Abrió la puerta y se hizo inmune a los gritos y llamadas de la prensa, de los curiosos que se agolpaban en la calle.

-Estaremos en contacto -fue todo lo que dijo Frank.

Jamie cerró la puerta y se apoyó pesadamente contra ella. Perdió la noción de cuánto rato permanecía allí, con los ojos cerrados y la cabeza inclinada, pero se irguió cuando una mano se posó en su hombro.

-Jamie, necesitas descansar. -David la hizo girar entre sus brazos-. Quiero que tomes una pastilla y te acuestes.

-No, no quiero pastillas. No quiero que se me enturbie la mente ni los sentimientos. -Pero apoyó la cabeza en su hombro y parte de la ansiedad que sentía se desvaneció-. Los dos detectives acaban de estar aquí.

-Deberías haberme llamado.

-Querían hablar conmigo y con Livvy.

-¿Con Livvy? -La apartó para mirarla fijamente-. Por el amor de Dios, Jamie, ¿has permitido que interrogaran a la niña?

-No ha sido así, David. El detective Brady ha sido muy amable con ella y yo he estado presente todo el rato. Tenían que saber lo que ella había visto. Es el único testigo.

-Al diablo con eso. Le han cogido. Él estaba allí, tenía el arma en la mano. Estaba colocado como lo estuvo la mitad del año pasado.

Al ver la rápida mirada de advertencia de Jamie hacia la escalera, contuvo el aliento. Calma, se ordenó a sí mismo. Todos tenían que mantener la calma para superar aquello.

-Tienen todas las pruebas que necesitan para encerrarle durante el resto de su miserable vida -terminó.

-Ahora tienen la declaración de Livvy de que ella le vio y oyó. -Se llevó una mano a la cabeza-. No sé cómo funciona, no sé qué ocurre a continuación. No puedo pensar en ello.

-Lo siento. -Él la atrajo hacia sí de nuevo-. Sólo quiero evitar que tú o Livvy, o alguno de nosotros, sufra más de lo necesario. Quiero que me llames antes de dejarles hablar con ella otra vez. Creo que tenemos que consultar con un psicólogo infantil para estar seguros de que esto no la perjudica.

-Tal vez tengas razón. Pero el detective Brady le cae bien. Se nota que con él se siente segura. He trastornado a mi madre. -Hundió la cabeza en el cuello de David-. Tengo que subir a verla.

-Está bien, Jamie. -Apartó las manos deslizándolas por sus brazos y entrelazó los dedos con los de ella-. Podemos efectuar el servicio funerario dentro de tres días, si estás preparada para ello. He empezado a hacer los preparativos.

-Oh, David. -Agradecida, se estremeció y ahogó un sollozo-. No tenías que hacerlo. Iba a hacerlo yo más tarde.

-Déjame ocuparme de esto, Jamie. Yo también la quería. -Se llevó las manos de ella a los labios y le besó los dedos.

-Lo sé.

-Tengo que hacer algo. Los detalles son lo que se me da mejor. Ah, he estado redactando un comunicado de prensa. Tenemos que entregar alguno. -Le frotó los brazos de nuevo en un gesto de consuelo-. Es más cosa tuya que mía, pero he pensado que lo mejor era la sencillez. Te lo daré para leer antes de confirmarlo. Pero en cuanto al resto... deja que me ocupe yo.

-No sé qué haría sin ti, David. De verdad.

-Jamás tendrás que averiguarlo. -La besó con suavidad-. Ve con tu madre y prométeme que intentarás descansar un poco.

-Sí, lo haré.

Él aguardó hasta que ella subió la escalera. Luego se acercó a la puerta y por los cristales miró las figuras que se abrazaban fuera, bajo el sol del verano.

Y se imaginó buitres sobrevolando carroña fresca.

3

No quería echar la siesta. No tenía sueño. Pero Olivia lo intentó, porque tía Jamie le había pedido que lo hiciera.

Estaba en una cama que no era la suya. La habitación era bonita, con pequeñas violetas en el papel de las paredes y cortinas blancas con diminutos lunares blancos que, cuando mirabas a través de ellas, hacían que todo se viera de un modo suave y diáfano.

Pero no era su hogar.

Había dicho a la abuela que quería ir a su casa, que ella también podía ir. Podrían hacer una fiesta en el jardín y tomar té hasta que mamá regresara. Pero los ojos de la abuela se habían humedecido y había abrazado a Olivia con tanta fuerza que casi le había hecho

daño.

O sea que no había vuelto a decir nada de ir a casa.

Cuando oyó un murmullo de voces al final del pasillo, tras la puerta de la habitación donde dormían sus abuelos, Olivia bajó de la cama y salió de puntillas de la habitación. Cuando Olivia había preguntado, tía Jamie había dicho que los abuelos también estaban haciendo la siesta. Pero si estaban despiertos a lo mejor podrían salir fuera a jugar. Lo que más les gustaba a los abuelos era estar fuera. Podrían jugar a la pelota o ir a nadar o trepar a un árbol.

El abuelo decía que en Washington había árboles tan altos que rozaban el cielo. Olivia había ido allí de visita cuando era muy pequeña y otra vez cuando tenía dos años, o sea que no lo recordaba muy bien. Tal vez el abuelo podría encontrar para ella un árbol que llegara al cielo para trepar hasta arriba y llamar a su madre. Mamá la oiría si ella se acercaba más al cielo.

Cuando abrió la puerta, vio a su abuela llorando y a su tía sentada, cogiéndole la mano. Le dolió ver llorar a su abuela y tuvo miedo cuando vio el rostro de su abuelo. Estaba muy tenso y sus ojos tenían una expresión sombría. Cuando habló, su voz era serena pero dura, como si intentara romper las palabras en lugar de pronunciarlas. Olivia se encogió.

-No importa por qué lo hizo. Estaba loco, loco de celos debido a las drogas. Lo que importa es que la mató, nos la arrebató. Pagaré por ello, todos y cada uno de los días de su miserable vida lo pagaré. Nunca será suficiente.

-Teníamos que haber hecho que viniera a casa. -Las lágrimas seguían resbalando por las mejillas de la abuela-. Cuando nos dijo que ella y Sam tenían problemas, deberíamos haberle dicho que viniera con Livvy a casa a pasar una temporada para serenarse.

-No sabíamos que se había vuelto violento, no sabíamos que le haría daño. -El abuelo tenía los puños apretados-. Si lo hubiera sabido, yo mismo habría venido aquí y me habría ocupado de ese hijo de puta.

-No podemos retroceder en el tiempo, papá. -Jamie habló con cautela, pues parte de esa responsabilidad era suya. Ella conocía la situación y no había dicho nada. Julie le había pedido que no dijera nada-. Si hubiéramos podido habríamos hecho mil cosas para impedirlo. Pero ahora tenemos que afrontarlo. La prensa...

-A la mierda la prensa.

En el umbral de la puerta, Olivia abrió más los ojos. El abuelo jamás decía una palabrota. Sólo pudo mirar fijamente mientras su tía asentía con calma.

-Bueno, papá, podría ser que no tardasen en enviarnos ellos a nosotros a la mierda. Suele ocurrir. Canonizarán a Julie o la convertirán en una puta. O harán ambas cosas. Por Livvy, hemos de tener el máximo control posible. Se especulará y se contarán historias sobre su matrimonio y su relación con Sam, especulaciones referentes a otros hombres; en particular, a Lucas Manning.

Julie no le engañaba -saltó la abuela.

-Lo sé, mamá; pero el juego es así.

-Está muerta -dijo el abuelo sin inflexión en la voz-. Julie está muerta. ¿Qué más puede ocurrir que sea peor?

Despacio, Olivia se retiró de la puerta. Sabía lo que significaba estar muerto. Las flores se morían cuando se ponían de color pardo y rígidas y había que tirarlas. El viejo perro de Tiffy, Casey, había muerto y habían cavado un agujero en el patio y lo habían metido dentro para cubrirle de hierba y tierra.

Estar muerto significaba quemarse y no poder regresar.

Siguió apartándose de la puerta hasta que le costó respirar; sentía una opresión en el pecho y por su cabeza pasaban destellos de sangre y cristal roto, de monstruos y tijeras chasqueantes.

Entonces la respiración le estalló y el corazón empezó a arderle cuando echó a correr. Y se puso a gritar.

-¡Mamá no está muerta! ¡Mamá no está muerta en un agujero en el patio! ¡Ella regresará! ¡Regresará pronto!

Siguió corriendo, alejándose de las voces que la llamaban, por la escalera, por el vestíbulo. En la puerta de la calle luchó con el picaporte mientras las lágrimas le anegaban las mejillas. Tenía que salir. Tenía que encontrar un árbol, un árbol que llegara hasta el cielo para trepar y llamar a su mamá.

Consiguió abrirla y salió corriendo. Fuera había una multitud de personas y Olivia no supo adónde ir. Todo el mundo gritaba al mismo tiempo, como una gran ola de sonido que le hacía daño. Se tapó los oídos, llorando, llamando a su madre.

Una docena de cámaras captó la imagen con avidez: el momento, el dolor y el miedo de la niña.

Alguien les gritó que la dejaran en paz, que no era más que una niña. Pero los periodistas se precipitaron hacia ella, frenéticos. El sol se reflejaba en las lentes de las cámaras y la cegaba. Vio sombras y formas, una confusión de rostros extraños. Las voces resonaban haciendo preguntas, dando órdenes.

-¡Mira hacia aquí, Olivia! ¡Aquí!

-¿Tu padre quiso hacerte daño?

-¿Les oíste pelearse?

-Mírame, Olivia. Mira la cámara.

Ella se quedó paralizada, con los ojos deslumbrados y desorbitados. De pronto su tía la cogió por detrás.

-Quiero que venga mamá, quiero a mamá -susurró mientras tía Jamie la abrazaba con fuerza.

-No es más que una niña. -Incapaz de contenerse, Jamie gritó:- ¡Malditos seáis todos y cada uno de vosotros! No es más que una niña.

Se volvió hacia la casa antes de que su esposo y sus padres pudieran salir.

-No, quedaos dentro -les ordenó-. No les deis nada más. No les deis otra cosa.

-Me la llevaré arriba. -Ahora los ojos de la abuela estaban secos, fríos y serenos-. Tienes razón, Jamie. -Apretó los labios contra el pelo de Olivia y empezó a subir por la escalera.

Esta vez Olivia dormía, exhausta por el terror y la desdicha, mientras su abuela la velaba. Ésta era ahora su tarea.

En un ambiente menos sereno, Frank Brady pensaba en la niña que había visto aquella mañana. Conservaba su imagen, aquellos grandes ojos castaños fijos en los suyos, confiados, mientras él hacía su trabajo.

Sam Tanner era ahora su tarea.

Pese a las horas que llevaba en la prisión y el hecho de que su cuerpo necesitaba una dosis, el aspecto de Sam se había alterado poco. Parecía preparado para el papel de amante afligido, conmocionado e inocente que sufría, pero aun así seguía lo bastante apuesto para que el público femenino deseara salvarle.

Tenía el pelo oscuro, espeso y desarreglado. Sus ojos, de un azul brillante, eran sombríos.

Su relación con la cocaína le había costado un poco de peso, pero esto sólo añadía una expresión romántica a su rostro.

Sus labios tenían tendencia a temblar. Sus manos nunca estaban quietas.

Le habían quitado toda la ropa ensangrentada y le habían dado una gastada camisa gris y unos pantalones que le iban grandes. Le vigilaban para que no se suicidara, pero el verdadero alcance de su situación aún estaba confuso en la niebla de la conmoción y la carencia de droga.

La sala de interrogatorios tenía paredes beige y un gran cristal de dos caras. Había una única mesa y tres sillas. La suya se tambaleaba si intentaba apoyarse. Un surtidor en el rincón proporcionaba agua tibia; el aire era sofocante.

Frank estaba sentado frente a él y no decía nada. Tracy, apoyado contra la pared, se examinaba las uñas. El silencio y la temperatura hacían sudar a Sam.

-No recuerdo más que lo que ya le he dicho. -Nervioso, Sam pronunció estas palabras atropelladamente. Cuando terminaron de interrogarle la primera vez, estaba seguro de "que le soltarían. Le dejarían libre para que pudiera averiguar qué habían hecho con Julie y con Olivia. Dios mío, Julie. Cada vez que pensaba en ella, veía sangre, ríos de sangre.

Frank sólo asentía, con ojos pacientes.

-¿Por qué no me lo cuenta otra vez? Desde el principio. -Ya se lo he dicho. Fui a casa...

-Usted ya no vivía allí, señor Tanner, ¿no es así? -preguntó Tracy con un punto de brusquedad.

-Aún es mi casa. La separación sólo era temporal, sólo hasta que resolviéramos nuestros problemas.

-Bien. -Tracy siguió examinándose las uñas-. Por eso su esposa obtuvo la custodia de la niña, por eso usted tenía las visitas limitadas y compró ese palacio en la playa.

-Sólo eran formalidades. -El rostro de Sam perdía y adquiría color alternativamente. Estaba desesperado por una dosis, sólo una dosis rápida para que se le despejara la cabeza, para concentrarse. ¿Por qué la gente no entendía lo difícil que era pensar, por el amor de Dios?-. Y compré la casa de Malibú como inversión.

Cuando Tracy resopló, Frank levantó una mano. Llevaban juntos seis años y se conocían como si fueran gemelos.

-Dale la oportunidad de contarle, Tracy. Sólo intentamos conocer todos los detalles, señor Tanner.

-De acuerdo, de acuerdo. Fui a casa. -Se secó las manos en los pantalones y le molestó su tacto áspero. Estaba acostumbrado a buenos tejidos, cortados con experiencia. Por Dios, pensó mientras seguía pasándose las manos por los pantalones, él se merecía lo mejor.

-¿Por qué fue a casa?

-¿Qué? -Parpadeó y meneó la cabeza-. ¿Por qué? Quería hablar con Julie. Necesitaba verla. Necesitábamos arreglar las cosas.

-¿Estaba colocado, señor Tanner? -Frank lo preguntó con suavidad, casi como de amigo a amigo-. Sería mejor que fuera sincero en esto. El uso con fines lúdicos... -Alzó los hombros y los bajó-. No vamos a acusarle de nada de esto, sólo necesitamos saber cuál era su estado mental.

Antes lo había negado y lo siguió negando. Era el tipo de cosa que podía arruinarle ante el público. La gente del negocio, bueno, ellos entendían esas cosas. Pero la cocaína no se llevaba bien con la taquilla.

Pero, ¿un poco de cocaína entre amigos? Diablos, no era nada importante. No era nada

serio, como no dejaba de decirle a Julie cuando ella le pinchaba. Si ella hubiera... Julie, volvió a pensar, y se apretó los ojos. ¿Estaba realmente muerta?

-¿Señor Tanner?

-¿Qué? -Los ojos por los que todas las mujeres del mundo suspiraban parpadearon, inyectados en sangre, inflamados e inexpressivos.

-¿Había tomado algo cuando fue a ver a su esposa? -Antes de que pudiera negarlo otra vez, Frank se inclinó hacia él-. Antes de que responda, voy a decirle que registramos su coche y encontramos su pequeño alijo. Pero no vamos a acusarle de posesión, siempre que sea usted sincero.

-No sé de qué me está hablando. -Se pasó el dorso de la mano por la boca-. Cualquiera pudo ponerla allí. Ustedes mismos, por ejemplo.

-¿Está diciendo que nosotros pusimos la prueba allí? -Tracy cogió a Sam por el cuello de la camisa y casi le levantó de la silla-. ¿Está diciendo eso?

-Tranquilo, tranquilo. Vamos. -Frank levantó las manos-. El señor Tanner está confuso. No ha querido decir que nosotros pusimos drogas en su coche, ¿verdad que no?

-No, yo...

-Porque es un asunto serio, señor Tanner. Una acusación muy grave. No le conviene hacerla, en especial cuando hay numerosas personas que declararán que de vez en cuando le gusta a usted esnifar alguna golosina por la nariz. Sólo en compromisos sociales -añadió Frank mientras Tracy dejaba escapar un resoplido de disgusto y volvía a apoyarse contra la pared-. No tenemos por qué hacer una montaña de ello. A menos que usted la haga. A menos que usted diga que nosotros pusimos esa cocaína cuando sabemos que era suya. Veo que le iría bien tomar un poco sólo para limar asperezas.

Con el semblante serio, Frank se inclinó hacia adelante.

-Está en un buen apuro, Sam. Un buen apuro. Admiro su trabajo, soy fan suyo. Me gustaría echarle un cable, pero usted no me ayuda ni se ayuda a sí mismo mintiendo respecto a las drogas. Lo que hace es empeorar las cosas.

Sam no paraba de girar su anillo de boda en el dedo.

-Bueno, quizá había tomado un poco, pero tenía el control. Lo tenía. -Quería creerlo desesperadamente-. No soy adicto, sólo esnifé un par de rayas para aclararme la cabeza antes de ir a casa.

-A hablar con su esposa -apuntó Frank-. Para arreglar las cosas.

-Sí, eso es. Necesitaba hacerle entender que debíamos volver a estar juntos, deshacernos de los abogados y arreglar las cosas. La echaba de menos, y también a Livvy. Quería recuperar nuestra vida. Maldita sea, sólo quería recuperar nuestra vida.

-No se lo reprocho. Su esposa y su hija son muy guapas. Habría que estar loco para rendirse fácilmente. Usted quería arreglar los problemas, así que fue allí y habló con ella.

-Eso es, yo... No, fui allí y la encontré. La encontré. Dios mío. -Cerró los ojos y se cubrió la cara-. Dios mío, Julie. Había sangre por todas partes, cristales rotos, la lámpara que le compré por su cumpleaños. Ella yacía rodeada de sangre y cristales. Intenté levantarla. Tenía las tijeras clavadas en la espalda. Se las arranqué.

Lo había hecho, ¿verdad? Creía que se las había arrancado, pero no lo recordaba bien. Las había tenido en la mano, calientes y viscosas por la sangre.

-Vi a Livvy, allí de pie. Huyó corriendo.

-Usted la persiguió -dijo Frank con voz suave.

-Creo... supongo que lo hice. Me parece que enloquecí tratando de encontrarla, tratando

de encontrar al que había hecho aquello a Julie. No lo recuerdo. Llamé a la policía. -Miró de nuevo a Frank-. Llamé a la policía en cuanto pude.

-¿Cuánto rato? -Tracy se apartó de la pared y pegó su rostro al de Sam-. ¿Cuánto rato estuvo buscando a la niña por la casa, con las tijeras en la mano, antes de llamar a la policía?

-No lo sé. No estoy seguro. Unos minutos, supongo. Diez, quince...

-Mentiroso hijoputa.

-Tracy...

-Es un mentiroso hijoputa, Frank. Si hubiera encontrado a la niña, ella estaría en el depósito junto a su madre.

-No. Eso no. -Su voz reflejaba horror-. Jamás haría daño a Livvy.

-Esto no es lo que su esposa pensaba, ¿verdad, señor Tanner? -Tracy apoyó un dedo contra el pecho de Sam-. Dejó escrito que tenía miedo de que usted se quedara a solas con la niña. Es usted cocainómano y un maldito hijoputa, y le diré cómo fue todo. Se la imaginó a ella en aquella gran mansión en la que no le dejaba entrar, manteniéndole a distancia de ella y su hija porque no soportaba verle. Una mujer tan guapa tiene que tener otros hombres. Y usted se colocó y fue allí para demostrarle quién mandaba.

-No, sólo iba a hablar con ella.

-Pero ella no quiso hablar con usted, ¿verdad, Tanner? Le dijo que se marchara, ¿no? Le dijo que se fuera al infierno. Quizá usted al principio sólo le pegó, como hizo la otra vez.

-Fue un accidente. No quería hacerle daño. Estábamos discutiendo.

-Así que cogió las tijeras.

-No. -Intentó aclarar las imágenes que acudían borrosas a su mente-. Estábamos en la habitación de Livvy. Julie no quería que hubiera tijeras en la habitación de Livvy.

-Estaba en el piso de abajo y las vio sobre la mesa, relucientes, afiladas. Las cogió y la mató porque ella había terminado con usted. Si no podía tenerla usted, nadie la tendría. Esto es lo que pensó, ¿no es así, Tanner? Esa zorra merecía morir.

-No, no, no... No he podido hacer esto. No es posible. -Pero recordaba el tacto de las tijeras en las manos, el modo en que las sostenía, el modo en que la sangre había goteado por la hoja-. La amaba. La amaba...

-No tenía intención de hacerlo, ¿verdad, Sam? -Frank se recostó en el asiento; con voz suave y mirándole a los ojos añadió:- Sé lo que es eso. A veces amas tanto a una mujer que te vuelves loco. Cuando no escuchan, cuando no oyen lo que les dices, cuando no entienden lo que necesitas, tienes que encontrar la manera de que lo hagan. Fue así, ¿verdad? Usted trataba de encontrar una manera de que le escuchara, pero ella no quería. Perdió los estribos. Las drogas intervinieron en esto. Usted simplemente no pudo controlarse. Discutieron y las tijeras estaban allí. Quizá ella se acercó a usted. Después sucedió, antes de que pudiera evitarlo. Como la otra vez, cuando usted no tenía intención de hacerle daño. Fue una especie de accidente.

-No lo sé. -Las lágrimas empezaban a asomarle a los ojos-. Yo tenía las tijeras, pero eso fue después. Tuvo que ser después. Yo se las arranqué.

-Livvy le vio.

El rostro de Sam se quedó inexpresivo mientras miraba a Frank.

-¿Qué?

-Ella le vio y le oyó, Sam. Por eso bajó al piso de abajo. Su hija de cuatro años es testigo. El arma del crimen tiene sus huellas digitales. Sus huellas ensangrentadas están por toda

la casa. En la sala de estar, en el vestíbulo, por la escalera. Hay huellas ensangrentadas en el marco de la puerta de la habitación de la niña. Son de usted. No había nadie más, Sam, ningún ladrón como usted trató de contarnos ayer. Ningún intruso. No había señales de que nadie hubiera forzado la entrada, no robaron nada, su esposa no fue violada. Aquella noche había tres personas en la casa: Julie, Livvy y usted.

-Tuvo que haber alguien más.

-No, Sam, nadie más.

-Dios mío, Dios mío. -Temblando, apoyó la cabeza en la mesa y empezó a sollozar como un niño.

Cuando hubo terminado de sollozar, confesó.

Frank leyó por tercera vez la declaración firmada, se levantó, se paseó por la pequeña sala de descanso y se dispuso a tomar una taza del repugnante brebaje que había en la cafetera. Con la taza medio llena, se sentó a la mesa y volvió a leer la confesión.

Cuando entró su compañero, Frank habló sin levantar la mirada.

-Aquí hay lagunas, Tracy. Lagunas muy grandes.

-Lo sé. -Con cara de repugnancia, Tracy preparó una cafetera nueva; luego, se acercó al viejo frigorífico para coger una pera. Le dio un mordisco y se sentó-. Pero este tipo está hecho polvo, Frank; toma drogas, está nervioso. Y aquella noche estaba colocado. Nunca lo recordará con detalle. -Recogió con la lengua una gota de jugo que le resbalaba por la barbilla-. Sabemos que lo hizo. Tenemos la prueba física, el motivo, la oportunidad. Le colocamos en la escena del crimen. Demonios, si tenemos hasta un testigo. Ahora tenemos una confesión. Hemos hecho nuestro trabajo, Frank.

-Pero no encaja. No del todo. Mira aquí, donde dice que rompió la caja de música de la niña, la de Disney. No había ninguna caja de música. Confunde las dos noches, las mezcla.

-Es un jodido drogadicto -repuso Tracy con impaciencia-. Su historia de que volvía después de una separación temporal no se sostiene. Ella le dejó entrar; su hermana confirmó que era algo que ella haría. Este tipo no es Richard Kimble, amigo. No es un hombre manco, ni un programa de televisión. Cogió las tijeras y se las clavó en la espalda. Ella se desplomó, no hay heridas causadas por una defensa, y él sigue clavándoselas mientras ella intenta huir a rastras. Tenemos el rastro de sangre, el informe del forense. Sabemos cómo ocurrió. Qué asco.

Tiró el corazón de la pera a la papelería; luego hizo chirriar la silla al retirarla para ir a por café.

-Hace ya siete años que trabajo con cadáveres -murmuró Frank-, y éste es uno de los peores que he visto. Un hombre que hace esto a una mujer es que tiene sentimientos muy fuertes hacia ella. -Suspiró y se frotó los ojos-. Me gustaría disponer de una confesión más clara, eso es todo. Un buen abogado hará acrobacias con estas lagunas.

Meneó la cabeza y se levantó.

-Me voy a casa, a ver si recuerdo qué aspecto tienen mi esposa y mi hijo.

-Abogado o no abogado -dijo Tracy cuando Frank se marchaba-, Sam Tanner pagará por esto y pasará el resto de su vida entre rejas.

-Sí. Y esa niña tendrá que vivir con ello. Eso es lo que me pone enfermo, Tracy. Me reconcome las entrañas.

Pensó en ello en el trayecto hacia su casa, a través del tráfico imposible de la autopista y por la tranquila calle en la que las casas, pequeñas y pulcras como la suya, se alineaban

con los céspedes marchitos a causa de la falta de lluvia.

Tenía el rostro de Olivia en la cabeza, las mejillas redondeadas de la infancia, los ojos heridos, demasiado adultos, bajo unas asombrosas cejas oscuras. Y el susurro de las primeras palabras que le había dicho: «El monstruo está aquí.»

Después entró en el corto sendero que llevaba a su casita estucada y todo fue normal. Noah había dejado la bicicleta tirada en el patio y las flores de su esposa se marchitaban porque otra vez había olvidado regarlas. Dios sabía por qué las plantaba. Las mataba con la constancia de un psicópata de jardín. Su antiguo VW escarabajo ya estaba aparcado, engalanado con pegatinas de parachoques y las de sus diversas causas. Celia Brady coleccionaba causas igual que algunas mujeres coleccionan recetas.

Observó que el VW perdía aceite otra vez, lanzó un juramento y salió del coche.

La puerta de la calle se abrió de pronto y luego se cerró con un portazo. Su hijo salió corriendo, una bala compacta con el pelo castaño despeinado, las rodillas llenas de rasguños y unas viejas zapatillas de deporte.

-¡Hola, papá! Acabamos de llegar de protestar por la caza de ballenas. Mamá tiene discos de ballenas que cantan. Suenan como alienígenas.

Frank hizo una mueca, pues sabía que tendría que escuchar el canto de las ballenas durante días.

-Supongo que no hay cena preparada.

-Nos hemos parado en el Colonel cuando volvíamos a casa.

La he convencido para entrar. Con toda esa comida sana que nos hace comer últimamente uno se muere de hambre.

Frank puso una mano sobre el hombro de su hijo.

-¿Me estás diciendo que tenemos pollo frito en casa? No bromees, Noah.

Noah se echó a reír con un destello en sus ojos verdes.

-Un pollo entero. Menos la pieza que he birlado cuando veníamos. Mamá ha dicho que tú necesitarías un plato de comida sólida para reponerte.

-Sí. -Era agradable tener una mujer que te quisiera lo suficiente para conocerte. Frank se sentó en el escalón delantero, se aflojó la corbata y rodeó los hombros de Noah cuando el niño se sentó a su lado-. Me parece que la necesito.

-La televisión todo el rato ha dado boletines y noticias sobre esa estrella de cine, Julie MacBride. Os hemos visto a ti y Tracy entrando en esa gran casa, y han mostrado imágenes de la otra casa, la más grande donde la mataron. Y ahora mismo, justo antes de que llegaras, han mostrado a esa niña pequeña, la hija. Ha salido corriendo de la casa. Parecía muy asustada.

Noah no había podido apartar los ojos de la imagen; aquellos grandes ojos aterrorizados parecían mirarle fijamente y suplicarle ayuda.

Jo, papá, han puesto un primer plano de su cara; estaba llorando y gritando y se tapaba los oídos con las manos, hasta que alguien salió y se la llevó dentro.

-Dios mío. -Frank se rodeó las rodillas con los brazos-. Pobrecita.

-¿Qué van a hacer con ella, si su madre está muerta y su padre irá a la cárcel?

Frank suspiró. Noah siempre quería saber los qué y los porqué. No se lo censuraba; esto había sido idea de Celia y Frank había llegado a creer que tenía razón. Su hijo era vivaz y curioso y distinguía el bien del mal. Era hijo de un policía, pensaba Frank, y había aprendido que hay tipos malos y que no siempre pagan por lo que hacen.

-No lo sé. Tiene familia que la quiere. Harán todo lo que puedan por ella.

-En la televisión han dicho que estaba en casa cuando sucedió. ¿Es cierto?

-Sí.

-Vaya. -Noah se rascó un arañazo que tenía en la rodilla y puso ceño-. Parecía muy asustada -murmuró. Noah sabía que existían hombres malos, que no siempre pagaban por lo que hacían, y que ser niño no significaba estar a salvo de ellos. Pero no podía entender cómo se podía tener miedo del propio padre.

-Estará bien.

-¿Por qué lo hizo, papá? -Noah miró a su padre a la cara. Casi siempre encontraba allí las respuestas.

-Puede que jamás lo sepamos con certeza. Algunos dirán que la amaba demasiado, otros dirán que estaba loco. Que tomaba drogas o que era celoso o que estaba furioso. El único que lo sabrá verdaderamente es Sam Tanner. No estoy seguro de que él mismo entienda por qué lo hizo.

Frank dio un apretón a Noah en el hombro.

-Vamos a escuchar el canto de las ballenas y a comer pollo. -Y puré de patatas.

-Hijo, no sigas o me harás llorar.

Noah rió y entró en la casa con su padre. Conocía bastante a su padre. Y estaba seguro de que aquella noche le oiría pasearse arriba y abajo, como hacía cuando su trabajo le preocupaba.

4

Las confesiones pueden ser buenas para el alma, pero en el caso de Sam Tanner también eran buenas para enfocar la realidad. Menos de una hora después de escribir su llorosa declaración confesando el brutal asesinato de su esposa, bajo el efecto de las drogas, ejerció sus derechos.

Llamó al abogado que, según afirmaba, había complicado sus problemas maritales y solicitó representación. Estaba muy asustado y había olvidado la mitad de lo que había confesado.

O sea que fue un abogado especializado en derecho de familia el que primero declaró que la confesión se había producido por coacción, ordenó a su cliente que se atuviera a su derecho de permanecer callado y pidió ayuda.

Charles Brighton Smith dirigiría el equipo de la defensa. Era un viejo zorro de sesenta años con una magnífica cabellera plateada, astutos ojos azules y una mente como un láser. Aceptaba con gusto los casos de envergadura y nada le gustaba más que una tumultuosa batalla judicial con los medios de comunicación rodeando la pista.

Antes de volar a Los Ángeles ya había empezado a reunir a su equipo de investigadores, escribientes, litigantes, expertos, psicólogos y analistas de jurados. Había filtrado su número de vuelo y la hora de llegada y estaba preparado -y elegantemente acicalado- para la avalancha de la prensa en cuanto bajara del avión.

Su voz era rica y le salía del diafragma como la de un cantante de ópera. Tenía un rostro serio y exhibía una estudiada expresión de preocupación, sabiduría y compasión cuando efectuó su primera declaración.

-Sam Tanner es un hombre inocente, una víctima de esta tragedia. Ha perdido a la mujer a la que amaba de la forma más brutal; y ahora la policía, en sus prisas por cerrar el caso, ha agravado su dolor. Esperamos corregir pronto esta injusticia para que Sam pueda regresar a su casa con su hija.

No respondió a ninguna pregunta y no hizo ningún otro comentario. Dejó que sus acompañantes se abrieran paso en la multitud y le condujeran a la limusina que le esperaba. Cuando se hubo instalado dentro, imaginó que los medios de comunicación difundirían por todo el país su triunfal aparición.

Y tenía razón.

Después de ver las últimas noticias de la llegada de Smith a Los Ángeles, Val MacBrid apagó el televisor. Para ellos todo era un juego, pensó. Para la prensa, los abogados, la policía, el público. No era más que otro espectáculo para ganar audiencia, para vender periódicos y revistas, para sacar su fotografía en las portadas o en los noticiarios.

Utilizaban a su niña, a su pobre niña asesinada.

Pero no podía detenerlo. Julie había decidido vivir en la palestra y en ella había muerto.

Ahora los abogados lo utilizarían. Esa percepción pública sería retorcida y explotada para convertir en víctima al hombre que la había asesinado. Él sería un mártir; y Olivia, sólo una herramienta más. Pero esto podía impedirlo, se dijo Val.

Salió con sigilo de la habitación, deteniéndose un momento para contemplar a Olivia. Vio a Rob, desmadejado en el suelo con su nieta, la cabeza cerca de ella mientras pintaban juntos con lápices de colores. Esto le hizo desear sonreír y llorar al mismo tiempo. Aquel hombre era sólido como una roca, pensó con gratitud. Por mucho que te apoyaras en él, se mantenía firme.

Les dejó juntos y se fue a buscar a Jamie.

La casa estaba construida con las líneas rectas de una T. En el ala izquierda Jamie tenía su despacho. Cuando fue a Los Ángeles, ocho años atrás, para hacer de ayudante personal de su hermana, vivía y trabajaba en el bungalow que tenía Julie en las colinas.

Val recordó que se había preocupado un poco por las dos, pero sus llamadas telefónicas, sus cartas y sus visitas a casa estaban tan llenas de entusiasmo y alegría que trató de no ensombrecerlas con advertencias y recomendaciones. Habían vivido juntas en aquella casa durante dos años, hasta que Julie conoció a Sam y se casó con él. Un hombre que era manager de bandas de rock and roll, precisamente, pensó entonces. Pero resultó tan estable como su Rob.

En aquella época consideraba que sus niñas estaban a salvo y eran felices, casadas con buenos hombres. ¿Cómo pudo equivocarse?

Apartó este pensamiento por inútil y llamó suavemente a la puerta del despacho de Jamie antes de abrirla.

La habitación poseía el estilo y la organización de Jamie. Normalmente, las persianas estaban levantadas para que entrara la luz del sol y se vieran la piscina y las flores. Pero los paparazzi tenían asediada la casa con cámaras telescópicas. Las persianas estaban cerradas y las luces encendidas pese a que era media tarde.

Somos como rehenes, pensó Val mientras su hija le dirigía una sonrisa y seguía hablando por el teléfono de su escritorio.

Val se sentó en la sencilla silla que había ante el escritorio y aguardó.

Reparó en que Jamie tenía aspecto de cansancio, y casi suspiró cuando recordó la poca atención que había prestado en los últimos días a la niña. Val cerró los ojos y efectuó varias respiraciones pausadas. Necesitaba concentrarse en el asunto del momento y no pensar en su aflicción.

-Lo siento, mamá. -Jamie colgó el teléfono y se mesó el pelo-. Hay tantas cosas que hacer...

-No te he ayudado mucho.

-Sí, claro que sí. No sé cómo nos las habríamos arreglado sin ti y sin papá. Livvy... no puedo atender esto y prestarle la atención que necesita ahora. David se ha ocupado de gran parte de la carga.

Se dirigió a un pequeño frigorífico para coger una botella de agua. Su organismo había empezado a resentirse de los litros de café que había tomado. En medio de la frente tenía un sordo dolor de cabeza que ningún medicamento parecía aliviar.

-Pero él tiene su trabajo -añadió mientras servía dos vasos-. Se me ha ofrecido gente para efectuar algunas llamadas, poner telegramas y redactar notas, pero...

-Eso es tarea de la familia -terminó Val por ella.

-Sí. -Jamie entregó un vaso a su madre y se apoyó en el escritorio-. La gente está dejando flores en la verja de la casa de Julie. Tenía que ocuparme de que las llevaran a hospitales. Lucas Manning, bendito sea, me está ayudando en esto. Están empezando a llegar cartas y aunque Lou, el agente de Julie, me ayudará con ellas, creo que dentro de una semana o dos estaremos desbordados.

-Jamie...

-Ya hemos recibido una montaña de pésames de gente de la industria, personas que ella conocía o con las que había trabajado. Y las llamadas telefónicas...

-Jamie -repitió Val con más firmeza-. Tenemos que hablar de lo que ocurrirá a continuación.

-Esto es lo que a mí me ocurrirá a continuación.

-Siéntate. -Cuando sonó el teléfono, Val meneó la cabeza-. Déjalo, Jamie, y siéntate.

-De acuerdo. -Jamie se rindió y se sentó.

-Habrá un juicio -empezó Val, y al oír esto Jamie se incorporó de nuevo.

-No sirve de nada pensar en eso ahora.

-Hay que pensar en ello. El nuevo abogado de Sam ya ha salido en televisión, posando muy chulo. Algunas personas afirman que él no pudo hacerlo. Le consideran un héroe, una víctima, el personaje de una tragedia. Y más cosas se dirán antes de que todo termine.

-No deberías escuchar estas cosas.

-No, y no tengo intención de hacerlo más. -La voz de Val era firme-. No pienso arriesgarme a que Livvy oiga nada de esto, a que esté expuesta a ello o sea utilizada como el otro día, cuando salió a la calle. Quiero llevármela a casa, Jamie, a Washington.

-¿Llévartela a casa? -Por un momento, Jamie se quedó completamente en blanco-. Pero su casa es ésta.

-Sé que la quieres mucho. Todos la queremos. -Val dejó su vaso para coger la mano de su hija-. Escúchame, esa niña no puede quedarse aquí, encerrada en esta casa como una prisionera. Ni siquiera puede salir al jardín. No podemos arriesgarnos a que se asome a la ventana y algún fotógrafo le haga una fotografía. No puede vivir así. Ninguno de nosotros puede.

-Esto pasará.

-¿Cuándo? ¿Cómo? Tal vez se calme un poco, pero no ahora que habrá un juicio. No podrá empezar la preescolar en otoño, ni jugar con sus amigas sin guardaespaldas, sin que alguien la esté mirando, la señale, cuchichee. Y algunos no se limitarán a cuchichear. No quiero que tenga que aguantar eso. Y no creo que tú quieras.

-Por Dios, mamá. -Destrozada de nuevo, Jamie se levantó-. Quiero criarla. David y yo

hemos hablado de ello.

-¿Cómo podrías hacerlo aquí, cielo? Con todos los recuerdos, toda la publicidad, todos los riesgos. Necesita que la protejan de eso pero no que la tengan encerrada en una casa, por muy bonita que sea. ¿Estáis dispuestos, David y tú, a sacrificar vuestro hogar, vuestro trabajo, vuestro estilo de vida, a dedicarle todo vuestro tiempo? Tu padre y yo podemos darle un lugar en el que esté a salvo. Podemos apartarla de la prensa. -Respiró hondo-. Y tengo intención de consultar con un abogado, para iniciar los trámites para obtener la custodia. No quiero que ese hombre se acerque a ella nunca más. Eso es lo que le conviene, Jamie. Es lo que Julie querría para ella.

¿Y yo?, quiso gritar Jamie. ¿Y lo que yo necesito, lo que yo quiero? Era ella la que tranquilizaba a Livvy cuando tenía pesadillas, la que la consolaba y mecía y se sentaba con ella durante largas horas.

-¿Has hablado de esto con papá? -Ahora su voz sonó apagada y tenía la cara vuelta.

-Lo hemos hablado esta mañana. Está de acuerdo conmigo. Jamie, es lo mejor. Tú y David podéis venir y pasar todo el tiempo que queráis. Siempre será vuestra también, pero no aquí.

Frank se apartó de su escritorio, sorprendido, cuando vio a Jamie Melbourne. Ella se quitó las gafas oscuras y se acercó.

-Detective Brady, me gustaría hablar con usted, si tiene un momento.

-Desde luego. Vamos a la sala de descanso. -Trató de sonreír-. Pero no le recomiendo el café.

-No. Estoy intentando dejarlo.

-¿Quiere hablar con el detective Harmon?

-No es necesario. -Entró en la atestada salita-. He venido siguiendo un impulso, lo que no es fácil -añadió mientras se dirigía hacia una pequeña ventana. Al menos era una ventana, pensó. Al menos podría mirar fuera-. Aún hay periodistas. No tantos, pero algunos han acampado. Me parece que he esquivado por los pelos a uno del canal Cuatro.

-Nunca me ha gustado.

Ella apoyó las manos en el alféizar de la ventana y rió. Luego, no pudo parar. La burbuja del sonido horadó su dique de control. Sus hombros se estremecieron y la risa se convirtió en llanto. Siguió apoyada en el alféizar, meciéndose hasta que Frank, con delicadeza, la hizo sentarse en una silla, le dio pañuelos de papel y le cogió la mano.

No dijo nada, sólo esperó a que ella sacara todo lo que llevaba dentro.

-Lo siento. -Sacó frenéticamente varios pañuelos de la caja-. No he venido para esto.

-Si no le molesta que lo diga, señora Melbourne, ya es hora de que lo haga. Cuanto más lo guarde dentro, más grande se hará.

-Julie era la emotiva. Todo lo sentía en grandes oleadas. -Se sonó-. Y era una de esas mujeres que cuando lloran están aún más atractivas. -Se enjugó los ojos, enrojecidos e hinchados-. Se la podía odiar por ello. -Se reclinó en el respaldo de la silla-. Ayer enterré a mi hermana. Intento no pensar en ello, ahora que está hecho, pero me viene constantemente a la cabeza. -Exhaló un largo suspiro-. Mis padres quieren llevarse a Olivia a Washington. Quieren solicitar la custodia y llevársela. -Sacó otro pañuelo y empezó a doblarlo con pulcritud-. ¿Por qué se lo cuento a usted? Iba a contárselo a David, a llorar en su hombro; pero me he sorprendido viniendo aquí. Supongo que necesitaba decírselo a alguien que no estuviera tan implicado pero que no fuese completamente ajeno a ello. Ha ganado usted.

-Señora Melbourne...

-¿Por qué no me llama Jamie ahora que he llorado delante de usted? Me sentiría más cómoda llamándole Frank.

-Está bien, Jamie. Está usted pasando por lo peor que se puede pasar; y las cosas le vienen de todas las direcciones al mismo tiempo. Es difícil ver con claridad.

-Cree que mi madre tiene razón en lo de Livvy.

-No puedo hablar por su familia. -Se sirvió un vaso de agua-. Como padre -prosiguió, ofreciéndoselo-, creo que querría que mi hijo estuviera lo más lejos posible de este lío, al menos por una temporada.

-Sí, mi cabeza lo sabe. -Pero su corazón, su corazón no sabía cuánto más podía soportar-. Ayer por la mañana, antes del funeral, llevé a Livvy al patio trasero. Los árboles tapan la vista y me pareció seguro. Quería hablar con ella, ayudarle a entender. Esta mañana había una fotografía de las dos en el periódico. Ni siquiera vi al fotógrafo. No quiero esto para ella. -Respiró hondo-. Quiero ver a Sam.

Frank volvió a sentarse.

-No lo haga.

-Tendré que verle en el tribunal. Tendré que mirarle a la cara durante todo el juicio. Quiero verle ahora, antes de que empiece. Necesito hacerlo antes de dejar que Livvy se marche.

-No sé si él estará de acuerdo. Sus abogados le dejan poco margen.

-Querrá. -Se puso en pie-. No podrá evitarlo. Su ego no se lo permitirá.

La acompañó porque decidió que, con o sin su ayuda, ella encontraría la manera de hacer lo que quería.

Jamie guardó silencio mientras seguían los pasos necesarios de seguridad y burocracia. No dijo nada cuando entraron en la zona de visitas con sus largos mostradores y mamparas de cristal. Frank la acompañó hasta un taburete.

-Tengo que salir de aquí. No puedo tener ningún contacto con él sin su abogado. Esperaré fuera.

-Gracias.

Se abrazó a sí misma para no dar un respingo al oír el estridente sonido de un zumbador. Se abrió una puerta y Sam entró, acompañado.

Ella deseaba verle pálido, con aspecto destrozado. ¿Cómo era posible, pensó, con los puños apretados en su regazo, cómo podía tener un aspecto tan perfecto, estar tan guapo? Ni las luces ni la ropa carcelaria le restaban atractivo. En todo caso, se lo añadían.

Cuando se sentó, le dirigió una larga mirada llena de dolor con sus penetrantes ojos azules y ella casi esperó oír a un director gritar: «¡ Corten! »

Jamie le sostuvo la mirada y cogió el auricular. Él hizo lo mismo al otro lado del cristal.

Ella le oyó carraspear.

-Jamie, me alegro de que hayas venido. Me he estado volviendo loco. -Cerró los ojos-. Oh, Dios mío, Julie.

-Tú la mataste.

Él abrió los ojos como platos. Ella vio sorpresa en ellos, y dolor. Sí, pensó Jamie, es muy buen actor.

-No es posible que creas eso. Dios mío, precisamente tú, que sabes lo mucho que nos queríamos. Jamás le habría hecho daño. Jamás.

-Desde hace más de un año no has hecho más que causarle daño, con tus celos, tus

acusaciones y tus drogas.

-Voy a ir a rehabilitación. Sé que tengo un problema, y si la hubiera escuchado a ella, habría estado allí aquella noche y ella seguiría con vida.

-Estuviste allí aquella noche y por eso está muerta.

-No. -Apretó una mano contra el cristal como si quisiera llegar hasta ella-. Yo la encontré muerta. Tienes que escucharme, Jamie...

-No, no lo haré. No, Sam, no lo haré. Pero tú sí me escucharás a mí. Rezo cada día, cada hora, cada minuto para que sufras, para que pagues por lo que has hecho. Jamás será suficiente, te hagan lo que te hagan, nunca será suficiente, pero sueño contigo, Sam, metido en una celda el resto de tu vida. Eso me ayudará a superarlo.

-Me soltarán. -El pánico y una náusea le subieron a la garganta-. La policía no tiene huevos, lo único que quiere son titulares. Y cuando salga, me llevaré a Livvy y empezaré de nuevo.

-Livvy está tan muerta para ti como Julie. No volverás a verla nunca más.

-No puedes mantenerme alejado de mi propia hija. -La rabia le asomó a los ojos-. Saldré de aquí y me llevaré lo que es mío. Siempre tuviste celos de Julie. Siempre supiste que eras una segundona. Querías lo que ella tenía, pero no lo conseguirás.

Jamie no dijo nada, le dejó desahogarse. Su voz era como un zumbido en su oído. No apartó los ojos de su cara ni un instante, no se inmutó por la violencia que vio en ella ni lo horrible de los insultos que le dirigía.

Y cuando terminó, cuando a él le faltaba el aliento y tenía los puños apretados, Jamie habló con calma.

-Esta es tu vida ahora, Sam. Mira alrededor. Paredes y barrotes. Si algún día te sueltan, si algún día abren la puerta, serás un anciano, viejo y arruinado. No serás más que el extra de un telefilme chapucero. Ni siquiera recordarán tu nombre. Ni siquiera sabrán quién eres. -Entonces sonrió por primera vez, y fue una sonrisa feroz y brillante-. Y Olivia tampoco.

Colgó el auricular y no le hizo caso cuando él golpeó el cristal, mirando con frialdad cuando el guardia se acercó para sujetarle. Él gritaba y la ira le inundaba el rostro cuando el guardia le llevó de regreso a su celda.

Cuando cerraron la puerta, cuando Jamie supo que habían dado la vuelta a la llave, exhaló un largo suspiro y sintió el principio de la paz.

En cuanto llegó a casa, David se precipitó al vestíbulo para estrecharla con fuerza.

-Dios mío, Jamie, ¿dónde estabas? Me he puesto frenético. -Lo siento. Necesitaba hacer una cosa. -Se apartó y le acarició la mejilla-. Estoy bien.

Él la escrutó un momento y luego se le aclararon los ojos. -Sí, ya lo veo. ¿Qué ha ocurrido?

-Algo iba mal en mí. -Le besó y se apartó. Le contaría lo que había hecho, pero no ahora, pensó-. Necesito hablar con Livvy.

-Está arriba. Tu padre y yo hemos hablado. Sé que quieren llevársela lejos de todo esto.

Ella apretó los labios. -

-Y tú estás de acuerdo con ellos, ¿no?

-Lo siento, cariño, pero sí, estoy de acuerdo. Esto será desagradable durante mucho tiempo. Creo que tú también deberías irte.

-Sabes que no puedo. Me necesitarán en el juicio. Y aunque no fuese así -añadió antes de que él pudiera hablar-, tendría que seguirlo, David, por mí y por Julie. -Le dio un apretón

en el brazo-. Déjame hablar con Livvy.

Subió al piso de arriba. Duele, pensó. Cada paso era doloroso. Realmente, era asombroso cuánto dolor podía soportar el corazón humano. Abrió la puerta de la bonita habitación que ella misma había decorado para las visitas de su sobrina.

Las cortinas estaban echadas y las luces encendidas. Es otra clase de prisión, pensó al entrar.

Su madre estaba sentada en el suelo con Livvy, jugando con un castillo de plástico y docenas de muñequitos. Val miró a Jamie a los ojos y puso una mano en el hombro de su nieta.

Este gesto indicó a Jamie cuán destrozada estaba su madre; logró sonreír al acercarse a ellas.

-Bueno, ¿qué es todo esto?

-Tío David me ha comprado un castillo. -La voz de Olivia rebosaba placer-. Hay un rey y una reina y una princesa y un dragón y todo.

-Qué bonito. -Dios te bendiga, David, pensó Jamie, y se sentó en el suelo-. ¿Ésta es la reina?

-Sí. Se llama Magnífica. ¿Verdad, abuela?

-Sí, cariño. Y aquí está el rey Sabio y la princesa Encanto. Mientras Olivia jugaba, Jamie puso una mano sobre la de su madre.

-¿Podrías bajar y ver si hay café preparado? -Desde luego.

Val la entendió y dio la vuelta a la mano, con lo que sus palmas se encontraron.

Cuando estuvieron a solas, Jamie dijo.

-Livvy, ¿recuerdas el bosque? ¿La casa de la abuela en el bosque, con aquellos árboles grandes y los riachuelos y las flores?

-Fui allí cuando era muy pequeña, pero no me acuerdo. Mamá decía que algún día volveríamos y me enseñaría los mejores sitios.

-¿Te gustaría ir allí, a casa de la abuela? -¿De visita?

-A vivir. Apuesto a que podrías usar la misma habitación que usaba tu madre cuando era pequeña. Es una casa grande y antigua, en el bosque. Adondequiera que mires hay árboles; y cuando sopla el viento, suspiran y tiemblan.

-¿Es magia?

-Sí, una especie de magia. El cielo es muy azul y en el interior del bosque la luz es verde y la tierra es blanda. -¿Mamá vendrá?

Sí, pensó Jamie.

-Una parte de ella no se marchó -dijo-; estará siempre aquí. Verás los sitios donde jugábamos cuando éramos niñas. Los abuelos te cuidarán muy bien.

-¿Está muy lejos?

-No demasiado. Yo iré a visitarte. -Sentó a la niña en su regazo-. Lo más a menudo que pueda. Pasearemos por el bosque y meteremos los pies en los riachuelos hasta que la abuela nos llame para volver a casa a tomar galletas y chocolate caliente.

Olivia hundió la cara en el hombro de Jamie.

-¿El monstruo me encontrará?

-No. -Jamie estrechó su abrazo-. Allí siempre estarás a salvo, te lo prometo.

Pero no todas las promesas pueden cumplirse.

El verano en que cumplió trece años, Olivia era una niña alta y espigada con una espesa cabellera color miel. Los ojos eran casi del mismo tono, bajo unas oscuras y largas cejas. Había abandonado sus sueños de ser una princesa en un castillo en favor de otras ambiciones. Éstas iban desde ser exploradora a ser veterinaria, pasando por guarda forestal, que era su actual meta.

El bosque, con sus sombras verdes y olor a humedad, era su mundo, un mundo que en raras ocasiones abandonaba. Allí pasaba la mayor parte del tiempo, pero nunca a solas. Su abuelo le enseñó a rastrear, a acechar al ciervo y el alce con una cámara. Le enseñó a pasear en silencio durante horas para observar el majestuoso trote de un gamo o la gracia de una gacela y un cervato.

Olivia había aprendido a identificar los árboles, las flores, el musgo y las setas, aunque nunca había desarrollado la habilidad de dibujarlos como su abuela esperaba.

Pasaba días apacibles pescando con su abuela, y para ello había que tener paciencia. Había aceptado compartir las tareas de la casa y el camping que los MacBride dirigían en Olympic desde hacía dos generaciones, y con ello había aprendido a ser responsable.

Le estaba permitido pasear por los bosques, meterse en los riachuelos y subir a las colinas. Pero nunca debía salir sola de sus límites.

Y con esto aprendió que la libertad tiene límites.

Hacía ocho años que se había marchado de Los Ángeles y jamás había vuelto. Sus recuerdos de la casa de Beverly Hills eran vagos destellos de techos altos y madera reluciente, bonitos colores y una piscina de un azul cristalino rodeada de flores.

Durante los primeros meses en la gran casa del bosque, preguntaba cuando volvería a su casa o cuando iría su madre a por ella o dónde estaba su padre. Pero cada vez que hacía estas preguntas, la boca de su abuela se cerraba herméticamente y sus ojos se ensombrecían.

Con esto, Olivia aprendió a esperar.

Después aprendió a olvidar.

Se hizo alta y se hizo dura. La frágil niñita que se escondía en los armarios se convirtió en poco más que un recuerdo que la acosaba en sueños. Vivir en el presente fue otra lección que aprendió, y la aprendió muy bien.

Terminadas las tareas del día en el camping, Olivia volvió a casa por el sendero. Ahora la tarde era suya, lo que para ella constituía una gratificación tan grande como el salario que su abuela le ingresaba en el banco dos veces al mes en la ciudad. Pensó en ir a pescar, o subir a la tierra alta para soñar sobre el lago, pero estaba demasiado inquieta para estas actividades sedentarias. Le habría gustado darse un baño, aunque fuera muy a principios de la temporada, pero una de las reglas más severas de su abuela era no nadar sola.

Olivia rompía esta regla de vez en cuando y tenía mucho cuidado en secarse el pelo completamente antes de entrar en casa.

La abuela se preocupaba demasiado, pensó ahora, demasiado a menudo y casi por todo. Si Olivia estornudaba, corría al teléfono a llamar al médico a menos que el abuelo se lo impidiera. Si Olivia llegaba diez minutos tarde a casa, su abuela ya estaba en el porche llamándola. En una ocasión había estado a punto de llamar a la brigada de salvamento porque Olivia se había quedado en el camping jugando con otros niños y no regresó a

casa hasta el anochecer.

Cuando pensaba en ello Olivia ponía los ojos en blanco. Nunca se perdería en el bosque. Era su hogar y conocía cada recodo y cada rincón tan bien como las habitaciones de su casa. Sabía que el abuelo lo había dicho porque les había oído discutir de ello en mas de una ocasión. Siempre que lo hacían, la abuela estaba mejor unos días, pero luego empezaba de nuevo.

Olivia atravesó la luz verde y las suaves sombras del bosque y entró en el claro donde la casa de los MacBride se erguía desde hacía generaciones.

La vieja piedra relucía bajo el sol. Cuando llovía, los colores ocultos de la roca, marrones, rojos y verdes, asomaban y brillaban. Las ventanas resplandecían, dejando entrar siempre la luz o la reconfortante penumbra. Tenía tres pisos, cada uno de ellos situado en ángulo diferente sobre el otro con terrazas que sobresalían por todas partes y los unían. Flores, helechos y rododendros silvestres abrazaban la base y se extendían en un jardín variado que su abuelo cuidaba como a un hijo amado.

En macetas de piedra crecían grandes pensamientos con pétalos morados y blancos y en un enorme macizo que se extendía por el borde de la terraza más baja danzaban flores rosa.

Olivia había pasado muchas horas agradables con su abuelo y las flores, con las manos en la tierra y la cabeza en las nubes.

Enfiló el sendero de piedra, que alternaba escalones grandes y pequeños para evitar todas las rendijas. Subió corriendo por la escalera y abrió la puerta.

En el instante en que entró se dio cuenta de que la casa estaba vacía. Llamó a sus abuelos, por la fuerza de la costumbre, mientras iba hacia la sala de estar, con sus grandes sofás y paredes de cálido color amarillo.

Olfateó el aire, satisfecha de percibir el aroma de galletas recién hechas. Exhaló un leve suspiro cuando llegó a la cocina y descubrió que eran de avena.

-¿Por qué no serán de chocolate? -masculló metiendo la mano en el gran recipiente de cristal que las contenía-. Podría comerme un millón de galletas de chocolate.

Se dispuso a comer, deprisa y con avidez, mientras leía la nota que le habían dejado en el frigorífico. «Livvy: he tenido que ir a la ciudad a comprar al mercado. Tu tía Jamie y tío David vienen a visitarnos. Llegarán esta noche.»

-¡Bien! -exclamó desparramando las migas-. ¡Regalos!

Para celebrarlo, cogió una tercera galleta y luego murmuró un «maldita sea» al leer el resto del mensaje: «Quédate en casa para ayudarme cuando regrese. Entretanto puedes arreglar tu habitación. Y no te comas todas las galletas. Un beso. Abuela.»

Con una exclamación y auténtico pesar, Olivia tapó el bote de las galletas.

Ahora tenía que quedarse en casa. La abuela podría tardar horas en volver de la compra. ¿Qué iba a hacer todo el día? Molesta, subió por la escalera de atrás. Su habitación no estaba tan desordenada. Sólo había sus cosas, nada más. ¿Por qué importaba tanto el que estuvieran guardadas si otro día volvería a tener que sacarlas?

Sus diversos proyectos e intereses estaban diseminados. La colección de rocas, los dibujos de la vida salvaje y de plantas con los nombres científicos laboriosamente caligrafiados debajo. El juego de química por el que tanto había suspirado la pasada Navidad estaba en un estante, olvidado, salvo el microscopio, que ocupaba un lugar destacado en su escritorio.

Había una caja de zapatos repleta de lo que ella consideraba especímenes: ramitas,

insectos muertos, trozos de helecho, pelos, restos de tabaco y trozos de corteza.

La ropa que había llevado el día anterior yacía en el suelo, hecha un montón, en el lugar exacto donde se la había quitado. Su cama estaba por hacer y era un revoltijo de sábanas y mantas, tal como estaba cuando se había levantado al amanecer.

A Olivia todo esto le parecía perfecto. Pero se acercó a la cama, estiró las sábanas y ahuecó las almohadas un par de veces. Metió de un puntapié los zapatos debajo de la cama, arrojó la ropa hacia el cesto y el armario. Limpió el polvo y los restos de goma de borrar del escritorio soplando, metió los gastados lápices en el bote de cristal, guardó papeles en el cajón y finalmente se paró a contemplar su obra: la juzgó un buen trabajo.

Pensó que podría repantigarse en el asiento de la ventana para soñar un rato. Los árboles se agitaban, las copas de los altos abetos Douglas y otras coníferas suspiraban y se mecían en la brisa. El cielo había adquirido el aspecto de cuando se avecina una tormenta. Podía sentarse a observar cómo se acercaba, ver si podía distinguir la línea de lluvia antes de que cayera.

Tuvo una idea mejor, mucho mejor: ir al exterior, olerla, levantar la cara y aspirar la fragancia de la lluvia y los pinos. Y hacerlo sola. Era mejor unirse a la naturaleza en soledad.

Iba a hacerlo, y ya se volvía hacia las altas puertas de cristal de la terraza de su habitación. Pero todas las cajas, juegos y rompecabezas que abarrotaban las estanterías hicieron que le remordiera la conciencia. Su abuela le había pedido durante semanas que hiciera limpieza y pusiera orden en ellas. Ahora, si iba tía Jamie -y seguramente traería regalos- lo más probable era que le echara un sermón sobre el cuidado y la apreciación de las propias posesiones.

Exhalando un profundo suspiro, Olivia sacó de las estanterías viejos juegos de mesa y rompecabezas y los fue amontonando. Decidió llevarlos al desván, así su habitación quedaría prácticamente impoluta.

Subió con cuidado y abrió la puerta. Cuando la luz se encendió, miró alrededor en busca del mejor lugar para guardar las cajas en aquel enorme espacio que olía a cedro. Viejas lámparas, que aún no estaban para enviarlas a beneficencia, permanecían sin bombilla en un rincón donde el tejado descendía. Adosados a una pared había una mecedora infantil y mobiliario de niño pequeño que a Olivia le parecía antiguo, junto con cajas de almacenaje y baúles. Cuadros que en tiempos habían adornado las paredes de la casa o el albergue estaban cubiertos con guardapolvos y parecían fantasmas. Un estante de madera resquebrajado, que su abuelo había hecho en su taller de carpintería, sostenía a una familia de muñecas y animales de peluche.

Olivia sabía que a Val MacBride no le gustaba tirar cosas. Las posesiones acababan siendo trasladadas al desván o al albergue, o simplemente recibían otro uso en la casa.

Olivia llevó sus cajas al estante de los juguetes y las apiló en el suelo, a su lado. Más por aburrimiento que por interés, revolvió algunos cajones llenos de ropa infantil envuelta con esmero en papel fino y con astillas de cedro desparramadas encima para que olieran bien. En otro había una manta, de color rosa y blanco con los bordes de suave satén. La acarició, pues le traía vagos recuerdos. Pero se le hizo un nudo en el estómago, así que cerró el cajón.

Habitualmente no podía subir al desván sin permiso y no le permitían abrir los cajones, los baúles o las cajas. Su abuela decía que los recuerdos eran preciosos y que cuando fuera mayor podría sacarlos. Siempre le decía que cuando fuera mayor, pensó Olivia.

Nunca le dejaba hacerlo ahora.

No entendía por qué. Sólo se trataba de un montón de trastos viejos; y ella ya no era una niña. No iba a romper ni a perder nada. Bueno, no le importaba.

La lluvia empezó a repiquetear en el tejado, como si unos dedos tamborilearan sobre una mesa. Miró hacia el ventanuco que daba a la parte delantera del claro y entonces vio el baúl.

Era un baúl de madera de cerezo con la tapa curvada y adornos de latón. Siempre estaba bajo el alero y siempre estaba cerrado con candado. Reparó en estas dos cosas. Su abuelo le decía que tenía ojos de gato, lo cual la hacía reír cuando era más pequeña. Ahora hizo que se sintiera orgullosa.

Ese día, el baúl no estaba metido bajo la línea del techo ni cerrado con candado. La abuela debía de haber guardado algo, pensó Olivia, y se acercó.

Conocía la historia de la caja de Pandora y la mujer curiosa que la había abierto y liberado todos los males, que se extendieron por todo el mundo. Pero no era lo mismo, se dijo, y se arrodilló delante. Y como no estaba cerrado, ¿qué mal había en abrirlo y echar un vistazo? Probablemente estaba lleno de recuerdos o de ropa vieja y mohosa o de cuadros amarillentos.

Pero sintió un hormigueo en los dedos -como advertencia o anticipación- cuando levantó la pesada tapa. Un intenso olor le hizo respirar rápido y con fuerza.

Cedro, del revestimiento interior. Lavanda. Su abuelo había plantado espliego en el costado de la casa. Pero por debajo de estos olores había algo más. Algo extraño y familiar al mismo tiempo. Aunque no lograba identificarlo, la vaharada le había acelerado los latidos del corazón.

El hormigueo en los dedos se intensificó e hizo que le temblaran cuando los introdujo en el baúl. Había vídeos, con etiquetas que sólo indicaban fechas y guardados en estuches negros. Tres gruesos álbumes de fotos, cajas de diversos tamaños. Abrió una que se parecía mucho a la caja que sus abuelos utilizaban para guardar sus anticuadas bolas de Navidad.

Allí, protegidas con espuma, había media docena de botellas decorativas.

-Las botellas mágicas -dijo en un susurro. Le pareció que de pronto el desván se llenaba de risas, imágenes y perfumes exóticos.

«Cuando cumplas dieciséis años, podrás elegir la que más te guste. Pero no debes jugar con ellas, Livvy. Podrían romperse. Podrías cortarte la mano o pisar un vidrio.» Mamá se inclinó y el suave pelo le cayó sobre el lado de la cara. Riendo, con los ojos llenos de diversión, apretó el pulverizador de una botella y una nube de perfume fue a parar a la garganta de Olivia.

Aquel aroma... El perfume de mamá. Olivia se puso en pie, se inclinó sobre el baúl y aspiró larga y profundamente. Y olió a su madre.

Dejó la botella y sacó el primer álbum de fotos. Pesaba mucho y lo dejó sobre su regazo. No había fotografías de su madre en la casa. Olivia recordaba que habían desaparecido mucho tiempo atrás. El álbum estaba lleno de fotografías de cuando su madre era una jovencita, de ella con Jamie y con sus padres. Sonriendo, riendo, haciendo muecas a la cámara.

Fotografías delante de la casa y dentro, en el jardín y en el lago. Fotografías con el abuelo cuando tenía el pelo más dorado que plateado y con la abuela disfrazada.

Había una de su madre con un bebé en brazos.

-Ésa soy yo -susurró Olivia-. Mamá y yo.

Pasó la página y luego la siguiente, observando cada fotografía, hasta que de pronto se detuvo. Reparó en las señales que había en una página donde antes había habido fotografías. Impaciente, sacó el siguiente álbum.

En éste no había fotografías sino recortes de periódico, artículos de revistas. Su madre en la portada de People, Newsweek y Glamour. Olivia la observó, fijándose en cada rasgo. Ella tenía los ojos de su madre. Lo sabía, lo recordaba, pero ahora lo veía con claridad, lo veía con sus propios ojos, el color, la forma, el trazo de las oscuras cejas.

La embargaron la excitación, la pena y el placer mezclados mientras acariciaba con un dedo cada reluciente imagen. Qué bella había sido, qué perfecta.

Entonces el corazón le dio un vuelco cuando al hojear encontró una serie de fotografías de su madre con un hombre de pelo oscuro. Era guapo, como un poeta, y su corazón adolescente suspiró. Había fotografías de los dos en un jardín y en una gran habitación con docenas de luces encendidas, en un sofá con su madre acurrucada en la falda de él con los rostros juntos y sonriéndose el uno al otro.

Sam Tanner. Decían que su nombre era Sam Tanner. Al leerlo, Olivia empezó a sentir escalofríos. Se le hizo un nudo en el estómago, como si una docena de puños se retorciese dentro de ella.

Papá. Era papá. ¿Cómo podía haberlo olvidado? Era papá, cogido de la mano de mamá, o pasándole el brazo por los hombros. Cogiendo unas tijeras manchadas de sangre.

No, no podía ser. Era un sueño, una pesadilla. Imaginación, eso era todo.

Olivia empezó a mecerse, llevándose las manos a la boca a medida que las imágenes surgían. Pánico; unos dedos que quemaban le apretaban la garganta, hasta que su respiración se hizo entrecortada.

Cristales rotos reluciendo en el suelo. Flores marchitas. La cálida brisa que entraba por la puerta abierta.

No era real. Ella no permitiría que fuera real.

Dejó el álbum y sacó el último con manos temblorosas. Habría otras fotografías, se dijo.

Más fotografías de sus padres sonriendo, riendo y cogidos de la mano.

Pero volvían a ser recortes de periódico, con grandes titulares que parecían gritarle.

JULIE MACBRIDE ASESINADA

SAM TANNER ARRESTADO

CUENTO DE HADAS TERMINA EN TRAGEDIA

Había fotografías de su padre, con cara de desconcierto y desaseado. Otras de su tía, de sus abuelos, de su tío. Y de ella, según vio, dando un respingo. De sus años anteriores, con los ojos desorbitados e inexpresivos y las manos apretadas a los oídos.

LA HIJA DE JULIE, ÚNICA TESTIGO DE LA MUERTE DE SU MADRE

Meneó la cabeza, pasando deprisa las páginas. Otra cara que despertaba recuerdos. Se llamaba Frank, pensó. Ahuyentó al monstruo. Tenía un niño pequeño y le gustaban los rompecabezas.

Era un policía. De la garganta de Olivia brotaron sonidos suaves, amortiguados. Él la había sacado de la casa, la casa a la que había ido el monstruo. Donde estaba toda la

sangre.

Porque su madre estaba muerta. Su madre estaba muerta. Lo sabía, claro que lo sabía. Pero no hablamos de ello, se recordó a sí misma, nunca hablamos de ello porque hace llorar a la abuela.

Se ordenó cerrar el álbum, volver a guardarlo en el baúl, en la oscuridad. Pero pasó las páginas, en busca de palabras e imágenes.

«Drogas. Celos. Obsesión.»

« ¡Tanner confiesa! »

«Tanner se retracta de su confesión. Proclama su inocencia.»

«Su hija de cuatro años, principal testigo.»

«El juicio de Tanner ha dado hoy un giro espectacular al presentar el vídeo de la declaración de la hija de Tanner, Olivia, de cuatro años de edad. La niña fue interrogada en casa de su tía materna, Jamie Melbourne, y el interrogatorio fue grabado en vídeo con permiso de sus abuelos, que ejercen como tutores. Previamente, el juez Sato había indicado que podría presentarse la declaración grabada como prueba, para evitar a la niña el trauma de comparecer en el juicio.»

Ahora lo recordó todo. Estaban sentadas en la sala de estar de tía Jamie. Sus abuelos también estaban presentes. Una mujer pelirroja le había hecho preguntas con voz suave acerca de la noche en que había venido el monstruo. La abuela le había prometido que sería la última vez que tendría que hablar de ello, la última.

Y así había sido.

La mujer le había escuchado y hecho más preguntas. Entonces le habló un hombre, que sonreía y la miraba con ternura. Ella pensó que, como era la última vez, podría volver a casa, que todo aquello desaparecería.

Pero había ido a Washington, a la casa grande del bosque. Ahora sabía por qué.

Olivia pasó más páginas, entrecerró los ojos para que no le brotaran las lágrimas hasta que le escocieron. Y con la mandíbula tensa y los ojos claros, leyó otro titular:

SAM TANNER DECLARADO CULPABLE

EL JURADO CONDENA A TANNER

TANNER SENTENCIADO A CADENA PERPETUA

-Mataste a mi madre, hijo de puta. -Lo dijo con todo el odio que una jovencita puede reunir-. Espero que también estés muerto. Espero que murieras gritando de dolor.

Cerró el álbum y lo dejó en el baúl, junto a los otros. Tapó el baúl, se levantó y apagó la luz. Bajó la escalera y cruzó la casa vacía hacia el porche trasero.

Allí se sentó y se quedó contemplando la lluvia.

No entendía cómo había podido enterrar en su mente todo lo que había sucedido, cómo había podido encerrarlo igual que su abuela encerraba cajas y libros en el baúl.

Pero sabía que no volvería a hacerlo. Siempre recordaría. Y descubriría más cosas, descubriría todo lo que pudiera acerca de la noche en que murió su madre, acerca del juicio y de su padre.

Comprendía que no podía preguntar a su familia. Ellos la consideraban aún una niña, alguien que necesitaba ser protegida. Pero se equivocaban. Nunca volvería a ser una niña.

Oyó el rugido del jeep que subía por el sendero bajo la lluvia. Olivia cerró los ojos y se concentró. Una parte de ella se había endurecido y se preguntó si habría heredado la

facilidad para actuar de sus padres. Ocultó el odio, la pena y la ira en un rincón de su corazón.

Entonces se levantó, con una sonrisa en los labios para su abuela cuando el jeep frenó al final del sendero.

-Justo a quien yo quería ver. -Val se subió la capucha de la chaqueta al bajar del jeep-. Vengo cargada, Livvy. Coge una chaqueta y échame una mano, ¿quieres?

-No necesito chaqueta. No me desharé. -Salió a la lluvia. Su regularidad era un consuelo-. ¿Vamos a comer espaguetis y albóndigas para cenar?

-¿La primera noche que Jamie esta en casa? -Val rió y pasó a Olivia una bolsa con comestibles-. ¿Qué mas?

-Me gustaría prepararlos. -Olivia se cambió la bolsa de brazo y cogió otra.

-¿Tú? ¿De veras?

Olivia se volvió y se encaminó hacia la casa. La puerta se cerró tras ella con un golpe y volvió a abrirse cuando Val la empujó para entrar con mas bolsas en los brazos.

-¿Qué te ocurre? Siempre dices que cocinar es una lata.

Eso era cuando era pequeña, pensó Olivia. Ahora era diferente.

-Algún día tengo que aprender. Yo cogeré el resto, abuela. -Hizo ademán de salir pero se volvió. La ira que llevaba dentro no quería permanecer encerrada. Quería salir y atacar a su abuela. Y eso estaba mal. Con paso lento se acercó a Val y le dio un fuerte abrazo-. Quiero aprender a cocinar como tú.

Mientras Val parpadeaba de asombro y placer, Olivia salió apresurada en busca del resto de bolsas. ¿Qué mosca le había picado a aquella chiquilla?, se preguntó la abuela mientras desempaquetaba tomates frescos, una lechuga y pimientos. Aquella misma mañana se había quejado por tener que prepararse un par de tostadas, impaciente por salir. Ahora quería pasar su tarde libre cocinando.

Cuando Olivia volvió a entrar, Val alzó las cejas y preguntó: -Livvy, ¿has tenido algún problema en el camping? -No.

-¿Quieres algo? ¿Aquella mochila que te gusta tanto? Olivia suspiró X se apartó el pelo mojado de los ojos. -Abuela, quiero aprender a cocinar espaguetis. No es demasiado pedir, ¿verdad?

-Sólo me preguntaba el porqué de este interés repentino. -Si no sé cocinar, no podré ser independiente. Y si tengo que aprender, lo mejor es hacerlo enseguida.

-Muy bien. -Complacida, Val hizo gestos de asentimiento-. Mi chiquilla se esta haciendo mayor. -Acarició la mejilla de Olivia-. Mi pequeña y bonita Livvy.

-No quiero ser bonita. -Parte del fuego de aquella ira enterrada asomó a sus ojos-. Quiero ser lista.

-Puedes ser las dos cosas.

-Prefiero ser lista.

Cambios, pensó Val. No se pueden evitar.

-De acuerdo. Guardemos todo esto y empecemos.

Con paciencia, la abuela explicó qué ingredientes utilizarían y por qué, qué hierbas del huerto añadirían y cómo se mezclarían sus sabores. Reparó en que Olivia prestaba mucha atención a los detalles, y eso la divirtió. Si hubiera podido oír los pensamientos de su nieta, tal vez hubiera llorado.

¿Enseñaste a mi madre a preparar la salsa?, se preguntó Olivia. ¿Estuvo ella aquí de pie contigo cuando tenía mi edad, delante de esta misma cocina y aprendiendo a dorar ajo en

aceite de oliva? ¿Aspiraba ella los mismos olores y oía la lluvia golpetear el tejado? ¿Por qué no me hablas de ella? ¿Cómo sabré quién era si no lo haces? ¿Cómo sabré quién soy? Val le puso una mano en el hombro.

-Esta bien, cielo. Lo haces muy bien. Tienes talento.

Olivia añadió las hierbas a la salsa, que se cocía a fuego lento, y las removió.

6

Como la primera noche en que Jamie y David iban de visita siempre se consideraba una ocasión especial, la familia comió en el comedor, en la larga mesa de roble adornada con velas en candeleros de plata, flores frescas en jarrones de cristal y la mejor vajilla de la abuela.

La comida fue abundante, igual que la conversación. Como siempre, la cena duró dos horas mientras las velas se consumían y el sol que había asomado entre las nubes se ocultaba tras los árboles.

-Livvy, ha sido una comida estupenda. -Jamie se echó hacia atrás para darse unas palmaditas en el estómago-. Ya no me queda sitio para el tiramisú.

-A mí sí. -Rob parpadeó-. Meteré los espaguetis en mi pierna vacía. La chica tiene tu buena mano para la salsa, Val.

-La de mi madre, probablemente. Juro que era mejor que la mía. Empezaba a preguntarme si nuestra jovencita alguna vez haría algo más que freír pescado en una hoguera de campamento.

-Eso se lleva en la sangre -comentó Rob haciendo un guiño a su nieta-. Ese italiano tenía que salir tarde o temprano. El lado MacBride nunca fue famoso por su habilidad en la cocina.

-¿Por qué son famosos, papa?

El río y miró a Jamie alzando las cejas. -Somos amantes, querida.

Val resopló, le dio una palmada en el brazo y se levantó. -Quitaré la mesa -dijo Jamie, poniéndose de pie.

-No -Val señaló con un dedo a su hija-. No puedes hacer nada la primera noche. Livvy también esta exenta. Rob y yo lo haremos; después, tal vez tengamos sitio para el café y el postre.

-¿Oyes eso, Livvy? -David se inclinó para murmurarle al oído-. Si cocinas, no lavas los platos. Buen negocio.

-Voy a empezar a cocinar regularmente. -Le sonrió-. Es mas divertido que fregar platos. ¿Quieres que mañana vayamos de excursión, tío David? Podemos llevar mi mochila nueva.

Olivia miró de reojo a su abuela, haciendo esfuerzos para no sonreír.

-La malcrías y la echas a perder, David -dijo Val mirando mientras apilaba los platos-. No iba, a tener esa mochila hasta otoño, por su cumpleaños.

-¿Que la echo a perder? -Con expresión afectuosa, David aguijoneó con un dedo a Olivia en las costillas y la hizo reír-. No, ni siquiera esta madura. Falta mucho para que se eche a perder. ¿Te importa si enciendo la televisión en la otra habitación? Tengo un cliente que da un concierto y le prometí verlo.

-Adelante -le dijo Val-. Ponte cómodo. Enseguida llevo el café.

-¿Quieres subir conmigo y charlar mientras deshago el equipaje? -preguntó Jamie a su sobrina.

-¿Podríamos dar un paseo? -Olivia había estado esperando el momento adecuado. Parecía que todos habían conspirado para que fuese ahora-. Antes de que oscurezca.

-Claro. Jamie se levantó y se desperezó-. Deja que coja una chaqueta. Me ira bien perder algunas calorías de la pasta. Así no me sentiré culpable si mañana no voy al gimnasio.

-Se lo diré a la abuela.

Incluso en verano, las noches eran frescas. El aire olía a lluvia y a rosas húmedas. En los largos días de julio había luz incluso cuando una luna fantasmagórica se elevaba en el cielo oriental. Aun así, Jamie se metió una linterna en el bolsillo. En el bosque la necesitarían. Era al bosque adonde quería ir. Allí se sentiría a salvo, lo suficiente para decir lo que necesitaba decir y preguntar lo que necesitaba preguntar.

-Siempre es agradable estar en casa. Jamie respiró hondo y sonrió contemplando el jardín de su padre. -¿Por qué no vives aquí?

-Trabajo en Los Ángeles. Y David también. Pero los dos confiamos en poder venir aquí un par de veces al año. Cuando era una niña de tu edad, supongo que pensaba que esto era el mundo entero.

-Pero no lo es.

-No. -Jamie se volvió para mirarla-. Pero es una de las mejores partes. Me han dicho que eres una gran ayuda en el camping y en el albergue. El abuelo dice que no podría pasar sin ti.

-Me gusta trabajar allí. No parece que sea trabajo. -Olivia se alejó de la casa dirigiéndose hacia los árboles-. Viene mucha gente. Algunos no saben nada. Ni siquiera conocen las diferencias entre los distintos abetos, o llevan botas de diseño, carísimas, y se les hacen ampollas. Creen que cuanto mas pagan por algo mejor es, y eso es una estupidez. -Miró de reojo a Jamie-. Muchos son de Los Ángeles.

-Vaya -exclamó Jamie, divertida-. Tocado y hundido. -Allí hay demasiada gente; demasiados coches y contaminación.

-Es cierto. -Al adentrarse en el bosque, aspirar el olor a pino, el suave aroma de la tierra, al notar la alfombra de piñas y agujas de pino bajo los pies, Jamie se dio cuenta de que todo aquello le sonaba muy lejano-. Pero también puede ser emocionante. Hay casas bonitas, palmeras, tiendas, restaurantes, galerías de arte.

-¿Por eso mi madre fue allí? ¿Para poder comprar, ir a restaurantes y tener una casa bonita?

Jamie se paró en seco. Esa pregunta había sido como una bofetada inesperada y la dejó confundida.

-Yo... ella... Julie quería ser actriz. Era natural que se marchara allí.

-Si se hubiera quedado en casa no habría muerto.

-Oh, Livvy. -Jamie fue a acariciarla pero Olivia se apartó. -Tienes que prometerme que no dirás nada a nadie. Ni a la abuela, ni al abuelo, ni a tío David. A nadie. -Pero Livvy...

-Tienes que prometerlo. -En su voz se traslucía el pánico y las lágrimas acudieron a sus ojos-. Si me prometes que no dirás nada, no lo harás.

-De acuerdo, nena.

-No soy una nena. -Pero esta vez Olivia se dejó tocar-. Nadie habla nunca de ella y todas sus fotografías han desaparecido. No recuerdo nada si no hago un gran esfuerzo. Entonces todo se mezcla.

-No queríamos que sufrieras. Cuando murió eras muy pequeña.

-Cuando él la mató. -Olivia se apartó. Sus ojos ahora estaban secos y relucían en la escasa luz-. Cuando mi padre la mató. Tienes que decirlo en voz alta.

-Cuando Sam Tanner la mató.

El dolor apareció de nuevo. Jamie se sentó junto a un tronco. La tierra estaba húmeda, pero no le importaba.

-No hablar de ella no significa que no la queramos, Livvy. Tal vez significa que la amábamos demasiado. No sé.

¿Piensas en ella?

-Sí. -Jamie le tendió una mano y cogió con fuerza la de Olivia-. Sí. Estábamos muy unidas. La echo de menos cada día.

Olivia hizo un gesto de asentimiento y se sentó a su lado enfocando el suelo con la linterna.

¿Piensas en él?

Jamie cerró los ojos. Dios, ¿qué debía hacer? ¿Cómo debía contestar?

-Procuro no hacerlo.

-Pero ¿lo haces?

-Sí.

-¿También ha muerto?

-No. -Nerviosa, Jamie se pasó una mano por la boca-. Está en la cárcel.

-¿Por qué la mató?

-No lo sé. Simplemente, no lo sé. No sirve de nada hacerse preguntas, Livvy, porque nunca le encontrarás sentido. Nunca estará bien.

-Solía contarme historias. Me llevaba sobre sus hombros. Lo recuerdo. Lo había olvidado, pero ahora lo recuerdo.

Siguió enfocando el suelo con la linterna, haciendo bailar la luz por encima del tronco putrefacto en el que crecían plantitas que ella reconoció como de abetos, rosetones de musgo y líquenes. Esto la tranquilizaba, ver lo que conocía y ponerle nombre.

-Entonces se puso enfermo y se marchó. Es lo que mamá me dijo, pero no era cierto. Se trataba de drogas. -¿De dónde has sacado estas cosas?

-¿Son ciertas? -Apartó la mirada del tronco, de la vida que florecía-. Tía Jamie, quiero saber la verdad. -Sí, son ciertas. Siento que ocurrieran, a ti, a Julie, a mí, a todos nosotros. No podemos cambiarlo, Livvy. Tenemos que seguir adelante y actuar lo mejor que podamos.

-¿El motivo por el que no puedo ir a visitaros nunca es lo que ocurrió? ¿Por qué la abuela me da clases en lugar de ir a la escuela con otros niños? ¿Por qué me llamó MacBride en lugar de Tanner?

Jamie suspiró. Oyó ulular una lechuza y un crujido en los arbustos. Cazadores y cazados, pensó. Sólo pretendían sobrevivir a la noche.

-Decidimos que era mejor para ti no exponerte a la publicidad, a los chismes, a las especulaciones. Tu madre era famosa. A la gente le interesaba su vida y saber lo que ocurrió. Les interesabas tú. Nosotros quisimos alejarte de todo eso. Darte la oportunidad de disfrutar de una infancia feliz y a salvo, como Julie habría querido.

-La abuela lo enterró todo.

-Mamá... la abuela... fue muy duro para ella, Livvy. Perdió a su hija. -A la que no podía evitar preferir-. Tú le ayudaste a superarlo. ¿Puedes entenderlo? -Volvió a coger la mano de Olivia-. Te necesitaba tanto como tú la necesitabas a ella. Estos últimos años ha

centrado su vida en ti. Protegerte era muy importante, y quizá al hacerlo también se protegió a sí misma. No puedes reprochárselo.

-No quiero hacerlo. Pero no es justo que me pida que lo olvide todo. No puedo hablar con ella ni con el abuelo. -Las lágrimas querían aflorar de nuevo. Los ojos le escocían al reprimirlas-. Necesito recordar a mi madre.

-Tienes razón. -Jamie le rodeó los hombros y la abrazó-. Conmigo puedes hablar. No se lo diré a nadie. Y las dos recordaremos.

Satisfecha, Olivia apoyó la cabeza en el hombro de Jamie. -Tía Jamie, ¿tienes cintas de las películas en que aparecía mi madre?

-Sí.

-Un día quiero verlas. Será mejor que regresemos. -Se levantó, mirando a Jamie con expresión solemne-. Gracias por contarme la verdad.

Qué sorpresa, pensó Jamie, esperar a una niña y encontrar a una mujer.

-Te haré otra promesa, Livvy. Éste es un lugar especial para mí, un lugar en el que si haces una promesa tienes que cumplirla. Siempre te diré la verdad, sea cual sea.

-Yo también lo prometo. -Olivia le tendió la mano-. Sea lo que sea.

Se alejaron, cogidas de la mano. En el linde del claro, Olivia levantó la mirada. El cielo se había vuelto de un azul profundo. La luna, que ya no era un espectro, mostraba su esplendor en la noche.

-Han salido las primeras estrellas. Están ahí, incluso cuando es de día, aunque no se las vea. Pero a mí me gusta verlas. Aquélla es la estrella de mamá. -Señaló el diminuto punto brillante que había bajo la cola de la luna creciente-. Es la que sale primero.

Jamie sintió que la garganta se le cerraba.

-A ella le gustaría que pensaras en ella y no estuvieras triste. -¡El café está a punto! -gritó Val desde la puerta-. Te he preparado chocolate, Livvy.

-Ya vamos. Está contenta porque estás aquí, por eso me ha preparado chocolate. -La sonrisa de Olivia fue tan repentina, tan joven, que casi rompió el corazón a Jamie-. Vamos a tomarnos nuestra ración de tiramisú antes de que el abuelo se lo zampe todo.

-Eh, por tiramisú sería capaz de pelearme con mi propio padre.

-Te echo una carrera. -Olivia salió disparada y su cabellera rubia ondeó al viento.

Fue esa imagen -la larga cabellera rubia ondeando, el atrevimiento infantil, la veloz carrera en la oscuridad- lo que Jamie conservó en la cabeza durante toda la velada. Observó a Olivia comer helado, fingir una batalla con su abuelo por la ración de éste, pinchar a David pidiéndole detalles de cuando conoció a Madonna en una fiesta. Y se preguntó si Olivia era lo bastante madura y controlada para asimilar todos sus pensamientos y emociones o si era simplemente lo bastante joven para dejarlos de lado en favor de los postres y la atención.

Aunque preferiría que se tratara de lo último, decidió que Olivia había heredado parte del talento de Julie como actriz.

Mientras preparaba la habitación que había sido suya de niña, sentía una opresión en el pecho. Ahora la hija de su hermana esperaba algo de ella, como durante aquellos horribles días ocho años atrás. Pero ahora no era aquella niñita y no se contentaría con abrazos e historias.

Ahora quería saber la verdad y ello significaba que Jamie tendría que hacer frente a partes de la verdad que había intentado olvidar.

Se había ocupado de las biografías no autorizadas, los documentales, la película de

televisión, la locura de los tabloides y los rumores que corrían sobre la vida y la muerte de su hermana. De vez en cuando aún surgía alguno. La joven y bella actriz, asesinada en la flor de la vida por el hombre al que amaba. En una ciudad que se alimentaba de fantasía y chismes, los macabros cuentos de hadas a menudo podían convertirse en leyendas.

Jamie había hecho todo lo posible para que esto no ocurriera. No concedió entrevistas a la prensa, no hizo ningún trato, no aceptó ningún proyecto. De este modo protegía a sus padres y a la niña, así como a ella misma.

Aun así, cada año aparecía una nueva oleada de historias. Cada año, pensó, apoyada en el lavabo y mirándose al espejo, en el aniversario de la muerte de su hermana.

Por eso ella iba cada verano a casa, se escapaba unos días, se ocultaba como había dejado que ocultaran a Olivia.

Tenían derecho a su intimidad, ¿no? Suspiró y se frotó los ojos. Igual que Olivia tenía derecho a hablar de la madre a la que había perdido. De alguna manera, tenía que conseguir que las dos lo tuvieran.

Se irguió y se apartó el pelo de la cara. Se había dejado convencer por su peluquero de hacerse la permanente y unos suaves reflejos. Tenía que admitir que le quedaban bien. Le daban un aspecto más juvenil. La juventud no era una cuestión de vanidad, pensó, sino de trabajo.

Empezaba a ver algunas líneas alrededor de los ojos, aquellos desagradables recordatorios de la edad, el desgaste y las lágrimas. Tarde o temprano tendría que pensar en hacerse estirar la piel. Se lo había mencionado a David, que se había limitado a reír. «¿Arrugas? ¿Qué arrugas? Yo no veo ninguna.» Hombres, pensó ahora, pero la verdad era que su respuesta le había complacido.

Aun así, no podía descuidar su piel. Se tomó tiempo para ponerse crema de noche, con firmes trazos hacia arriba en el cuello y leves golpecitos alrededor de los ojos. Luego añadió una pizca de perfume entre los senos por si su esposo se sentía romántico.

A menudo era así.

Sonriendo para sí, Jamie volvió al dormitorio donde había dejado la luz encendida para David. Él aún no había subido, así que cerró la puerta sin hacer ruido y se acercó al espejo de cuerpo entero. Se quitó la bata y examinó su cuerpo.

Hacía gimnasia tres días a la semana con una entrenadora personal a la que en secreto llamaba Marquesa de Sade. Pero valía la pena. Quizá no podía decirse ya que sus pechos eran frescos, pero el resto se veía agradable y firme. Mientras pudiera sudar, no habría necesidad de remiendos en ningún sitio salvo en los ojos.

Comprendía el valor que tenía mantenerse atractiva, para su trabajo de relaciones públicas y para su matrimonio. Los actores y locutores con que ella y David trabajaban parecían rejuvenecer a cada instante. Algunos de sus clientes eran mujeres bellas y deseables, mujeres jóvenes. Jamie sabía que, en la vida que llevaban ella y David, sucumbir a la tentación era más la regla que la excepción.

También sabía que tenía suerte. Casi catorce años, pensó. La duración de su matrimonio era un milagro inusual en Hollywood. Tenían sus altibajos, pero siempre lograban superarlos.

Siempre habían podido confiar el uno en el otro. Y otro milagro no poco importante era que se amaban.

Volvió a ponerse la bata. Se anudó el cinturón mientras salía a la terraza a escuchar el

susurro del viento entre los árboles, a buscar la estrella de Julie.

¿Cuántas veces nos sentamos a soñar en noches como ésta?, pensó. Hablábamos en susurros cuando se suponía que estábamos en la cama. Y hacíamos planes. Grandes planes. Muchas cosas no las habría soñado si tú no hubieras tenido antes los grandes sueños. De no ser por ti tal vez nunca habría conocido a David; nunca habría tenido valor para fundar mi propia empresa. Hay muchas cosas que no habría hecho, que no habría visto si no te hubiera seguido.

Se inclinó sobre la barandilla. Cerró los ojos mientras el viento jugueteaba con su pelo y con el borde de su bata y sintió un escalofrío en la piel desnuda.

Haré todo lo posible para que los sueños de Livvy también sean grandes, se dijo, para que nada le impida conseguir lo que más necesite. Y, lo siento, Julie, siento haber tenido que interpretar mi papel para hacer que te olvidara.

Se apartó frotándose los brazos pues el aire era fresco. Pero se quedó fuera, observando las estrellas, hasta que David la encontró.

-Jamie? -Cuando ella se volvió, los ojos de David mostraron afecto-. Estás muy guapa. Tenía miedo de que te hubieras ido a la cama mientras yo fumaba un puro y le contaba mentiras a tu padre.

-No; quería esperarte. -le abrazó y apoyó la cabeza en su hombro-. Esperaba esto.

-Esta noche has estado muy callada. ¿Te encuentras bien?

-Mmmm. Sólo he estado absorta en mis pensamientos. -Algunos no podía compartirlos con él, pues había hecho una promesa-. Mañana hará ocho años. A veces parece que ha pasado toda una vida y otras es como si hubiera sido ayer. Para mí significa mucho, David, el que vengas conmigo cada año; que entiendas por qué tengo que estar aquí. Sé lo que te cuesta organizarte y hacer un hueco para estos días.

-Jamie, ella era importante para todos nosotros. Y tú... -La atrajo para besarla- tú eres quien más me importa.

Con una sonrisa, ella le puso una mano en la mejilla.

-Debe de ser cierto. Sé cuánto te gusta pasear por el bosque y pasar la tarde pescando.

Él hizo una mueca.

-Mañana tu madre me llevará al río.

-Mi héroe.

-Me parece que sabe que detesto pescar y cada verano me hace salir al río para hacerme pagar el que le robara a su hija.

-Bueno, entonces, su hija tiene que hacer que valga la pena, como mínimo.

-¿Ah, sí? -Las manos de David ya se estaban deslizando hacia su trasero por encima del fino camisón-. ¿Cómo? -Ven, te lo enseñaré.

Olivia soñó con su madre y gimoteó dormida. Estaban acurrucadas en un armario lleno de animales de peluche que miraban fijamente con ojos de cristal. Se estremeció en la oscuridad, apretándose contra su madre porque el monstruo bramaba al otro lado de la puerta. Él la llamaba, rugía su nombre mientras se acercaba pisando fuerte.

Hundió la cara en el pecho de su madre y se tapó las orejas cuando cerca se rompió algo, muy cerca de donde ella intentaba desaparecer.

Entonces se abrió la puerta y el armario se llenó de luz, y con la luz vio sangre en sus manos y en el cabello de su madre. Y los ojos de mamá eran como los de los animales: fijos y como de cristal.

«Te he estado buscando», dijo papá, e hizo chasquear las tijeras, que relucían y goteaban.

Mientras ella se revolvía en la cama, dormida, otros soñaban con Julie.

Imágenes de una encantadora jovencita riendo en la cocina, inclinada para preparar salsa roja como la de su abuela. De una compañera amada que corría por el bosque con el pelo claro ondeando al viento. De una amante que suspiraba por la noche. Una mujer de belleza imposible bailando con un vestido blanco el día de su boda.

De la muerte, tan terrible, tan espantosa que no podía ser recordada cuando había luz.

Y los que soñaban con ella lloraban.

Incluso su asesino.

A primera hora de la mañana Val llamó con viveza a la puerta del dormitorio.

-Arriba, David, vamos. El café está hecho y los peces ya pican.

Con un gemido de dolor, David se dio la vuelta y metió la cabeza debajo de la almohada.

-Oh, Dios mío.

-Diez minutos. Voy a envolver tu desayuno.

-Esta mujer no es humana. No puede serlo.

Soñolienta, Jamie rió y le empujó hacia el borde de la cama. -Arriba y a por ellos, pescador.

-Dile que me he muerto. Te lo ruego. -Se apartó la almohada de la cabeza y logró enfocar la silueta de su esposa. Ella le sonrió, con una mano de él en un pecho-. Ve a pescar y, si eres bueno, esta noche tendrás premio.

-No se puede comprar todo con sexo -dijo con cierta dignidad, y, salió de la cama arrastrándose-. Pero a mí me compra. -Tropezó con algo en la oscuridad, soltó una maldición y fue cojeando al cuarto de baño mientras su esposa ahogaba la risa.

Ella estaba dormida cuando él volvió, le dio un beso y salió de la habitación.

La luz se filtraba por las ventanas cuando unas sacudidas y unos susurros la despertaron.

-¿Eh? ¿Qué pasa?

-¿Tía Jamie? ¿Estás despierta?

-No lo estaré hasta que me haya tomado mi café. -Te he traído un poco.

Jamie abrió un ojo y enfocó a su sobrina. Olfateó, captó el aroma y suspiró.

-Eres mi reina.

Soltando una carcajada, Olivia se sentó en la cama mientras Jamie se incorporaba con esfuerzo.

-Lo he preparado yo. La abuela y tío David se han marchado y el abuelo ha ido al albergue. Ha dicho que tenía que ocuparse de no sé qué papeleo, pero sólo le gusta ir allí para hablar con la gente.

-Le conoces muy bien. -Jamie tomó el primer sorbo de café con los ojos cerrados-.

Bueno, ¿qué pretendes?

-Verás... El abuelo dijo que podía tomarme el día libre si querías ir de excursión. Podría llevarte por una de las rutas fáciles. Como una especie de práctica para ser guía. No puedo serlo hasta que tenga dieciséis años, aunque conozca todos los senderos mejor que nadie.

Jamie abrió un ojo. Olivia sonreía ampliamente y sus ojos tenían una expresión de súplica.

-Tú también me conoces bien, ¿verdad?

-Podría estrenar la mochila nueva. Prepararé bocadillos mientras te vistes.

-¿Qué clase de bocadillos?

-De jamón y queso.

-De acuerdo. Dame veinte minutos.

-¡Bien! -Olivia salió de la habitación, dejando que Jamie dispusiera de los dos primeros minutos de esos veinte para recostarse y disfrutar de su café.

Era un día cálido y brillante, con un cielo azul de pleno verano. Un día perfecto, pensó Jamie.

Flexionó los pies, que calzaban sus viejas botas, y examinó a su sobrina. Olivia llevaba el pelo metido debajo de una gorra de campo con el logotipo Camping River's End bordado encima. Su camiseta estaba descolorida y la camisa, desabrochada, tenía los puños deshilachados. Las botas eran viejas y parecían cómodas; la mochila era azul brillante.

Olivia llevaba una brújula y un cuchillo al cinturón. Jamie reparó en que tenía aspecto de ser muy competente.

-Bueno, empieza a hablar.

-¿Que empiece a hablar?

-Sí, te he contratado para que me guíes, para que me enseñes cosas, para que mi experiencia sea memorable. No sé nada. Soy una excursionista de ciudad.

-¿Excursionista de ciudad?

-Eso es. Mi terreno es Rodeo Drive, y he venido aquí para experimentar la naturaleza. Quiero que valga la pena el dinero que he pagado.

-De acuerdo. -Olivia se cuadró de hombros y carraspeó-. Hoy vamos a ir de excursión por el sendero John MacBride. Es un recorrido fácil de dos kilómetros que da la vuelta al bosque pluvial, luego asciende unos ochocientos metros hasta la zona de los lagos, que ofrece magníficas vistas. Mmmm... a los excursionistas mas experimentados les gusta seguir desde ese punto por uno de los senderos más difíciles, pero esta opción da al visitante... mmm... la oportunidad de experimentar el bosque pluvial así como las vistas del lago. ¿Qué tal lo he hecho?

-No está mal.

Era, pensó Olivia, casi palabra por palabra lo que decía uno de los libros que vendían en la tienda de regalos del camping. Lo único que había hecho era concentrarse en la pagina y leerla mentalmente.

Pero lo arreglaría. Aprendería a personalizar sus explicaciones. Aprendería a ser la mejor.

-De acuerdo. Como guía suyo y representante del camping River's End, le proporcionaré almuerzo y explicaciones de la flora y la fauna que veamos durante el recorrido. Me complacerá responder a sus preguntas.

-Muy bien.

-La excursión empieza aquí, en la casa original de los primeros MacBride. John y Nancy MacBride viajaron al Oeste procedentes de Kansas en 1853 y se establecieron aquí, en las lindes del bosque pluvial Quinault.

-Creía que los bosques pluviales se encontraban en los trópicos -dijo Jamie y miró a Olivia parpadeando mientras se dirigían hacia los arboles.

-El valle de Quinault alberga uno de los pocos bosques pluviales templados del mundo. Tenemos temperaturas suaves y mucha lluvia.

-¡Qué altos son los árboles! ¿Qué son?

-Los más altos son píceas Sitka; se las puede identificar por la corteza escamosa. Y abetos Douglas. Crecen mucho y muy rectos. Cuando envejecen, la corteza se vuelve marrón oscuro y tiene estos profundos surcos. Luego está la cicuta occidental. No suele ser un árbol de dosel y tolera la sombra, por lo que está más abajo. No crece tan deprisa

como el abeto Douglas. ¿Ves las piñas por todas partes? -Olivia se inclinó para recoger una-. Ésta es de un abeto Douglas, ¿ves las tres puntas? En el interior del bosque habrá muchas, pero no verás arbolitos porque no toleran la sombra. A los animales les gustan y a los osos les gusta comer su corteza.

-¿Osos?

-Oh, tía Jamie.

-Eh, soy tu cliente de la ciudad, ¿lo recuerdas?

-De acuerdo. No tienes que preocuparte por los osos si tomas simples medidas de precaución. El oso negro vive en esta zona. El, mayor problema con ellos es que les gusta robar comida, o sea que hay que guardar bien las provisiones y la basura. Nunca dejes comida o platos sucios en el campamento.

-Pero tú llevas comida en la mochila. ¿Y si los osos la huelen y nos siguen?

-Llevo la comida envuelta en doble plástico, o sea que no la olerán. Pero si se acerca un oso, haz mucho ruido. Tienes que mantener la calma y dejarle espacio para que se pueda marchar.

Penetraron en el bosque. Casi de inmediato la luz se volvió suave y verdosa y sólo unos débiles reflejos del sol se filtraban por el dosel de árboles. El suelo estaba lleno de piñas, musgo y helechos. El verdor cubría el mundo en formas y texturas sutilmente diferentes.

Un tordo chilló y pasó volando junto a ellas sin apenas agitar el aire.

-Parece prehistórico.

-Supongo que lo es. A mí me parece el lugar más hermoso del mundo.

Jamie puso una mano en el hombro de Olivia.

-Lo sé. -Y un lugar seguro, pensó Jamie. Un buen lugar para una niña-. Dime lo que veo a medida que avanzamos, Livvy. Haz que cobre vida para mí.

Caminaban a buen paso y Olivia hacía todo lo posible para emplear una voz y un ritmo de guía turístico. Pero el bosque siempre la cautivaba. Se preguntaba por qué había que explicar las cosas cuando simplemente podían verse.

La luz era tan suave que parecía notarse en la piel; el aire era tan rico en aromas que casi mareaba. Pinos, humedad y troncos putrefactos que constituían la fuente de vida de nuevos árboles. El aspecto engañosamente frágil del musgo que se derramaba, se extendía y trepaba por todas partes. Los sonidos -el crujido de las botas al pisar las agujas y piñas, el revuelo de pequeños animales que corrían de un lado a otro, la llamada de los pájaros, el repentino y sorprendente gorgoteo del agua de un arroyuelo. Todo acudía a ella en un silencio especial.

Aquello era su catedral, más magnífica y sin duda más sagrada para ella que ninguna de las fotografías que había visto de los gloriosos edificios de Roma o París. Aquello vivía y moría cada día.

Señaló un anillo de setas que añadían salpicaduras de blanco y amarillo, los líquenes que tapizaban los grandes troncos de los árboles, las semillas derramadas por la gran píceas Sitka, la complicada maraña del arce trepador que insistía en crecer cerca del suelo.

Esquivaron troncos caídos y cubiertos de musgo y brotes, se abrieron paso a través de plumosos helechos y, gracias a la buena vista de Olivia, divisaron un águila que volaba muy alto por encima de las ramas.

-Casi nadie utiliza este camino -dijo Olivia-, porque la primera parte es particular. Pero ahí empiezan los senderos públicos y ya se ve gente.

-¿No te gusta ver gente, Livvy?

-En el bosque, no mucho. -Esbozó una leve sonrisa-. Me gusta pensar que es mío y que nadie lo cambiará nunca. Escucha. -Alzó una mano y cerró los ojos.

Intrigada, Jamie la imitó. Oyó el débil compás de una música. -La gente estropea la magia -dijo Olivia con solemnidad, y echó a andar.

Mientras ascendían por el sendero, Jamie empezó a captar más sonidos. Una voz, la risa de un niño. Donde los árboles eran menos abundantes la luz se derramaba entre ellos y aquella suave penumbra verdosa desaparecía.

Los lagos se extendían en la lejanía, relucientes bajo el sol, puntuados por algunas barcas. Y las grandes montañas se elevaban hacia el cielo mientras las hondonadas, los valles y las gargantas se abrían paso con curvas y cuchilladas.

Ahora el ambiente era más cálido y Jamie se sentó y se remangó la camisa para que el sol le diera en los brazos.

-Aquí hay toda clase de magia. -Sonrió cuando Olivia se quitó la mochila de la espalda-. No es necesario estar sola para que funcione.

-Supongo que no. -Con cuidado, Olivia sacó la comida, el termo y luego, sentada al estilo indio, ofreció sus prismáticos a Jamie-. A lo mejor ves a tío David y a la abuela.

-Es posible que tío David haya saltado por la borda y haya vuelto a casa nadando. -Riendo, Jamie enfocó los prismáticos-. Oh, hay cisnes. Me encantan. Debería haber traído mi cámara fotográfica. No sé por qué nunca me acuerdo de cogerla.

Bajó los prismáticos para coger uno de los bocadillos que Olivia había cortado en mitades meticulosamente iguales.

-Esto siempre es hermoso, en cualquier época del año, a cualquier hora del día.

Al bajar la mirada reparó en que su sobrina la estaba observando. Sintió un leve escalofrío al ver aquella mirada escrutadora. -¿Qué ocurre?

-Tengo que pedirte un favor. No querrás hacerlo, pero he pensado mucho en ello y es importante. Necesito que me des una dirección. -Olivia apretó los labios y luego soltó el aliento-. La del policía que me llevó a vuestra casa aquella noche. Se llama Frank. Le recuerdo, pero no muy bien. Quiero escribirle.

-Livvy, ¿por qué? Él no te dirá nada que yo no pueda decirte. No es bueno para ti preocuparte tanto por ese asunto.

-Es mejor saber las cosas que preguntarlas. Él fue bueno conmigo. Aunque sólo sea para decirle que me acuerdo de él y que fue bueno conmigo; me sentiría mejor. Y... él estaba allí aquella noche, tía Jamie. Tú no. Estuve yo sola hasta que llegó y me encontró. Quiero hablar con él.

Volvió la cabeza para contemplar los lagos.

-Le diré que mis abuelos no saben que le escribo. No le mentaré. Peto necesito intentarlo. Sólo recuerdo que se llamaba Frank.

Jamie cerró los ojos y sintió un punto de congoja. -Brady. Se llama Frank Brady.

7

Fank Brady dio vueltas al sobre azul. Su nombre y la dirección de la comisaría estaban escritos a mano, de forma pulcra y precisa, inconfundiblemente infantil, igual que el remitente.

«Olivia MacBride.»

La pequeña Livvy Tanner, reflexionó, un joven fantasma del pasado.

En realidad, nunca había olvidado aquella noche, aquella gente, aquel caso. Lo había

intentado. Había hecho su trabajo, la justicia había seguido su curso lo mejor posible y la familia de la niña, que la amaba, se la había llevado lejos.

Caso cerrado. A pesar de las historias sobre Julie MacBride que de vez en cuando aparecían, los chismes, los cotilleos, las películas que emitían por televisión de madrugada, aquello había terminado. Julie MacBride tendría treinta y dos años y sería hermosa para siempre, y el hombre que la había matado no saldría de la cárcel hasta al cabo de otra década o más.

¿Por qué demonios le escribiría la chiquilla después de tanto tiempo?, se preguntó. ¿Y por qué no abría la carta y lo averiguaba?

Pero vacilaba; miró el sobre con ceño mientras a su alrededor los teléfonos sonaban con estridencia y los policías iban de un lado a otro. Se dio cuenta de que deseaba que sonara su teléfono para poder dejar la carta y coger un nuevo caso. Luego, profiriendo un juramento en voz baja, abrió el sobre, desdobló la única hoja de papel y leyó:

Querido detective Brady:

Espero que me recuerde. Mi madre era Julie MacBride, y cuando la mataron usted me llevó a casa de mi tía. También fue allí a verme. Yo no entendía entonces lo que era un asesinato ni que usted estaba investigando. Hizo que me sintiera a salvo y me dijo que las estrellas estaban ahí incluso cuando era de día. Usted me ayudó entonces. Espero que ahora pueda ayudarme también.

Estoy viviendo con mis abuelos en el estado de Washington. Esto es muy bonito y a ellos los quiero mucho. Tía Jamie ha venido esta semana de visita y le he pedido si podía darme su dirección para escribirle. No se lo he dicho a mis abuelos porque se habrían puesto tristes. Nunca hablamos de mi madre ni de lo que hizo mi padre.

Tengo muchas preguntas que nadie puede responderme más que usted. Para mí es muy importante conocer la verdad, pero no quiero hacer daño a mi abuela. Ahora tengo doce años, pero ella no entiende que cuando pienso en aquella noche y trato de recordarla, todo se mezcla y aún es peor. ¿Hablara conmigo?

He pensado que quizá, si quisiera tomarse unas vacaciones, podría venir aquí. Recuerdo que tenía usted un hijo. Me contó que comía insectos y que a veces tenía pesadillas en las que había unos invasores extraterrestres, pero ahora es mayor y supongo que ya no las tiene.

Dios mío, pensó Frank con una sonrisa de asombro. Aquella chiquilla tenía una memoria increíble.

Aquí se pueden hacer muchas cosas. Nuestro camping y albergue es muy bonito e incluso podría enviarle nuestros folletos. Se puede pescar, hacer excursiones a pie o ir en barca. Hay una piscina y diversión nocturna. También estamos cerca de una de las playas mas bonitas del noroeste.

Sonriendo, Frank terminó de leer.

Venga, por favor. No tengo a nadie mas con quien hablar. Atentamente,

Olivia

-Dios mío -exclamó Frank. Dobló la carta, la metió en el sobre y se la guardó en el bolsillo de la chaqueta. Pero no le fue tan fácil apartar a Olivia de su mente.

Todo el día llevó consigo la carta y el recuerdo de la niña. Decidió que le escribiría una respuesta amable, comprensiva pero sin comprometerse a nada. Podía contarle que Noah

iba a empezar a ir a la universidad en otoño y que le habían nombrado mejor jugador en su torneo de baloncesto. Una carta simpática, natural. Utilizaría su trabajo y sus compromisos familiares como excusa para no ir a verla.

¿De qué serviría ir a Washington y hablar con ella? Sólo para trastornar a las personas implicadas. No podía asumir semejante responsabilidad. Los abuelos de Livvy eran buena gente.

Había hecho algunas comprobaciones cuando solicitaron la custodia de la niña. Sólo para atar cabos, se dijo ahora igual que se había dicho entonces. Y en los primeros dos años había hecho algunas comprobaciones más, sólo para asegurarse de que la niña se adaptaba bien.

Después había cerrado el caso y tenía intención de que siguiera cerrado.

Era policía, se recordó cuando regresaba a casa, no era psicólogo ni asistente social, y su única relación con Olivia era el asesinato de su madre.

Hablar con él no la ayudaría.

Entró en el sendero detrás de un Honda Civic azul brillante, que había sustituido al VW de su esposa cuatro años atrás. Los dos guardabarros estaban llenos de pegatinas. Su esposa había renunciado a su querido escarabajo, pero no a sus causas.

La bicicleta de Noah había ascendido de categoría y ahora era un Buick de segunda mano que el muchacho mimaba como a una amante. Al cabo de pocas semanas lo cargaría y se marcharía a la universidad. Esta idea golpeó a Frank como una flecha en el corazón, como le ocurría siempre.

Las flores que danzaban junto a la puerta medraban, gracias a la atención de Noah. Tenía buena mano para las plantas, pensó Frank al bajar del coche. Cuando el muchacho se hubiera marchado, entre él y Celia matarían las flores en menos de un mes. Cuando entró por la puerta principal oyó sonar a Fleetwood Mac. Se le cayó el alma a los pies. A Celia le gustaba cocinar escuchando a Fleetwood Mac; y si había decidido cocinar, eso significaba que Frank se levantaría con sigilo en plena noche para ir a la cocina a buscar la comida prohibida que guardaba escondida. La sala de estar estaba en orden, otra mala señal. El hecho de que no hubiera periódicos ni zapatos esparcidos por allí significaba que Celia había salido temprano de su trabajo en el refugio de mujeres y se sentía hogareña.

Él y Noah sufrían cuando Celia estaba de este humor doméstico. Habría una comida preparada en casa que tendría que ver más con la nutrición que con el sabor, una casa ordenada en la que no podría encontrar nada y muy probablemente la ropa estaría limpia y doblada pulcramente, lo que significaba que le faltarían la mitad de sus calcetines.

Las cosas iban mucho mejor en casa de los Brady cuando Celia dejaba las tareas domésticas a los hombres.

Cuando Frank entró en la cocina, sus peores temores se vieron confirmados. Celia removía, feliz, algo que se cocía al fuego. Había una barra recién hecha de algún tipo de pan especial al lado de un enorme calabacín amarillo.

Pero ella estaba preciosa, pensó, con el pelo reluciente recogido en una coleta, meneando sus estrechas caderas como un muchachito adolescente siguiendo el ritmo de la música con sus delgados pies descalzos.

Tenía una expresión de inocencia competente que a él siempre le había parecido que ocultaba una determinación ilimitada. No había nada que Celia Brady quisiera que no lograra.

Y de una manera u otra conseguía de él lo que quería desde que era una estudiante de veinte años y él un novato policía de veintitrés que la arrestó durante una protesta contra la experimentación con animales.

Se pasaron las dos primeras semanas de su relación discutiendo.

Las dos siguientes las pasaron en la cama. Ella se negaba a casarse con él, motivo por el que peleaban. Pero él también tenía mucha determinación. Durante el año que vivieron juntos, él la convenció. Se acercó a ella por detrás y la abrazó con fuerza. -Te quiero, Celia.

Ella se volvió en sus brazos y le dio un beso rápido.

-Aun así, comerás judías y calabacín. Te conviene.

Él imaginaba que lo había superado, y tenía minipizzas escondidas en el congelador.

-Lo comeré y seguiré amándote. Soy un tipo duro. ¿Dónde está Noah?

-Ha salido con Mike. Más tarde tiene una cita con Sarah. -¿Otra vez?

Celia tuvo que sonreír.

-Es una chica muy agradable, Frank. Y como él se marcha dentro de poco a la universidad, quieren pasar juntos todo el tiempo que puedan.

-Me gustaría que no estuviera tan colgado de esa chica. Sólo tiene dieciocho años.

-Frank, cuando haya pasado medio trimestre en la universidad, Sarah no será más que un recuerdo. Bueno, ¿qué pasa?

Él no se molestó en supirar, pero cogió la cerveza que ella le ofrecía.

-¿Recuerdas el caso MacBride?

-Julie MacBride? -Celia enarcó las cejas-. Claro. Fue un caso muy importante para tu carrera y aún te pones triste si en la tele dan una película de ella. Pero ¿qué pasa con ese caso? Lo cerraste hace años. Sam Tanner esta en la cárcel.

-La niña.

-Sí, la recuerdo. Te rompió el corazón. -Celia le frotó el brazo-. Blandengue.

-Sus abuelos obtuvieron su custodia y se la llevaron al estado de Washington. Allí tienen un camping y un albergue, junto al parque nacional.

-¿El Parque Nacional Olympic? -A Celia se le iluminaron los ojos-. Aquello es precioso. Fui allí de excursión a pie el verano que me gradué en el instituto. Han sabido mantener a raya a los codiciosos chupasangres.

Para Celia, un codicioso chupasangre era cualquiera que quisiera talar un árbol, demoler un edificio antiguo, cazar conejos o verter cemento en terreno agrícola.

-Ya salió la amante de los arboles.

-Ja, ja. Si tuvieras idea del daño que pueden causar los madereros que no tienen la previsión de...

-No empieces, Cee, ya como judías y calabacín.

Ella apretó los labios y se encogió de hombros. Como provocarla no formaba parte de la estrategia de Frank, se metió la mano en el bolsillo para sacar la carta.

-Lee esto y dime qué piensas.

-O sea que te interesa lo que pienso. -Pero después de leer las dos primeras líneas, se sentó y el destello belicoso que había en sus ojos se convirtió en compasión-. Pobrecita -murmuró-. Qué triste esta. Y qué valiente es.

Alisó la carta con los dedos y se la devolvió a Frank antes de volver a remover la cazuela.

-¿Sabes, Frank?, unas vacaciones familiares antes de que Noah se marche a la universidad nos irían bien a todos. Y no hemos ido de camping desde que Noah tenía tres

años y tú juraste no volver a dormir una sola noche en el suelo.

La mitad del peso que la carta había puesto sobre sus hombros desapareció.

-Te quiero de veras, Celia.

Olivia hizo todo lo posible por comportarse con normalidad, reprimir los nervios y la excitación para que sus abuelos no notaran nada. Por dentro era un manojo de nervios y le dolía un poco la cabeza, pero realizó sus tareas matinales y logró comer un poco a la hora del almuerzo para que nadie hiciera comentarios sobre su falta de apetito.

Los Brady llegarían pronto.

Había sentido alivio cuando llamaron a su abuelo al camping, después de almorzar, para ocuparse de alguna cosa. No le había costado poner excusas para quedarse en lugar de ir con él, aunque se sentía culpable por no ser del todo sincera.

La culpabilidad la hacía trabajar el doble de lo normal en limpiar la terraza de la sala de estar del albergue y arrancar las malas hierbas de los jardines aledaños. También era el lugar perfecto para observar las llegadas y las partidas.

Olivia arrancó las malas hierbas de las capuchinas que caían sobre el muro bajo de piedra en alegres tonos de amarillo y naranja y descabezó las margaritas marchitas que crecían entre ellas mientras con un ojo vigilaba recepción.

Las manos le sudaban bajo los guantes de jardinería que se había puesto sólo porque quería parecer adulta y estrechar la mano a la familia Brady sin tener sucios los dedos y las uñas. Quería que Frank viera que había crecido lo suficiente para comprender lo de su madre y lo de su padre.

No quería que viera a una niña asustada que necesitaba protección contra los monstruos. Ella iba a aprender a perseguir sola a los monstruos, pensó. Luego, distraída, se pasó una mano por la cara y se la manchó.

Se había cepillado el pelo y se lo había recogido en, una coleta que le salía por la abertura trasera de la gorra. Vestía vaqueros y una camiseta de River's End. Ambas prendas por la mañana estaban limpias, y aunque había procurado mantenerlas así, las rodillas de los pantalones ya estaban manchadas.

Ya deberían haber llegado, pensó. Llegarían enseguida, tenían que hacerlo, de lo contrario su abuelo regresaría. Tal vez reconociera a Frank Brady, pues el abuelo recordaba a todo el mundo y todas las cosas. Y entonces encontraría la manera de impedir que hablara con Frank, que le hiciera preguntas. Todos sus planes, el cuidado que había tenido, las esperanzas que albergaba no habrían servido de nada si no llegaban pronto.

Una pareja salió a la terraza y se sentó a una de las mesitas de hierro. Alguien del personal saldría a servirles, Olivia lo sabía.

Siguió trabajando en el macizo de flores, medio escuchando a la mujer que leía en voz alta la guía de excursiones. Planeaba la excursión del día siguiente y discutían si hacer una de las largas y encargar los almuerzos de picnic que el albergue proporcionaba.

Si hubiera sido un día normal, Olivia habría dejado de trabajar para recomendarles ese plan, para hablarles sobre la excursión que al parecer gustaba más a la mujer. A los clientes les gustaba el toque personal y sus abuelos la animaban a compartir sus conocimientos de la zona con ellos. Pero ahora tenía demasiadas cosas en la cabeza para pararse a charlar y siguió trabajando en el borde de la terraza hasta quedar casi fuera del alcance de la vista.

Vio un coche grande y viejo que subía dando bandazos por el camino, pero reparó de inmediato en que el hombre que lo conducía era demasiado joven para ser Frank Brady.

Su rostro era agradable, al menos lo que distinguía de él, pues llevaba gorra y gafas de sol. El pelo le sobresalía de la gorra, rizado y castaño claro.

La mujer que iba en el asiento del pasajero también era atractiva. Su madre, supuso Olivia, aunque tampoco parecía muy mayor. Tal vez era su tía, o su hermana mayor.

Repasó mentalmente las reservas para aquel día tratando de recordar si había alguna para una pareja; entonces divisó otra figura desmadejada en el asiento de atrás.

El corazón empezó a palparle y poco a poco se puso en pie mientras el coche tomaba la última curva y aparcaba.

Le reconoció enseguida. Olivia no encontró extraño que el borroso recuerdo que conservaba de su cara se enfocara en el instante en que Frank bajó del coche. Entonces le recordó perfectamente: el color de sus ojos, el sonido de su voz, el tacto de su mano, grande y suave en su mejilla.

La cabeza empezó a darle vueltas cuando él la vio. Olivia sintió que las piernas le temblaban, pero se quitó los guantes y se los metió en el bolsillo trasero. Tenía la boca seca, pero logró esbozar una sonrisa y echó a andar.

Él también.

Para Olivia, la mujer y el joven que bajaron del coche se difuminaron en el fondo. Igual que los grandes árboles, el cielo azul, el revoloteo de las mariposas, el parloteo de los pájaros.

Sólo le vio a él, igual que le había visto sólo a él aquella noche en que abrió la puerta del armario.

-Soy Olivia -dijo con un hilo de voz-. Gracias por venir, detective Brady. -Le tendió la mano.

¿Cuántas veces, se preguntó Frank, le rompería el corazón aquella chiquilla? Estaba tan seria, con una expresión tan solemne y una sonrisa tan educada... Pero la voz le temblaba.

-Me alegro de volver a verte, Olivia.-Le cogió la mano y la retuvo-. Livvy. ¿Ya no te llaman Livvy?

-Sí. -Su sonrisa fue un poco más cálida-. ¿Ha tenido buen viaje?

-Sí, gracias. Decidimos venir en coche, por lo que necesitábamos el de mi hijo. Es el único lo bastante grande para ser cómodo en un viaje tan largo. ¿Celia?

Alargó el brazo y lo pasó por los hombros de su esposa. Olivia reparó en ese gesto. Le gustaba estudiar el modo en que las personas estaban juntas. La mujer parecía cómoda pegada a él; su sonrisa era amistosa y sus ojos la miraban con amabilidad.

-Ésta es Celia, mi esposa.

-Hola, Livvy. Qué bonito es esto. Una vez acampé en estos terrenos, cuando tenía la edad de Noah. Nunca he olvidado esta zona. Noah, ésta es Livvy MacBride, su familia es la propietaria del albergue.

El muchacho la miró e hizo un gesto de asentimiento, educado pero distante.

-Hola -fue lo único que dijo metiéndose las manos en los bolsillos. Detrás de las gafas oscuras, se fijó en todos los detalles del rostro de Olivia.

Era más alta de lo que esperaba; larguirucha. Se recordó que la imagen que tenía de ella era la de la niña pequeña tapándose los oídos con las manos y el rostro lleno de miedo y angustia. No había olvidado su aspecto. Nunca la olvidaría.

-Noah es hombre de pocas palabras -dijo Celia sobriamente, pero el modo en que la miró hizo sonreír a Olivia.

-Pueden dejar el coche aquí mientras se inscriben. Todas las plazas con vistas al lago

estaban reservadas, pero tendrán una vista muy bonita del bosque. Es una de las unidades familiares de la planta baja y tiene su propio patio.

-Parece estupendo. Recuerdo que hice fotografías del albergue. -Para que Olivia se sintiera a gusto, Celia le puso una mano en el hombro y se volvió para examinar el edificio-. Es como si hubiera crecido aquí de forma natural, como los árboles.

Era un edificio grandioso, antiguo y digno. Tres pisos, con la principal sección debajo de un tejado inclinado. Las ventanas eran generosas y ofrecían unas vistas asombrosas. La madera era de un tono marrón claro y, con los adornos en verde oscuro, parecía formar parte del bosque como los grandes árboles que lo sobrepasaban.

Los senderos eran de piedra con pequeños arbustos perennes, helechos y flores silvestres dispersas. El paisaje no parecía cuidado sino silvestre e intacto.

-No molesta nada. Quien lo construyó comprendía la importancia de trabajar con la naturaleza en lugar de ir en su contra.

-Mi bisabuelo. Él fue el primero en construirlo; luego, él, su hermano y mi abuelo le fueron añadiendo cosas. También le puso el nombre. -Olivia resistía la necesidad de frotarse las húmedas palmas en los tejados-. Aquí no termina ningún río ni nada. Es una metáfora.'

-Por encontrar descanso y refugio al final de una jornada -sugirió Celia, lo que hizo sonreír a Olivia.

-Sí, exacto. Eso es lo que él quería. Al principio no era más que una posada, y ahora es un lugar de vacaciones. Pero nosotros queremos que haya el mismo ambiente de descanso y nos esforzamos por conservar la zona y hacer que el albergue se añada a la pureza del bosque y los lagos en lugar de alejarse de ella.

-Hablas como ella. -Frank hizo un guiño-. Celia es una ferviente partidaria de conservar la naturaleza.

-Lo es cualquiera que tenga cerebro -dijo Olivia, y Celia asintió.

-Vamos a llevarnos muy bien. ¿Por qué no me enseñas el albergue mientras estos hombres fuertes se ocupan del equipaje?

Olivia miró a Frank cuando Celia se soltó.

1. River's End significa «fin del río». (N. de la T.)

La impaciencia la consumía, pero hizo lo que le pedían y abrió la mitad de las grandes puertas dobles.

-- La otra vez que vine no entré -le contó Celia-. Mi presupuesto era muy pequeño y despreciaba todas las comodidades. Fui una de las primeras hippies.

Olivia se paró y parpadeó.

-¿De veras? No parece hippie.

-Ahora sólo llevo los collares de cuentas en ocasiones muy especiales... como en el aniversario de Woodstock. -¿Frank también era hippie?

-¿Frank? -Celia echó la cabeza hacia atrás y rió con ganas-. Oh, no, el señor Conservador no. Ese hombre nació policía... y republicano. Bueno -dijo con un suspiro-, ¿qué se le va a hacer? Pero es adorable.

En el salón principal dio media vuelta para admirar los suelos y las paredes de pino y abeto natural, la gran chimenea de piedra llena, en el calor de agosto, de flores frescas en lugar de llamas. Había sillas y sofás, en suaves tonos tierra, repartidos formando

pequeños grupos.

Varios clientes estaban tomando café o vino, contemplando sentados las vistas o estudiando sus guías turísticas.

Había cuadros de pintores norteamericanos, así como tapices y alfombras, y cubos de cobre que contenían generosos ramos de flores frescas.

Parecía más una sala de estar grande que un salón de albergue, lo cual, supuso Celia, era lo que se pretendía.

El mostrador era de madera pulida y lo atendían dos encargados con camisa blanca y chaleco verde de cazador. Las actividades del día estaban escritas a mano en una vieja pizarra y en el mostrador había un cuenco de cerámica con caramelos.

-Bienvenidos a River's End. -La recepcionista hizo una mueca cariñosa a Olivia antes de sonreír a Celia-. ¿Pasarán unos días con nosotros?

-Sí, Celia Brady y familia. Mi marido y mi hijo se están ocupando del equipaje.

-Sí, señora Brady; nos alegramos de que estén aquí. -Mientras hablaba, la recepcionista escribía en el teclado de ordenador que había bajo el mostrador-. Espero que hayan tenido un viaje agradable.

-Sí. -Celia se fijó en el nombre de la etiqueta identificativa que la joven llevaba cogida al chaleco-. Gracias, Sharon.

-Y se quedarán con nosotros cinco noches. Tienen nuestro paquete familiar, que incluye desayuno para tres cada mañana, cualquiera de nuestras excursiones guiadas...

Olivia dejó de escuchar las explicaciones de Sharon y miró hacia la puerta. El corazón empezó a latirle con fuerza cuando Frank entró, seguido por Noah. Iban cargados con maletas y mochilas.

-Te ayudaré, Sharon. Puedo acompañar a los Brady a sus habitaciones y decirles dónde está todo.

-Gracias, Livvy. Nadie mejor que una MacBride como guía, señora Brady. Disfruten de su estancia.

-Por aquí. -Haciendo esfuerzos para no apresurarse, Olivia los condujo por un pasillo y giró a la derecha-. El gimnasio está a la izquierda y es gratuito para los clientes. Se puede llegar a la piscina por aquí o saliendo por la entrada sur.

Fue dando toda la información sobre las horas de las comidas, el servicio de habitaciones, horario del bar, alquiler de canoas, equipo de pesca, bicicletas.

En la puerta de sus habitaciones se apartó y, pese a los nervios, le agradó oír que Celia dejaba escapar una exclamación de placer.

-¡Es fantástico! ¡Fantástico! Oh, Fran, mira qué vista. Es como estar en medio del bosque.

-Se acercó a las puertas del patio y las abrió-. ¿Por qué vivimos en la ciudad?

-Tiene algo que ver con mi empleo -dijo Frank con sequedad.

-La habitación principal está aquí, y la secundaria allí. -Voy a dejar mis cosas. -Noah se dirigió hacia el otro extremo de la sala de estar.

-Supongo que querrán deshacer el equipaje e instalarse. -Olivia juntó las manos y las separó-. Si puedo hacer algo por ustedes, o si quieren preguntar algo... yo... hay algunas excursiones cortas, por senderos fáciles, si quieren explorar un poco esta tarde.

-Frank, ¿por qué no haces de explorador? -Celia sonrió, incapaz de resistir la súplica que había en los ojos de Olivia-. Noah y yo probablemente nos quedaremos en la piscina. Livvy puede enseñarte los alrededores y te irá bien estirar las piernas.

-Buena idea. ¿Te importa, Livvy?

-No, no. No me importa. Podemos ir por allí. -Señaló las puertas del patio-. Hay una excursión fácil de menos de un kilómetro; ni siquiera se necesita equipo especial.

-Me parece perfecto. -Besó a Celia y le pasó la mano por el brazo-. Hasta ahora.

-Tómalo con calma. -Se acercó a las puertas detrás de ellos, observando a la niña que conducía al hombre hacia los árboles.

-Mamá.

Ella no se volvió; siguió observando hasta que las dos figuras se adentraron en las sombras del bosque.

-¿Qué?

-¿Por qué no me lo dijisteis?

-¿Decirte qué, Noah?

-Que es la hija de Julie MacBride.

Celia se volvió a Noah, que estaba en el umbral de la puerta de su habitación, apoyado contra el marco, los ojos alerta y un poco molesto.

-Sí. ¿Por qué?

-No hemos venido aquí a pasear por el bosque y pescar. Papá detesta la pesca y su idea de las vacaciones es estar tumbado en la hamaca del jardín de atrás.

Celia por poco no se echó a reír. Era cierto. -¿Qué opinas?

-Ha venido para ver a la chiquilla. ¿Significa eso que ha surgido algo más relacionado con el asesinato de Julie MacBride?

-No. No es nada de eso. No sabía que te interesara ese asunto, Noah.

-¿Por qué no? -Se apartó del umbral y cogió una manzana brillante del frutero que había en la mesa-. Era el caso de papá, y fue importante. La gente aún habla de ello. Y él piensa en ello. -Noah señaló con la barbilla en la dirección que había tomado su padre-. Aunque no diga nada. ¿Qué pasa?

Celia alzó los hombros y los dejó caer.

-La chiquilla, Olivia, le escribió. Quiere hacerle algunas preguntas. No creo que sus abuelos le hayan contado gran cosa ni que sepan que escribió a tu padre. Así que déjales un poco de espacio.

-Claro. -Noah dio un mordisco a la manzana y su mirada se dirigió hacia la ventana, hacia los árboles adonde la larguirucha chiquilla había conducido a su padre-. Sólo quería saberlo.

8

Los árboles los envolvieron, como barrotes gigantescos de una antigua prisión. Frank esperaba franqueza y encanto y, en cambio, se encontró caminando por un mundo extraño donde la luz era misteriosamente verde y la naturaleza se mostraba en formas extrañas y primitivas.

Incluso los ruidos y los olores eran extraños, intensos. La humedad se pegaba al aire. Se habría sentido más cómodo en un oscuro callejón de la zona este de Los Ángeles. Se dio cuenta de que miraba por encima del hombro y deseaba sentir el reconfortante peso de su pistola.

-¿Nunca te has perdido aquí? -preguntó a Olivia

-No, pero la gente a veces se pierde. Siempre has de llevar una brújula y seguir los senderos señalados, si eres novato. -Alzó la cara para examinar la de él-. Adivino que es usted un excursionista de ciudad.

Esta expresión le hizo sonreír.

-Tienes razón.

Ella también sonrió y el buen humor hizo que le brillaran los ojos.

-Tía Jamie dijo que ella también es. eso ahora. Pero en la ciudad también puede perderse uno, ¿no?

-Sí, claro

Olivia desvió la mirada y redujo el paso.

-Me alegro de que haya venido. No creía que lo hiciera. No estaba segura siquiera de que me recordara.

-Te recordaba, Livvy. -Le tocó el brazo levemente, notó la rigidez y el control que una chiquilla de doce años no debería tener-. He pensado en ti a veces, me preguntaba cómo estarías.

-Mis abuelos son fantásticos. Me gusta mucho vivir aquí. No puedo imaginarme viviendo en otro sitio. La gente viene de vacaciones, pero yo vivo aquí siempre. -Lo dijo todo muy deprisa-. Tiene una familia muy agradable -añadió.

-Gracias. Creo que la conservaré.

La sonrisa de Olivia fue fugaz.

-Yo también tengo una familia muy agradable. Pero... Aquello es un tronco nodriza -dijo con voz nerviosa, señalando-. Cuando se cae un árbol, o alguna rama, el bosque lo aprovecha. Aquí no se desperdicia nada. Aquello es un abeto Douglas; se ven los brotes de cicuta occidental que crecen en él, y el musgo, los helechos y las setas. Cuando muere algo, da una oportunidad de vivir a otras cosas.

Volvió a levantar la mirada hacia él, con lágrimas en los ojos. -¿Por qué murió mi madre?

-No puedo responderte a eso, Livvy. Nunca puedo responder por qué, y es la parte más dura de mi trabajo.

-Fue una lástima,, ¿verdad?, perder algo bueno y hermoso. Ella era buena y hermosa, ¿no?

-Sí lo era.

Olivia asintió y echó a andar de nuevo; no volvió a hablar hasta que estuvo segura de que controlaba las lágrimas.

-Pero mi padre no lo era. No podía ser bueno y guapo. Pero ella se enamoró de él y se casaron.

-Tu padre tenía problemas.

-Drogas --dijo llanamente-. Lo leí en los periódicos que mi abuela guarda en el desván. Tomó drogas y la mató. No podía amarla. No podía amarnos a ninguna de las dos.

-Livvy, la vida no siempre es tan sencilla, o blanco o negro.

-Si amas a alguien, cuidas de esa persona. La proteges. Si amas lo suficiente, morirías para protegerla. -Habló con suavidad, pero su voz rezumaba furia-. Él dice que no lo hizo. Pero lo hizo, yo lo vi. Aún puedo verle si quiero. -Apretó los labios-. También me habría matado a mí si no me hubiera escapado.

-No lo sé. Es posible.

-Usted habló con él después.

-Sí. Eso forma parte de mi trabajo.

-¿Está loco?

Frank abrió la boca y volvió a cerrarla. Aquí no había respuestas convincentes.

-El tribunal no lo creyó así.

-¿Pero usted sí?

Frank suspiró. Se dio cuenta entonces de que habían dado la vuelta, vio partes de la línea del tejado, el relucir de las ventanas del albergue.

-Livvy, creo que era débil y que las drogas influyeron en esa debilidad. Le hicieron creer cosas que no eran ciertas y hacer cosas que no estaban bien. Probablemente tu madre se separó de él más para protegerte a ti que a ella. Y creo que lo hizo con la esperanza de que eso le empujara a buscar ayuda.

Pero no fue así, pensó Olivia. No le hizo buscar ayuda y no protegió a nadie.

-Si ya no vivía allí, ¿por qué estaba en casa aquella noche? -Es evidente que ella le dejó entrar.

-Porque aún le amaba. -Meneó la cabeza antes de que Frank pudiera contestar-. Está bien, entiendo. ¿Estará en la cárcel para siempre?

Hay dos «para siempre», pensó Frank.

-Le condenaron a veinte años, los primeros quince sin posibilidad de libertad bajo palabra.

Olivia puso ceño en un gesto de concentración. Quince años era más de lo que ella había vivido, pero no era suficiente.

-¿Significa eso que puede salir dentro de siete años? ¿Así, después de lo que hizo?

-No necesariamente. El sistema... -¿Cómo podía explicarle a una niña los entresijos del asunto?-. Pasará por una especie de examen.

-Pero la gente que le examine no sabrá nada. Ellos no estaban allí. No les importará.

-Sí les importará. Yo puedo ir. -Y lo haría, decidió Frank, y hablaría por la niña-. Me está permitido ir y dirigirme a los examinadores porque estuve allí.

-Gracias. -Las lágrimas querían asomar de nuevo, por lo que tendió una mano a Frank-. Gracias por hablar conmigo. -Livvy -le cogió la mano y con la otra le acarició la mejilla-, puedes llamarme o escribirme siempre que quieras. -¿De veras?

-Me gustaría que lo hicieras.

Las lágrimas dejaron de escocerle los ojos, sus nervios se calmaron.

-Entonces lo haré. Me alegro de que haya venido. Espero que usted y su familia lo pasen bien. Si quiere, puedo apuntarles a una de las excursiones guiadas, o enseñarles los senderos por los que pueden ir solos.

Frank le sonrió.

-Nos gustaría, pero sólo si podemos contratarte a ti como guía. Queremos la mejor.

Ella le miró con ojos serenos.

-El sendero Línea del Cielo sólo tiene cincuenta kilómetros. -Al ver que él se quedaba boquiabierto, sonrió levemente-. Era broma. Conozco una bonita excursión de un día, si les gusta hacer fotografías.

-¿Cuál es tu definición de una bonita excursión de un día? Olivia esbozó una sonrisa radiante.

-Sólo unos tres kilómetros. Verán castores y águilas. El albergue puede prepararnos una bolsa de picnic.

-De acuerdo. ¿Qué te parece mañana?

-Lo comprobaré con mi abuelo, pero supongo que no habrá problema. Iré a buscarles hacia las once y media. -Le miró los zapatos-. Será mejor que se ponga botas. Hasta mañana. -Livvy -la llamó cuando ella se volvió hacia los árboles-, ¿he de comprar una brújula?

Ella le sonrió por encima del hombro. -No permitiré que se pierdan.

Se adentró en el bosque, deprisa, hasta que estuvo segura de que nadie la veía. Entonces se paró y se abrazó a sí misma, meciéndose, dejando que las lágrimas se derramaran. Eran calientes y escocían; el pecho le dolía al llorar. Pero cuando pudo volver a respirar, se secó la cara con las manos y se sintió mejor.

Y, a los doce años, Olivia decidió lo que haría con su vida y cómo la viviría. Aprendería todo lo que había que aprender sobre el bosque, los lagos y las montañas que eran su hogar. Viviría y trabajaría en el lugar que amaba, el lugar donde se había criado su madre.

Con el tiempo, descubriría más cosas sobre su madre. Y sobre el hombre que la mató. Amaría a la primera con todas sus fuerzas. Igual que odiaría al segundo.

Y jamás, jamás, se enamoraría como había hecho su madre.

Ella sería la dueña de su propia vida. Empezaría enseguida.

Se detuvo para lavarse la cara en el arroyo; luego se sentó hasta que estuvo segura de que habían desaparecido todos los restos de lágrimas y emociones. Tenía que proteger a sus abuelos; ésta fue otra promesa que se hizo. Cuidaría de que jamás nada les causara dolor. Así que cuando entró en el claro y vio a su abuelo arrancando las malas hierbas de sus flores, se acercó y se arrodilló a su lado con una sonrisa.

-Yo he hecho esto en el albergue. Los jardines están preciosos.

-Has heredado mi facilidad para las plantas, nena. -Le hizo un guiño-. No hablaremos de la de tu abuela.

-Las plantas de casa se le dan bien. Se ha alojado una familia en el albergue. Una pareja y su hijo. -Con indiferencia, Olivia arrancó una mala hierba. No quería mentirle, pero creía que lo mejor era dar un rodeo a la verdad-. La madre ha dicho que había venido de excursión por aquí cuando era adolescente, pero no creo que los otros dos sepan distinguir un arbusto de un puercoespín. Bueno, me gustaría ir con ellos mañana a hacer una excursión corta. Había pensado llevarles al lago Irely, por la orilla del río, para que puedan hacer fotos.

El abuelo se sentó sobre los talones con una arruga de preocupación en la frente.

-No sé, Livvy.

-Me gustaría hacerlo. Conozco el camino y quiero empezar a aprender a dirigir el albergue y el camping. He ido en excursiones guiadas y quiero ver si soy capaz de hacerlo sola. Sólo hasta Irely. Si lo hago bien, podría empezar a entrenarme para guiar otras excursiones durante el verano y quizá dar charlas y organizar cosas para los niños. Cuando sea mayor, incluso podría quedarme a dormir fuera y ser naturalista como los que hay en el parque. Pero yo sería mejor, porque me he criado aquí y éste es mi hogar.

El abuelo le acarició la mejilla. Vio a Julie en sus ojos, Julie, cuando era una niña y le hablaba de sus sueños de ser una gran actriz. Su sueño la había llevado lejos de él. A Olivia la mantendría cerca.

-Eres aún muy joven y puedes cambiar de opinión una docena de veces.

-No lo haré. Pero, de todos modos, no sabré si soy buena o si realmente quiero hacerlo hasta que lo pruebe. Quiero intentarlo, sólo un poquito, mañana.

-¿Sólo hasta Irely?

-He enseñado al padre el sendero circular desde el albergue.

Temía que nos perdiésemos. -Compartió una leve carcajada con Rob-. Me parece que Irely es lo máximo que puede hacer.

Sabiendo que había ganado, Olivia se levantó y se sacudió los tejanos.

-Voy a ver si la abuela necesita que la ayude a preparar la cena. -Se inclinó y rodeó a Rob con los brazos-. Haré que te sientas orgulloso de mí

-Ya lo estoy, cielo.

Ella le abrazó más fuerte.

-Espera y verás -susurró, y se fue corriendo.

Olivia fue puntual. Había decidido que eso sería importante parada forma en que viviría a partir de ahora: siempre estaría preparada.

Llegó pronto al albergue para recoger la bolsa de picnic para la excursión. Llevar las provisiones sería tarea suya. Era joven y fuerte, pensó cuando las guardaba en la mochila. Y se haría mayor y más fuerte. Se puso la mochila a la espalda y se ajustó las correas.

Llevaba la brújula, el cuchillo, agua embotellada, bolsas de plástico para guardar los desperdicios, la cámara, un bloc de notas y lápices y un equipo de primeros auxilios.

La noche anterior había pasado tres horas leyendo, estudiando, asimilando información e historia. Se ocuparía de que los Brady pasaran una tarde entretenida e instructiva.

Cuando entró en el patio de la unidad donde se alojaban, vio a Noah sentado en un sillón de madera. Llevaba auriculares y tamborileaba los dedos en el brazo del sillón. Tenía estiradas sus largas piernas, embutidas en unos tejanos desgarrados, y calzaba unas botas Nike.

Sus gafas de sol eran muy oscuras. A Olivia se le ocurrió que aún no le había visto sin ellas. Tenía el pelo mojado como si acabara de salir de la ducha o la piscina. Lo llevaba peinado hacia atrás de manera informal para que se le secara al sol.

Olivia pensó que parecía una estrella de rock.

La timidez quería tragársela, pero cuadró los hombros. Si iba a ser guía tenía que aprender a superar la timidez con los chicos y con todo el mundo.

-Hola.

Noah movió la cabeza y sus dedos dejaron de tamborilear. Olivia se dio cuenta de que, probablemente, detrás de aquellas gafas oscuras tenía los ojos cerrados y ni siquiera la había visto.

-Ah, hola. -Apagó el casete que sonaba en sus oídos-. Iré a por la tropa.

Cuando se levantó, Olivia tuvo que echar la cabeza hacia atrás para seguir viéndole la cara.

-¿Has probado la piscina?

-Sí. -Le sonrió de un modo que agitó el corazón de mujer aún dormido que había en aquel pecho de niña-. El agua está fría. -Abrió la puerta del patio-. Eh, la pionera ha llegado. -Hubo una respuesta detrás de la puerta del dormitorio antes de que el muchacho se volviera hacia Olivia-. Siéntate si quieres. Mamá nunca está a punto.

-No hay prisa.

-Qué bien.

Olivia decidió que era más educado sentarse, ya que él se lo había pedido, y lo hizo en el suelo de piedra. Se quedó callada en parte por timidez y en parte por simple inexperiencia.

Noah examinó su perfil. Ella le interesaba por su relación con su padre y con Julie MacBride y, lo admitía, por su relación con el asesinato. Los asesinatos le fascinaban.

Le habría hecho preguntas al respecto si no hubiera sabido que sus padres le despellejarían por ello. Podía arriesgarse, pero recordaba la imagen de la niña pequeña

tapándose los oídos con las manos y las lágrimas resbalándole por las mejillas.

-Bueno... ¿y qué haces aquí?

Ella lo miró brevemente.

-Cosas. -Notó el calor que acudía a sus mejillas por lo absurdo de su respuesta.

-Ah, cosas. En California nunca lo hacemos.

-Bueno, tengo tareas que hacer, ayudo en el camping y en el albergue. Voy de excursión y pesco. Estoy aprendiendo la historia de la zona, la flora y la fauna, esas cosas. -¿A qué escuela vas?

-Mi abuela me enseña en casa.

-¿En casa? -Se bajó un poco las gafas de sol y ella vio sus profundos ojos verdes-. Qué bien.

-Es muy estricta -dijo Olivia, y dio un respingo al ver aparecer a Frank.

-Celia ya viene. He supuesto que tendría que ir a recoger el almuerzo.

-Ya lo tengo. -Olivia señaló su mochila-. Pollo frito frío, ensalada de patatas, fruta y bizcocho. El cocinero lo hace muy bueno.

-No deberías llevar todo eso -empezó Frank, pero ella lo interrumpió.

-Forma parte de mi trabajo. -Entonces miró detrás de él y, cuando vio a Celia, volvió a sentirse tímida-. Buenos días, señora Brady.

-Buenos días. He visto un ciervo por la ventana. Ha surgido en la niebla como salido de un cuento de hadas. Pero cuando he ido a por la cámara se marchó.

-Probablemente verá más. Hay varias especies que son comunes en el bosque.

Celia dio unas palmaditas a la cámara que llevaba colgada al cuello.

-Estaré preparada.

-Si están listos, vámonos. -Olivia ya había repasado, esperaba que disimuladamente, los zapatos y prendas que llevaban. Iban bien equipados para la excursión, que era corta y fácil.

-Pueden parar siempre que lo deseen para tomar fotografías, descansar o hacer preguntas. No sé cuánto saben de Olympic ni del bosque pluvial -dijo al echar a andar.

Aquella mañana, mientras se vestía, había practicado su presentación y la hizo igual que cuando su tía hacía de turista para ella.

Cuando mencionó al oso, Celia no gritó como Jamie había hecho, sino que lanzó un suspiro.

-Oh, me gustaría mucho ver alguno. -Seguro, mamá.

Celia rió y pasó un brazo por los hombros de Noah.

-Son unos urbanitas empedernidos, Livvy. Los dos. Te darán trabajo.

-No importa, tengo práctica.

Olivia identificaba los árboles paró ellos, pero tenía la sensación de que sólo Celia estaba interesada, aunque Noah levantaba la mirada cuando ella localizaba un águila sobrevolando los altos árboles. Pero cuando llegaron al río y el mundo se abrió un poco, los tres parecieron animarse.

-Esto es Quinault -dijo Olivia-. Va hasta la costa. La sierra Olympic rodea el interior.

-Es precioso. -Celia tenía la cámara preparada -y empezó a hacer fotografías-. Mira las montañas, Frank, cómo se yerguen. Blanco, verde y gris sobre el azul del cielo. Es como sacar fotografías de una pintura.

Olivia rebuscó mentalmente todo lo que sabía de las montañas.

-Ah, el monte Olympus en realidad tiene menos de dos mil cuatrocientos metros en la

cumbre, pero se eleva desde el bosque pluvial a casi el nivel del mar, por eso parece mayor. Tiene, creo, seis glaciares. Nos encontramos en las laderas occidentales de la cordillera.

Los condujo por la orilla del río, señalando las hábiles presas que los castores construían, las diferentes y multicolores flores silvestres. Se cruzaron con otros excursionistas, solos o en grupo.

Celia se paraba a menudo para tomar fotografías y sus hombres posaban con paciencia pero no con entusiasmo. Cuando Olivia consiguió atrapar una rana de patas rojas, Celia también la fotografió, riendo cuando el animal emitió un largo y débil croar.

Después sorprendió a Olivia al acariciar con un dedo el lomo de la rana. Casi ninguna de las mujeres que Olivia conocía acariciaba las ranas. Cuando la soltó, ella y Celia se sonrieron en perfecta unión.

-Tu madre ha encontrado un alma gemela -murmuró Frank a Noah.

Olivia estaba a punto de señalar un nido de águila cuando un niño pequeño bajó corriendo por el sendero, escapando de sus jóvenes padres que le llamaban y corrían tras él.

El niño tropezó y cayó de rodillas casi a los pies de Olivia. Se echó a llorar con la estridencia de un millar de gaitas.

Olivia iba a inclinarse para recogerle, pero Noah fue más rápido y levantó al niño, riendo alegremente.

-¡Aaaupa! ¡Venga!

-¡Scotty! Cielo, te he dicho que no corrieras. -La frenética madre le cogió en brazos y miró a su esposo, que la seguía sin aliento-. Tiene sangre en las rodillas.

-Maldita sea. ¿Se ha hecho mucho daño? A ver, cariño. Mientras el niño seguía gritando y llorando, Olivia se quitó la mochila de la espalda.

-Hay que lavar esos cortes. Tengo agua y un botiquín. -Qué eficiente es -señaló Frank a Celia.

-Díganle que se esté quieto -dijo Olivia-. No puedo lavárselo si da patadas.

-Sé que duele, cielo, lo sé. Ahora te lo vamos a curar. -La madre besó las mejillas de Scotty-. Déjame limpiarte los cortes. Muchas gracias. -Cogió el trapo que Olivia había mojado y forcejeó con su esposo para que el niño se estuviera quieto el tiempo suficiente para ver el daño que se había hecho.

-Sólo son arañazos. Se ha rasguñado la piel. -El padre hablaba con naturalidad, pero su rostro estaba pálido mientras su esposa limpiaba la sangre.

Olivia le pasó antiséptico y, al ver la botellita, Scotty se puso a chillar con desesperación.

-Eh, ¿sabes lo que necesitas? -Noah se sacó un caramelo del bolsillo de los pantalones y lo agitó delante de Scotty-. Necesitas estropear tu almuerzo.

Scotty miró el caramelo a través de los lagrimones. Los labios le temblaban, pero en lugar de un chillido dejó escapar un lastimoso gemido.

-Caramelo.

-Claro que sí. ¿Te gustan los caramelos? Éste es muy especial. Sólo es para los niños valientes. Apuesto a que tú eres valiente.

Scotty sorbió por la nariz y alargó el brazo, demasiado concentrado en el caramelo para reparar en que su madre le estaba vendando rápidamente las rodillas.

-Sí.

-Entonces, toma. -Noah le ofreció el caramelo y lo apartó un poco, sonriendo-. Me

olvidaba. Sólo puedo darle este caramelo a alguien llamado Scotty.

-Yo soy Scotty.

-¿De veras? Entonces es para ti.

-Muchas gracias. -La madre se apoyó el niño, que ahora estaba encantado, en la cadera y le apartó el pelo de la cara con la mano libre-. Nos habéis salvado la vida.

Olivia estaba guardando las cosas en el botiquín y dijo:

-Deberían llevar un equipo de primeros auxilios si tienen intención de hacer muchas excursiones. En la tienda de regalos del albergue los venden, o pueden comprarlo en la ciudad.

-Será lo primero que haga. Y comprar caramelos de emergencia. Gracias otra vez. -Miró a Frank y Celia-. Tienen unos hijos estupendos.

Olivia fue a decir algo, pero bajó la mirada y se abstuvo. Pero no tan deprisa como para que Celia no reparara en su expresión de desdicha.

-Los dos formáis un buen equipo -dijo, alegre-. Y esa pequeña aventura me ha abierto el apetito. ¿Cuándo comemos, Liv?

Olivia levantó la mirada y parpadeó. Liv, pensó. Sonaba bien, fuerte y seguro.

-Un poco más abajo hay una zona muy bonita. Tal vez tengamos suerte y veamos un par de castores en sus presas.

Encontraron un sitio, una zona sombreada junto al sendero donde podían sentarse y contemplar el agua o las montañas. El aire era cálido y el cielo estaba despejado; era uno de esos perfectos días de verano que la península ofrecía.

Olivia mordisqueaba su pollo y se mantenía un poco apartada. Quería observar a los Brady juntos. Parecían estar cómodos y unidos. Más adelante, cuando fuera mayor y recordara ese momento, lo llamaría ritmo. Tenían ritmo al moverse, al hablar, al permanecer en silencio; un humor muy suyo, comentarios graciosos, bromas, lenguaje corporal.

Y al recordar se daría cuenta de que, por mucho que ella y sus abuelos se quisieran, no tenían esa misma conexión. Entre ellos existía una generación. La vida de su madre y su muerte. De pronto sintió una punzada de envidia. Esto le hizo avergonzarse.

-Voy a ir un poco más abajo -se levantó, ordenándose a sí misma a hacerlo con naturalidad-, para ver si hay algún castor. Si lo encuentro, volveré a buscarlos.

-Pobrecita -murmuró Celia cuando Olivia se alejaba por el sendero-. Se siente sola. No creo que sepa siquiera lo sola que se siente.

-Sus abuelos son buena gente, Celia.

-Estoy segura. Pero ¿dónde están los otros niños?, ¿los de su edad con los que debería estar jugando en un día tan hermoso como hoy?

-Ni siquiera va al colegio -intervino Noah-. Me ha dicho que su abuela le da clases en casa.

-La han puesto en una burbuja. Una burbuja maravillosa

-añadió Celia mirando alrededor-, pero aun así está encerrada. -Tienen miedo. Y tienen motivos para ello. -Lo sé, pero ¿qué harán cuando empiece a batir sus alas contra la burbuja? ¿Y qué hará si no lo hace?

Noah se puso de pie.

-Creo que yo también voy a bajar. Nunca he visto un castor. -Noah tiene buen corazón -comentó Celia sonriendo cuando el muchacho se alejaba.

-Sí, y también tiene una mente curiosa. Espero que no trate de sonsacarla.

-Confía un poco en él, Frank.

-Si no lo hiciera, yo también me iría a buscar castores en lugar de echar la siesta.

Dicho esto, se estiró y apoyó la cabeza en el regazo de su esposa.

Noah la encontró sentada en la orilla del río, silenciosa e inmóvil. Una imagen acudió a su mente, muy parecida y no obstante muy diferente de la que tenía de ella como niña pequeña huyendo de la pena.

Aquí simplemente estaba sentada, con la gorra puesta, la espalda recta, contemplando el agua que corría deprisa, clara y transparente. Ahora no estaba huyendo de la pena, pensó.

Estaba aprendiendo a vivir con ella. Era como el fin de su río personal, supuso.

Olivia volvió la cabeza al oír que se acercaba. Mantuvo la mirada firme en su rostro, aquellos solemnes ojos, mientras él iba hacia ella y se sentaba.

-Vienen aquí a jugar -le explicó en voz baja-. No les importa demasiado la gente. Están acostumbrados. Pero tendremos más suerte si no haces mucho ruido ni te mueves.

-Supongo que pasas mucho tiempo por aquí.

-Siempre hay algo que ver o hacer. -Seguía explorando el río con los ojos. Él la hacía sentirse extraña de un modo que no sabía si era agradable. Sólo sabía que era diferente de todo lo que había sentido hasta entonces; una especie de tamborileo debajo del corazón-. Supongo que no se parece en nada a Los Ángeles.

-En absoluto. -En aquella etapa de su vida, Los Ángeles era el mundo entero-. Pero está bien. A mamá le gusta mucho la naturaleza y todo eso. Ya sabes, salvar a las ballenas, salvar al búho moteado, salvar lo que sea. Está metida en todo.

-Si lo hiciera más gente, no necesitaríamos salvarlas. -Habló con tanto entusiasmo que el muchacho sonrió. ,

-Sí, es lo que ella dice. Yo no tengo problemas de ese tipo. Me gusta la naturaleza que hay en los parques de la ciudad, que también tienen una cesta de baloncesto.

-Apuesto a que nunca has ido a pescar.

-¿Por qué iba a hacerlo? -Esbozó una sonrisa radiante que hizo que el tamborileo que ella sentía por dentro aumentara su ritmo-. Puedo entrar en cualquier McDonald's y pescar un bocadillo de carne.

-Puaj.

-¿Quieres algo asqueroso? Clavar un gusano indefenso en un anzuelo y ahogarlo para que tú puedas sacar algún pez. -Olivia sonrió y sus ojos brillaban con un humor suave y adulto-. Eso sí es asqueroso.

-Eso es habilidad -le corrigió ella casi con remilgo, pero ahora le miraba a él, en lugar de hacia el río-. ¿La ciudad no está llena de gente, ruido, tráfico y contaminación?

-Claro. -Se recostó apoyándose en los codos-. Por eso me gusta. Siempre está ocurriendo algo.

-Aquí también. Mira. -Olvidando su timidez, le puso una mano en la pierna.

Un par de castores nadaban río arriba, asomando la cabeza en la superficie, haciendo ondear el agua alrededor. Entonces, como en un sueño, en la otra orilla se levantó una garza y se deslizó por el río aleteando con majestuosidad, tan cerca que su sombra les pasó por encima.

-Apuesto a que nunca has visto eso en la ciudad. -Nunca.

Noah se divirtió con los castores. Eran realmente graciosos, pensó, nadando en círculos, salpicando, dándose la vuelta para nadar de espaldas.

-Sabes lo de mi madre, ¿verdad?

Noah la miró con fijeza. Olivia volvía a mirar el agua, con el rostro serio y la mandíbula tensa. Él tenía una docena de preguntas que quería hacerle, pero ahora que ella había abierto la puerta descubrió que no podía. No era más que una niña.

-Sí. Es duro.

-¿Has visto alguna de sus películas?

-Claro. Muchas.

Olivia apretó los labios. Tenía que saber. Alguien tenía que contárselo. Él lo haría. Olivia esperaba que la tratara como a un adulto en lugar de como alguien que necesita protección constante.

-¿Estaba maravillosa?

-¿No has visto ninguna? -Cuando ella negó con la cabeza, él se rebulló, sin saber qué decir. La mejor respuesta, decía a menudo su madre, era la simple verdad-. Estaba realmente bien. A mí las películas que más me gustan son las de acción, pero he visto las suyas en televisión. Era guapísima.

-No me refiero a su aspecto físico -espetó, sorprendiendo a Noah-. Quiero saber cómo era. ¿Era buena actriz?

-Sí, muy buena. Te la creías. Creo que de eso se trata. Los hombros de Olivia se relajaron.

-Sí. -Asintió-. Se marchó de aquí porque quería ser actriz. Yo sólo quería saber si era buena. «Te la creías» -repitió Olivia en un murmullo, y guardó esta frase en su corazón-. Tu padre... ha venido porque yo se lo pedí. Es un hombre fantástico, supongo que ya lo sabes. Tienes unos padres que se preocupan por las cosas, por la gente. Nunca lo olvides. Se puso de pie.

-Iré a buscarles para que vean los castores.

Noah no le había hecho las preguntas que tenía en mente, pero ella le había respondido una de ellas: cómo se sentía la hija de un famoso muerto de forma violenta.

Se sentía mal, muy mal.

Noah

Para decir la verdad hay que ser dos: uno para hablar y otro para escuchar.
HENRY DAVID THOREAU

9

Universidad Estatal de Washington, 1993

No había motivos para estar nervioso, se recordó Noah mientras comprobaba la dirección de la elegante casa de dos pisos. Había planeado este viaje durante mucho tiempo. Y esto era exactamente lo que le ponía nervioso, pensó mientras aparcaba su coche alquilado en la apacible calle bordeada de árboles.

Tal vez percibía que su vida cambiaría ese día, que ver de nuevo a Olivia MacBride podía alterar el rumbo que seguía. Estaba dispuesto a tomar esa nueva dirección. Al fin y al cabo, no hay ganancia sin riesgo. Esto era lo que hacía que le sudaran las manos y sintiese un nudo en el estómago.

No era nada personal.

Se peinó con los dedos con dos rápidas pasadas. Había querido cortárselo antes de ir allí, pero bueno, estaba de vacaciones. Más o menos.

Dos semanas lejos del periódico, donde su lucha por hacerse un nombre como periodista especializado en crónica roja no era tan satisfactoria como había esperado. La política, el espacio en el papel, los editores y la publicidad obstaculizaban el modo en que él quería contar las historias.

Y él quería contarlas a su manera.

Por eso estaba allí. Para escribir la única historia que nunca podría olvidar y para contarla a su manera. El asesinato de Julie MacBride.

Una de las claves de éste vivía en el segundo piso de aquella bonita casa que habían convertido en cuatro apartamentos. Éstos y otros parecidos estaban destinados a alojar a estudiantes universitarios; a los que podían pagarse alojamiento separado, pensó, los que podían pagar el precio de la intimidad, y que lo deseaban lo suficiente, que no buscaban el alboroto y el compañerismo, la energía cotidiana de la vida universitaria.

Personalmente, había disfrutado mucho los años que pasó en la UCLA. Quizá los primeros semestres habían sido, sobre todo, una confusión de fiestas, chicas y discusiones filosóficas a altas horas de la noche que sólo los jóvenes podían entender. Pero después había sentado la cabeza.

Quería obtener su título de periodismo. Y sus padres le habrían matado si le hubieran expulsado. Esos dos incentivos le habían servido en igual medida.

¿Y cuál era el incentivo de Olivia?, se preguntó.

Si después de casi tres años de estar en su empleo había aprendido que no era un periodista innato, sí era uno bueno. Había investigado. Sabía que Olivia MacBride se estaba especializando en ciencias de los recursos naturales, que sus notas no eran malas. Sabía que durante un año, el primero, había vivido en una residencia de la universidad. Y que se había trasladado a un apartamento propio el otoño siguiente. Sabía que no pertenecía a ningún club ni hermandad y que asistía a dos clases extra durante el semestre de primavera.

Todo esto le indicaba que se concentraba en sus estudios, se dedicaba a ellos y, probablemente, era un poco más que obsesiva con ellos. Pero había cosas que no podía averiguar con los ordenadores. Éstos no le decían lo que quería, lo que esperaba.

Lo que ella sentía respecto a sus padres.

Para saber todo esto necesitaba conocerla. Para escribir el libro que fermentaba en su corazón y su mente, tenía que penetrar en su cabeza.

Las dos imágenes de ella que mejor conservaba eran la de la niña con la cara llena de lágrimas y la jovencita de mirada solemne. Al entrar en la casa se preguntó qué vería ahora.

Subió por la escalera y reparó en la pequeña placa que identificaba el apartamento 2-B. No había nombre, pensó. Sólo el número. Los MacBride aún protegían su intimidad como si fuera la última moneda de oro de una bolsa vacía.

Llamó al timbre.

Tenía previstos un par de planes básicos para presentarse, pues creía que era mejor ser flexible hasta que calibrara el terreno. Entonces ella abrió la puerta y todos los planes, todos los pensamientos prácticos salieron de su mente como el agua de un vaso volcado.

No era guapa, sin duda, si se la comparaba con su madre. Era casi imposible no hacerlo cuando veías sus ojos, de un precioso castaño dorado bajo unas espesas cejas oscuras.

Era alta y delgada, pero con una eficiente dureza que él encontraba sorprendente y casi ridículamente sexy. El pelo se le había oscurecido desde la última vez que la había visto,

pero era más claro que sus ojos y lo llevaba recogido en una coleta.

La cara de niña se había refinado, afilado y adquirido un matiz de juventud que a Noah se le antojó un poco felino. Vestía tejanos y una sudadera de la WSU, iba descalza y tenía una expresión levemente molesta.

Él se quedó mirándola como un tonto, incapaz de hacer nada más que sonreír.

Ella alzó una de aquellas cejas de matadora y una sorprendente punzada de deseo se unió al placer que le producía a Noah verla de nuevo.

-Si buscas a Linda, está en el Dos-A.

Lo dijo con voz monótona, como si lo dijera a menudo, y más ronca de lo que él recordaba.

-No busco a Linda. Te busco a ti. -Y le pasó por la cabeza la idea de que siempre había sido así. Eso era tan absurdo que lo desechó de inmediato-. Y haces un enorme daño a mi ego al no acordarte de mí.

-¿Por qué iba a recordar...? -No terminó la frase; fijó la mirada en aquellos ojos fascinantes como no había hecho antes, cuando creía que se trataba de otra de las conquistas de su vecina de enfrente. Y al hacerlo separó los labios y sus ojos adquirieron calor-. ¡Eres Noah! Noah Brady. El hijo de Frank. -Miró por encima del hombro del muchacho-. ¿Está...?

-No, he venido solo. ¿Tienes un minuto?

-Sí, claro. Entra.

Aturdida, se apartó un poco. Había estado absorta en la redacción de un artículo sobre la simbiosis de la raíz de los hongos y ahora retrocedió en el tiempo, en los recuerdos. Y en el adorable enamoramiento que había sentido hacia él cuando tenía doce años.

-Puedo preparar café, o quizá prefieres algo frío.

-Lo que quieras. -Efectuó la exploración visual del que visita por primera vez un lugar y vio el organizado escritorio con el ordenador encendido, las paredes pintadas de suave color crema, el sofá azul marino. El espacio era cómodamente sencillo, y estaba arreglado de forma creativa-. Qué agradable es esto.

-Sí, a mí me gusta. -Era un gran placer y emoción vivir sola por primera vez.

No empezó a ir de un lado a otro, como hacen algunas mujeres, disculpándose por el desorden aunque no lo haya. Simplemente se quedó donde estaba, mirándole como si no supiera por dónde empezar.

Él también la miraba y se preguntaba lo mismo. -Esto... sólo será un minuto.

-No hay prisa.

La siguió a la cocina, azorándola de nuevo. La cocina apenas era más que un pasillo, con cocina, frigorífico y fregadero a un lado y mostrador al otro.

A pesar del limitado espacio, Noah consiguió pasearse. Cuando se detuvo junto a la ventana, estaban tan juntos que casi se tocaban con los hombros. Ella casi nunca dejaba que ningún hombre se le acercara tanto.

-¿Coca-cola o café? -preguntó cuando hubo abierto el frigorífico y echado un rápido vistazo.

-Coca-cola. Gracias.

Él le habría cogido la lata de la mano, pero ella ya buscaba un vaso.

Por el amor de Dios, Olivia, se dijo a sí misma, abre la boca y habla.

-¿Qué haces en Washington?

-Estoy de vacaciones. -Le sonrió y el tamborileo del corazón que ella había sentido seis

años atrás empezó de nuevo como si jamás hubiera parado-. Trabajo para el L. A. Times. -Ella olía a jabón y champú y a otra cosa, algo sutil. Vainilla, como las velas que le gustaban a su madre.

-¿Eres periodista?

-Siempre quise escribir. -Le cogió el vaso de la mano-. No me di cuenta de ello hasta que estuve en la universidad, pero eso es lo que quería. -Y como percibía la cautela de Olivia, que se interponía entre ellos como una nube de humo, volvió a sonreír y decidió que no había prisa para decirle a qué había ido-. Tenía un par de semanas libres y el amigo con el que iba a ir a la playa a pasar unos días al final no pudo ir. Así que decidí venir al norte.

-Entonces no has venido por trabajo.

-No. -Era la verdad, la absoluta verdad, se dijo-. He venido solo. Decidí buscarte, pues eres la única persona que conozco en todo el estado de Washington. ¿Te gusta la universidad?

-Oh, sí, mucho. -Haciendo un esfuerzo por relajarse, le llevó a la sala de estar Echo de menos mi casa de vez en cuando, pero las clases me mantienen ocupada.

Se sentó en el sofá, suponiendo que él lo haría en la silla, pero lo hizo a su lado y estiró las piernas con naturalidad.

-¿En qué trabajas? -preguntó señalando el ordenador. -Hongos.

Olivia rió y bebió un sorbo de su refresco. Qué apuesto era, con el alborotado pelo castaño aclarado por el sol, los profundos ojos verdes que le recordaban su casa, la sensualidad de su sonrisa.

Recordó que una vez pensó que parecía una estrella de rock. Aún era así.

-Me estoy especializando en ciencias de los recursos naturales.

Él estuvo a punto de decirle que ya lo sabía, pero se contuvo. Demasiadas explicaciones, pensó, e hizo caso omiso de la leve punzada de culpabilidad que sintió.

-Es lo que te va.

-Como anillo al dedo -coincidió ella-. ¿Cómo están tus padres?

-Muy bien. Una vez me dijiste que los valorara. Lo hago. -Clavó sus ojos en los de ella y le sostuvo la mirada hasta que la sangre, que siempre había permanecido calmada y fría cuando estaba con hombres, se calentó-. Más, supongo, desde que me mudé y me fui a vivir solo. Esa distancia del niño adulto, ¿sabes?

-Sí.

-¿Todavía trabajas en el albergue?

-Los veranos, en vacaciones. -¿Los otros hombres me miran de este modo?, se preguntó. ¿No lo habría notado si alguna vez la hubieran mirado como si su rostro fuera lo único importante?- Yo... ¿has aprendido a pescar?

-No. -Sonrió de nuevo y sus dedos acariciaron levemente el dorso de la mano de Olivia.

-O sea que aún pescas bocadillos de carne en McDonald's. -Nunca fallan. Pero puedo hacerlo mejor de vez en cuando. ¿Qué te parece si cenamos?

-¿Cenar?

-La comida de la noche. Incluso una licenciada en ciencias de los recursos naturales debe de haber oído hablar del ritual de la comida que se toma por la noche. ¿Por qué no cenamos juntos esta noche?

Su comida nocturna solía consistir en cualquier cosa que tuviera tiempo de preparar en su pequeñísima cocina o, si no era posible, lo que picaba en el camino de regreso a casa cuando salía de una clase que terminaba tarde.

Además, tenía que acabar el artículo, estudiar para una prueba y preparar un proyecto de laboratorio. Y él tenía los ojos verdes más bonitos del mundo.

-Me gustaría.

-Bien. Te recogeré a las siete. ¿Tienes algún sitio favorito? -La verdad es que no.

-Entonces te sorprenderé. -Se levantó y le dio un distraído apretón en la mano cuando ella se levantaba para acompañarle a la puerta-. No te empaches con los hongos -dijo, y sonrió antes de irse.

Olivia cerró la puerta y se volvió lentamente para apoyarse contra ella. Dejó escapar un largo suspiro y se dijo que aquello era ridículo, que era demasiado mayor para ceder a estúpidos enamoramientos. Entonces, por primera vez en más tiempo del que podía recordar, tuvo un pensamiento puramente frívolo: ¿qué demonios se iba a poner?

Durante la cena sacaría el tema del padre de Olivia y del libro. Con suavidad, se dijo Noah. Quería darle tiempo para que se lo pensara, para que entendiera lo que él esperaba hacer y la parte vital que ella tendría en la obra.

No podía hacerlo sin su cooperación. Sin la de su familia y, pensó cuando subía por la escalera de su casa, sin la de Sam Tanner.

Olivia ya no era una niña. Sería razonable. Y cuando comprendiera los motivos que le empujaban a hacerlo, el resultado que quería conseguir, no podría negarse. El libro que pretendía escribir no trataría simplemente del asesinato, de sangre y muerte, sino de la gente, del factor humano, de las motivaciones, los errores, los pasos; en suma, del corazón, pensó.

Una historia de esas que empezaban y terminaban con el corazón. Por eso tenía que hacérselo entender.

Él había estado relacionado con el asesinato, si no desde el instante en que su padre había atendido la llamada para ir a la casa de Beverly Hills, al menos desde el instante en que había visto la imagen de la niña en el televisor de su casa.

No sólo quería escribir sobre ello, tenía que hacerlo.

Se lo diría francamente.

Antes de llamar al timbre del 2-B, se abrió la puerta del 2-A. -Hola.

Ésta debe de ser Linda, pensó. La sonrisa fue una reacción instintiva a la atractiva morena de ojos azules. La sangre le corrió un poco más deprisa a Noah tal como pretendía el ajustado vestido rojo que cubría aquellas curvas femeninas.

Noah conocía a las chicas de ese tipo y le gustaban. Igual que le gustó el modo en que aquélla se movía, el balanceo regular de sus caderas, cuando salió al rellano y se dirigió hacia él sobre unos tacones finos del mismo color ardiente que el vestido.

-¿Puedes ayudarme con esto? Estoy... muy torpe esta noche.

Hizo oscilar una cadenita de oro que sujetaba con los dedos, tomó aire y lo expulsó lentamente, por si acaso él no había reparado en los adorables pechos que se ceñían bajo el vestido.

-Claro.

No había nada más adulator para el ego masculino que una mujer llamativa. Cogió el brazalete, se lo puso en la muñeca a la chica y le gustó que acercara un poco más su cuerpo, echara la cabeza ligeramente hacia atrás y le mirara a la cara.

-Si Liv te tenía escondido, no me extraña que no salga nunca.

Noah abrochó el brazalete y aspiró la provocativa fragancia que desprendía la piel de Linda.

-¿No sale nunca?

-Sólo trabaja y trabaja; ésa es nuestra Liv. -Rió y, con un gesto hábil, echó sus abundantes rizos negros hacia: atrás-. A mí me gusta jugar.

-Seguro que sí.

Aún tenía la muñeca de Linda en la mano y la amistosa sonrisa en su rostro cuando se abrió la puerta que tenía a sus espaldas.

Olvidó que existía Linda. Olvidó el libro. Casi olvidó su nombre.

Olivia se hallaba en el umbral de la puerta, con un discreto vestido azul que cubría mucho más que el rojo de Linda. E hizo preguntarse a Noah qué había bajo todo aquel suave material. Se había dejado el pelo suelto de modo que le caía recto y dejaba entrever unos reflejos dorados en las orejas.

Él ya sabía que tendría que acercarse mucho a ella para captar su perfume. No llevaba los labios pintados y sus ojos eran fríos. No, pensó Noah, ya no es una niña; por fortuna. - Estás estupenda.

Ella se limitó a alzar las cejas y mirar a Linda. -Voy a por una chaqueta.

Dio media vuelta y entró en su apartamento de nuevo; tenía las piernas bonitas de las aficionadas a andar.

No había motivos para estar enfadada, se dijo cuando cogió la chaqueta y el bolso. No había razón para que se sintiera desilusionada. No habría sabido que Noah estaba coqueteando con Linda si no hubiera estado pendiente de ver llegar su coche desde la ventana como una adolescente enamorada. Si no se hubiera apresurado a ir a la puerta del apartamento para espiar por la mirilla y verle acercarse a la puerta.

No servía de nada sentirse decepcionada porque había pasado dos horas tratando de elegir el vestido más apropiado y el peinado que más la favorecía. Era su problema, su responsabilidad. Regresó a la puerta y tropezó con Noah.

-Lo siento. Deja que te ayude. -Ahora estaba cerca de ella

y al cogerle la chaqueta aspiró su perfume. Era perfecto para ella, perfecto.

-No quería interrumpir.

-¿Interrumpir qué? -Ayudó a Olivia a ponerse la chaqueta y cedió al impulso de aspirar el aroma de su pelo. -A ti y a Linda.

-¿Quién? Ah. -Sonrió y cogió la mano de Olivia mientras se dirigía hacia la puerta de la calle-. No es que sea muy tímida, ¿eh?

-No.

-¿Has terminado tu artículo?

-Casi.

-Estupendo. Podrás hablarme de hongos.

Esto hizo reír a Olivia. Él le retuvo la mano hasta que llegaron al coche; entonces le pasó los dedos levemente por el pelo y se lo apartó de la cara cuando ella iba a subir. El corazón le dio un vuelco a Olivia.

Había encontrado un restaurante italiano lo bastante informal para no intimidar. Sobre las mesas cubiertas con manteles de un suave color salmón había pequeñas velas encendidas. Se oía el murmullo de las conversaciones puntuadas por algunas risas. El aire estaba impregnado de aromas exquisitos.

Era fácil hablar con Noah. Era el primer hombre, aparte de su familia, con el que había cenado que parecía realmente interesado en sus estudios y en sus planes para ponerlos en práctica. De pronto se acordó de la madre de Noah.

-¿Tu madre aún está metida en todas las causas?

-Ella y sus diputados se llaman por el nombre de pila. Nunca se cansa. Creo que actualmente está defendiendo al potro mestizo. ¿Me. dejas probar eso?

-¿Qué? -Acababa de coger una seta con el tenedor-. Ah, claro.

Ella le habría puesto el bocado en el plato, pero él le cogió la muñeca y le guió la mano hasta su boca. El calor inundó el cuerpo de Olivia mientras él la miraba a los ojos por encima del tenedor.

-Está estupendo.

-En el bosque pluvial hay una gran variedad de setas comestibles.

-Sí. Tal vez vaya allí uno de estos días; podrías hacerme de guía.

-Yo... estamos pensando en añadir un centro naturalista al albergue. Daríamos conferencias y charlas sobre cómo identificar las setas comestibles.

-Mmmm... hongos comestibles, no suena tan apetitoso como es.

-En realidad, la seta no es el hongo. Es el fruto del hongo. Como la manzana lo es del manzano.

-¿De veras?

-Cuando hay una zona más oscura en el suelo, lo que popularmente se llama círculo de las hadas, es por el crecimiento continuo del cuerpo del hongo en el suelo que se expande año tras año y... -Se interrumpió-. Pero, bueno, no creo que te interese.

-Claro, me gusta saber lo que como. ¿Por qué se le llama círculo de las hadas?

Ella le miró parpadeando.

-Supongo que porque es lo que parece: un círculo donde bailan las hadas.

-¿En tu bosque hay hadas, Liv?

-Antes creía que sí. Cuando era pequeña, me sentaba en el bosque y pensaba que, si me estaba muy quieta y callada, las vería salir y jugar.

-¿Y nunca las viste?

-No. -Por eso había dejado los cuentos de hadas. La ciencia era más de fiar-. Pero veía ciervos, alces, martas y osos. Para mí ya son suficientemente mágicos.

-Y castores.

Ella sonrió y se echó hacia atrás mientras el camarero despejaba la mesa y servía el segundo plato.

-Sí. Todavía hay una presa en el sitio al que os llevé a ti y a tu familia aquel día.

Probó su pasta con generosos trozos de tomate y gambas. -Siempre ponen más de lo que puedes comer.

-¿Quién lo dice? -Y hundió el tenedor en su plato de cara colas con queso y especias.

Olivia se asombró de que Noah no sólo hiciera justicia con su plato sino que también diera cuenta de buena parte del de ella. Después, aún le quedó sitio para un postre y un cappuccino.

-¿Cómo puedes comer tanto y no pesar más de cien kilos? -le preguntó.

-Por el metabolismo. -Sonrió mientras cogía una cucharada del helado de chocolate con nata que tenía en el plato-. A mi padre le pasa lo mismo. Vuelve loca a mi madre. Toma, pruébalo; está buenísimo.

-No, no puedo más. -Pero él ya le había acercado la cuchara a los labios y ella abrió la boca-. Mmmm... sí, tienes razón.

Noah tuvo que contenerse. La reacción de ella, entornando los ojos y entreabriendo los labios le excitó, le hizo darse cuenta de que deseaba besar aquella boca para que todos

aquellos sabores se mezclaran.

-Vamos a dar un paseo. -Dejó una propina, estampó su firma en el recibo de la tarjeta de crédito y se guardó ésta en el bolsillo. Aire, se dijo; necesitaba un poco de aire para serenarse.

Pero no lo consiguió ni siquiera cuando acompañó a Olivia a casa, cuando fue con ella hasta la puerta, cuando ella se volvió y le sonrió.

Ella se dio cuenta, lo vio con toda claridad: el deseo, la anticipación del primer beso. Un escalofrío le recorrió el cuerpo.

-Me lo he pasado muy bien. -¿No podrías decir algo más típico, Liv?, se dijo-. Gracias.

-¿Qué haces mañana?

-¿Mañana? -Su mente se quedó en blanco-. Tengo clases. -No, mañana por la noche.

-Tengo... -Estudiar, preparar otro artículo, trabajo extra en el laboratorio-. Nada.

-Bien. Entonces quedamos a las siete.

Ahora, pensó, ahora me besaré. Y probablemente me derretiré. -De acuerdo.

-Buenas noches, Liv. -Le acarició levemente el brazo y por la espalda y se marchó.

10

La llevó a un McDonald's y se divirtió tanto que al final le dolía el costado.

Se enamoró de él comiendo hamburguesas y patatas fritas, bajo intensas luces y con un fondo de ruidosos niños.

Olvidó el juramento que había hecho de niña de que jamás amaría tanto a nadie como para ser vulnerable a él, de que nunca entregaría su corazón a un hombre dándole así el poder de rompérselo.

Simplemente, se dejó llevar por aquella maravillosa ola del primer amor.

Le contó lo que esperaba hacer, le describió el centro naturalista que ya tenía pensado y que no había compartido con nadie más que su familia.

Era fácil compartir con Noah el mayor sueño de su vida. Él la escuchaba mirándola a la cara. Al parecer, lo que ella quería le importaba.

Olivia le fascinaba y por eso dejó a un lado todo el trabajo que había hecho aquel día -el bosquejo del libro, las notas, los planes detallados para las entrevistas- y se limitó a disfrutar escuchándola.

Se dijo que había mucho tiempo. Al fin y al cabo, le quedaban más de dos semanas. ¿Qué había de malo en tomarse los dos primeros días para estar con ella?

Se preguntó si el centro del que hablaba con tanta pasión era su manera de abrir la burbuja que su madre había descrito o sólo otra manera de ampliar sus límites y seguir dentro.

-Será mucho trabajo.

-No es trabajo cuando haces lo que te gusta.

Eso lo entendía. Sus tareas en el periódico se habían vuelto aburridas, pero cada vez que se dedicaba al libro, que se sumergía en la investigación o reflexionaba sobre sus notas y fichas, era emocionante.

-Entonces no permitas que nada te impida hacerlo.

-No. -Sus ojos irradiaban energía-. Unos años más, y lo convertiré en realidad.

-Y yo iré a verlo. -Su mano se cerró sobre la de ella. Y a verte a ti, pensó.

-Eso espero. -Y como se dio cuenta de que era así, volvió la mano y enlazó sus dedos con los de Noah.

Hablaron de música, de libros, de todo de lo que hablan las parejas ansiosas por encontrar cualquier interés común y explorarlo.

Cuando Noah descubrió que Olivia no sólo nunca había asistido a un partido de baloncesto sino que ni siquiera había visto ninguno nunca por televisión, se quedó sinceramente asombrado.

-Aquí hay un gran hueco en tu educación, Liv. -Había vuelto a coger su mano mientras se dirigían hacia el coche-. Voy a enviarte copias de mis cintas de los Lakers.

-¿Son un equipo de baloncesto?

-Olivia, son dioses. -Se sentó al volante-. He conseguido introducirte en las delicias culturales de la comida basura y en que el único deporte verdadero guíe tu camino. ¿Qué nos queda? -No sé cómo agradecerte el que me hayas ayudado en esto. -Es lo mínimo que puedo hacer.

Ya sabía lo que quedaba por hacer. Sabía que a Olivia no sólo le faltaban las hamburguesas y los deportes.

La llevó a bailar.

En el club había mucho ruido y mucha gente; era perfecto. Ya había decidido que si estaba a solas con ella no podría reprimirse e iría demasiado deprisa.

Noah era un observador de la gente. Sólo había necesitado pasar una velada con ella para darse cuenta de que estaba tan sola como la jovencita que recordaba en la orilla del río. Y que era virgen.

Había reglas. Él creía firmemente en las reglas, en las cosas que estaban bien y en las que estaban mal y en sus consecuencias. Ella no estaba preparada para las necesidades que despertaba en él. No estaba seguro de que él mismo estuviera preparado para ellas.

Vio la expresión cauta de Olivia cuando se abrían paso entre la multitud. Divertido por ello y encantado con ella, se acercó a su oído.

-La humanidad en masa en un ritual. Podrías escribir un artículo.

-Soy naturalista.

-Nena, esto es naturaleza. -Encontró una mesa libre y se inclinó para que le oyera por encima de la música-: Hombre, mujer, rituales del cortejo básicos.

Ella contempló la pequeña pista de baile donde había docenas de parejas estrujándose.

-No creo que eso sea cortejo.

Pero era interesante de observar. Ella siempre había evitado los lugares como aquél. Había demasiada gente en un espacio demasiado reducido. Eso le producía opresión en el pecho y le atenazaba la garganta. Pero aquella noche no se sentía incómoda, junto a Noah, cogidos de la mano.

Noah pidió una cerveza y ella agua con gas. Cuando el camarero consiguió llegar con el pedido, Olivia estaba relajada.

La música sonaba fuerte y no era particularmente buena, pero encajaba muy bien con los latidos del corazón de Olivia; era como una especie de vuelta a sus anhelos. Como no podía oír sus propios pensamientos, los olvidó y se limitó a observar.

El cortejo. Suponía que, después de todo, Noah tenía razón. El plumaje, en este caso, cuero y tela tejana, colores atrevidos o negro básico. Los movimientos repetidos que indicaban el deseo de llamar la atención al sexo contrario, una invitación sexual, una disposición a aparearse. Contacto visual, mirada coqueta hacia el objeto deseado, retirada, nueva mirada.

Se sorprendió sonriendo. ¿No había visto este ritual, en diversas formas, realizado por

incontables especies?

Se lo explicó a Noah, hablándole junto al oído para que la oyera, y oyó su carcajada antes de apartar la cabeza y ver su sonrisa. Cuando se dio cuenta de lo increíblemente estúpida que debía de haber parecido, él tiró de su mano para que se levantara.

-¿Nos vamos?

-No, vamos a bailar -dijo él.

Ella sintió pánico.

-No, no puedo. -Trató de soltarse la mano mientras él se dirigía a la pista-. Yo no bailo.

-Todo el mundo baila.

-No, de veras. -Enrojeció-. No sé bailar.

Estaban en el borde de la pista de baile, rodeados, y él puso las manos en sus caderas. Tenían el rostro muy cerca.

-Limítate a moverte así. -Él lo hizo, lo que convirtió el pánico de Olivia en un miedo diferente, más profundo y más íntimo-. No importa cómo lo hagas.

Él guió sus caderas, de un lado a otro, moviéndose en un pequeño círculo. La música era rápida, con una guitarra eléctrica y el rugido del vocalista. Alguien le dio un empujón y la hizo chocar con Noah, curvas contra ángulos, calor contra calor.

Entonces puso las manos en los hombros de Noah. Tenía el rostro enrojecido, los ojos, oscuros y grandes, fijos en los de él, los labios ligeramente abiertos.

Entre todos los olores de la sala -perfume, sudor, cerveza derramada-, él sólo percibía el de ella, fresco y suave. -Olivia.

Ella no le oyó, pero vio que formaba su nombre con los labios. Tuvo la sensación de que dentro de ella sólo existía aquel cálido y dulce deseo.

El pensó que tenía que besarla, aunque sólo fuera por una vez. La rodeó con fuerza por la cintura y la hizo ponerse de puntillas. Notó la rápida respiración de ella y el leve temblor. Y vaciló, alargando el momento, el ahora, el dolor y la anticipación hasta que no pudieron contenerse.

Entonces él le rozó los labios con los suyos, suavemente. La besó con ternura y facilidad, como si siempre lo hubiese hecho.

La oyó gemir mientras su propia sangre le corría acelerada por las venas. Despacio, despacio, se dijo a sí mismo. El sabor sorprendentemente sexual que notó le hizo sentir ganas de su mergirse, de devorar, de exigir más y más.

Ella apretaba su cuerpo contra el de él, esbelto y fuerte. Sus brazos le rodeaban el cuello y le abrazaban. Su boca era tímida, lo que era muestra de inocencia.

Sólo un poco más, pensó él, y cambió el ángulo del beso.

La música sonaba con estrépito en un frenesí de guitarras, un fiero retumbar de tambores, un vociferante chorro de voces.

Y ella flotaba, se deslizaba, iba a la deriva. Se imaginaba a sí misma como una pluma blanca, ingrávida, girando lenta e interminablemente en la suave luz verde del bosque. El corazón se le hinchó y sus latidos se calmaron. Los músculos de su estómago se aflojaron. Pasó los dedos por el pelo de Noah, echó la cabeza hacia atrás en gesto de rendición; este descubrimiento casi la hizo llorar.

Esto es la vida, pensó. Es el principio. Es todo.

-Olivia. -Él repitió su nombre, terminó el beso y apoyó la cabeza de ella sobre su hombro.

El grupo atacó otra canción y la multitud fue presa del frenesí.

Mientras seguían bailando, Noah se preguntó qué iba a hacer a continuación.

Volvió a besarla cuando estaban en la puerta de su casa y esta vez Olivia percibió el calor de Noah, rápidas señales de frustración que le resultaron extrañamente emocionantes. Luego, él cerró la puerta y la dejó mirando fijamente el sólido panel de madera.

Olivia se llevó una mano al corazón. Latía deprisa y le parecía una sensación maravillosa. Esto era estar enamorado, ser deseada. Cerró los ojos y saboreó la sensación. Abrió los ojos de pronto.

Debería haberle besado más. ¿Qué le ocurría? ¿Por qué era tan idiota con los hombres? Él la deseaba. Ella le deseaba. Por fin había alguien que le hacía sentir algo.

Abrió la puerta con gesto brusco, bajó corriendo la escalera y salió a la calle justo en el momento en que el coche se alejaba. Se quedó mirando las luces traseras hasta que desaparecieron y se preguntó por qué nunca podía seguir el paso de nadie.

Noah trabajó toda la mañana. Y pensó en llamarla una docena de veces. De pronto, cerró su ordenador portátil y se puso unos pantalones cortos. Los ejercicios de castigo a los que se sometió en el gimnasio del hotel le ayudaron a eliminar parte de la culpabilidad y la frustración.

Tenía que cambiar de dirección, decidió mientras hacía una tercera serie de levantamiento de pesas. No debería haber llegado tan lejos con Olivia.

Se puso otra camiseta mientras el sudor le resbalaba satisfactoriamente por la espalda.

Sabía que ella era virgen. No tenía derecho a tocarla. Por horrible que hubiera sido la experiencia que ella había sufrido, había vivido los primeros dieciocho años de su vida completamente protegida. Como una princesa en un bosque encantando en un cuento de hadas. Él era mayor, no sólo por los seis años que les separaban, sino en experiencia. No tenía derecho a aprovecharse de ello.

El lado práctico de su mente le recordó que ella también era lista, fuerte y capaz. Era ambiciosa y tenía ojos de diosa. Estos rasgos le atraían tanto como la timidez que trataba de ocultar.

Pero él no se había aprovechado de ella. Ella había respondido, se había derretido, había sentido algo de lo que él sentía. Aquél vínculo, aquella conexión... tenía la absoluta certeza de que estaba bien.

Luego se regañó por pensar con su entrepierna.

Aquello tenía que terminar. La llamaría para invitarla a tomar un café más tarde. Algo sencillo. Entonces le hablaría del libro que estaba preparando. Le explicaría las cosas con cuidado, le diría que iba a ponerse en contacto con todas las personas implicadas en el caso, que había empezado por ella porque ella había sido la razón de que se le ocurriera la idea.

Se preguntó si la semilla habría germinado la primera vez que la había visto.

Dejó las pesas y se secó la cara con una toalla. Le telefonaría después de ducharse. Y haría lo que ahora comprendía que debía haber hecho en cuanto le abrió la puerta de su apartamento.

Sintiéndose mejor, más relajado, subió andando hasta el noveno piso. Y se paró en seco cuando la vio parada frente a su puerta, revolviendo en un bolso de gran tamaño.

-¿Liv?

-¡Ay! -Dio un respingo y le miró fijamente-. Me has asustado. -Siguió rebuscando en el bolso para serenarse-. Iba a escribirte una nota y pasártela por debajo de la puerta.

Le sonrió y se quedó allí parada, con aspecto pulcro y fresco con sus tejanos y cazadora. Como él no respondía, se sintió incómoda.

-Espero que no te importe que haya venido.

-No; lo siento. -No quería que volviera a deslumbrarle-. Sólo que no te esperaba. Estaba en el gimnasio.

-¿De veras? No se me habría ocurrido.

La rápida sonrisa de Noah hizo desaparecer parte de la tensión que sentía en el estómago. Él sacó la llave y la metió en la cerradura.

-Entra. Y cuéntamelo en lugar de escribir una nota.

-Me quedaba un poco de tiempo entre dos clases. -Era mentira. Por primera vez desde que estaba en la universidad hacía novillos. ¿Cómo iba a concentrarse en la ecología de la vida silvestre cuando tenía intención de pedirle que se acostara con ella?

Oh, Dios, ¿cómo iba a decirle por qué había ido a su hotel? ¿Cómo empezaría?

-¿Tienes tiempo para tomar un café?

-Sí... Iba a invitarte a cenar; una comida hecha en casa.

-¿Ah, sí? Es mucho mejor que tomar café. -Trató de pensar. En su apartamento tendrían más intimidad para hablar. Ella se sentiría más cómoda allí. Ahora era evidente que estaba nerviosa, en su habitación del hotel; tenía las manos entrelazadas y lanzaba miradas incómodas a la cama.

Así que saldrían. Lo único que tenía que hacer era mantener las manos quietas.

-Tengo que lavarme un poco -dijo Noah.

-Ah... -Estaba muy atractivo, sudoroso por el ejercicio físico, los músculos de sus brazos tonificados y duros. Olivia recordó con cuánta fuerza la había rodeado-. Tengo que comprar algunas cosas en el supermercado.

-Hagamos una cosa. Déjame ducharme y luego vamos al supermercado. Después puedo mirarte mientras cocinas. -De acuerdo.

Noah cogió unos tejanos y buscó una camisa.

-Hay un bar misérrimo debajo del televisor. Sírverte lo que quieras. Tenemos televisión por cable -añadió mientras sacaba calcetines y ropa interior de un cajón-. Siéntate. Dame diez minutos. -No hace falta que corras.

En cuanto él cerró la puerta del cuarto de baño, Olivia se sentó en el borde de la cama. Le temblaban las piernas.

¿Cómo iba a conseguirlo sin hacer el más absoluto ridículo? Al mercado, irían al mercado. Le entraron ganas de reír. Acababa de ir a la tienda donde había tenido que reunir todo su valor para acercarse al mostrador y pedir preservativos.

Ahora los tenía en el bolso y le pesaban como si fueran de plomo. No por la decisión que había tomado, sino por el miedo de que hubiera interpretado mal lo que había visto en los ojos de Noah la noche anterior, lo que había saboreado cuando él la había besado.

Tenía intención de invitarle a cenar, pero eso sería después. Después de que llamara a su puerta, después de que él la abriera y ella le sonriera y se acercara a él, le rodeara con sus brazos y le besara.

Se lo había imaginado de un modo tan perfecto que, cuando llamó a la puerta y nadie respondió, se quedó completamente desconcertada; y ahora nada iba tal como había previsto.

Había ido allí a ofrecerse, a decirle que quería que él fuera el elegido. Había imaginado más: el modo en que los ojos de Noah la mirarían, intensos, hasta que a ella se le nublara la vista y sus bocas se uniesen.

El modo en que él la cogería en brazos... incluso la rápida oleada de emoción que sentiría

cuando esto sucediera; el modo en que la llevaría a la cama.

Dejó escapar un suspiro y se levantó para pasearse por la habitación. Por supuesto, había imaginado una habitación muy diferente: más grande, con colores más bonitos, una colcha liviana sobre la cama, una montaña de almohadas. Añadió velas encendidas.

La habitación real era pequeña, con colores grises y rosa descolorido. Sosa, pensó, como muchas habitaciones de hotel. Pero no importaba. Cerró los ojos y escuchó el agua de la ducha.

¿Qué haría él si ella entraba en el cuarto de baño, se desnudaba sin hacer ruido y se metía en la ducha con él? ¿Se unirían entonces sus cuerpos? Mojados, calientes y listos.

No tuvo valor para hacerlo. Suspirando, se acercó al pequeño bar, examinó las bebidas y luego fue hasta el escritorio donde estaba el ordenador y montones de notas y fichas en desorden.

Esperaría a que saliera. Le salían mejor las cosas, tanto las insignificantes como las vitales, si las afrontaba de cara. No era una seductora y nunca lo sería.

¿Esto decepcionaría a Noah?

Molesta consigo misma, meneó la cabeza. Tenía que dejar de criticarse. Cuando él saliera del cuarto de baño, le diría lo que quería y ya vería lo que ocurría.

Distraída, se puso a ordenar los papeles. Le gustaba el hecho de que se hubiera llevado trabajo. Respetaba la ambición, la dedicación, la energía. Es importante respetar a quien se ama.

Noah no había hablado mucho de su trabajo, pensó Olivia, y puso los ojos en blanco. Porque ella no había parado de parlotear sobre sí misma. Decidió que le preguntaría qué le gustaba más de su trabajo, qué sensación le producía ver sus palabras impresas y saber que la gente las leía. Pensó que debía de ser una sensación maravillosa y satisfactoria, y sonrió.

Le llamó la atención el apellido MacBride, garabateado en un papel amarillo, y cogió el papel con el entrecejo fruncido.

En cuestión de segundos se le heló la sangre y se puso a revolver entre los papeles con ansiedad.

Noah se frotó la cabeza con una toalla y pensaba en lo que diría exactamente a Olivia. Una vez hubieran llegado a un acuerdo en términos profesionales, pasarían a hablar de los personales. En verano podía ir a River's End y pasar algún tiempo con ella. Para hacer las entrevistas, claro, pero principalmente para estar con ella. Nunca ninguna mujer le había provocado tantas ganas de estar con ella.

Tendría que arreglárselas para disponer de más tiempo fuera del periódico. O quizá dejarlo, pensó, mirándose la cara en el espejo empañado. Claro que tendría que pensar de qué iba a vivir hasta que el libro estuviera escrito y se vendiera. Pero ya se le ocurriría algo.

En ningún momento dudó que se vendería. Él estaba destinado a escribir libros y en particular éste. Y empezaba. a pensar, no con facilidad, que estaba destinado a estar con Olivia.

Nada de eso ocurriría hasta que diera el primer paso.

Volvió a la habitación y el mundo se derrumbó a sus pies. Olivia estaba junto a su escritorio, con los papeles en la mano y una mirada de gélida furia.

-Eres un hijo de puta -dijo con calma, pero las palabras sonaron como un grito-. Eres un cabrón intrigante y calculador. -Espera un momento.

-No te acerques. -Le golpeó con sus palabras-. Ni se te ocurra tocarme. Estás aquí como periodista. Eres un jodido mentiroso, todo era para una historia.

-No. -Se interpuso entre ella y la puerta para que no pudiera marcharse-. Espera. No estoy aquí por el periódico.

Olivia seguía con las notas en la mano y, mirándole a los ojos, arrugó las hojas y se las arrojó a la cara.

-¿Hasta qué punto crees que soy idiota?

-No lo creo. -Le cogió los brazos. Esperaba que ella forcejeara, que le arañara y le escupiera. Pero se puso rígida. Un poco desesperado, la zarandeó un poco.

-Escúchame, por favor. No es para el periódico. Quiero escribir un libro. Debería habértelo dicho antes. Tenía intención de hacerlo. Pero... Dios mío, Liv, ya sabes lo que sucedió. En cuanto te vi, todo se hizo confuso. Quería pasar más tiempo contigo.

Te necesitaba. Esto era prioritario para mí. Cada vez que te miraba... me rendía.

-Me has utilizado -dijo con frialdad. Ninguna de sus excusas, nada de lo que hiciera podría penetrar el muro de hielo. Ella no lo permitiría. No volvería a caer en su trampa.

-Si lo he hecho, lo siento. Me dejé llevar por lo que sentía por ti. Anoche, dejarte fue lo más duro que jamás he hecho. Te deseaba tanto que me dolía hasta el alma.

-Te habrías acostado conmigo para obtener información para tu libro. -Mantente fría, se dijo. El dolor no podía penetrar en el hielo.

-No. -Le revolvía las entrañas el que ella pensara esto, que lo creyera-. Has de creer que no lo haría. Lo que ocurrió entre nosotros no tiene nada que ver con el libro. Es algo tuyo y mío. Te he deseado, Liv, desde el instante en que me abriste la puerta, pero no podía tocarte hasta que te lo hubiera explicado todo. Iba a hablar contigo de ello esta noche.

-¿De veras? -Había un tono burlón en su voz, junto con una frialdad que cortaba como un estilete-. Qué bien, Noah. Quítame las manos de encima.

-Tienes que escucharme.

-No, no quiero escucharte. No quiero mirarte. No quiero volver a pensar en ti nunca más. Así que acabemos esto de una vez. Presta atención. -Le apartó las manos y le miró a los ojos, furiosa-. Es mi vida, no la tuya. Es asunto mío, de nadie más. No cooperaré contigo para que escribas ese maldito libro y tampoco lo hará mi familia. Me ocuparé de ello. Y si descubro que has intentado ponerte en contacto con alguien que me importa, cualquiera a quien yo le importe, haré todo lo que pueda para hacerte sufrir. -Le apartó-. Mantente lejos de mí y de los míos, Brady. Si vuelves a llamarme, si te pones en contacto conmigo de nuevo, pediré a mi tía que utilice toda su influencia para que te despidan del periódico. Y si has hecho bien tu investigación, sabrás la influencia que tiene.

Esta amenaza le hizo replicar:

-Te he hecho daño. Lo siento. No sabía lo que sentiría por ti, lo fuerte que sería. No tenía planeado lo que ocurrió entre nosotros.

-En lo que a mí respecta, no ha ocurrido nada. Te desprecio, a ti y a todos los que son como tu. Apártate de mí. -Cogió su bolso con brusquedad y apartó a Noah para dirigirse a la puerta-. Una vez te dije que tu padre era un hombre estupendo. Lo es. Tú no le llegas ni a la suela de los zapatos.

Ni siquiera se molestó en cerrar dando un portazo. Noah la observó acompañar la puerta con suavidad.

Olivia no corrió, aunque tenía ganas de hacerlo. Sentía una opresión en el pecho y los ojos le escocían por las lágrimas que se negaba a derramar. Noah la había utilizado, la

había traicionado. Ella se había dejado llevar por el amor, había confiado, y sólo había conseguido mentiras.

Él nunca había querido estar con ella. Quería a su madre, a su padre. Quería la sangre y la aflicción. Ella jamás se lo daría. Jamás volvería a confiar en nadie.

Se preguntó si su madre había sentido algo parecido cuando se enteró de que el hombre al que amaba era una mentira. Si había sentido aquel vacío, aquella tristeza, aquel sentimiento de traición.

Olivia dejó que la rabia superara a la desdicha y se prometió que nunca más volvería a pensar en Noah Brady.

11

Venice, California, 1999

Noah Brad creía que su vida era perfecta. Gracias a la crítica y al gran éxito de su primer libro, tenía un bonito bungalow en la playa y suficientes recursos económicos para vivir como le gustaba.

Disfrutaba con su trabajo, con la intensidad de recrear auténticos crímenes penetrando en la mente y el corazón de los que elegían el asesinato como solución o como recreación. Era mucho más satisfactorio que los cuatro años que había trabajado como periodista, obligado a aceptar tareas y a cambiar su estilo para adoptar el del periódico.

Le compensaba, pensó mientras terminaba el footing de cinco kilómetros que cada día corría por la playa.

No es que lo hiciera por el dinero, pero sin duda el dinero no hacía daño. Ahora que su segundo libro empezaba a llegar a las librerías y las críticas y las ventas eran buenas, imaginaba que todo iría mucho mejor.

Era joven, estaba sano, las cosas le iban bien y estaba felizmente soltero y sin compromiso, pues hacía poco se había desembarazado de una relación en principio divertida que se había vuelto bastante aburrida.

¿Quién habría dicho que Caryn, que se describía a sí misma como amante de las fiestas y que quería ser actriz, acabaría transformada en una mujer pegajosa y asfixiante que se quejaba y le ponía mala cara cada vez que él quería disponer de una noche para él?

Sabía que había empezado a tener problemas cuando ella fue dejando cada vez más cosas suyas en el armario y los cajones de él.

Cuando su maquillaje se quedaba en el cuarto de baño como si fuera su casa. Había estado peligrosamente cerca de vivir con ella sobre todo por defecto. No, no por defecto, por su culpa, se corrigió Noah, porque había estado tan ocupado con la investigación y la redacción de su siguiente libro que apenas se había dado cuenta.

Esto, por supuesto, a ella le había molestado tanto que le provocó un ataque de rabia y lágrimas cuando le acusó de egoísmo mientras metía sus cosas en una bolsa del tamaño del estado de Kansas. Había roto dos lámparas -una casi en la cabeza de Noah, pero él había sido más rápido- y volcado la maceta de gloxinia, que se había roto junto con algunas hojas de la planta. Después se había acercado a él, echando hacia atrás con gesto arrogante su larga y lacia melena rubia.

Mientras él permanecía perplejo en medio del desorden, ella le lanzó una mirada matadora con sus ojos azules y le dijo que podía ponerse en contacto con ella en Marva's cuando fuera lo bastante hombre para disculparse.

Noah decidió que era lo bastante hombre para sentirse tranquilo cuando la puerta se cerró

con un golpe tras ella.

Esto no había impedido a Caryn dejarle mensajes en el contestador que iban del llanto a la furia. Él no sabía qué le pasaba. Era una mujer asombrosamente bella en una ciudad que adoraba a las mujeres bellas. No iba a pasar mucho tiempo sola si quería tener a un hombre con el que jugar. No se le ocurrió en ningún momento que pudiera estar enamorada de él. O al menos que creyera estarlo.

Su madre habría dicho que esto era típico de él. Era capaz de ver en el interior de los extraños, de las víctimas, de los testigos, de los culpables y de los inocentes con gran perspicacia e interés. Pero cuando se trataba de las relaciones personales, apenas rozaba la superficie.

. En una ocasión había querido hacerlo, y los resultados habían sido desastrosos. Para Olivia y para él.

Había tardado meses en superar aquellos tres días pasados con ella. Olvidarla. Con el tiempo, logró convencerse de que había sido el libro, el ansia de escribirlo, lo que había -desviado sus sentimientos por ella hacia algo que él consideraba amor.

Olivia simplemente le había interesado y atraído, y debido a ello -y a su inexperiencia- había llevado mal la situación. Encontró la manera de apartarla de su mente, igual como había arrinconado la idea de escribir aquel libro. Había conocido a otras mujeres y encontrado otros asesinatos.

Cuando pensaba en Olivia, lo hacía con pesar y con un sentimiento de culpa, y se preguntaba qué habría podido ser. Así que procuraba no pensar en ello.

Corrió hacia el bungalow de dos pisos de color crema. El sol se derramaba sobre el tejado de tejas rojas y se reflejaba en las ventanas. Estaban a finales de marzo, pero el sur de California se hallaba en una repentina ola de calor que a él le encantaba.

Por costumbre, fue a recoger el correo al porche delantero. La intensidad de color de sus macizos de flores eran la envidia de sus vecinos.

Entró en casa, cruzó la sala de estar escasamente amueblada y dejó el correo en el mostrador de la cocina; luego sacó una botella de agua del frigorífico.

Echó un vistazo al contestador automático y vio que se habían acumulado cuatro mensajes desde que había salido a correr. Como supuso que al menos uno de ellos sería de la temida Caryn, decidió preparar café y tostadas y un par de bollos antes de escucharlos.

Ciertas tareas requerían combustible.

Dejó las gafas de sol sobre el montón de cartas y se dispuso a cumplir el primer punto del orden del día. Mientras se hacía el café, puso la televisión portátil, pasando por todos los canales para ver si encontraba algo interesante.

El vídeo de su dormitorio habría grabado el programa Today mientras él estaba fuera. Lo vería más tarde, para saber qué ocurría en el mundo, escucharía los titulares de las noticias. Había comprado los periódicos antes de salir a correr y pasaría al menos una hora, si no dos, absorbiendo los principales artículos, las noticias, los crímenes.

Nunca se sabía de dónde saldría el siguiente libro.

Volvió a mirar la luz que parpadeaba en el contestador automático, pero decidió que el correo era más importante que sus mensajes telefónicos. No es que lo estuviera retrasando, pensó al sentarse ante el desayuno mientras escuchaba la televisión vagamente.

Se echó el cabello hacia atrás y pensó que debería cortárselo, y empezó a examinar el

correo. Había un paquete de "cartas de lectores remitidas por su editor y decidió que las leería más tarde; también estaba su ejemplar mensual de Prison Life y una postal de un amigo de vacaciones en Maui.

Luego cogió un sobre blanco con su nombre y dirección escritos pulcramente. El remite era de San Quintín.

Recibía cartas de prisioneros de vez en cuando, pero no en su casa, pensó Noah frunciendo el entrecejo. A veces le amenazaban, pero en su mayor parte le ofrecían sus historias.

Dudó antes de abrir la carta, pues no estaba seguro de si debería molestarle o preocuparle que alguien, en uno de aquellos agujeros, conociera la dirección de su casa. Pero cuando la abrió y

echó un vistazo a las primeras líneas, el corazón le dio un vuelco.

Estimado Noah Brady:

Me llamo Sam Tanner. Supongo que sabe quién soy. En cierto modo estamos relacionados. Su padre fue el principal agente en la investigación del asesinato de mi esposa y el hombre que me arrestó.

Es posible que no sepa usted que ha asistido a todas las vistas que se han celebrado para darme la libertad condicional desde que estoy cumpliendo condena. Se podría decir que Frank y yo hemos estado en contacto.

He leído con interés su libro Cacería nocturna. Su manera clarividente y desapasionada de penetrar en la mente y los métodos de James Trolly hace más emocionante y real su sistemática selección y mutilación de hombres que se dedican a la prostitución que cualquiera de las historias que aparecieron en la época, hace cinco años.

Como actor, sé apreciar a un buen escritor.

Hace varios años que no me molestó en hablar con periodistas o escritores, que al principio proclamaban que querían escribir mi historia. Cometí errores con aquellos en los que confié y me pagaron deformando mis palabras para que saciaran la sed de escándalo y chismorreos del público.

Al leer su obra, me ha parecido que le interesaba la verdad, la gente real y los hechos. Me parece interesante, dada mi relación con su padre. Casi es como si estuviera predestinado. Estos últimos años creo en el destino.

Me gustaría contarle mi historia. Me gustaría que la escribiera.

Si le interesa, ya sabe dónde encontrarme. .Tardaré unos meses en ir a algún otro sitio.

Atentamente,

Sam Tanner

-Vaya, vaya. -Noah se rascó la barbilla y volvió a leer los puntos más importantes de la carta. Cuando sonó el teléfono

hizo caso omiso. Cuando la voz airada de Caryn le acusó de ser un cerdo insensible, le maldijo y juró que se vengaría, él apenas si la oyó-. Sí, me interesa, Sam. Llevo veinte años interesado.

Conservaba fichas sobre Sam Tanner, Julie MacBride y el asesinato en Beverly Hills que su padre había investigado. Y seguía, acumulando datos incluso después de la dolorosa visita que había efectuado a Olivia cuando ésta estaba en la universidad.

Había abandonado temporalmente la idea de escribir el libro, pero su interés por el caso no había desaparecido. Y tampoco su determinación de algún día contar la historia desde todos los ángulos.

Pero lo había dejado durante seis años porque, pensó entonces, cada vez que se disponía a trabajar en ello veía a Olivia tal como le había mirado en aquella habitación de hotel, junto al escritorio y con los papeles en la mano. No podía permitir, y no lo permitiría, que un desgraciado asunto amoroso dirigiera su trabajo.

Una serie exclusiva de entrevistas con Sam Tanner. Tenían que ser exclusivas, pensó Noah poniéndose en pie. Ésta iba a ser una condición inexcusable.

Necesitaría una lista de todas las personas que habían estado implicadas, aunque fuera periféricamente. Familia, amigos, empleados, socios. La emoción corría por su sangre cuando empezó a esbozar la estrategia de su investigación. Transcripciones del juicio. Tal vez podría averiguar el nombre de algunos miembros del jurado. Informes policiales.

Esto le hizo pararse en seco. Su padre. No estaba muy seguro de que a su padre le gustara la idea.

Se dirigió hacia el baño para ducharse. Y para darse tiempo de pensar.

La casa de los Brady no había cambiado mucho con los años. Seguía siendo de estuco rosa pálido, el césped estaba bien cortado y las flores languidecían. Desde que su padre se había retirado de la policía el año anterior, había comenzado diversas actividades para distraerse, que incluían golf, fotografía, trabajos en madera y cocina. Decidió que odiaba el golf antes de los primeros dieciocho hoyos. También decidió que no tenía buen ojo para la fotografía, ninguna facilidad para la madera y ninguna habilidad en la cocina.

Seis meses después de jubilarse, Celia le hizo sentarse, le dijo que le quería más que el día en que se habían casado y que, si no encontraba algo que hacer fuera de casa, le mataría mientras durmiera.

El centro juvenil local le salvó la vida y el matrimonio. Casi todas las tardes se le encontraba allí, entrenando a los chicos en las pistas de baloncesto igual que había entrenado a su hijo, escuchando sus quejas y triunfos e interviniendo en las inevitables peleas y discusiones.

Por las mañanas, cuando Celia se iba a trabajar, pasaba el rato haciendo crucigramas o leyendo en el patio trasero novelas de misterio, a las que se había hecho adicto desde que el asesinato ya no formaba parte de su rutina diaria.

Ahí es donde Noah le encontró, con sus largas piernas extendidas, relajado en una tumbona, a la sombra.

Llevaba tejanos, unas viejas zapatillas de deporte y una camisa de algodón confortablemente arrugada. El pelo se le había vuelto gris pero seguía siendo abundante.

-¿Sabes lo que cuesta matar geranios? -Noah miró los marchitos capullos rosa que luchaban por sobrevivir-. Casi tiene que ser premeditado.

-Jamás conseguirás que un geranio me condene. -Contento de ver a su hijo, Frank dejó la última novela de John Sandford. Meneando la cabeza, Noah desenrolló la manguera, la conectó y dio a las desesperadas flores otra prórroga. -No esperaba verte hasta el domingo. -¿El domingo?

-Es el cumpleaños de tu madre. -Frank entrecerró los ojos-. No lo habrás olvidado, ¿verdad?

-No. Ya tengo su regalo. Es un lobo. -Volvió la cabeza y sonrió-. No tengas miedo, no lo guardará aquí. Tiene que adoptarlo en estado natural y se lo cuidarán por ella. Creí que le gustaría; y también los pendientes que le he comprado.

-Eres un fantasmón -gruñó Frank, y cruzó los tobillos-. Pero vendrás a cenar con nosotros el domingo, ¿no?

-No me lo perdería por nada del mundo.

-Puedes traer a esa chica, si quieres.

-Se llama Caryn, y acaba de dejarme un mensaje en el contestador diciéndome que soy un cerdo. Me la estoy quitando de encima.

-Bien. A tu madre no le gustaba.

-Sólo la vio una vez.

-No le gustaba. Superficial, engreída y estúpida fueron los tres adjetivos que utilizó.

-Me molesta que siempre tenga razón.

Satisfecho porque los geranios vivirían un día más, Noah cerró la manguera y la enrolló en su rueda.

Por un momento Frank no dijo nada, sólo observó a su hijo dejar la manguera bien colocada, tan bien colocada como para que Frank hiciera una mueca.

-¿Sabes?, aún soy bastante buen detective. No creo que hayas venido aquí para regarme las flores.

Cuando ya no pudo seguir entreteniéndose con la manguera, Noah se metió las manos en los bolsillos traseros del pantalón.

-Esta mañana he recibido una carta. Un tipo de San Quintín quiere contarme su historia.

-¿Y? -Frank alzó las cejas-. Suelen recibir correspondencia de criminales, ¿no?

-Sí, la mayoría es desechable. Pero este caso me interesa. Me ha interesado durante mucho tiempo. -Se quitó las gafas de sol y miró a su padre a los ojos-. Durante veinte años. Se trata de Sam Tanner, papá.

El corazón de Frank vaciló un solo instante. Había sido policía demasiado tiempo para dar un respingo ante las sombras y los fantasmas, pero se preparó.

-Entiendo. No, no entiendo -rectificó de inmediato y se levantó-. ¿Dejé fuera de la circulación a ese hijoputa y ahora te escribe? ¿Quiere hablar con el hijo del hombre que contribuyó a que le encerraran, que ha hecho todo lo posible para que se quede en la cárcel veinte años? Noah, es peligroso.

-Menciona la relación. -Noah mantuvo la voz suave. No quería discutir, no le gustaba alterar a su padre, pero ya había tomado una decisión-. ¿Por qué asististe a todas las vistas para la libertad condicional?

-Hay cosas que no se olvidan. Y como no se olvidan, porque no se puede, uno se asegura de que todo siga igual. -Y había hecho una promesa a una chiquilla con ojos obsesionados en las profundas sombras del bosque-. Él tampoco ha olvidado. ¿Qué mejor manera de devolverme el golpe que utilizarte a ti?

-No puede hacerme ningún daño, papá.

-Supongo que eso es lo que Julie MacBríde pensó la noche en que le abrió la puerta. Apártate de él, Noah. De verdad.

-Tú no lo has hecho. -Alzó una mano antes de que Frank pudiera replicar-. Escúchame un minuto. Tú hiciste tu trabajo. Te costó, lo recuerdo. Por la noche te paseabas por la habitación o salías aquí a sentarte en la oscuridad. Sé que otros casos te afectaron, pero ninguno como éste. Por eso yo tampoco lo olvido. Supongo que se podría decir que es algo que he llevado conmigo. Forma parte de nosotros, de todos nosotros. Hace años que quiero escribir este libro. Tengo que hablar con Sam Tanner.

-Si lo haces, Noah, y escribes el libro, sacando a la luz todo aquello otra vez, ¿te das cuenta del daño que podrías hacer a las otras víctimas de Tanner? ¿A los padres, a la hermana, a su hija?

Olivia. No, se dijo Noah, no iba a empañar el asunto con Olivia. Ahora no.

-He pensado en lo que podría hacerte a ti. Por eso estoy aquí. Quería que supieras lo que voy a hacer. -Es un error.

-Tal vez; pero se trata de mi vida y de mi trabajo.

-¿Crees que se habría puesto en contacto contigo si no fueras hijo mío? -El miedo y la furia aparecieron en igual medida, endureciendo los ojos de Frank y saltando a su voz como el chasquido de una bala-. Ese hijoputa se niega a hablar con nadie durante años, y lo han intentado muchos. Brokaw, Walters, Oprah. Ningún comentario, ninguna entrevista, nada de nada. Y ahora, precisamente pocos meses antes de que probablemente le dejen salir, se pone en contacto contigo y te ofrece la historia en bandeja. Maldita sea, Noah, no tiene nada que ver con tu trabajo, sino con el mío.

-Tal vez. -El tono de Noah era gélido; se puso de nuevo las gafas de sol-. Y tal vez tenga que ver con los dos. Respetes o no mi trabajo, es lo que hago. Y lo que voy a seguir haciendo.

-Nunca he dicho que no respete tu trabajo.

-No, pero tampoco has dicho nunca lo contrario. -Era una herida que Noah acababa de darse cuenta que llevaba dentro-. Aprovecharé las oportunidades cuando las encuentre; esto lo he aprendido de ti. Hasta el domingo.

Frank dio unos pasos e iba a hablar. Pero Noah ya se marchaba con grandes zancadas. Su padre se sentó, notando su edad, y se quedó contemplándose las manos.

El mal humor de Noah le duró mientras regresaba a casa, como si fuera una energía separada, un pasajero irritable en el BMW gris claro. Dejó la capota bajada y la radio encendida tratando de que se le pasara el enfado.

Detestaba darse cuenta de que estaba dolido porque su padre nunca había dado saltos de alegría por los éxitos de sus libros.

Era estúpido, pensó. Tenía edad suficiente para no necesitar el aplauso de los padres. Ya no tenía dieciocho años ni efectuaba el lanzamiento de baloncesto que podía darles el triunfo a finales del tercer trimestre. Ahora era un hombre adulto, feliz y satisfecho con su profesión. Estaba bien pagado y su ego recibía todos los halagos que necesitaba con las críticas y los cheques de su editor, muchas gracias.

Pero sabía, lo había sabido siempre, que su padre desaprobaba el camino que había seguido en sus libros. Como ninguno de los dos quería enfrentarse al otro, hablaban poco. Hasta hoy, pensó Noah.

Sam Tanner había hecho algo más que ofrecerle una historia. Había abierto la primera grieta visible en una relación en la que Noah siempre había confiado. Había estado allí siempre, escondida, desde el momento en que había decidido escribir acerca de los meandros del río del asesinato.

Noah sabía que si hubiera decidido escribir novelas a Frank le parecería bien. Sería entretenimiento. Pero escarbar y exponer las realidades, desnudar a los asesinos, a las víctimas y a los supervivientes para consumo público, esto era lo que no le gustaba a su padre y lo que no podía entender.

Como no sabía explicarlo, su mal humor en aquellos momentos rozaba la ira.

Entonces vio el coche de Caryn aparcado frente a su casa.

La encontró sentada en la terraza de atrás; llevaba unos pequeños pantalones cortos y un sombrero de paja de ala ancha. Cuando abrió la puerta de cristal, le miró por encima de las gafas de sol de diseño que llevaba. Le temblaban los labios.

-Oh, Noah. Lo siento mucho. No sé qué me ha pasado.

Él ladeó la cabeza. Habría sido fascinante si no hubiera sido tan aburrido. Era una pauta que reconocía de las semanas que habían convivido. Pelea, enfado, acusación, arrojar cosas al suelo, portazo. Luego, regreso con lágrimas en los ojos y disculpas.

Ahora, a menos que decidiera variar, se acercaría a él y le ofrecería sexo.

Cuando ella se levantó, sonriendo temblorosamente, y se acercó a él para abrazarle, Noah pensó que no tenía imaginación para improvisar.

-He sido muy desdichada estos días sin ti. -Acercó la boca a la de Noah-. Vamos dentro para que pueda demostrarte lo mucho que te he echado de menos.

A él le preocupaba un poco el hecho de que no se sentía excitado en lo más mínimo.

-Caryn, no te saldrás con la tuya. ¿Por qué no nos limitamos a decir que fue divertido mientras- duró?

-No lo dices en serio.

-Sí. -Tuvo que apartarla para que dejara de restregarse contra él-. Hablo en serio.

-Hay otra, ¿verdad? Todo el tiempo que estuvimos viviendo juntos me engañabas.

-No, no hay nadie más. Y no vivíamos juntos. Sólo empezaste a quedarte aquí.

-Eres un bastardo. Ya has metido a otra mujer en nuestra cama. -Se precipitó dentro de la casa.

-No es nuestra cama; es mía, maldita sea. -Estaba más cansado que enfadado, hasta que entró en el dormitorio y vio que ella estaba desgarrando las sábanas-. ¡Eh! ¡Deja eso!

Hizo ademán de detenerla, pero ella se echó en la cama y rodó hacia el otro lado. Antes de que pudiera detenerla, Caryn cogió la lámpara de la mesilla de noche y se la arrojó. Él se protegió la cara con los brazos. El ruido del cristal al estrellarse en el suelo desató la cólera que Noah estaba reprimiendo.

-Bueno, ya está bien. Vete. Márchate de mi casa y no vuelvas a acercarte a mí.

-Nunca me has querido. Nunca has tenido en cuenta mis sentimientos.

-Tienes toda la razón. -Se abalanzó sobre ella cuando vio que se disponía a coger su preciado trofeo de baloncesto-. Me importabas un comino. -Resollaba mientras hacía esfuerzos por hacerla marchar sin perder la piel bajo las largas uñas de Caryn-. Soy un cerdo, un cabrón, un hijo de puta.

-¡Te odio! -chilló ella, dando manotazos y patadas mientras él la arrastraba hasta la puerta de la calle-. ¡Ojalá estuvieras muerto!

-Imagina que lo estoy. Y yo haré lo mismo contigo. La empujó fuera y cerró la puerta.

Dejó escapar un largo suspiro. Entonces, como no había oído el coche ponerse en marcha, miró por la ventana, justo a tiempo para verla rascar con las llaves el pulido acabado de su BMW.

Noah rugió como un león herido. Cuando hubo abierto la puerta y salido a la calle, ella ya se alejaba en su coche.

Con los puños apretados, contempló el daño. Unos profundos arañazos formaban unas letras en el techo. CE... Al menos, no había tenido la satisfacción de terminar de escribir lo que pensaba.

De acuerdo. Haría reparar el coche mientras estuviera fuera de la ciudad. Le pareció un buen momento para dirigirse a San Quintín.

sirviera ahora como una especie de parque temático. Disneylandia para presos.

El edificio era de color arena y se extendía ante la bahía de San Francisco; tenía varios niveles, torres y torretas y un aire levemente exótico.

No parecía una cárcel si no pensabas en los guardias armados que había en las torres, los reflectores de seguridad que iluminarían la noche con haces naranja y en todas las jaulas de acero que contenía.

Había optado por coger el ferry de San Francisco hasta Marin County y ahora estaba junto a la banda mientras la embarcación se deslizaba por el agua agitada por el viento. La arquitectura de la prisión le pareció extraña y en cierto modo muy californiana, pero dudaba que los internos apreciaran mucho la estética de la estructura.

Sólo había tardado un par de horas en conseguir el permiso para efectuar la visita. Esto le hizo preguntarse si Tanner tenía contactos en el interior que le habían ayudado a allanar el camino. No importaba, decidió mientras el viento le alborotaba el cabello. Los resultados eran lo que importaba.

Había dedicado un día a repasar las fichas que tenía sobre el asesinato MacBride, para estudiar y refrescar la memoria.

Sabía qué clase de hombre había sido Tanner.

Un actor de talento, muy trabajador, con una impresionante serie de películas de éxito en la época en que conoció a Julie Macbride, su coprotagonista en Tormenta de verano. Asimismo, según se contaba, hubo una larga lista de mujeres asociadas con su nombre antes de casarse. Era el primer matrimonio para los dos, aunque él había estado comprometido en serio con Lydia Loring, muy famosa en los años setenta. Los columnistas de chismes estuvieron muy ocupados cuando se produjo su tormentosa y muy pública ruptura al poner él los ojos en Julie.

A Tanner le gustaba la fama, el dinero y las mujeres. Y había seguido disfrutando de las tres cosas después de casarse. No había habido otras mujeres después de Julie. O, reflexionó Noah, en todo caso habían sido muy discretas.

Los que le conocían decían que era difícil, temperamental; después empezaron a emplear términos como «genio explosivo» y «exigencias irrazonables» cuando sus dos películas posteriores a Tormenta de verano machacaron las taquillas.

Empezó a aparecer tarde y sin haberse preparado para rodar, despidió a su ayudante personal y después a su agente. Uno de los secretos peor guardados de Hollywood era que tomaba drogas, y en cantidad. Se volvió obsesivo con su mujer, celoso de la gente que le rodeaba, consideró a Lucas Manning su rival y, al final, se volvió violento.

En 1975 era el actor más taquillero del país. En 1980 era un interno de San Quintín. Fue un largo camino en muy poco tiempo.

El descuidado derroche de riqueza y fama, el fácil acceso a las mujeres más bellas del mundo, las buenas propinas en los restaurantes para conseguir las mejores mesas, las invitaciones a las mejores fiestas, las aclamaciones de las fans. ¿Qué sensación producía ver que todo eso se te escurre de los dedos?, se preguntó Noah. Añade arrogancia, ego, mézclalo con cocaína, un poco de celos por los altibajos del taquillaje y un matrimonio hecho añicos y tendrás la fórmula perfecta para el desastre.

Sería interesante ver qué habían añadido los últimos veinte años, o qué se habían llevado de Sam Tanner.

Volvía a estar en su coche alquilado cuando el ferry llegó al muelle, ansioso por seguir adelante. Aunque esperaba terminar la entrevista inicial a tiempo para volver al

aeropuerto y tomar el avión de la noche para regresar a casa, había metido unas cuantas cosas en una bolsa por si acaso decidía quedarse.

No había mencionado el viaje a nadie.

Mientras aguardaba su turno, tamborileaba con los dedos en el volante al ritmo de las Spice Girls y, de forma inexplicable, pensó en Olivia MacBride.

Cosa extraña, la imagen que acudió a su mente fue la de una niña alta y larguirucha con el cabello claro y los brazos morenos; de ojos tristes mientras estaban sentados en la orilla de un río observando los castores. Había investigado, pero sin encontrar nada público sobre ella desde su niñez. Algunas especulaciones en la prensa de vez en cuando, una historia de recapitulación, la reproducción de aquella fotografía que mostraba todo su dolor cuando tenía cuatro años; eso fue todo lo que encontró.

Su familia había levantado una barrera a su alrededor, pensó, y permaneció tras ellos. Igual que su padre había permanecido tras los muros de aquella cárcel. Era un punto que tenía intención de examinar.

Cuando llegara el momento, haría todo lo posible para convencer a Olivia de que hablara con él de nuevo, de que cooperara con el libro. Esperaba que después de seis años su resentimiento se hubiera suavizado, que la sensible -y maravillosamente dulce- estudiante de ciencias con la que había pasado aquellos días encantadores viera el valor y el propósito de lo que él pretendía hacer.

Aparte de eso, no se le ocurría qué sentiría si volviera a verla, así que la apartó de su mente y se concentró en el momento.

Condujo hacia la prisión y pasó por delante de un viejo malecón y una estación de bombeo. Vislumbró un sendero asfaltado que supuso llevaba hasta el agua y lo que podía ser un pequeño parque, aunque se preguntó por qué alguien querría pasear o comer a la sombra de aquellos muros imponentes.

El aparcamiento para visitantes bordeaba una pequeña y atractiva playa, con las aguas de un apagado color gris. Pensó en la posibilidad de coger una grabadora, o al menos un bloc de notas, pero decidió no llevar nada. Esta vez sólo recogería impresiones. No quería dar a Tanner la idea de que estaba adquiriendo un compromiso.

La entrada de los visitantes era un largo vestíbulo con una puerta lateral. La única ventana estaba cubierta de avisos que impedían ver nada. En la puerta había un cartel que le produjo un escalofrío aunque sus labios esbozaron una sonrisa: **POR FAVOR, NO LLAME. SABEMOS QUE ESTÁ AHÍ. ACUDIREMOS LO ANTES POSIBLE.**

Se quedó de pie en el vestíbulo vacío, escuchando silbar el viento y esperando a que los que sabían que estaba allí acudieran.

Cuando lo hicieron, expuso el asunto que le había llevado hasta aquel lugar, entregó su carnet de identidad y llenó los formularios requeridos. No hubo charla ni sonrisas.

Ya había seguido esa ruta antes, en Nueva York y Florida. Había estado en el pasillo de la muerte y sentido escalofríos al oír el ruido de las puertas al cerrarse y el resonar de los pasos. Había hablado con condenados a cadena perpetua y con condenados a muerte.

Había oído el odio, el miedo y el cálculo, así como el hedor del sudor mezclado con orina y cigarrillos liados a mano..

Le llevaron por un pasillo, más allá de la zona principal de visitas, hasta una pequeña habitación en la que había una mesa y dos sillas. La puerta era gruesa y tenía una ventanita de cristal reforzado.

Y allí, Noah vio por primera vez lo que había sido de Sam Tanner.

Había desaparecido el mimado ídolo de la pantalla con la sonrisa del millón de dólares. Ahora era un hombre duro, de cuerpo y rostro. Noah se preguntó cuánto se habría endurecido también su mente. Se sentó, con una mano encadenada, vistiendo el holgado mono carcelario de vivo color naranja. El pelo se le había vuelto casi gris y lo llevaba brutalmente corto.

En el rostro tenía profundas arrugas que le hacían aparentar mucho más que los cincuenta y ocho años que tenía. Noah recordó a otro interno que en una ocasión le había dicho que los años que se pasaban en la cárcel eran largos años de perro: cada año pasado entre rejas equivalía a siete en el mundo exterior.

Sus ojos, penetrantes y azules, se entretuvieron examinando a Noah y apenas se desviaron hacia el guardia cuando les dijo que disponían de treinta minutos.

-Me alegro de que haya venido, señor Brady.

Eso no había cambiado, pensó Noah. Tenía la misma voz rica y potente que en su última película. Noah se sentó cuando se cerró la puerta y oyó que corrían el cerrojo.

-¿Cómo consiguió la dirección de mi casa, señor Tanner? Una sombra de sonrisa asomó a sus labios. -Aún tengo ciertos contactos. ¿Cómo está su padre? Noah mantuvo los ojos fijos en los de Tanner e hizo caso

omiso del espasmo que sintió en el estómago.

-Mi padre está bien. No puedo decir que le manda recuerdos. Los dientes de Sam quedaron al descubierto en una sonrisa fugaz.

-Un policía íntegro, Frank Brady. Le he visto, y a Jamie... de vez en cuando. Ella aún es una mujer atractiva, mi ex cuñada. Me pregunto qué grado de intimidad tienen ella y el padre de usted.

-¿Me ha hecho venir hasta aquí para molestarme, Tanner, especulando con la vida personal de mi padre?

De nuevo apareció la sonrisa, leve e irónica.

-Últimamente no he tenido muchas conversaciones interesantes. ¿Tiene tabaco?

Noah alzó una ceja.

-No, lo siento. No fumo.

-Maldita California. -Sam se metió la mano libre en el mono, despegó con cuidado la cinta que mantenía sujetos a su pecho un cigarrillo liado a mano y una cerilla de madera-. Están convirtiendo las cárceles en instalaciones para no fumadores. ¿De dónde sacan esa mierda?

Encendió la cerilla y luego el cigarrillo.

-Donde estaba antes tenía recursos para todo. Un par de paquetes de tabaco al día era moneda corriente. Ahora tengo suerte si consigo un cartón al mes.

-Qué mal tratan a los asesinos hoy en día.

Aquellos duros ojos azules sólo relucieron, Noah no supo si divertidos o desdeñosos.

-¿Le interesan el crimen y el castigo, Brady, o le interesa la historia?

-Una cosa va con la otra.

-¿Ah, sí? -Sam exhaló una apestosa bocanada de humo-. He tenido mucho tiempo para pensar en eso. ¿Sabe?, no recuerdo el sabor del buen whisky, ni el olor de una mujer hermosa. Lo del sexo es llevadero. Aquí dentro abundan los que se inclinarán para ti si buscas eso. Si no, siempre te queda la mano. Pero a veces despiertas en plena noche ansiando la fragancia de una mujer. -Se encogió de hombros-. No hay sustituto. Yo leo mucho para superar esos momentos. Antes leía novelas, elegía un papel e imaginaba que

lo interpretaría cuando saliera. -Lo dijo con la misma mirada fría-. Me gustaba todo. Tardé mucho tiempo en aceptar que esa parte de mi vida también había terminado.

Noah ladeó la cabeza.

-¿Qué papel interpreta aquí, Tanner?

De-pronto, Sam se inclinó hacia adelante y por primera vez sus ojos cobraron vida.

-Es lo único que tengo. ¿Cree que porque viene aquí y habla a los presos entiende lo que es esto? Usted se puede levantar y marcharse en cualquier momento. Jamás lo entenderá.

-Nada me impide levantarme e irme ahora -dijo Noah sin inflexión en la voz-. ¿Qué quiere?

-Quiero contarle todo, dejarlo todo escrito. Decir cómo fue entonces, cómo es ahora. Decir por qué ocurrieron las cosas y por qué no ocurrieron. Por qué dos personas que lo tenían todo lo perdieron todo.

-¿Y usted me lo contará?

-Sí, voy a contárselo todo. -Sam tiró al suelo la colilla y la aplastó-. Me gustó su libro -dijo-. Y no pude resistir la ironía de la conexión. Parecía casi una señal. No soy uno de esos desgraciados que han encontrado a Dios aquí. Dios no tiene nada que ver con lugares como éste y no viene aquí. Pero está el destino y está el momento oportuno.

-Si quiere considerarme el destino, de acuerdo. Pero ¿el momento oportuno?

-Me estoy muriendo.

Noah repasó fríamente con la mirada el rostro de Sam.

-A mí me parece que tiene un aspecto saludable.

-Tumor cerebral. -Se dio unos golpecitos en la cabeza con un dedo-. No se puede operar. Los médicos dicen que tal vez un año, si tengo suerte; y si no la tengo, moriré en el mundo y no en esta jaula. Estamos trabajando en ello. Al parecer, el sistema quedará satisfecho con mis veinte años ahora que de todos modos estoy muerto. -Rió entre dientes, como si lo encontrara divertido-. Se podría decir que tengo una nueva sentencia, de poco tiempo pero sin posibilidad de libertad condicional. Así que, si le interesa, tendrá que trabajar rápido.

-¿Tiene algo nuevo que añadir a todo lo que se ha dicho, impreso y filmado en las últimas dos décadas?

-¿Quiere averiguarlo? -Noah dio un golpe en la mesa con un dedo.

-Lo pensaré. -Se levantó-. Volveré a verle.

-Brady -dijo Sam cuando Noah se dirigía hacia la puerta-. No me ha preguntado si maté a mi esposa. Noah le miró a los ojos.

-¿Por qué iba a hacerlo? -dijo, y señaló al guardia.

Sam sonrió. Pensó que la primera entrevista había ido bien y no dudó que el hijo de Frank Brady volvería.

Noah estaba sentado en el despacho de Diterman, el alcaide de la cárcel, sorprendido y un poco adulado porque su petición de una entrevista le había sido concedida con tanta rapidez. Hollywood jamás habría dado a George Diterman el papel de jefe de una de las prisiones más activas del país. Tenía poco cabello y complexión menuda, y llevaba gafas redondas con montura negra; parecía un hombre en un puesto muy bajo en una empresa de contabilidad de tamaño medio.

Saludó a Noah con un fuerte apretón de manos y una sonrisa inesperadamente encantadora.

-Me gustó su primer libro -dijo cuando ocupó su sitio tras el escritorio-. Ya estoy

disfrutando con el segundo. -Gracias.

-Y supongo que está aquí recogiendo información para escribir otro.

-Acabo de hablar con Sam Tanner.

-Sí, lo sé. -Diterman cruzó las manos en el borde del escritorio-. Aprobé la petición.

-¿Porque admira mi trabajo o porque se trataba de Tanner?

-Un poco ambas cosas. Hace cinco años que ocupo este cargo. Durante ese período, Tanner ha sido lo que se podría calificar de recluso modelo. No se mete en líos, hace bien su trabajo en la biblioteca de la cárcel y sigue las reglas.

-¿Está rehabilitado? -preguntó Noah con el cinismo justo para que Diterman sonriera de nuevo.

-Eso depende de la definición que elija: la de la sociedad, la de la ley, la de esta institución. Pero puedo decir que, en determinado momento, decidió cumplir su sentencia limpiamente.

Diterman apretó las manos y volvió a entrelazar los dedos.

-Tanner me ha autorizado a darle acceso a sus archivos y a hablarle con franqueza de él.

Trabaja rápido, pensó Noah. Bien. Había esperado mucho tiempo para empezar el libro y tenía intención de trabajar rápido.

-Entonces hableme con franqueza del interno Tanner.

-Según los informes, cuando llegó le costó adaptarse. Se produjeron numerosos incidentes, altercados, entre él y los guardias, y entre él y otros reclusos. El interno Tanner pasó gran parte de 1980 en la enfermería, tratado por numerosas lesiones.

-¿Se peleaba?

-Sí. Era violento e invitaba a la violencia. Le confinaron en solitario varias veces durante los primeros cinco años. También era adicto a la cocaína y encontró la manera de alimentar esa adicción dentro de la cárcel. Durante el otoño de 1982 sufrió una sobredosis.

-¿Deliberada o accidental?

-No está claro, aunque el terapeuta se inclinaba a pensar que había sido accidental. Es actor, y de los buenos. -Los ojos de Diterman permanecían inexpresivos, pero Noah vio inteligencia en ellos-. Mi predecesor anotó varias veces que Tanner era un hombre difícil de conocer. Representaba el papel que le convenía.

-En pasado.

-Sólo puedo referirme a los últimos años que ha pasado aquí. Al parecer, el trabajo que realiza en la biblioteca le satisface. Se muestra reservado siempre que le es posible. Evita los enfrentamientos.

-Me ha dicho que tiene un tumor cerebral que no se puede operar. Terminal.

-A principios de año empezó a quejarse de fuertes y recurrentes dolores de cabeza y de que veía doble. Le descubrieron el tumor. Le hicieron pruebas y los médicos creen que le queda un año de vida. Probablemente menos.

-¿Cómo se lo tomó?

-Mejor de lo que yo creía. Hay detalles que no puedo darle, ya que precisarían no sólo su permiso sino otra autorización.

-Si decido proseguir esto, entrevistarle, escucharle, necesitaré también la cooperación de usted. Necesitaré saber nombres, fechas, sucesos. Incluso opiniones. ¿Está dispuesto a dármelo?

-Cooperaré en todo lo que me sea posible. Para serle franco, señor Brady, me gustaría oír

la historia completa. Yo estaba perdidamente enamorado de Julie MacBride.

-¿Y quién no? -murmuró Noah.

Decidió pasar la noche en San Francisco y, después de instalarse en una habitación con vistas a la bahía, encargó una comida y puso en marcha su ordenador portátil. Una vez conectado con Internet, buscó Sam Tanner.

Para ser un hombre que se había pasado dos décadas entre rejas, había muchísima información, sobre las películas, los papeles que había interpretado, resúmenes y críticas. Eso podía esperar.

Encontró referencias a varios libros sobre el caso, incluidas biografías no autorizadas de Sam y Julie. Noah tenía algunas en su biblioteca y se hizo una nota para acordarse de releerlas. Había artículos sobre el juicio, la mayoría refritos.

No encontró nada particularmente interesante.

Cuando llegó su comida, Noah tomó la hamburguesa escribiendo con una mano y anotando lo que tal vez quisiera volver a examinar.

Ya había visto antes las fotografías que aparecían. La de Sam, guapísimo, y de una luminosa Julie, los dos sonriendo bellamente a la cámara. Otra de Sam, abatido, cuando le sacaban del palacio de justicia durante el juicio y con aspecto enfermo y desconcertado.

Y ambos hombres, pensó Noah, se encontraban dentro de aquel interno de ojos fríos y calculadores. ¿Cuántos más encontraría hasta que tuviera el libro terminado?

Eso, admitió Noah, era lo que le atraía de forma irresistible. ¿Quién vivía tras aquellos ojos? ¿Qué se apoderaba de un hombre y le hacía descuartizar a la mujer a la que, según decía, amaba, a la madre de su hija?, ¿destruir todo lo que, según juraba, más le importaba?

¿Las drogas? No era suficiente, en opinión de Noah. Y tampoco en opinión del tribunal, recordó. La defensa había recurrido al asunto de las drogas en un intento por que la sentencia se redujera debido a circunstancias atenuantes. Los resultados no habían variado.

La brutalidad del crimen había pesado más que nada. Y, pensó Noah ahora, el patético testimonio en vídeo de la hija de cuatro años de la víctima. Ningún jurado habría podido dar la espalda a aquella niña, a la descripción que entre lágrimas hizo de lo que vio aquella noche, y sentir piedad por Sam Tanner.

De veinte años a cadena perpetua, los primeros quince sin posibilidades de libertad condicional.

Noah no tenía intención de ser ni juez ni jurado, sino poner los hechos al descubierto. Para él, las drogas no tenían ninguna importancia. Las drogas podían confundir los límites, eliminar inhibiciones. Podían hacer salir la bestia, pero esa bestia tenía que existir para actuar.

Podría investigar el crimen de forma objetiva, podría distanciarse de aquel horror; ésta era su tarea. Podía sentarse a escuchar a Sam Tanner, hablar con él, intimar con su mente y ponerlo todo por escrito. Podía efectuar una disección de aquel hombre, revolver en su cerebro y anotar los cambios que podían haber tenido lugar en el curso de las últimas dos décadas.

Pero no olvidaría que una noche, en pleno verano, Sam Tanner no había sido un hombre. Empezó una nueva búsqueda sobre Julie MacBride; luego, por impulso, buscó Albergue y Camping River's End. Se recostó en la silla y tomó su café cuando apareció la página.

La tecnología, reflexionó, era una cosa maravillosa.

Había una artística y atractiva fotografía del albergue, exactamente tal como él lo recordaba. Un par de fotos interiores mostraban la recepción y una de las suites de invitados. Había una pequeña descripción que hablaba de la historia, las habitaciones, la belleza del parque nacional.

Otro clic le llevó a la oferta recreativa: pesca, canoas, excursiones a pie, un centro naturalista...

Se detuvo y sonrió. Así que lo había conseguido; había construido 'el centro. Bien por ti, Liv.

Ofrecían excursiones guiadas, piscina climatizada, gimnasio.

Leyó por encima la información y observó que se ofrecían paquetes de fin de semana, de semana completa y especiales. Decía que los propietarios eran Rob y Val MacBride. No encontró en ningún sitio el nombre de Olivia.

¿Aún estás allí, Liv?, se preguntó. Sí, con el bosque y los ríos. ¿Alguna vez piensas en mí?

Molesto por haber tenido este pensamiento, se levantó y se acercó a la ventana.

Contempló la ciudad, las luces, el tráfico.

Y se preguntó qué se habría hecho de su antigua mochila.

Luego encendió la televisión, sólo para que hubiera ruido. Había ocasiones en que no podía pensar si estaba rodeado de silencio. Porque era un hombre y tenía un mando a distancia cerca, no pudo resistirse a ir pasando de canal. Dejó escapar una breve carcajada cuando Julie MacBride, joven, espléndida y viva, llenó la pantalla. Aquellos asombrosos ojos ambarinos relucían de amor, con el brillo de las lágrimas mientras bajaba corriendo un largo tramo de escaleras blancas para arrojarle a los brazos de Sam Tanner.

Tormenta de verano, pensó Noah. La última escena. Sin diálogo. La música crece... Escuchando el derroche de violines observó a la pareja abrazarse mientras Julie lanzaba una cálida carcajada y Sam la levantaba en vilo y le hacía dar vueltas, celebrando el amor que habían hallado.

Fundido en negro.

¿El destino?, pensó Noah. Bueno, a veces no había discusión posible.

Cogió un bloc de notas, se dejó caer en la cama e hizo una lista de nombres y preguntas:

Jamie Melbourne

David Melbourne

Roy y Val MacBride Frank Brady

Charles Brighton Smith

¿Equipo de la acusación? ¿Quién vive aún? Lucas Manning

Lydia Loring

¿Agentes, managers, publicistas? Rosa Sánchez (ama de llaves) ¿Otro personal doméstico?

Al final de la lista escribió: «Olivia MacBride.»

Quería de ella algo más que recuerdos de una noche violenta. Quería saber lo que recordaba de sus padres cuando estaban juntos, lo que recordaba de ellos individualmente. El tono de su hogar, lo que había debajo de los problemas matrimoniales.

También había otros ángulos que examinar. ¿Julie había estado liada con Lucas Manning, dando crédito a los celos de su esposo?

¿Se lo habría contado a su hermana? ¿La niña lo habría percibido? ¿Y los criados?
Y qué interesante era, pensó Noah, que Sam Tanner no hubiera mencionado a su hija entre las cosas que afirmaba echar de menos.
Sí, Olivia era la clave, pensó, y rodeó su nombre con un círculo. Esta vez no permitiría que le distrajeran los sentimientos, la atracción física, ni siquiera la amistad.
Ahora los dos eran mayores y aquello había quedado atrás. Esta vez, cuando se encontraran, el libro sería lo primero.
Se preguntó si aún llevaría coleta, si aún vacilaría antes de sonreír.
Tranquilo, Brady, se dijo. Eso ya es historia.
Se levantó y buscó en su maletín los números que había anotado antes de marcharse de Los Ángeles. La lluvia empezó a azotar las ventanas mientras llamaba por teléfono; varió sus planes de salir a la noche de San Francisco para pasar una velada a solas bebiendo cerveza en el bar del hotel.
-Constellations, buenas tardes.
-Soy Noah Brady, llamo a Jamie Melbourne.
-La señora Melbourne está con un cliente. ¿Puedo darle algún recado?
-Dígale que soy el hijo de Frank Brady y que me gustaría hablar con ella. Estoy fuera de la ciudad. -Miró el teléfono y le dio el número-. Estaré aquí una hora.
Era una prueba, pensó cuando colgaba. Sólo para ver lo rápido que el apellido Brady hacía devolver una llamada.
Se estiró en la cama y había pasado los canales de televisión dos veces cuando sonó el teléfono.
-Brady.
-Sí, soy Jamie Melbourne.
-Gracias por llamarme. -Al cabo de seis minutos, pensó Noah echando un vistazo a su reloj.
-¿Es por su padre? Espero que esté bien.
-Sí, está bien. Gracias. Llamaba por Sam Tanner. -Hizo una pausa, esperó, pero no hubo respuesta-. Estoy en San Francisco. Hoy he hablado con él.
-Entiendo. Creí que no hablaba con nadie, en especial periodistas o escritores. Usted es escritor, ¿verdad, Noah?
El nombre de pila; me pone en mi lugar, pensó. Mantiene el control. Una buena jugada, y sutil.
-Así es. Ha hablado conmigo y espero que usted también lo haga. Me gustaría concertar una cita con usted. Estaré de nuevo en la ciudad mañana por la noche. ¿Tiene tiempo el jueves o el viernes?
-¿Por qué?
-Sam Tanner quiere contarme su historia. Voy a escribirla, señora Melbourne, y quiero darle a usted la oportunidad de contarme su parte.
-Ese hombre mató a mi hermana y destruyó a mi familia. ¿Qué más quiere saber?
-Todo lo que pueda contarme, a menos que quiera que la información que recoja sólo proceda del punto de vista de él. Y no es lo que pretendo.
-No, usted persigue otro éxito de ventas, ¿verdad? A cualquier precio.
-Si eso fuera cierto, no le habría llamado a usted. Sólo quiero que me hable; si quiere, de forma no oficial. Después, decida. -¿Ha hablado con alguien más de mi familia?
-No.

-No lo haga. Venga a verme el jueves a las cuatro. A mi casa. Le dedicaré una hora.

-Se lo agradezco. ¿Puede darme su dirección?

-Su padre se la dará -espetó, quebrándosele por fin la voz-. Él la sabe.

Noah dio un respingo cuando ella cortó, aunque el chasquido sonó casi discreto. Definitivamente, aquello era terreno peligroso, decidió. Aquella mujer estaba dispuesta a no cooperar, a no ser objetiva.

Fue pasando canales mientras pensaba. Sam no le había hablado de su sentencia de muerte en confianza. Quizá le pasaría esa información a Jamie, para ver si cambiaba su actitud. También podría utilizar su falta de ganas de cooperar en su estrategia con Sam.

Utilizar el uno contra el otro le serviría para obtener más información de ambos; si lo hacía bien.

Y de momento mantendría en secreto la fascinación personal que desde siempre había sentido por el caso.

Se quedó adormilado mientras la lluvia golpeteaba las ventanas y la televisión relucía, y tuvo un sueño que no recordaría de árboles gigantescos y luz verde, y una alta mujer de ojos dorados.

13

El mismo guardia condujo a Noah a la misma habitación. Esta vez llevaba un cuaderno y una grabadora. Puso ambas cosas en la mesa. Sam las miró y no dijo nada, pero Noah captó un rápido destello en sus ojos que podía ser de satisfacción. O de alivio.

Noah tomó asiento y puso en marcha la grabadora.

-Retrocedamos, Sam. Mil novecientos setenta y tres.

-Fiebre se estrenó en mayo y obtuvo la mayor recaudación del verano. Me nominaron para el Oscar por ella. Escuchaba Desperado cada vez que ponía la radio. Los sesenta estaban muertos -dijo Sam con lo que podría ser diversión- y la música disco no había levantado su fea cabeza. Yo vivía con Lydia, no oficialmente, y teníamos fantásticas sesiones de sexo y peleas monumentales. La marihuana estaba pasada de moda; lo que se llevaba era la cocaína. Siempre había alguna fiesta. Y conocí a Julie MacBride. -Se interrumpió un instante-. Todo lo que me había ocurrido hasta aquel momento ocupó un segundo lugar.

-Se casaron aquel mismo año.

-Ninguno de los dos éramos cautos o pacientes. -Desvió la mirada y Noah se preguntó qué imágenes veía en aquellas feas paredes desnudas-. No tardamos en ver lo que queríamos: Nos queríamos el uno al otro. Durante un tiempo, eso fue suficiente para ambos.

-Cuénteme -dijo Noah simplemente, y esperó a que Sam sacara su cigarrillo de contrabando y lo encendiera.

-Ella había estado en Irlanda con su hermana; se había tomado un par de semanas entre dos proyectos. Nos encontramos en el despacho de Hank Midler, el director. Ella entró; vestía tejanos y un jersey azul oscuro. Llevaba el pelo peinado hacia atrás. Parecía tener dieciséis años. Era lo más hermoso que jamás había visto. -Volvió a mirar a los ojos de Noah-. No exagero. Es la verdad. Yo estaba acostumbrado a las mujeres, a tenerlas, a disfrutarlas. La miré y fue como si ella fuera la primera. Creo que en ese instante supe que sería la última. Quizá usted no lo entienda.

-Sí, lo entiendo. -Había experimentado ese sentimiento cuando la hija de aquel hombre

había abierto la puerta de su apartamento y le había mirado con el entrecejo fruncido.

-¿Alguna vez ha estado enamorado, Brady?

-Algo parecido.

Sam soltó una breve carcajada y volvió a desviar la mirada de Noah, como si soñara.

-Sentí una opresión en el estómago -murmuró-. Y el corazón... literalmente lo sentía latir dentro de mí. Cuando le cogí la mano fue como... sí... Tú. Por fin. Más adelante, me dijo que ella había sentido exactamente lo mismo, como si nuestras vidas se hubieran dirigido hacia aquel momento. Hablamos del guión, seguimos con el trabajo como si nada. Después la invité a cenar y quedamos en encontrarnos a las siete. Cuando llegué a casa, le dije a Lydia que habíamos terminado. -Rió un poco y dio una calada al cigarrillo-. Terminado. No fui amable, pero tampoco cruel. La verdad es que Lydia simplemente dejó de existir para mí. Lo único en lo que podía pensar era que a las siete volvería a ver a Julie.

-Julie estaba con alguien en aquella época?

-Había estado saliendo con Michael Ford. La prensa jugó con ello, pero no era nada serio. Dos semanas después de conocernos, fuimos a vivir juntos. Sin grandes aspavientos. -
¿Conoció usted a su familia?

-Sí, eso era importante para ella. Me costó mucho caerle bien a Jamie. Protegía mucho a Julie. No confiaba en mí, creía que Julie era sólo otra conquista para mí. No se lo reprocho -dijo encogiéndose de hombros-. Había salido con muchas.

-¿No le molestaba que el nombre de Julie estuviera vinculado a numerosos hombres en aquella época? Ford no era más que el último.

-En aquellos momentos no pensaba en ello. -Se apartó la colilla de la boca y la aplastó con violencia contenida mientras Noah le miraba con los ojos entrecerrados-. No lo hice hasta más tarde, cuando perdí el control. Entonces pensé en ello. A veces era lo único en lo que podía pensar. Los hombres que la habían poseído, los hombres que la habían deseado. Los hombres a los que ella deseaba. Se estaba alejando de mí y yo quería saber quién iba a ocupar mi lugar. Con quién demonios se veía cuando se alejaba de mí. Lucas Manning. -Incluso al cabo de veinte años, pronunciar ese nombre le escocía en la lengua-. Sé que había algo entre ellos.

-O sea que la mató para conservarla.

Las mandíbulas de Sam temblaron una vez y sus ojos se quedaron inexpresivos.

-Es una teoría.

Noah le dedicó una sonrisa.

-Hablabamos en otro momento de las otras teorías. ¿Cómo era trabajar con ella en el plató?

-¿Con Julie? -Parpadeó y se pasó una mano distraídamente por el rostro.

-Sí. -Noah prosiguió en el mismo tono suave. Había roto el ritmo de Sam, que era exactamente lo que pretendía. No iba a sentarse a escuchar frases perfectas y bien ensayadas-. Durante el rodaje se fueron conociendo, como amantes y como actores. Hablemos de cómo era ella como actriz.

-Era muy buena. Convincente. -Sam dejó caer las manos en su regazo; luego, las levantó como si no estuviera seguro de qué hacer con ellas-. Era muy natural. Es un tópico, pero en su caso era cierto. No tenía que trabajar tanto como yo; simplemente, lo sentía.

-¿Eso le molestaba a usted?, ¿que ella fuera mejor que usted?

-Yo no he dicho que fuera mejor. -Detuvo las manos y levantó la mirada; sus ojos eran

como dos ardientes puntos azules-. Procedíamos de lugares diferentes, de escuelas diferentes. Ella tenía una memoria fenomenal y eso le ayudaba. Nunca olvidaba ni una línea. Pero solía ponerse en manos del director, casi confiando ingenuamente en que él lo haría todo. No sabía lo suficiente para arriesgarse a poner algo por iniciativa propia.

-Pero usted sí -le interrumpió Noah antes de que Sam volviera a coger su ritmo.

-Sí, yo sí. Midler y yo discutimos mucho en aquella película, pero nos respetábamos mutuamente. Y me dolió mucho cuando hace dos años me enteré de que había muerto. Era un genio.

-Y Julie confiaba en él.

-Prácticamente le adoraba. La posibilidad de trabajar con él fue la principal razón por la que aceptó el papel. Y él sabía hacer que ella sacara lo mejor de sí. Julie era como una esponja, se empapaba de los pensamientos y los sentimientos de su personaje y luego los echaba fuera. Yo construía el personaje, capa a capa. Formábamos un buen equipo.

-Julie ganó el Premio de los Críticos de Cine de Nueva York por su interpretación de Sarah en Tormenta de verano. Usted fue nominado pero no ganó. ¿Eso causó alguna fricción entre ustedes?

-Yo estaba emocionado por ella. Y a ella le preocupaba que yo no hubiera ganado. Lo deseaba más que yo. En aquella época, hacía menos de un año que estábamos casados. Éramos lo más parecido a la realeza de lo que se puede ser en esa ciudad. Estábamos perdidamente enamorados, éramos absolutamente felices. Ella lo compartía todo conmigo, me comprendía como nadie había hecho jamás.

-Y al año siguiente, cuando ella fue nominada para el Oscar a la mejor actriz por El límite del crepúsculo, y la película de usted obtuvo críticas irregulares, ¿cómo afectó esto a su relación?

Un músculo se tensó bajo el ojo izquierdo de Sam, pero él siguió hablando con frialdad:

-Estaba embarazada, y nos concentramos en eso. Ella deseaba mucho más un niño sano que una estatuilla. -¿Y usted? ¿Qué quería usted?

Sam sonrió levemente.

-Yo lo quería todo. Y durante un tiempo, eso es lo que tuve. ¿Qué quiere, Brady?

-La historia. Desde todos los ángulos. -Se inclinó y apagó la grabadora-. Me vuelvo a Los Ángeles -añadió mientras recogía sus cosas y las guardaba en el maletín-. Mañana hablaré con Jamie Melbourne. -Observó el modo en que Sam curvó los dedos sobre la mesa-. ¿Quiere que le diga algo de su parte?

-Ella no quiere saber nada de mí salvo que he muerto. Pronto estará satisfecha. Tenía celos de Julie -dijo con precipitación, lo que hizo detenerse a Noah-. Julie no lo veía, o no quería admitirlo, pero Jamie siempre había tenido celos del aspecto de Julie, de su éxito, de su estilo. Hacía de hermana devota, pero si hubiera tenido la oportunidad, si hubiera tenido talento para ello, habría apartado a Julie, pasado por encima de ella y ocupado su lugar.

-¿Su lugar con usted?

-Se decantó por Melbourne, agente musical sin talento. Toda la vida hizo el papel de segundona junto a Julie. Cuando ésta murió, Jamie por fin fue el centro de atención.

-¿Es otra teoría?

-Si no se hubiera pegado a Julie, aún estaría dirigiendo aquel albergue de Washington. ¿Cree que tendría una gran casa, un negocio, un sumiso esposo si Julie no le hubiera allanado el camino?

Ah, ahí había resentimiento, amargura que se había estado cociendo más de dos décadas.

-¿Qué le importa eso a usted?

-Ella me ha mantenido aquí dentro, ha hecho todo lo posible para que no me dieran la libertad condicional en estos últimos cinco años. Mantenerme aquí dentro ha sido su misión. Y entretanto, aún chupa de lo que Julie dejó. Hable con ella, Brady, tenga una buena conversación con ella y pregúntele si no fue ella quien convenció a Julie de que pidiera el divorcio. Si no fue ella la que precipitó las cosas. Y si no fue ella la que montó su jodido negocio a expensas de su hermana muerta.

En cuanto el avión despegó, Noah pidió una cerveza y abrió su ordenador portátil. Quería transcribir sus pensamientos e impresiones mientras aún estuvieran frescos, y tenía ganas de llegar a casa, esparcir las notas y empezar a efectuar llamadas para concertar entrevistas.

La oleada de ilusión que le corría por la sangre era una sensación conocida y le indicaba que estaba lanzado. No había marcha atrás. La interminable corriente de trabajo de investigación y de combinación de todas las piezas no le intimidaba, sino que le daba energías.

A partir de aquel momento, Sam Tanner sería el centro de su vida.

«Quiere dirigir el espectáculo -escribió Noah-. Yo también. Será una pugna interesante. Creo que la gente le ha subestimado, le ha visto puramente como un niño malcriado y egoísta de mal genio. Ha aprendido a controlarse, pero por debajo. sigue existiendo el temperamento. Y si su reacción ante Jamie Melbourne indica algo, su temperamento aún puede ser malvado.

»Me pregunto cuánto de lo que me cuenta es cierto, qué ve él como verdad, o si me miente.

»De una cosa estoy seguro: quiere volver a ser el centro de atención. Quiere que le reconozcan. Quiere recibir la atención que le ha sido negada desde que entró en San Quintín. Y la quiere según sus condiciones. No creo que busque compasión. No creo que le importe ser comprendido. Pero ésta es su historia. Ha elegido el momento para contarla y me ha elegido a mí para que la cuente.

»Es un buen golpe de efecto: el hijo del policía que le arrestó es quien escribe el libro. La prensa jugará con ello y él lo sabe.

»Sus comentarios sobre Jamie Melbourne son interesantes. ¿Es cierto, es una percepción o es mentira? Será interesante descubrirlo.

»Lo más intrigante es el hecho de que aún tiene que preguntar por Olivia, o mencionarla por su nombre.» Noah se preguntó si Jamie lo haría.

Noah sabía que la empresa de publicidad de Jamie Melbourne, Constellations, era una de las más prestigiosas en el campo del espectáculo. Tenía oficinas en Los Ángeles y Nueva York y representaba a los principales nombres.

También sabía que antes de la muerte de su hermana, Jamie sólo había representado a Julie y se había ocupado principalmente de su hogar. Era indiscutible el hecho de que la estrella de Jamie había ascendido después del asesinato de su hermana.

Noah pensó, cuando cruzaba la verja de la gran mansión de Holmy Hills, que aún había que ver lo que eso significaba.

Según su investigación, los Melbourne se habían trasladado allí en 1986, tras vender su casa, más modesta, y se habían hecho famosos por las grandes fiestas que organizaban.

La casa principal, blanca, tenía tres pisos y un largo porche delantero flanqueado por

columnas. Las habitaciones salían de la estructura central en dos líneas opuestas, con cristalerías que daban a exuberantes jardines de flores y árboles ornamentales.

Dos espléndidos perros golden retrievers se acercaron corriendo meneando la cola.

-Eh, hola.

Abrió la portezuela del coche y se prendió al instante de los animales. Estaba inclinado rascándoles las orejas y murmurando tonterías cuando Jamie se acercó con una raqueta de tenis en la mano.

-Se llaman Bondad y Piedad -dijo, pero no sonrió cuando Noah la miró.

-¿Dónde está Shirley?

Una sombra de humor asomó a sus labios.

-Tiene un buen hogar. -Jamie alzó la pelota. Ambos perros se sentaron, mirando la pelota con expectación. Jamie la arrojó lejos para que los perros fueran a buscarla.

-Buen lanzamiento -murmuró Noah.

-Me mantengo en forma. Hace una tarde demasiado buena para quedarse dentro. -Y aún tenía que decidir si quería que él entrara-. Caminaremos.

Se volvió y echó a andar en dirección contraria a donde los perros se disputaban la pelota. Noah hubo de admitir que Jamie se mantenía en forma. Tenía cincuenta y dos años pero podía pasar perfectamente por una mujer de cuarenta.

Tenía algunas arrugas, pero le añadían fuerza al rostro y eran los ojos lo que llamaba la atención y no las arrugas que salían de ellos en forma de abanico. Eran unos ojos oscuros, inteligentes y fijos. El pelo era de un suave tono castaño, cortado a la altura de la barbilla, y le confería la imagen de una mujer madura con estilo.

Tenía una complexión menuda, esbelta, y llevaba pantalones de color teja y una sencilla camisa de campo. Andaba como una mujer acostumbrada a pisar fuerte y sabía llegar a donde quería ir.

-¿Cómo está su padre? -preguntó al cabo.

-Está bien, gracias. Supongo que ya sabe que se jubiló el año pasado.

Ella sonrió brevemente.

-Sí. ¿Echa de menos el trabajo?

-Me parece que al principio sí, hasta que empezó a colaborar con el centro juvenil del barrio. Disfruta trabajando con niños.

-Sí, a Frank se le daban bien los niños. Le admiro mucho. -Pasaron por delante de un arbusto que olía a jazmín-. Si no fuera así, usted no estaría aquí ahora.

-Se lo agradezco, y también el que me dedique un poco de su tiempo, señora Melbourne.

No suspiró en voz alta, pero Noah vio el leve encogimiento de hombros.

-Me ha hablado tanto de usted que es como si le conociera, Noah.

-¿De veras? No sabía que hubieran tenido tanto contacto. -Frank fue una parte importante del período más difícil de mi vida.

-La mayoría de la gente tiende a separarse de la gente que le recuerda períodos difíciles de su vida.

-Yo no -repuso lacónicamente, y se dirigió hacia una piscina en forma de concha bordeada de piedra blanca y flores rosa-. Su padre me ayudó cuando yo sufría una tremenda pérdida, me ayudó a ocuparme de que se hiciera justicia. Es un hombre excepcional.

«Tu padre es un hombre estupendo», le había dicho Olivia en una ocasión. Y había añadido: «Tú no le llegas ni a la suela de los zapatos.» Noah apartó el dolor que esas

palabras le producían y asintió.

-Eso creo.

-Me alegra oírlo.

Cuando 'rodeaban la piscina, Noah vio las pistas de tenis a lo lejos. Detrás de unas adelfas y rosales había una versión a escala de la casa principal.

-No me gusta su trabajo -dijo Jamie de pronto. -Comprendo.

Ella se detuvo y se volvió hacia él.

-No lo entiendo. Ni por qué lo hace. Su padre dedicó su vida a meter en la cárcel a las personas que quitan la vida a los demás. Y usted está dedicando la suya a poner sus nombres en letra de imprenta, glorificando lo que han hecho.

-¿Ha leído mis libros?

-No.

-Si lo hubiera hecho, sabría que no glorifico a las personas sobre las que escribo ni lo que han hecho.

-Escribir sobre ellos es gloria suficiente.

-Escribir sobre ellos pone las cosas en su sitio -corrigió Noah-. La gente, los actos, la historia, los motivos. Los motivos. A mi padre también le interesaban los motivos. El cómo y el cuándo no siempre son suficientes. ¿No quiere saber por qué murió su hermana, Jamie?

-Sé por qué murió. Murió porque Sam Tanner la mató. Porque estaba celoso y enfermo y era lo bastante perverso para no soportar que ella viviera sin él.

-Pero se habían amado lo suficiente para casarse y tener un hijo. Lo suficiente para que ella le abriera la puerta incluso cuando, supuestamente, atravesaban graves dificultades matrimoniales.

-Y por ese último acto de amor él la mató. -Esta vez, la voz de Jamie sonó apasionada y amarga-. Él utilizó los sentimientos de Julie, su lealtad, su necesidad de mantener unida a la familia. Los utilizó contra ella igual que utilizó las tijeras.

-Usted podría hablarme de ella como nadie podría; lo que pensaba, lo que sentía, lo que convirtió su vida en una pesadilla.

-¿Y su intimidad?

-Nunca la tuvo, ¿no cree? -preguntó con suavidad-. Le prometo que escribiré la verdad.

Ella desvió la mirada de nuevo, cauta.

-La verdad tiene muchos grados.

-Dígame los suyos.

-¿Por qué él le deja hacer esto? ¿Por qué habla con usted después de tantos años?

-Se está muriendo -respondió abiertamente y observó el semblante de Jamie.

Algo vaciló en él, relució en los ojos y desapareció. -Bien. ¿Cuánto tardará?

Es una mujer dura, pensó Noah, dura y sincera.

-Tiene un tumor cerebral. Se lo diagnosticaron en enero y le dieron menos de un año.

-Bueno, la justicia tarda pero llega. Así que quiere exponer a la luz pública su vida antes de irse al infierno.

-Es posible que quiera eso -dijo Noah sin inflexión en la voz-. Lo que obtendrá será un libro escrito a mi manera, no a la suya.

-Lo escribirá con o sin mi cooperación.

-Sí, pero con ella escribiré un libro mejor.

Jamie le creyó. Tenía los ojos claros y escrutadores de su padre.

-No quiero odiarle por ello -dijo ella casi para sí-. Todos estos años he centrado todo mi odio en una sola cosa. No quiero que se difumine ahora, en especial dado que se le está acabando el tiempo.

-Pero usted tiene algo que decir, ¿no? Cosas que aún no ha dicho.

-Tal vez. Ayer hablé de ello con mi esposo. Me sorprendió. -¿De qué manera?'

-Él cree que debería concederle esas entrevistas que usted quiere. Para contrarrestar lo que Sam le cuente, para estar segura de que cualquier cosa horrible que diga no se sostenga. Nosotros estábamos allí, formábamos parte de su vida. Sabemos lo que ocurrió. Sí, tal vez tenga algo que decir.

Arrancó una flor de hibiscus y la desmenuzó.

-Hablaré con usted, Noah, y David también. Vamos dentro, voy a consultar mi agenda.

-¿Tiene tiempo ahora? -Esbozó su sonrisa más encantadora-. Me dijo que me dedicaría una hora, y sólo ha transcurrido media.

-Esa parte debe de venirle de su madre -observó Jamie-. La sonrisa irresistible. Frank es más sutil. -Sea lo que sea, surte efecto.

-De acuerdo. Vamos.

-Tengo que coger mis cosas del coche. Grabar las entrevistas nos protege a los dos.

-Llame al timbre. Rosa le abrirá.

-¿Rosa? ¿Es Rosa Sánchez?

-Ahora es Rosa Cruz, y sí, es la misma Rosa que había trabajado para Julie. Ha pasado con nosotros los últimos veinte años. Vaya por su grabadora, Noah, aún tiene tiempo.

Se apresuró, aunque los perros le instaban a que les lanzara la pelota, lo que le hizo preguntarse por qué no se compraba un perro.

Cuando llamó al timbre, observó que los cristales a ambos lados de la gran puerta blanca tenían lirios grabados y que las grandes jardineras de mármol que los flanqueaban rebosaban de fucsias radiantes en diferentes tonos rojos. .

La mujer que abrió la puerta, muy bajita y gruesa, le recordó a Noah un tonel vestido de uniforme gris perfectamente planchado. Tenía el pelo del mismo tono que la ropa y lo llevaba recogido pulcramente en forma de moño en la nuca. Su rostro era redondeado y de un oscuro tono dorado y sus ojos castaños reflejaban desaprobación.

En conjunto, pensó él, parecía mejor guardiana que los perros, que en ese momento estaban meando felices los neumáticos de su coche alquilado.

-Señor Brady -su tono de voz mejicano sonó frío como el mes de febrero-, la señora Melbourne le recibirá en el solarío.

-Gracias. -Entró en un vestíbulo grande como un salón de baile y tuvo que ahogar un silbido de interés al ver la profusión de cristal en la araña del techo y lo que parecían kilómetros de mármol blanco en el suelo.

Los talones de Rosa resonaban y Noah no tuvo tiempo de examinar las obras de arte y los muebles de la sala de estar. Pero lo que vio le indicó que los perros tenían prohibido entrar en aquella zona.

El solarío era una alta cúpula de cristal en la zona sur de la casa, atestada de flores y plantas que ofrecían una exótica mezcla de perfumes. En una pared de piedra relucía el agua que resbalaba hasta un pequeño estanque donde flotaban lirios de agua.

Había sillas y bancos repartidos por la estancia, y junto al elevado cristal se había instalado una zona de estar muy acogedora. Jamie ya le esperaba, sentada en un gran sillón con cojines a rayas verdes y blancas.

Sobre una mesa de cristal había un jarro transparente con té helado, dos largos vasos y un plato de lo que Noah pensó eran galletitas infantiles: pequeñas, glaseadas y en forma de corazón.

-Gracias, Rosa.

-Tiene usted un cóctel a las siete. -Rosa dio esta información con las cejas formando una línea recta. -Sí, lo sé. Gracias.

La mujer masculló algo en español y les dejó solos. -No le caigo bien, ¿verdad?

-Rosa es muy protectora.

Cuando él se sentó, Jamie se inclinó para servir el té.

-Es una casa magnífica. -Miró hacia el exterior-. Tiene unas dalias espléndidas, quedan muy bien con el añil silvestre. Ella alzó una ceja.

-Me sorprende, Noah. Los conocimientos hortícolas de los jóvenes cachas se limitan a las rosas. -La mueca que él no disimuló hizo relajarse a Jamie-. Y veo que se puede sentir turbado. Bueno, es un alivio. ¿Qué ha sido, el comentario de las flores o la palabra cachas?

-Las flores son mi hobby.

-Ah, entonces ha sido lo de cachas. Bueno, es usted alto, fornido y muy apuesto. -Siguió sonriendo y cogió una galleta-. Supongo que sus padres siguen esperando que encuentre a la mujer adecuada y se asiente.

-¿Qué?

Con absoluto regocijo ahora, Jamie levantó el plato y le ofreció galletas.

-¿No se lo han mencionado?

-No, por Dios. -Cogió una galleta meneando la cabeza mientras colocaba la grabadora-. En la actualidad, las mujeres no ocupan los primeros puestos de mi lista de intereses. Acabo de escapar por los pelos.

-¿De veras? -Ella dobló las piernas bajo su cuerpo-. ¿Quiere hablar de ello?

El la miró a los ojos.

-Mientras dure mi hora, no. Hábleme de la época en que creció con Julie.

-¿Crecer? -Le había roto el ritmo-. ¿Por qué? Creía que quería hablar del último año.

-Más tarde. -Las galletas no estaban mal, así que cogió otra-. Pero de momento me gustaría saber cómo era ser su hermana. Más aún, su hermana gemela. Hábleme de su infancia.

-Tuvimos una buena infancia, las dos. Estábamos muy unidas y éramos felices. Disfrutábamos de mucha libertad, supongo, como suelen tener los niños que viven fuera de la ciudad. Mis padres creían que era bueno darnos responsabilidades y libertad en igual medida. Es una buena fórmula.

-Crecieron en una zona bastante aislada. ¿Tenían amigas?

-Mmm... algunas, claro. Pero siempre fuimos la mejor amiga la una de la otra. Disfrutábamos con la compañía mutua y nos gustaban casi todas las mismas cosas.

-¿No había discusiones ni rivalidades?

-Nada importante. Discutíamos; dudo que nadie pelee como hermanas o apunte a los puntos débiles con mayor exactitud. Julie no era fácil de convencer, y daba lo que recibía.

-¿Recibía mucho?

Jamie mordisqueó una galleta y sonrió.

-Claro. Yo tampoco era fácil de convencer. Noah, éramos dos chiquillas testarudas que crecíamos la una en los bolsillos de la otra. Disponíamos de mucho espacio, pero al

mismo tiempo estábamos... encerradas. Nos pinchábamos, discutíamos, hacíamos las paces. Nos irritábamos mutuamente, competíamos. Y nos queríamos. Julie recibía golpes, pero no era rencorosa.

-¿Y usted?

-Oh, sí. -Volvió a sonreír, de un modo un tanto felino ahora-. Eso era algo que yo siempre hacía mejor. Julie se olvidaba enseguida. Se ponía furiosa, se iba airada y con la barbilla levantada, y al cabo de un instante estaba riendo y diciéndome que me apresurara a ver algo. O decía: «Venga, Jamie, vamos a nadar.» Y si no me daba suficiente prisa, me pinchaba hasta que lo hacía. Era irresistible.

-Ha dicho que ser rencorosa era algo que usted hacía mejor. ¿Qué hacía mejor ella?

-Casi todo. Era más guapa, más ingeniosa, más rápida, más fuerte. Sin duda más extravertida y ambiciosa.

-¿Usted no le guardaba resentimiento por ello?

-Tal vez. -Le miró con expresión dulce-. Después lo superé. Julie había nacido para ser espectacular; yo no. ¿Cree que se lo reprochaba?

-¿Lo hacía?

-Dejemos esto aparte -repuso Jamie tras una pausa-. Utilizando algo que al parecer nos gusta a los dos: ¿reprocha usted a una rosa el que tenga un color más profundo, o sea más grande que la otra? Una no es inferior a la otra, sino diferente. Julie y yo éramos diferentes.

-Mucha gente pasa por alto la más pequeña y elige la más espectacular.

-Pero hay algo que decir de las que tardan en crecer, ¿no? Ella no está. -Jamie cogió su taza y tomó un sorbo de té, observando a Noah por encima-. Yo aún estoy aquí.

-¿Y si ella viviera? ¿Qué ocurriría entonces?

-Pero no vive. -Desvió la mirada-. Jamás sabré que nos habría deparado el destino si Sam Tanner no hubiera entrado en nuestras vidas.

14

Y estaba locamente enamorada de Sam Tanner. Y pasé muchas horas inventando maneras de hacer que muriera del modo más horrible y doloroso, y, si podía ser, absolutamente vergonzoso.

Lydia Loring tomó un sorbo de agua mineral con lima de un alto vaso de cristal de Baccarat y ahogó la risa. Sus ojos azules coquetearon expertamente con Noah y él sonrió.

-¿Le importa describir uno de los métodos para que quede constancia?

-Mmmm. Bueno, veamos... -Se quedó pensativa, recruzando sus maravillosas piernas-. Había uno en que le encontraban encadenado a la cama vestido con ropa interior de mujer. Había muerto lentamente de inanición.

-Deduzco que no terminaron su relación de forma amigable.

-No hacíamos nada de forma amigable. Fuimos animales desde el primer momento en que nos pusimos las manos encima. Yo estaba loca por él -añadió, pasando el dedo por el borde del vaso-. Literalmente. Cuando le condenaron, abrí una botella de Dom Pérignon y me la bebí de un tirón.

-Eso fue varios años después de que su relación terminara.

-Sí, y varios años antes de mi encantadora temporada en el establecimiento de Betty Ford. De vez en cuando lo hago, aún echo de menos la energía del champán. -Alzó un hombro-. Tuve problemas, igual que Sam. Bebíamos mucho, trabajábamos mucho. Teníamos

relaciones sexuales monstruosas, peleas increíbles. En aquella época no teníamos moderación.

-Drogas.

-Rehabilitada -dijo, alzando una mano y esbozando una sonrisa matadora-. Ahora mi cuerpo es un templo, y muy bueno.

-No lo discutiré -observó Noah, lo que la halagó-. Pero había drogas.

-Cielo, se pasaban como caramelos. La coca era nuestra favorita. Cuando Sam se enamoró de Julie, ella se lo hizo dejar. Pero yo seguí. Destruí mi salud, hice tambalear mi carrera, jodí mi vida personal casándome con dos alimañas que sólo buscaban mi dinero. A principios de los ochenta estaba enferma, destrozada y arruinada. Me limpié y empecé de nuevo. Apariciones como estrella invitada en comedias de televisión, pequeños papeles en malas películas. Aceptaba todo lo que me llegaba, y lo agradecía. Luego, hace seis años, llegó Roxy. -Sonrió al pensar en la comedia de situación que la había elevado a la cumbre-. Mucha gente dice que se ha reinventado. Yo puedo asegurar que lo hice.

-No todo el mundo sería tan sincero respecto a los errores cometidos en su vida. Usted siempre ha sido brutalmente sincera respecto a lo que hizo y a donde estaba.

-Es parte de mi filosofía personal. Una vez fui famosa, y lo llevé mal. Vuelvo a serlo, y no lo doy por supuesto.

Recorrió con la mirada el espacioso salón con su mullido sofá y flores frescas.

-Hay quien dice que Roxy me ha salvado la vida, y parte del proceso consistió en poner en perspectiva mi relación con Sam Tanner. Le quería. Él quería a Julie. Y mire de lo que le ha servido a ella.

Cogió un grano de uva de un frutero y se lo llevó a la boca. -Mire de lo que me ha servido a mí haber sido abandonada por él.

-¿Cuáles eran los sentimientos de usted hacia ella?

-La odiaba -dijo alegremente, sin asomo de culpabilidad-. No sólo tenía lo que yo quería, sino que ella era la vecina del tercero mientras que yo era la ex amante usada. Me alegré muchísimo cuando su matrimonio naufragó, cuando Sam empezó a aparecer de nuevo en clubes y fiestas. El viejo Sam, buscando acción, pidiendo problemas.

-¿Usted se lo daba? ¿Acción? ¿Problemas?

Por primera vez desde que había empezado la entrevista, Lydia vaciló. Evitando contestar enseguida, se levantó para llenarse el vaso otra vez.

-Entonces yo era diferente. Egoísta, terca, destructiva. Él acudía a una fiesta, hacía algún comentario diciendo que Julie estaba cansada o tenía un compromiso. Pero yo le conocía, sabía que era infeliz y estaba enfadado e inquieto. Yo estaba entre matrimonios con el idiota número uno y el idiota número dos. Y aún estaba enamorada de Sam. Perdidamente.

Entonces se volvió; el vestido rojo con el que iba a rodar una escena le daba un aspecto elegante y sofisticado.

-Esto es doloroso. No me había dado cuenta de que sería doloroso. Bueno... -Alzó el vaso en gesto de brindis y le ofreció una sonrisa de desprecio hacia sí misma-. Eso crea carácter. En una de esas ubicuas fiestas a las que nos entregábamos durante esa lamentable época, Sam y yo compartimos un par de rayas por los viejos tiempos. No diré quién era el anfitrión de la fiesta, en realidad no importa. Podría haber sido cualquiera. Estábamos en un dormitorio, sentados ante una mesa de cristal. El espejo, el cuchillo de

plata, las bonitas pajitas. Le pinché acerca de Julie; sabía qué teclas pulsar. -Miró hacia sí misma y esta vez a Noah le pareció ver pesar en su mirada-. Dijo que sabía que ella follaba con Lucas, Lucas Manning. Iba a poner fin a ello, por Dios, y Julie pagaría por engañarle. No le dejaba acercarse a su hija y estaba volviendo a la niña contra él. Los vería a todos en el infierno antes que permitir que le sustituyeran por aquel hijo de puta. No sabían con quién estaban tratando, y él les enseñaría con quién lo hacían. Vociferaba y yo le fui pinchando, diciéndole exactamente lo que él quería oír. Lo único en lo que podía pensar era que la dejaría y volvería a mí. Donde tiene que estar, pensaba yo. En cambio, se volvió contra mí, me apartó de su lado. Acabamos gritándonos el uno al otro. Justo antes de que se fuera dando un portazo, me miró y sonrió de forma extraña. Dijo que yo nunca tendría clase, nunca sería nada más que una puta de segunda que se creía una estrella. Que nunca sería Julie.

»Dos días después, ella estaba muerta. Él se lo hizo pagar -dijo Lydia con un suspiro-. Si la hubiera matado aquella noche, la noche en que me dejó en la fiesta, no creo que yo hubiera podido sobrevivir. Por razones puramente egoístas, me alegro de que esperara lo suficiente para estar segura de que había vuelto a olvidarme. Verá, tardé años en darme cuenta de que había sido una suerte el que nunca me hubiera querido.

-¿Alguna vez le pegó?

-Claro. -El humor volvió a sus ojos-. Nos pegábamos el uno al otro. Formaba parte de nuestro ritual sexual. Éramos violentos, arrogantes.

-Pero no hubo ninguna denuncia de abusos o violencia en su matrimonio hasta el verano en que Julie murió. ¿Qué opina de esto?

-Me parece que ella pudo cambiarle, durante un tiempo. O que él fue capaz de cambiar por sí solo. El amor puede hacerlo, o la necesidad extrema, Noah... -Volvió a sentarse-. Creo que realmente quería ser la persona que era con ella. Y funcionaba. No sé por qué dejó de funcionar. Sam era un hombre débil que quería ser fuerte, un buen actor que quería ser un actor magnífico. Quizá por ello siempre estuvo condenado al fracaso.

Llamaron a la puerta con brusquedad.

-¿Señora Loring? Al plató.

-Dos minutos, cielo. -Dejó el vaso y sonrió a Noah-. Trabajo, trabajo, trabajo.

-Le agradezco que haya hecho un hueco en su tiempo para mí. Cuando él se levantó, ella le miró de arriba abajo, con una sonrisa felina.

-Imagino que podría... volver a hacerlo si le interesa...

-Es probable que más adelante tenga más preguntas.

Ella se acercó y le dio un golpecito con el dedo en la mejilla. -Parece un joven muy brillante, Noah. Creo que sabe que me refería a una sesión más personal.

-Sí. La cuestión es, Lydia, que usted me asusta.

Ella echó la cabeza hacia atrás y rió con ganas. -Ah, qué adorable. ¿Y si prometo ser amable?

-Diría que. miente. -Aliviado por sus risas, Noah le sonrió. -¿Lo ve? He dicho que era brillante. Bueno... -Le cogió del brazo y se dirigió hacia la puerta-. Ya sabe cómo ponerse en contacto conmigo si cambia de opinión. Las mujeres mayores son muy imaginativas, Noah.

Lydia se volvió y le dio un mordisquito en el labio inferior que le hizo hervir la sangre, de calor y nervios.

-Me está asustando de veras. Una última cosa.

-¿Mmmm? -Se volvió de nuevo y se apoyó contra la puerta-. ¿Sí?

-Julie verdaderamente se entendía con Lucas Manning?

-Siempre el trabajo, ¿verdad? Lo encuentro muy sexy. Pero como no tengo tiempo de intentar una seducción que valga la pena, le diré que no lo sé. En aquella época había dos bandos al respecto. El de los que lo creían, y estaban encantados de creerlo, y el de los que no, y no lo habrían creído ni aunque hubieran pillado a Julie con Lucas desnudos en una cama del hotel Beverly Hills.

--¿En qué bando estaba usted?

-Oh, en el primero, desde luego. Pero eso era entonces, y ahora no es lo mismo. Más adelante, años más tarde, cuando Lucas y yo tuvimos nuestra aventura obligatoria... -Alzó las cejas cuando él entrecerró los ojos-. Ah, no ha escarbado tanto, veo. Sí, Lucas y yo pasamos unos meses memorables juntos. Pero nunca me dijo si se había acostado con ella. O sea que sólo puedo decirle que no lo sé. Pero Sam lo creía, o sea que no importa. Importa, pensó Noah. Todas las piezas importan.

Como cualquier residente de Los Ángeles que se respeta a sí mismo, Noah trabajaba bastante cuando viajaba por la autopista. Mientras serpenteaba entre el tráfico hacia su casa, utilizaba el teléfono móvil para tratar de ponerse en contacto con Charles Brighton Smith.

El renombrado abogado defensor de Sam Tanner tenía setenta y ocho años y aún ejercía esporádicamente, tenía su quinta esposa -una espléndida muchacha de veintisiete años- y en aquella época disfrutaba del sol y el mar en su retiro de St. Bart.

Con tenacidad, Noah consiguió llegar hasta un ayudante administrativo que le informó con tono áspero que el señor Smith estaba incomunicado, pero que le darían el mensaje y le pedirían una entrevista lo antes posible.

Interpretando eso como cualquier momento desde el día siguiente hasta nunca, Noah se dispuso a intentar tener acceso a un ejemplar de la transcripción del juicio.

No sabía si ir a casa de sus padres, pero decidió que trataría con su padre profesionalmente, intentando mantener aparte su relación personal.

Pensó que era hora de sentarse ante su máquina y empezar a esbozar el libro. Ya había decidido la forma. No empezaría con el asesinato, como tenía previsto, sino con todo lo que había conducido a él.

Una parte sobre la ascensión de Sam Tanner en Hollywood, en paralelo con una parte sobre la de Julie MacBride. El encuentro que les había cambiado, el fulminante romance que, según todos los informes, les había abocado a un feliz matrimonio que había fructificado en una niña muy amada.

Luego, la desintegración de ese matrimonio, el amor convirtiéndose en obsesión y la obsesión en violencia.

Y una parte dedicada a la niña, la persona que había visto el horror de esa violencia. Otra parte dedicada a la mujer en la que se había convertido y cómo había vivido con ello.

El asesinato no terminaba con la muerte. Esto, pensó Noah cuando se dirigía hacia su casa, era algo que había aprendido de su padre. Y era lo que, por encima de todo, quería ilustrar en su obra. Le dolía que el hombre al que más admiraba y respetaba no lo entendiera.

Aparcó y se encaminó hacia la puerta de su casa, haciendo oscilar las llaves del coche en la mano. Le irritaba no ser capaz de quitarse de encima la necesidad de tener la aprobación de su padre. Si hubiera sido policía, pensó con el entrecejo fruncido, habría

sido estupendo. Entonces se sentarían ante una cerveza y hablarían del trabajo, del crimen y el castigo, y su padre alardearía de su hijo, el detective, en su partida semanal de cartas. Pero me dediqué a escribir sobre asesinatos en lugar de a investigarlos, así que es como un secreto ligeramente embarazoso.

-Supéralo, Brady -murmuró, y encajó la llave en la cerradura.

No fue necesario abrir. No había que ser detective de homicidios para darse cuenta de que la puerta no estaba cerrada. El estómago se le contrajo cuando empujó suavemente la puerta.

Se quedó parado, contemplando la debacle.

Parecía que un ejército de demonios enloquecidos hubiera bailado sobre cada superficie, roto y destrozado todo tejido, hecho añicos toda pieza de cristal.

Entró soltando juramentos y sintió una punzada de alivio cuando vio que su equipo de música estaba en su lugar. No había sido robo, pues; le zumbaban los oídos y empezó a recorrer la estancia. Había papeles esparcidos por todas partes y trozos de cristal y cerámica por el suelo.

Encontró el dormitorio en peor estado. Habían hecho jirones el colchón y el relleno salía como las tripas de un vientre herido. Habían vaciado los cajones y los habían estrellado contra la pared para resquebrajar la madera. Cuando encontró sus tejanos preferidos rotos de arriba abajo, el zumbido de sus oídos se convirtió en un rugido.

-¡Está loca! ¡Completamente loca!

La cólera se convirtió en horror.

-No, no, no -musitó mientras corría del dormitorio a su despacho-. Dios mío, no. ¡Mierda!

Su trofeo de baloncesto estaba incrustado en la pantalla del ordenador. El teclado, arrancado de la unidad, estaba cubierto de tierra del limonero ornamental que había en el rincón. Sus fichas estaban esparcidas, rotas y cubiertas de tierra.

Antes de destruir el ordenador, lo habían utilizado para generar la única hoja limpia de papel y el mensaje que estaba pegado a la base del trofeo:

NO PARARÉ HASTA QUE TÚ PARES

La rabia le anegó como una ola gigante. Antes de poder pensar, buscó su teléfono y maldijo amargamente cuando encontró el aparato destrozado.

-De acuerdo, Caryn, quieres guerra. Pues tendrás guerra, zorra chiflada.

Entró como una tromba en la sala para coger el maletín que había dejado caer al suelo y sacó su teléfono móvil.

Cuando se dio cuenta de que le temblaban las manos, salió a la calle, aspiró hondo, y luego se sentó y apoyó la cabeza en las manos. Estaba mareado; la furia seguía obnubilándolo y el corazón le palpitaba. Pero por debajo estaba la indignación de la víctima. Cuando fue capaz de utilizar el teléfono, no llamó a Caryn sino a su padre.

-Papá, tengo un problema. ¿Puedes venir?

Veinte minutos más tarde, Frank aparca. Noah seguía sentado exactamente en el mismo sitio. No había reunido la energía necesaria para volver a entrar, pero ahora se puso de pie.

-¿Estás bien? -Frank se apresuró a acercarse a su hijo y le cogió del brazo.

-Sí, pero... bueno, velo por ti mismo. -Señaló la puerta y reunió fuerzas para entrar.

-Joder, Noah. -Esta vez Frank puso una mano en el hombro de su hijo en gesto de apoyo, mientras observaba aquel caos-. ¿Cuándo lo has encontrado?

-Hace una media hora, supongo. Tuve una cita en Burbank y regresaba. He estado todo el día fuera, investigando. -¿Has llamado a la policía?

-Todavía no.

-Eso es lo primero que hay que hacer. Yo lo haré. -Cogió el teléfono y marcó-. El equipo de música no lo han tocado. ¿Guardas dinero en casa?

-Sí, un poco. -Fue al despacho, dando patadas a los papeles del suelo. Encontró un billete de cincuenta dólares debajo del cajón del escritorio-. Probablemente tenía doscientos -dijo cogiendo el billete-. Supongo que el resto está enterrado por ahí, en alguna parte. Todo está aquí, papá, sólo que revuelto.

-Sí, creo que podemos descartar el robo. -Examinó la pantalla del ordenador y sintió una punzada de dolor. Recordaba cuándo Noah había ganado aquel trofeo, el orgullo y la excitación que habían compartido-. ¿Tienes una cerveza?

-La tenía antes de marcharme esta mañana.

-Veamos si aún está. E iremos a sentarnos fuera.

-Tardaré semanas en recuperar algunos datos -dijo Noah al levantarse-. Algunos no podré recuperarlos jamás. Puedo comprarme otro ordenador, pero no lo que había dentro.

-Lo sé. Lo siento, hijo. Vamos fuera hasta que llegue la policía.

-Sí, qué demonios. -Noah encontró dos cervezas en el frigorífico, las abrió y se sentó con Frank en el patio de atrás. -¿Tienes idea de quién o por qué?

Noah soltó una breve carcajada y luego tomó un largo trago de cerveza.

-Una chica a la que conozco.

-¿Cómo dices?

-Caryn. -Se mesó el pelo y se puso a pasear-. Inspirada por Atracción fatal. No se lo tomó bien cuando dejé de verla. Me ha estado llamando, dejando mensajes furiosos. Y el otro día estaba aquí cuando llegué, sumisa y pidiendo perdón. Como no mordí el anzuelo, se puso belicosa. Me rayó el coche cuando se iba.

-¿Conservas alguno de sus mensajes en el contestador?

-No. Mi estrategia ha sido no hacerle caso para que me deje en paz. -Miró dentro y los ojos se le iluminaron de rabia-. No me ha salido bien. Pagaré por esto.

-¿Sabes qué coche conduce?

-Claro.

-Comprobaremos con los vecinos si alguien la ha visto, o a su coche, por esta zona durante el día de hoy. Dales a los policías su dirección y hablarán con ella.

-No estaba pensando en hablar.

-Es mejor que te mantengas al margen. Sé que estás furioso -prosiguió cuando vio que su hijo giraba en redondo-. Podremos acusarla de allanamiento de morada, destrucción de propiedad, daños intencionados y todo lo que quieras si demostramos que lo ha hecho ella.

-Demostrarlo, por Dios. ¿Quién lo ha hecho, si no ha sido ella? Lo supe en cuanto entré.

-Saberlo y demostrarlo son cosas diferentes. Podría ser que ella lo admitiera si se la somete a un poco de presión. Pero de momento deja que la policía haga el informe y se encargue del asunto, y tú mantente al margen. No hables con ella. -La preocupación enturbiaba los ojos de Frank al ver el ansia de pelea que brillaba en la mirada de su hijo-. ¿Alguna vez se ha puesto violenta contigo?

-Por Dios, si yo peso treinta kilos más que ella. -Volvió a sentarse y de pronto levantó la mirada-. Nunca la he tocado. La última vez que estuvo aquí, me atacó y la eché llevándola a rastras hasta la puerta.

Frank sonrió.

-Seguro que sabrás manejar el asunto.

-Voy a probar el celibato una temporada. -Con un suspiro, Noah volvió a coger su cerveza-. Las mujeres causan demasiados problemas. Hace un par de horas una estrella de la televisión que podría ser mi madre intentó ligarme, y por un instante no me pareció tan mala idea.

-Tu cita en Burbank, ¿eh? -dijo Frank.

-Sí, Lydia Loring; está estupenda. -Hizo girar la botella de cerveza entre las manos-. Estoy entrevistando a personas relacionadas con Sam Tanner y Julie MacBride. He estado en San Quintín y he hablado dos veces con Tanner, Frank resopló hinchando las mejillas.

-¿Qué quieres que te diga?

-Nada. -La decepción no era más que un peso más en su estómago-. Pero espero que cooperarás, que me hablarás del caso, de tu investigación. No puedo escribir la historia completa, hacerle justicia, sin tu opinión. Sam Tanner tiene un tumor cerebral. Le queda menos de un año de vida.

Frank bajó los ojos a su cerveza.

-Algunas cosas siempre llegan -murmuró.

-¿Quieres saberlo? -Noah esperó a que Frank levantara la mirada de nuevo-. Nunca has olvidado este caso, nunca lo has dejado del todo, ni a la gente que tuvo algo que ver. Él confesó, se retractó, y luego guardó silencio durante veinte años. Sólo tres personas saben lo que ocurrió aquella noche, y sólo dos de ellas aún viven. Una se está muriendo.

-Y la otra tenía cuatro años, Noah, por el amor de Dios.

-Sí, y su testimonio le condenó. Tanner hablará conmigo. Convenceré a Olivia MacBride de que hable conmigo. Pero tú eres el único que los une. ¿Vas a hablar conmigo?

-Él aún busca la gloria. Al final, aún busca la gloria, y deformará lo que te cuente para conseguirla. La familia MacBride se merece algo mejor.

-Creía que yo merecía tu respeto. Pero supongo que no siempre obtenemos lo que merecemos. -Se puso de pie-. Aquí está la policía.

-Noah -Frank se puso de pie y cogió el brazo de su hijo-, vamos a dejar esto hasta que sepamos qué ha pasado aquí. Hablaremos luego.

-De acuerdo.

-Frank le retuvo de nuevo y sostuvo la mirada furiosa de su hijo.

-Un problema después de otro. -Hizo una seña hacia la sala de estar-. Ahí hay uno grave.

-Claro. -Noah venció el desagradable impulso de sacudir el brazo para deshacerse de la mano de su padre-. Un problema después de otro.

Fue una tediosa rutina. Contarle la historia a la policía, responder a sus preguntas, y verles examinar lo que habían dejado sólo fue la primera parte. Luego llamó a su compañía de seguros, denunció el hecho, satisfizo la curiosidad de los vecinos que pasaron por allí.

Después se encerró y se preguntó por dónde empezar.

Le pareció que lo más práctico era por el dormitorio y ver si podía salvar algo de ropa o si tendría que ir desnudo hasta que comprase más. Logró reunir la suficiente para llenar

una lavadora.

Encargó una pizza, sacó otra cerveza y, mientras se la tomaba a sorbos, examinó la sala de estar. Se preguntó si no sería mejor contratar un equipo de limpieza que se llevara todo aquel revoltijo de cosas.

-Empieza por el principio, Brady -murmuró para sí-. Podría ser liberador.

Aún estaba recogiendo cosas cuando llamaron a la puerta. Como era demasiado pronto para la pizza, pensó en hacer caso omiso. Pero pensó que otro vecino entrometido era mejor que seguir cociéndose en su propio malhumor.

-Eh, Noah, ¿nunca devuelves las llamadas? He estado... Vaya, ¿has tenido una fiesta? ¿Por qué no me has invitado?

Resignado, Noah cerró la puerta tras su mejor amigo. Mike Elmo había formado parte de su vida desde la escuela primaria.

-Ha sido una fiesta sorpresa.

-Ya lo creo. -Mike se metió los pulgares en los bolsillos de los pantalones Dockers que había comprado porque los anuncios le habían convencido de que las mujeres no se resistían a nadie que los llevara y parpadeó con los ojos enrojecidos por las lentes de contacto a las que no acababa de acostumbrarse-. Amigo, esto apesta.

-¿Una cerveza?

-Claro. ¿Te han robado?

-Sólo lo han revuelto todo. -Noah fue a la cocina por un camino que había abierto apartando objetos a patadas-. Caryn está un poco irritada porque la he dejado.

-Caray, ¿ella ha hecho esto? Pues sí que está enfadada. -Meneó la cabeza-. Te lo dije.

Noah resopló y le ofreció la cerveza.

-Tú me dijiste que ella era la mujer de tus fantasías y trataste de sonsacarme hasta el último detalle sexual.

-O sea que la mujer de mis fantasías está muy enfadada. ¿Qué vas a hacer?

-Tomarme una cerveza y una pizza y ponerme a limpiar esto. -¿Qué tipo de pizza?

-De pimientos con champiñones.

-En ese caso puedo echarle una mano. -Mike dejó caer su rollizo trasero en un cojín desgarrado-. Dime, ¿crees que Caryn se lo montaría conmigo ahora que habéis roto?

-Por Dios, Mike. -Noah soltó su primera carcajada en horas-. Claro, incluso le hablaré bien de ti.

-Fantástico. El sexo de rebote es muy intenso. -Extendió sus cortas piernas y cruzó los tobillos-. Ah, sí, yo tengo mucho sexo de rebote. Los tipos como tú se quitan a una chica de encima y ahí estoy yo para recibirla.

-Aprecio tu apoyo y comprensión en estos momentos difíciles.

-Puedes contar conmigo. -Ofreció a Noah su sonrisa dulce y sumisa-. Bueno, no eran muebles demasiado buenos. Vuelve a Ikea y deshazte de esto. No tardarás muchas horas. Noah frunció el entrecejo.

-Me ha roto el trofeo de baloncesto.

Mike se irguió y una expresión de absoluto horror desencajó su rostro.

-¿No será el del campeonato del ochenta y seis?

-Sí. -Y como esto provocó la reacción en su amigo que él esperaba, entrecerró los ojos-. Lo ha incrustado contra la pantalla del ordenador.

-¿Esa zorra perversa te ha roto el ordenador? Madre de Dios. -Se puso de pie y se dirigió hacia el despacho.

Los ordenadores eran el primer amor de Mike. Las mujeres podían ir y venir -en su caso solían irse-, pero un buen equipo informático siempre era fiel. Lanzó un grito cuando vio el estropicio y se abalanzó sobre el trofeo.

-Dios mío, lo ha matado. Lo ha mutilado. Lo ha descuartizado. ¿Qué clase de loca es capaz de hacer esto? -Se volvió con los ojos como platos, parpadeando cuando sus lentes de contacto le enturbiaron la visión-. Debería ser perseguida como un zorro.

-He llamado a la policía.

-No, para esto necesitas un vigilante como Darkman, necesitas algo despiadado como Terminator.

-Después los llamaré. ¿Crees- que se puede rescatar algo del disco duro? Ha destrozado todos y cada uno de mis disquetes.

-Es el Anticristo, Noah. -Meneó la cabeza-. Veré qué puedo hacer, pero no te hagas ilusiones. Ahí está la pizza -dijo cuando oyó que llamaban a la puerta-. Déjame repostar combustible y después haré lo que pueda. ¿Y sabes qué? Ahora ni siquiera quiero sexo de rebote con ella.

15

Noah tardó semanas en tener su casa en orden. Limpiar, clasificar y desechar fue simplemente un fastidio, pero las consecuencias le hacían sentirse indefenso.

Era prioritario comprar un nuevo ordenador y, animado por Mike, compró un sistema que provocó en su amigo encontrados arrebatos de placer y envidia.

No se habría comprado todos aquellos juegos si Mike no le hubiera empujado a ello. Y seguro que no se habría pasado media noche jugando si no los hubiera comprado. Pero se dijo que qué caramba, necesitaba distraerse.

Amuebló su sala de estar con el catálogo en la mano y diciendo al vendedor: «Quiero esto y esto.»

Esto encantó al vendedor y ahorró un dolor de cabeza a Noah.

Al cabo de dos semanas, podía andar por su casa sin lanzar maldiciones y sin realizar serias incursiones en la reorganización de su oficina y en la regeneración de los datos perdidos.

Volvía a tener su coche, un colchón nuevo y una media promesa del administrador de Smith de que tendría una entrevista cuando el abogado regresara a California el mes siguiente.

Y consiguió localizar a Lucas Manning.

Manning no se mostró tan afable como Lydia Loring, pero accedió a hablar de Julie. Noah se reunió con él en el complejo de oficinas Manning's Century City. Siempre le sorprendía y desilusionaba un poco el que los actores tuvieran aquellos grandes y lujosos despachos de ejecutivo.

Manning saludó a Noah con una sonrisa profesional y le evaluó con la mirada. Los años habían vuelto su cabello rubio de un gris brillante y llenado su rostro de arrugas y ángulos. Según las encuestas, las mujeres seguían encontrándole uno de los hombres más atractivos de la industria del cine.

-Le agradezco que me dedique su tiempo.

-No lo habría hecho -dijo Manning señalando una silla-,

pero Lydia me ha hablado mucho en su favor. -Es toda una mujer.

-Sí, ya lo creo. Y también lo era Julie, señor Brady, e incluso después de tanto tiempo no

me resulta fácil hablar de lo ocurrido.

No es necesario que hablemos de cosas intrascendentes, pensó Noah, y sacó la grabadora y el cuaderno. -Trabajaron juntos, ¿no?

-Fue una de las experiencias más felices de mi vida. Ella poseía un gran talento natural, era una mujer admirable y una buena amiga.

-Hay gente que creyó, y aún cree, que usted y Julie MacBride eran más que amigos.

-Podríamos haberlo sido. -Manning se reclinó y colocó los brazos en los adornados brazos del sillón-. Si no hubiera estado enamorada de su esposo, lo habríamos sido. Sentíamos atracción mutua, en parte por la intimidad de los papeles que representábamos y en parte por simple química.

-Sam Tanner creía que actuaban siguiendo esa química.

-Sam Tanner no valoraba lo que tenía. -La voz entrenada de Manning se endureció un poco, lo que hizo que Noah se preguntara si se trataba de emoción o simplemente de habilidad-. La hizo infeliz. Era celoso, posesivo y ofensivo. En mi opinión, su adicción a las drogas y el alcohol no fue la causa de todo esto, sino que simplemente lo puso de manifiesto.

Había cierto resentimiento hacia Tanner, pensó Noah, tan maduro como el de Tanner hacia él.

-¿Ella confiaba en usted?

-Hasta cierto punto. -Levantó dos dedos de una mano y volvió a bajarlos, como un pianista tocando-. No era de las que se lamentaban. Admito que yo la presionaba para que me hablara, y durante el rodaje nos habíamos cogido confianza y éramos amigos. Sabía que tenía problemas. Al principio ella le excusaba, pero luego dejó de hacerlo. Me confió que hacía poco había solicitado él divorcio para obligarle a pedir ayuda.

-¿Alguna vez hablaron de ello usted y Tanner?

Manning esbozó una sonrisa irónica y experimentada.

-Tenía fama de poseer un carácter violento, de montar escándalos. Mi carrera acababa de despegar y yo tenía intención de que durara mucho tiempo. Le esquivaba. No soy de los que creen que siempre es bueno que hablen de uno, y no quería ver titulares anunciando que Tanner y Manning habían peleado por MacBride.

-Y lo que anunciaron fue que Manning y MacBride se entendían.

-Contra eso yo no podía hacer nada. Una de las razones por las que accedí a esta entrevista es por aclarar mi relación con Julie.

-Entonces tengo que preguntárselo: ¿por qué no lo ha aclarado antes? Desde su muerte, se ha negado a hablar de ella en todas las entrevistas.

-Aclaré las cosas -Manning ladeó un poco la cabeza y bajó la barbilla, con los ojos entrecerrados- ante el tribunal, bajo juramento. Pero los medios de comunicación y las masas nunca están satisfechos. Para algunos, la idea del escándalo, del sexo ilícito, era tan fascinante como el asesinato. Me negué a entrar en ese juego, a humillar a Julie de ese modo.

Tal vez, pensó Noah; o tal vez ese misterio dio un impulso a su carrera.

-¿Y ahora?

-Ahora usted va a escribir ese libro. Se rumorea en esta ciudad que será la obra definitiva sobre el asesinato de Julie MacBride. -Sonrió levemente-. Estoy seguro de que lo sabe.

-Corren muchos rumores en esta ciudad -dijo Noah con tranquilidad-. Yo dejo que mi agente se ocupe de esas cosas y me limito a hacer mi trabajo.

-Lydia ya me advirtió que usted era listo. Escribirá ese libro -repitió-. Yo formo parte de la historia. Así que responderé a las preguntas que me he negado a responder durante veinte años. Julie y yo nunca fuimos amantes. Tanner y yo nunca peleamos por ella. La realidad es que me habría gustado mucho que esas dos ideas erróneas hubieran sido ciertas. La mañana en que me enteré de lo ocurrido permanece en mi memoria como el peor día de mi vida.

-¿Cómo se enteró?

-David Melbourne me telefoneó. La familia de Julie quería impedir como fuera que los medios de comunicación se enteraran, pues sabía que en cuanto lo supieran empezarían a machacarme para que hiciera comentarios, entrevistas y declaraciones. Desde luego tenían razón -murmuró Manning-. Era temprano. La llamada me despertó. Mi número privado. Julie tenía mi número privado. -Cerró los ojos y una mueca de dolor le cruzó el rostro-. Dijo: «Lucas, tengo una noticia terrible.» Recuerdo exactamente cómo se le quebró la voz, la pena que había en él. «Julie está muerta. Dios mío, Julie está muerta. Sam la ha matado.» -Volvió a abrir los ojos y la emoción los empañó-. No podía creerlo. No quería. Era como una pesadilla, o peor, mucho peor, como una escena que me obligaran a repetir una y otra vez. La había visto el día anterior, viva y hermosa, entusiasmada con un guión que acababa de leer. Y David me decía que estaba muerta.

-¿Estaba usted enamorado de ella, señor Manning? -Locamente.

Manning le dedicó dos horas completas. Noah tenía kilómetros de información que pasar en limpio, montones de notas. Creía que parte de las respuestas de Manning habían sido calculadas, ensayadas. Las pausas, las frases y el impacto. Pero en ellas había verdad.

Y con la verdad se avanzaba.

Decidió celebrarlo reuniéndose con Mike en un bar llamado Rumors para tomar unas copas.

-Me está comiendo con los ojos. -Mike miró de reojo hacia la izquierda y habló con los labios junto a la cerveza. -¿Quién?

-La rubia de la falda corta.

Noah se quedó mirando su ración de nachos.

-Aquí hay treinta rubias con falda corta. Todas tienen ojos. -La que está dos mesas a la izquierda. No mires.

Aunque no tenía intención de hacerlo, Noah se encogió de hombros.

-De acuerdo. Me marcho a San Francisco dentro de un par de días.

-¿Por qué?

-Trabajo. El libro. ¿Recuerdas?

-Ah, sí, claro. Te lo aseguro, me está mirando. Acaba de apartarse el pelo de la cara. Es la segunda fase. -Pues ve a decirle algo.

-Estoy esperando el momento propicio. ¿Cómo es San Quintín por dentro? -Mike probó a hacer un leve gesto con una ceja hacia la rubia para ver su reacción.

-Deprimente. Cruzas una puerta y se cierra detrás de ti. Se te ponen los pelos de punta cuando oyes ese chasquido.

-¿Y él todavía tiene el aspecto de una estrella de cine? Nunca me lo habías dicho.

-No; tiene el aspecto de un hombre que se ha pasado veinte años en la cárcel. ¿Vas a comerte esto?

-Cuando haya hablado con la rubia. No quiero que el aliento me huela a nacho. De acuerdo, han sido cinco segundos completos de contacto visual. Voy a atacar.

-Apuesto por ti, amigo. -Cuando Mike se alejaba, Noah murmuró-. Se lo comerá vivo. Se divirtió observando la acción. La pista de baile estaba abarrotada, los cuerpos entrechocaban bajo una cascada de luces de colores que destellaban al compás de la música.

Eso le hizo recordar la noche que había llevado a Olivia a bailar. Y que había dejado de oír la música y todo lo demás salvo el latir de su corazón cuando se besaron en la boca.

-Olvídalo, muchacho -se dijo a sí mismo, y, con ceño, cogió su cerveza-. Aquello lo estropeaste.

Bebió un trago y contempló el espectáculo. Siempre le había gustado pasar alguna que otra noche en un club, quedándose sordo debido al volumen de la música y las voces, recibiendo apretujones. Ahora estaba sentado solo, mientras su mejor amigo intentaba ligarse a una rubia, y deseaba haberse quedado en casa.

Apartó los nachos, volvió a levantar la cerveza y vio a Caryn cruzar la pista en dirección a su mesa. Noah masculló una maldición y tomó un trago más largo de cerveza.

-Creía que estabas haciendo de eremita.

Llevaba un traje de cuero azul eléctrico que la cubría como un tatuaje y acababa un poco más abajo de la entrepierna, el pelo rizado y la boca pintada de un intenso rojo.

A él se le ocurrió que era ese aspecto lo que le había hecho pensar con su entrepierna cuando la vio por primera vez. No dijo nada, volvió a levantar el vaso e hizo todo lo posible por mirar a su través.

-Me enviaste a la poli. -Se inclinó y plantó las manos sobre la mesa y sus impresionantes senos directamente ante los ojos de Noah-. Tienes cojones, Noah, hacer que tu padre llamara a sus amigos de la gestapo para hacerme sufrir.

Noah levantó la mirada hacia ella y luego hacia una de sus amigas, que le tiraba desesperadamente del brazo.

Caryn esbozó una sonrisa fría y viciosa y él alzó la voz para ser oído por encima de la música.

-¿Por qué no nos haces un favor a todos y te largas de aquí? -Te estoy hablando. -Caryn le dio unos golpecitos con la uña, pintada del mismo azul que el vestido, en el pecho-. Haz el favor de prestarme atención cuando te hablo, hijoputa. Noah se controló aunque sentía ganas de estrangularla. -Vete.

Ella volvió a pincharle con la uña, esta vez lo bastante fuerte para rascar. la piel. Pero emitió un gritito cuando él le cogió la muñeca.

-Desaparece de mi vista. ¿Crees que puedes ir a mi casa y destruirla y yo quedarme sin hacer nada? No vuelvas a cruzarte en mi camino.

-¿O qué? -Caryn se apartó el pelo hacia atrás y, para su disgusto, Noah vio que no había miedo en sus ojos sino excitación, incluso un destello de lujuria-. ¿Volverás a llamar a papaíto? -Entonces alzó la voz hasta casi gritar, haciendo que algunas cabezas se volvieran-. Jamás he tocado tus preciosas cosas. No me rebajaría a volver a esa casa después del modo en que me trataste, y no puedes demostrar lo contrario. Si hubiera estado allí le habría prendido fuego a todo... y me habría asegurado de que tú estabas dentro.

-Estás enferma. -Le soltó la mano con brusquedad-. Y das pena. -Cuando apartaba la silla, ella le dio una bofetada. El anillo que llevaba en el dedo se le hincó en la comisura de la boca y le hizo sangrar. Noah se puso en pie y, con ojos amenazadores, dijo-. Si sigues cruzando esa línea, Caryn, te arrepentirás.

-¿Algún problema?

Noah se limitó a mirar al guardia de seguridad, un grandullón de sonrisa nada amistosa. Antes de poder hablar, Caryn se lanzó a su pecho, parpadeando hasta que los ojos se le llenaron de lágrimas. -No me deja en paz. Me está molestando. -Oh, por el amor de Dios.

-Eso es mentira -dijo Mike, que se había puesto al lado de Noah-. Ella ha empezado. Está loca, la semana pasada entró en su casa por la fuerza.

-No sé de qué está hablando. -Las lágrimas le resbalaban por las mejillas-. Me ha hecho daño.

-He visto lo ocurrido. -Una morena con expresión divertida se acercó-. Yo estaba sentada ahí. -Señaló detrás de ella y habló con voz baja-. Este tipo estaba tomando una cerveza en esta mesa, sin meterse con nadie. Ella se acercó y empezó a gritarle e insultarle. Y le dio una bofetada.

La indignación hizo gritar a Caryn. Dio un manotazo a la morena, pero falló porque el guardia la cogió por la cintura y se la llevó. Su partida, forcejeando y gritando, fue todo un espectáculo.

-Gracias. -Noah se dio unos golpecitos con el dorso de la mano en el labio.

La sonrisa de la morena fue lenta y amistosa. -De nada.

-Voy a buscarte una cerveza fresca. Siéntate y tranquilízate. -Mike se preocupaba como una madre-. Amigo, esa mujer está furiosa. Te traeré la cerveza y un poco de hielo.

-Tu amigo es muy amable. -Ofreció una mano a Noah-. Soy Dory.

-Y yo Noah.

-Sí, Mike ya me lo ha dicho. Le gusta mi amiga. -Señaló hacia la mesa donde la rubia estaba sentada con los ojos como platos y bastante disgustada-. Y a ella le gusta él. ¿Por qué no te sientas con nosotros?

Tenía una voz cremosa, igual que su piel, unos ojos que mostraban un interés inteligente y una sonrisa compasiva. Pero él estaba demasiado cansado para un ligue.

-Te lo agradezco, pero me marchó. Iré a casa, me empaparé la cabeza y pensaré seriamente en ingresar en un monasterio.

Ella rió y, como le pareció que lo necesitaba, le dio un beso en la mejilla.

-No hagas nada drástico. Dentro de diez o veinte años recordarás este pequeño incidente y sonreirás.

-Sí, eso es verdad. Gracias de nuevo, y dile a Mike que le veré más tarde.

-Claro.

Ella le observó marcharse con cierto pesar.

Se hallaba perdido en el bosque, en el bosque profundo y encantador con el resplandor bordeado de verde. Había silencio, tanto silencio que habría jurado que oía moverse el aire. No encontraba el camino por la resbaladiza alfombra de musgo, a través de la maraña de enredaderas, más allá de las grandes columnas de árboles que se erguían como una antigua muralla.

Buscaba algo... a alguien. Tenía que apresurarse, pero tomara la dirección que tomara seguía encerrado allí, en la verde oscuridad. Oyó el débil murmullo del agua de un arroyo, el suspiro del aire y los latidos en su cabeza, que eran el frenético latido de su sangre.

Luego, como un susurro, oyó su nombre. Noah... Noah...

-Noah.

Se incorporó en la cama, con los puños en alto, los ojos vidriosos y cegados por el sueño,

el corazón desbocado.

-Antes te despertabas con una sonrisa.

-¿Qué? ¿Qué? -Parpadeó para aclarar la visión-. ¿Mamá?

-La miró fijamente, luego se echó atrás y hundió la cara en la almohada-. ¿Por qué la próxima vez no me golpeas en la cabeza con una barra de hierro?

-Digamos que no esperaba encontrarte en la cama a las once de la mañana. -Se sentó en el borde de la cama y agitó la caja de pastelería que sostenía-. He comprado pastas.

El pulso de Noah casi se había normalizado, así que abrió un ojo lleno de recelo.

-¿No será aquello de algarroba?

Ella suspiró pesadamente.

-Tanto trabajo para nada. Aún tienes el estómago de tu padre. No, no es algarroba. He comprado a mi único hijo grasa y azúcar blanco.

Seguía recelando, pero también sentía un voraz interés. -¿Qué tengo que hacer para ganármelos? Ella se inclinó y le besó en la coronilla. -Salir de la cama.

-¿Nada más?

-Levántate -ordenó-. Prepararé café.

La idea de café y comida le entusiasmó tanto que se puso los tejanos antes de pensar que era extraño que su madre pasara por su casa con pastas un domingo por la mañana.

Hizo ademán de salir de la habitación, puso los ojos en blanco y dio media vuelta para coger una camiseta. Su madre nunca le dejaba ir con el torso desnudo. Ya que había ido tan lejos, Noah se cepilló los dientes y se mojó la cara.

El café perfumaba el aire cuando salió del cuarto de baño.

-Eres un joven muy creativo -empezó a decir Celia-. Me desconcierta que no te tomaras un poco más de tiempo para amueblar tu casa.

-Sólo vivo aquí. -Se sentó en un taburete ante la barra de la cocina-. Y esto aquí queda bien.

-La verdad es que sí. -Miró hacia las simples líneas rectas y cojines azul oscuro-. Por aquí no hay mucho de Noah.

-Perdí muchas cosas. -Se encogió de hombros-. Lo iré poniendo poco a poco.

-Mmmm. -Celia no dijo nada más y fue a coger tazas y platos para contener un poco la furia. Cada vez que pensaba en lo que le habían hecho a su hijo, quería verse cara a cara con aquella criatura llamada Caryn.

-Bueno, ¿dónde está papá?

-En un partido de baloncesto, ¿dónde si no? -Sirvió el café y colocó las pastas en un plato. Él ya había cogido una cuando su madre se volvió y abrió el frigorífico-. Sería mejor que utilizaras el exprimidor en lugar de comprar zumo preparado.

La respuesta de Noah quedó ahogada por la crema bávara de la pasta y sólo hizo que su madre meneara la cabeza mientras le servía zumo de naranja.

Apoyada en la barra de la cocina, le observó comer. Tenía los ojos hinchados, el pelo alborotado y la camiseta desgarrada en el hombro. Ella se sintió inundada de amor.

Él sonrió un poco, lamiéndose crema y chocolate de los dedos. Qué guapa era su madre, pensó, con el pelo brillante como cobre pulido, los ojos de un suave azul.

-Estaba pensando lo guapo que eres.

Noah ensanchó su sonrisa al coger otra pasta.

-Yo estaba pensando lo mismo. Lo he heredado de mi madre. Es una belleza. Y ahora mismo tiene algo en la cabeza.

-Sí, es cierto. -Despacio, Celia rodeó la barra y se sentó en un taburete. Apoyó los pies en el taburete que había entre los dos y tomó un sorbo de café-. Ya sabes que no tengo por costumbre meterme en tu vida, Noah.

La sonrisa del joven desapareció.

-Ah... sí. Siempre te lo he agradecido.

-Bien. Porque esta vez espero que escuches lo que tengo que decir.

-Ay.

Ella se echó el cabello hacia atrás; lo llevaba tan largo que habría podido hacerse una trenza.

-Mike me ha llamado esta mañana y me ha contado lo que ocurrió anoche.

-Es el mayor bocazas del_ Oeste -masculló Noah. -Estaba preocupado por ti.

-No hay nada de lo que preocuparse, y no debería haberte preocupado.

-¿Como aquella vez cuando tenías doce años y aquel matón decidió que eras una bonita bolsa de entreno al salir de clase? -Alzó una ceja-. Tenía tres años más que tú y te doblaba la talla, pero tú no me dijiste que te pegaba.

Noah trató de disimular tomando un sorbo de café, pero se le curvaron los labios.

-Dick Mertz. Fuiste a su casa y te peleaste con su padre neanderthal, le dijiste que hiciera salir a su pequeño nazi y que harías un par de rounds con él.

-Hay ocasiones -dijo Celia con seriedad- en que es difícil ser pacifista.

-Fue un momento de orgullo en mi vida -admitió Noah-. Pero ya no tengo doce años, mamá, y puedo ocuparme yo mismo de los matones.

-Esa Caryn tampoco es una niña de colegio, Noah. Ha demostrado ser peligrosa. Anoche te amenazó. Por el amor de Dios, habló de quemar la casa contigo dentro.

El muy estúpido de Mike.

-Sólo era una forma de hablar, mamá.

-¿Ah, sí? ¿Estás seguro? -Cuando él abrió la boca, ella se limitó a mirarle fijamente hasta que volvió a cerrarla-. Quiero una orden de restricción.

-Mamá...

-Básicamente, es lo único que la policía puede hacer en estos momentos, pero podría intimidarla lo suficiente para que se alejara.

-No voy a pedir esa orden.

-¿Por qué? -Una sombra de miedo asomó a la pregunta-. ¿Porque no es de macho?

Él bajó la cabeza.

-Sí.

-¡Oh! -Celia dejó el café y apartó el taburete-. Menuda estupidez. ¿Qué es tu pene, un escudo?

-Es un escudo tan eficaz como un trozo de papel -señaló Noah mientras ella se paseaba por la habitación-. Perderá el interés antes si me tranquilizo un poco; entonces se lanzará sobre otro desdichado. La verdad es que viajaré mucho durante los próximos meses. Dentro de unos días me marchó a San Francisco.

-Bueno, espero que cuando vuelvas no te encuentres un montón de cenizas -espetó Celia, y luego soltó el aliento con furia-. Estoy muy enfadada y no sé cómo desahogarme.

Él sonrió y abrió los brazos.

-Ven aquí.

Ella volvió a suspirar, se acercó a su hijo y le abrazó. -Tenía ganas de darle un puñetazo, sólo uno. Un puñetazo bien dado.

Noah rió y la estrechó con más fuerza.

-Si tienes ocasión de hacerlo, té pagaré la fianza. Ahora, deja de preocuparte por mí.

-Es mi trabajo. Yo me tomo muy en serio mi trabajo. -Se apartó y levantó la mirada. A pesar de la cara de hombre, de la barba incipiente de hombre, él seguía siendo su niño-. Bien, pasemos al segundo punto. Sé que tú y tu padre pasáis de puntillas al lado del otro.

-Déjalo, mamá.

-No; es algo que tiene que ver con las dos personas más importantes de mi vida. En mi cena de cumpleaños los dos os comportasteis como un par de educados extraños.

-¿Preferirías que peleáramos?

-Quizá sí. Ya ves que, al parecer, albergo tendencias violentas. -Sonrió y le mesó el pelo, deseando poder resolverle los problemas con la misma facilidad-. Detesto veros infelices y distantes.

-Es mi trabajo -señaló él-. Y me lo tomo muy en serio. -Lo sé.

-Él no.

-Eso no es cierto, Noah. -Frunció el entrecejo-. Sólo es que no entiende del todo lo que haces y por qué lo haces. Y este caso en concreto fue... es muy personal para él.

-También para mí. No sé por qué -dijo cuando ella le escrutó el rostro-. Siempre lo ha sido. Tengo que seguir hasta el final.

-Lo sé, y creo que tienes razón.

La tensión y el resentimiento desaparecieron de sus hombros. -Gracias.

-Sólo quiero que trates de comprender los sentimientos de tu padre, y creo que lo harás cuando profundices más en aquella gente y lo que ocurrió. Él sufrió por aquella niña. Creo que no ha dejado de sufrir nunca por ella. Ha habido otros casos, otros horrores, pero aquella niña ha permanecido en él.

También en mí, pensó Noah. Pero no lo dijo; no quería pensar en ello.

-Iré a Washington a ver si todavía vive allí.

Celia vaciló, dividida entre dos lealtades.

-Aún vive allí. Ella y tu padre se han mantenido en contacto. -¿De veras? -Noah se quedó pensativo y se levantó para

servirse más café-. Bueno, entonces las cosas deberían ser más fáciles.

-No estoy segura de que nada lo haga más fácil.

Una hora después, cuando estaba solo y un poco mareado por haberse comido cuatro pastas, Noah decidió que era un día tan bueno como otro cualquiera para viajar. Esta vez iría a San Francisco en coche, pensó mientras iba al dormitorio a meter en una bolsa la poca ropa que tenía. Así tendría tiempo para pensar y organizar una estancia de unos días en River's End.

Tendría tiempo de prepararse para ver de nuevo a Olivia.

16

Los nervios le recorrían la piel como inquietas serpientes. Para mantenerlos a raya recitaba poesía: Sandburg, Yeats, Rost. Era un truco aprendido en los primeros tiempos de su trabajo, cuando sufría horriblemente, y lo había refinado en la cárcel, donde se pasaba gran parte de la vida aguardando, con nervios y desesperación.

En otra época había tratado de calmarse, controlarse, ensayando su papel mentalmente. Fragmentos de sus películas en los que sacaba al personaje de sus entrañas, se convertía en otro. Pero eso le había provocado una grave depresión al principio de su estancia allí

dentro. Cuando el papel había terminado, él seguía siendo Sam Tanner, seguía estando en San Quintín y no había esperanzas de que al día siguiente eso cambiara.

Pero la poesía le calmaba, le ayudaba a apaciguar la parte de sí mismo que se desgañitaba.

La primera vez que había solicitado la libertad condicional había creído realmente que le soltarían. Ellos, la masa confusa de rostros y figuras del sistema judicial, le mirarían y verían a un hombre que había pagado con los años más preciosos de su vida.

Entonces había estado nervioso, con las axilas sudadas y el estómago contraído. Pero por debajo del miedo había existido una simple esperanza. El tiempo que debía pasar en el infierno había terminado y la vida podía volver a empezar. Luego vio a Jamie y a Frank Brady, y supo que ellos harían todo lo posible para que ciertas puertas del infierno permanecieran cerradas.

Ella había hablado de Julie, de su belleza y talento, de su entrega a la familia; de cómo un hombre había destruido todo eso, por celos y amargura; de cómo había puesto en peligro y amenazado a su propia hija. Jamie había llorado mientras se dirigía al jurado, recordaba Sam, lágrimas tranquilas que le resbalaban por las mejillas mientras hablaba.

Él había tenido ganas de ponerse en pie de un salto cuando hubo terminado y gritar: «¡Corten! ¡Qué maravilla! ¡Una actuación brillante!» Pero en lugar de eso había recitado poesía mentalmente y se había quedado quieto, con el rostro inexpresivo, las manos sobre los muslos.

Después había sido el turno de Frank, el esforzado policía al que tanto interesaba la justicia. Había descrito la escena del asesinato y el estado del cuerpo con el detalle formal e implacable de un profesional. Sólo cuando habló de Olivia, de cómo la encontró, la emoción asomó a su voz. Había sido de lo más efectivo.

Olivia tenía entonces diecinueve años, pensó Sam ahora. Había tratado de imaginarla como mujer joven: alta y delgada, con los ojos de Julie y aquella sonrisa vivaz. Pero sólo había visto a una niña pequeña con el cabello dorado que siempre quería que le contara un cuento antes de acostarse.

Cuando Frank la había mirado, cuando sus ojos se encontraron y sostuvieron la mirada, supo que no le concederían la condicional. Sabía que esa misma escena se repetiría año tras año. La rabia que había sentido quería salir de su boca como vómito. Mentalmente había encontrado a Robert Frost y aferrado sus palabras como un arma: «Tengo promesas que cumplir y kilómetros que recorrer antes de dormir.»

Durante los últimos cinco años había formado y refinado esas promesas. Ahora, el hijo del hombre que había matado sus esperanzas iba a ayudarlo a cumplirlas.

Eso era justicia.

Había transcurrido más de un mes desde que Noah había ido a verle por primera vez. Sam empezaba a preocuparse por si no volvía, por si las semillas sembradas tan cuidadosamente no habían arraigado. Esos planes, esas esperanzas, esas promesas que le habían mantenido vivo y cuerdo se harían añicos y le dejarían con el sabor del fracaso.

Pero había vuelto, y ahora le conducían a aquella pequeña habitación. Escena interior, día, pensó Sam al oír abrirse los cerrojos. Acción.

Noah se acercó a la mesa, dejó su maletín. Sam percibió el olor a ducha, a jabón de hotel. Vestía tejanos, una camisa de algodón suave, zapatillas de lona Converse. Tenía un pequeño corte en la comisura de la boca que ya empezaba a cicatrizar. Sam se preguntó si sabía lo joven que era, envidiablemente joven, capaz y libre.

Noah sacó su grabadora, un cuaderno y un lápiz del maletín. Y cuando la puerta se hubo cerrado a su espalda, dejó un paquete de Marlboro y una caja de cerillas delante de Sam.

-No sabía su marca preferida.

Sam dio unos golpecitos en el paquete sonriendo con ironía. -Aquí todo da lo mismo. Todo te matará, pero nadie vive eternamente.

-La mayoría no sabemos cuándo o cómo vamos a terminar. ¿Qué se siente cuando se sabe?

Sam siguió dando golpecitos al paquete.

-Es una especie de poder, o lo sería si estuviéramos en el mundo. Aquí dentro todos los días son iguales. -¿Lo lamenta?

-¿Estar aquí o morir?

-Las dos cosas.

Sam rió brevemente y abrió el paquete de cigarrillos. -Ninguno de los dos tiene tiempo suficiente para pensar en eso, Brady.

-Dígame sólo lo más importante.

-Lamento que no tendré las mismas opciones que usted cuando llegue la hora. Lamento no poder decidir: esta noche me gustaría tomarme un bistec medio hecho acompañado de una copa de buen vino y un café cargado. ¿Alguna vez ha probado el café de la cárcel?

-Sí. -Era una insignificancia para mostrarle su comprensión-. Es peor que el café de las comisarías. ¿Qué más lamenta?

-Lamento que cuando por fin pueda volver a elegir cosas así, como tomar un bistec, no me quedará mucho tiempo para disfrutarlo.

-Parece bastante sencillo.

-No; están los que tienen opciones y los que no. Nunca es sencillo para el que no las tiene. ¿Qué ha tenido que elegir usted? -Sacó un cigarrillo y lo acercó a la grabadora-.

¿Hasta dónde irá con esto?

-Hasta el final.

Sam bajó la mirada al cigarrillo, cerrando los ojos. Sacó una cerilla y la encendió. Con los ojos cerrados, dio la primera calada profunda al tabaco de Virginia.

-Necesito dinero. -Al ver que Noah alzaba una ceja, Sam dio otra calada-. Voy a salir cuando se hayan cumplido los veinte años, mi abogado se ha ocupado de eso. Voy a vivir fuera unos seis meses. Quiero vivir decentemente, con dignidad, y lo que tengo no será suficiente.

Otra calada, y Noah esperó a que expulsara el humo.

-Gasté todo lo que tenía en mi defensa, y lo que se gana aquí no puede decirse que sea un salario para vivir. A usted le pagarán por el libro. Le darán un adelanto, y con su segundo éxito de ventas en el mercado no será poca cosa.

-¿Cuánto?

Las serpientes volvieron a agitarse bajo su piel. No podía hacer promesas sin tener apoyo financiero..

-Veinte mil, uno de los grandes por cada año que he estado aquí. Eso me servirá para tener un lugar decente donde dormir, ropa y comida. No me haré millonario, pero me permitirá no tener que vivir en la calle.

No era una petición inusual, ni Noah la consideró una suma desorbitada.

-Haré que mi agente redacte un acuerdo. ¿Le parece bien? Las serpientes se enroscaron y se pusieron a dormir. -Sí, me parece bien.

-¿Tiene intención de quedarse en San Francisco cuando le suelten?

-Creo que ya he estado suficiente tiempo en San Francisco. -Los labios de Sam se curvaron de nuevo-. Quiero sol. Iré al sur.

-¿Los Ángeles?

-Allí ya no hay nada para mí. No creo que mis antiguos amigos tengan intención de darme una fiesta de bienvenida. Quiero tomar el sol -repitió-. Y tener un poco de intimidad. Opciones.

-Hablé con Jamie Melbourne.

La mano que Sam tenía sobre la mesa dio una sacudida. La levantó y se llevó el cigarrillo a los labios.

-¿Y qué pasó?

-Volveré a hablar con ella -dijo Noah-. También me pondré en contacto con el resto de la familia de Julie. Aún no he podido dar con C. B. Smith, pero lo haré.

-Yo soy uno de sus pocos fracasos. No nos separamos con gran afecto.

-No recibirá afecto por parte de las personas a las que voy a entrevistar.

-¿Ha hablado con su padre?

-Primero recogeré información. -Noah inclinó la cabeza-. No permitiré que usted dé su aprobación a las personas que yo quiera entrevistar o a lo que ponga en el libro. Si seguimos con esto, tendrá que firmar documentos sin ese derecho. Aunque mis editores no insistan en ello, e insistirán, yo lo quiero así. Es su historia, Sam, pero es mi libro.

-No tendría libro sin mí.

-Claro que sí, sólo que sería un libro diferente. -Noah se recostó en la silla en actitud relajada, la mirada dura como el hierro-. ¿Quiere opciones? Ésta es la primera. Si firma los papeles, recibirá los veinte mil y yo escribiré el libro a mi manera. Si no firma, no recibe el dinero y yo lo escribo a mi manera.

Tenía más de su padre de lo que Sam se había dado cuenta hasta entonces. Una dureza que el aspecto de chico de playa y el estilo despreocupado encubrían. Era mejor así, decidió Sam.

-No voy a vivir para ver el libro publicado. Firmaré los papeles, Brady. -Sus ojos eran fríos, unos ojos que conocían el asesinato y habían aprendido a vivir con ello-. Pero no me joda.

Noah ladeó la cabeza.

-Bien. Pero recuerde: tampoco me joda usted a mí.

Él también conocía el asesinato. Lo había estudiado toda su vida.

Noah encargó un bistec no muy hecho y una botella de Côte d'Or. Mientras comía, observaba las luces que barrían la bahía y escuchaba su última entrevista con Sam Tanner.

Pero, sobre todo, trataba de imaginar lo que sería estar comiendo aquel plato, bebiendo aquel vino, por primera vez en más de veinte años. ¿Lo saborearía, pensó, o lo devoraría como un lobo tras una larga hambruna invernal? Sam, pensó, lo saborearía bocado a bocado, sorbo a sorbo, absorbiendo los sabores, la textura, el rojo oscuro del vino en la copa. Y si sus sentidos amenazaran con recibir una sobrecarga de estímulo, lo haría aún más lentamente.

Ahora poseía ese control. ¿Cuánto quedaba en él de aquel hombre irreflexivo, hambriento de placer y sin control? Era más sensato pensar que Sam era dos hombres a la vez, el que había sido y el que era ahora. Siempre había habido en él partes de ambos, pensó Noah.

Por eso ahora podía estar allí sentado, tratando' de imaginar cómo se enfrentaría ahora el hombre que él conocía a un bistec cocido a la perfección y una copa de buen vino. Y podía imaginar al hombre que había podido pedir mucho más con un chasquido de los dedos.

El hombre que había llevado a la cama a Julie MacBride por primera vez.

«Quiero contar cómo fue cuando Julie y yo nos hicimos amantes.»

Noah no había esperado que Sam adoptara ese enfoque tan pronto, que hablara tan pronto de cosas íntimas. Pero ninguna de sus sorpresas asomó a su voz. cuando dijo a Sam que adelante.

Al escucharlo ahora, Noah se puso en el lugar de Sam, en la cálida noche californiana, en un pasado que no era suyo. Las palabras de la grabación se hicieron imágenes y las imágenes más un recuerdo que un sueño.

Había luna llena. Surcaba el cielo y arrojaba rayos de luz, como espadas de plata, sobre el oscuro relucir del océano. El sonido de las olas al acercarse, elevarse y estrellarse en la orilla era como el constante latido de un corazón impaciente.

Fueron a dar un paseo en coche por la costa, se pararon a tomar una ridícula comida de camarones fritos servidos en cestas de plástico rojo en un pequeño restaurante donde esperaban pasar inadvertidos.

Ella llevaba un vestido largo estampado y un sombrero de paja para ocultar aquella cascada de abundante cabello rubio. No se había molestado en maquillarse y su juventud, su belleza, su frescura no quedaban encubiertas.

Ella reía, se lamía la salsa de cóctel de los dedos. Y la gente volvía la cabeza.

Ellos querían mantener su relación en privado, aunque hasta entonces consistía en paseos como éste, algunas comidas en restaurantes elegantes, conversaciones y su trabajo. El rodaje se había iniciado un mes antes, con lo que se había cortado radicalmente la posibilidad de disfrutar de tiempo personal.

Aquella noche habían robado unas horas para pasear por la orilla de espumosas olas, con los dedos entrelazados.

-Me encanta hacer esto. -La voz de Julie era baja y suave, levemente ronca. Tenía aspecto de ingenua y sonaba como una sirena. Eso formaba parte de la mística que había en ella-. Pasear, simplemente, oliendo la noche.

-A mí también. -Pero nunca lo había hecho hasta entonces. Antes de conocer a Julie le gustaban las luces, el ruido, las multitudes y ser el centro de atención. Ahora, estar con ella llenaba todas esas necesidades-. Me gusta aún más hacer esto.

Le hizo dar media vuelta y la estrechó entre sus brazos. Los labios de ella se curvaron cuando se acercaron los de él y los separó, invitándole a seguir. Ella le inundó con sabores dulces y acres, perfumes inocentes y experimentados al mismo tiempo. Los serenos ruiditos de placer que ella emitía resonaban en la sangre de él como las olas al romper.

-Lo haces muy bien -murmuró ella, y en lugar de apartarse, como hacía a menudo, apretó su mejilla contra la de él, dejó que su cuerpo se balanceara al ritmo del mar-. Sam -suspiró-, quiero ser sensata,. quiero escuchar a la gente que me dice que sea sensata.

El deseo era para ella un dolor en el vientre, un ardor en la sangre. Necesitó todo su control para sujetarle las manos.

-¿Quién te dice que seas sensata?

-Los que me quieren. -Se apartó un poco, mirándolo-. Creía que podía serlo, pero luego

pensé: Bueno, si no lo soy, voy a divertirme. No soy una niña, ¿por qué no puedo ser una de las mujeres de Sam Tanner si quiero?

-Julie...

-No, espera. -Alzó una mano-. No soy una niña, Sam, y puedo hacer frente a la realidad. Sólo quiero que seas sincero conmigo. ¿Eso es lo que esperas? ¿Que sea una de las mujeres de Tanner?

Ella lo aceptaría. Se le veía en los ojos, se percibía en su voz. Eso le emocionaba y le aterraba. Sólo tenía que decir que sí y cogerle la mano, y ella se marcharía con él.

La silueta de Julie se recortaba contra la luz de la luna y arrojaba sombras a la arena. Esperaba.

Lo que deseaba para ambos era la verdad, pensó Sam.

-Lydia y yo ya no salimos. Hace semanas.

-Lo sé.. -Julie sonrió-. Leo las columnas de cotilleos como todo el mundo. Y no estaría aquí contigo esta noche si aún estuvieras comprometido con otra.

-Lo nuestro ha terminado -dijo con cautela. Terminó en cuanto te vi. Porque en cuanto te vi, dejé, de ver y deseara nadie más. En cuanto te vi... -Se acercó y le apartó el sombrero de paja para que la melena le cayera sobre los hombros- empecé a enamorarme de ti. Aún estoy enamorado. Creo que jamás dejaré de estarlo.

Los ojos de Julie se llenaron de lágrimas que relucían como diamantes.

-Pero ¿dé qué sirve estar enamorado si vas a ser una chica sensata? Déjame ir contigo a casa esta noche.

Ella volvió a sus brazos y esta vez el beso estuvo lleno de apremio. Luego, se rió, un rápido río de placer, y le cogió el sombrero de la mano y lo lanzó al agua.

Volvieron a cogerse de la mano y corrieron al coche como niños impacientes por recibir un regalo.

Con otra mujer, probablemente él habría olvidado pronto el momento y el apareamiento, sólo habría absorbido con prisas lo que su cuerpo ansiaba, el placer brutal del orgasmo.

Con otra mujer, probablemente habría hecho el papel de seductor, como un director orquestando cada movimiento.

En ambos métodos había poder y satisfacción.

Pero con Julie no podía hacer nada de esto. Ella poseía tanto poder como él. Los nervios le hormigueaban cuando subían la escalera de su casa.

Cerró la puerta del dormitorio detrás de ellos. Sabía que allí aún había cosas de Lydia, aunque había sido muy metódica al recogerlas -cogiendo, de paso, algunas de él- antes de marcharse. Pero una mujer jamás ha compartido la cama de un hombre sin dejar algo de sí misma para obligarle a recordar.

Por un instante deseó haberse deshecho de, la cama, comprado una nueva, pero Julie le sonreía.

-El ayer no importa, Sam. Sólo importa el hoy. -Le cogió las mejillas-. Importamos nosotros, eso es lo real. Tócame -susurró con la boca pegada a la suya-. No quiero esperar más.

Todo volvió a su sitio y los nervios desaparecieron. Cuando la cogió entre los brazos, comprendió que no se trataba simplemente de sexo, de necesidad o de gratificación. Había amor. Por mucho que hubiera interpretado esa escena, nunca había creído en ello.

La depositó sobre la cama, besándola mientras el sentimiento le inundaba. El amor, por fin, el amor. Ella le rodeó con sus brazos y el beso se hizo más apasionado. Por un

instante, le pareció que el mundo se condensaba allí, en aquella unión de labios.

No fue amable ni se movió con delicadeza. No podía distanciarse y dirigir la escena. Estaba perdido en ella, y en Julie, en el perfume de su cabello, el sabor de su garganta, el sonido de su respiración.

Le bajó los finos tirantes del vestido y lo hizo resbalar hacia abajo mientras saboreaba su deliciosa boca. Ella se estremeció cuando le acarició el pecho, ahogó un grito cuando le pasó lengua y dientes por el pezón, y luego gimió cuando la besó con ardor.

Se tumbaron en la cama y ella se deslizó debajo de él, frotándose contra él, pronunció su nombre, sólo su nombre, y con ello le sobrecogió el corazón.

Él la acarició y dio más de lo que creía poder dar a una mujer. Ella tenía la piel empapada de sudor, lo que añadía un sabor más; sus músculos se estremecían, lo que acrecentaba la excitación.

Él quería verlo todo de ella, explorar todo lo que tenía, todo lo que era. Su cuerpo era largo y esbelto, subyugante, incluso las ondas formadas por las costillas bajo la piel eran atractivas.

Cuando se abrió para él, cuando se alzó para que sus cuerpos se encontraran, él la penetró con un susurro y observó aquellos ojos llenarse de lágrimas.

Los movimientos suaves se volvieron estremecimientos. Ella gritó una vez y le clavó las uñas en las caderas; luego, otra vez, como un eco, cuando él se corrió dentro de ella.

Noah parpadeó y sólo oyó silencio. La cinta había terminado. Se quedó mirando fijamente la máquina, más que un poco asombrado de que las imágenes hubieran sido tan claras. Y más que un poco embarazoso fue descubrir que tenía una erección, pensando en Olivia.

-Por Dios, Brady. -Cogió la copa de vino con una mano temblorosa y bebió un sorbo.

Era uno de los efectos secundarios de meterse dentro de Sam Tanner, de imaginar lo que era amar y ser amado por una mujer como Julie MacBride, de recordar cómo había sido desear a la hija que aquel amor había procreado.

Pero era muy incómodo cuando no tenía ninguna salida para la frustración sexual que ahora sentía.

Lo escribiría, pensó. Terminaría de comer, pondría la televisión como sonido de fondo y lo escribiría. Como la historia tenía un núcleo de amor posesivo y obsesión sexual, escribiría el recuerdo que Sam tenía de la noche en que él y Julie se hicieron amantes.

Quizá estaba idealizado, pensó, aunque quizá había momentos, especiales que producían los sentimientos mencionados por Sam.

Para Noah, el sexo siempre había sido una parte deliciosa de la vida, una especie de deporte que requería algunas habilidades básicas y un sano espíritu de equipo. Pero estaba dispuesto a creer que para algunos podía contener emociones exquisitas. Daría a aquella noche todo el realce romántico que la acompañaba. Al fin y al cabo, era tal como Sam lo recordaba... o quería recordar. Y el romanticismo añadiría impacto al asesinato.

Encendió el ordenador y se sirvió café, que se había mantenido aceptablemente caliente en la cafetera. Pero cuando se levantó para encender la televisión, miró el teléfono. Qué diablos, pensó, y, siguiendo un impulso, buscó el número de River's End. Al cabo de diez minutos había hecho reservas para principios de la semana siguiente.

Sam Tanner aún no había hablado de su hija. Noah quería ver si ella hablaría de él.

Trabajó hasta las dos, cuando salió de su ensimismamiento brevemente para mirar, sin comprender, la televisión, donde un lagarto gigantesco estaba destrozando Nueva York

con sus patas. Un policía uniformado disparaba contra el animal y luego era presa de sus fauces.

Tardó un momento en comprender que estaba viendo una vieja película y no un informativo. Entonces supo que su cerebro estaba agotado y era hora de acostarse.

Había una última tarea en su orden del día, aunque sabía que era un poco perverso haber esperado hasta la madrugada para hacerla: telefoneó a Mike a Los Ángeles.

Fueron necesarios cinco timbrazos hasta que la voz pastosa y adormilada de su amigo hizo sonreír a Noah. -Eh, ¿te he despertado?

-¿Qué? ¿Noah? ¿Dónde estás?

-En San Francisco, ¿recuerdas?

-¿Eh? No... por Dios, Noah, son las dos de la madrugada. -¿De veras? -Frunció el entrecejo cuando oyó una voz femenina ligeramente apagada-. ¿Estás con una mujer, Mike? -Puede ser. ¿Por qué?

-Enhorabuena. ¿La rubia del club?

-Mmmm...

-De acuerdo, no es el momento de profundizar en el tema.

Estaré fuera al menos otra semana. No quería llamar a mis padres y despertarles, y por la mañana estaré muy ocupado.

-¿Y está bien llamarme a mí y despertarme?

-Claro... además, ahora que estáis despiertos los dos, podéis hacer otra sesión. Acuérdate de darme las gracias más adelante. -Vete al cuerno.

-Eso es gratitud. Como te gusta tanto llamar a mi madre, hazlo mañana y dile que estoy en la carretera.

Se oyeron unos crujidos y Noah pensó que Mike por fin se estaba incorporando en la cama.

-Oye, pensé que necesitabas un poco de...

-Injerencia en mi vida. Deja de tirarte del labio, Mike --dijo con voz suave, pues conocía bien los hábitos nerviosos de su amigo-. No estoy particularmente irritado, pero estás en deuda conmigo. Así que llama a mi madre y ocúpate de mis flores mientras esté fuera.

-Lo haré. Oye, dame un número donde pueda... oooh... Las risas ahogadas de la mujer hicieron alzar una ceja a Noah. -En otro momento. No quiero tener sexo por teléfono contigo y la rubia. Si las flores se marchitan te acordarás de mí.

La respuesta fue una brusca inspiración, crujidos y susurros.

Noah colgó soltando una carcajada.

Estupendo, pensó, y se pasó las manos por la cara. Ahora tenía dos aventuras sexuales en la cabeza. Decidió darse una ducha fría y acostarse.

El bosque

Entra en este bosque encantado, tú que te atreves.
GEORGE MEREDITH

17

Le sorprendió comprobar que lo recordaba tan bien, con tanto detalle, con tanta claridad. Mientras conducía por la carretera llena de baches, Noah se encontró protegiéndose de la carga emocional antes de que su campo de visión pasara de densos bosques y roca pura a un cielo asombrosamente azul recortado contra las deslumbrantes cumbres blancas de las

montañas.

Era cierto que había conducido por allí en otra ocasión, pero entonces sólo tenía dieciocho años y sólo había sido una vez. No era como regresar a casa después de un viaje, como despertar después de un sueño.

Y en aquella ocasión era verano, recordó, cuando las cumbres estaban nevadas pero el resto estaba verde, con pinos y abetos en las laderas que les daban el aspecto de gigantes vivos y no de frías e inmóviles presencias que reinaban sobre los valles.

Noah había investigado, examinado fotografías, folletos y catálogos, pero por alguna razón sabía que todo eso no podía prepararle para esa realidad, para los contrastes de profundo y silencioso bosque y cumbres salvajemente regias.

Prosiguió el ascenso mucho después de haber dejado atrás el desvío hacia River's End. Tenía tiempo, horas, si quería, antes de bajar a las tierras bajas, al bosque pluvial, al trabajo.

Opciones otra vez. Y la suya era desviarse de la carretera, bajar del coche y estirar las piernas. El aire era fresco y puro. Respiró hondo y sintió como si se le clavaran pequeñas agujas en la garganta. Le dio la impresión de que el mundo se extendía ante sus pies, campo y valle, monte y bosque, el río, el lago.

Incluso cuando pasó un coche por detrás de él se sintió aislado. No sabía si era una sensación agradable o inquietante, pero se quedó allí, dejando que el viento le hiciera ondear la chaqueta' y le enfriase el cuerpo, y examinó el vasto azul del cielo, con las blancas montañas recortadas contra él.

Pensó que tal vez se había parado allí mismo con sus padres, y recordó haber estado con su madre leyendo la guía.

La Olympic Range. Por grande que pareciera desde allí, sabía que en las elevaciones inferiores, en el bosque de grandes árboles, no existía. Se podía andar y andar en aquella penumbra o trepar por las rocas y no ver su imponente alcance. Luego girabas, salías a un claro y allí estaba: aquella inmensidad que te quitaba el aliento.

Noah echó un último vistazo, volvió a subir al coche e inició el descenso por la carretera por la que había venido. Los árboles se adueñaron del paisaje.

El rodeo le llevó poco más de una hora, pero aun así llegó al albergue a las tres de la tarde. Subió por el mismo sendero lleno de baches, vislumbrando la piedra y la madera, el tejado como de cuento de hadas, el relucir del cristal del albergue.

Estaba a punto de decirse que no había cambiado cuando divisó una estructura situada entre los árboles. Seguía el estilo del albergue, pero era' más pequeña y no estaba tan castigada por el tiempo.

El cartel de madera que había sobre la puerta anunciaba: CENTRO NATURALISTA DE RIVER'S END. Un sendero se desviaba del principal y otro venía del albergue. Al parecer, se habían dejado crecer a su antojo flores silvestres y helechos, pero su ojo de jardinero descubrió una mano humana en el equilibrio. La mano de Olivia, pensó, y sintió una inesperada punzada de orgullo. No cabía duda de que aquello lo había hecho una mano humana, pero de tal forma que parecía que creciera de forma natural como los árboles.

Detuvo el coche y constató que en el aparcamiento había bastantes vehículos. Allí hacía más calor que donde se había parado; calor suficiente, pensó, para que los pensamientos y la salvia estuvieran a gusto en las largas jardineras junto a la entrada.

Se puso la mochila, sacó su maleta -y estaba cerrando el coche cuando un perro salió

corriendo del albergue y le sonrió. A Noah no se le ocurrió otro término para la expresión del animal. Tenía la lengua fuera, los labios hacia atrás, como curvados hacia arriba, y los ojos castaños le brillaban de júbilo.

-Eh, hola, amigo.

Interpretando esto como una invitación, el gran perro labrador se sentó delante de Noah y levantó una pata.

-¿Eres el comité de bienvenida, amigo? -Le estrechó la mano, como correspondía, y ladeó la cabeza-. ¿O debería decir amiga? Por casualidad no te llamarás Shirley, ¿verdad?

El perro lanzó un alegre ladrido y se dirigió hacia la entrada como diciéndole a Noah:

Vamos, amigo, ven por aquí.

Él estaba tan encantado que apenas sintió decepción cuando el perro no le siguió dentro.

No vio ningún cambio notable en el vestíbulo. Pensó que quizá habían cambiado algunos muebles, y las paredes estaban pintadas de un suave amarillo. Pero todo tenía un aura de buena acogida y confort y podría muy bien haber sido exactamente igual durante un siglo.

Los trámites de inscripción fueron rápidos y amistosos y, tras haber asegurado al conserje que él mismo llevaría su equipaje, cogió las bolsas, un folleto de información y la llave y subió hasta el primer piso, donde giró a la derecha.

Había pedido una suite por costumbre y porque prefería una zona separada para trabajar. Era más pequeña que las habitaciones, que recordaba haber compartido con sus padres, pero sin duda había espacio de sobra.

Había un sofá, un pequeño escritorio, una mesa con guías y literatura sobre la zona. Los cuadros -acuarelas de la flora local- eran más que aceptables, y el teléfono serviría para su módem.

Contempló la vista, satisfecho de que la habitación diese a la parte de atrás, más tranquila. Dejó la maleta sobre la cómoda a los pies de la cama, que era de madera barnizada, y la abrió. Sacó los utensilios de afeitado y los dejó en el estrecho estante que había sobre el lavabo.

Pensó en darse una ducha -había conducido desde las seis de la madrugada- y en la cerveza que seguramente encontraría en el bar. Tras un suave debate se decidió por lo primero, luego iría en busca de lo segundo.

Se desnudó, dejando la ropa donde caía, y manipuló los grifos de la ducha hasta que el agua salió fuerte y caliente. En cuanto estuvo bajo el chorro, gimió de placer.

Decisión acertada, pensó mientras dejaba que el agua le cayera sobre la cabeza. Después de la cerveza iría a dar una vuelta por el lugar. Quería ver si podía calibrar a los propietarios por el modo en que el personal y los huéspedes hablaban de ellos, para saber cuál de los MacBride sería mejor abordar.

También quería ir al centro naturalista y encontrar a Olivia. Sólo mirarla. Lo haría por la mañana, pensó. Después de calmarse y descansar.

Se secó con la toalla y se puso unos tejanos. Iba a sacar una camisa de la bolsa cuando llamaron a la puerta.

Noah la cogió rápidamente y se la llevó a la puerta.

La reconoció al instante. Más tarde se maravillaría de haberla reconocido de forma tan inmediata e intensa, pues sin duda había cambiado.

Su rostro era más delgado, afilado. Su boca era más firme, grande y sin maquillar como a los diecinueve años, pero ya no le pareció inocente. Y eso le hizo sentir una punzada de

irritación y nostalgia.

Se habría dado cuenta de que no le daba la bienvenida con una sonrisa si no hubiera estado absorto en aquel ridículo e inesperado destello de placer.

El pelo se le había oscurecido, de un color que le recordó el caramelo líquido que por Halloween la madre de Mike siempre vertía encima de las manzanas. Y lo llevaba corto; se había cortado aquella espléndida cabellera. Y sin embargo le quedaba bien. A otra mujer aquel pelo corto con flequillo le habría dado un aire de duende. Pero no había nada de eso en la mujer que estaba en el umbral de la puerta, alta y esbeltamente atlética.

Olía como el bosque y llevaba en las manos un frutero con fruta fresca.

Notó que se le formaba una sonrisa y sólo se le ocurrió decir: -Hola.

-Bienvenido en nombre del Albergue River's End. -Le ofreció con brusquedad el frutero.

-Ah, gracias.

Ella entró en la habitación de una zancada que hizo apartarse a Noah automáticamente. Cuando cerró la puerta con un golpe, él alzó las cejas.

-¿Tú vienes con la fruta? En California nunca te dan una mujer como obsequio de bienvenida.

-Qué cara más dura tienes, venir aquí de esta manera, como en secreto.

De acuerdo, pensó él, no iba a ser un encuentro amistoso.

-Tienes razón. No sé en qué estaba pensando, llamar para hacer una reserva, inscribirme en recepción de ese modo. -Dejó el frutero-. Oye, ¿por qué no nos sentamos un momento...?

-Te daré un minuto. -Le hincó un dedo en el pecho-. Sólo un minuto; luego puedes volverte a Los Ángeles. No tienes derecho a venir aquí de esta manera.

-Claro que tengo derecho. Es un hotel. -Alzó una mano-. Y no vuelvas a darme golpecitos, ¿de acuerdo?

-Te dije que te mantuvieras lejos de mí.

-Y lo he hecho. -El fulgor de los ojos de Olivia era una clara advertencia que hizo entrecerrar los de Noah-. No vuelvas a golpearme, Liv. Lo digo en serio. Estoy harto de que las mujeres me insulten. Podemos sentarnos y hablar como adultos razonables, o quedarnos de pie y atacarnos.

-No tengo nada que hablar contigo. Te digo que te marches y nos dejes en paz.

-No lo voy a hacer. -Decidió enfocararlo de otro modo; se sentó, cogió una manzana del frutero y estiró las piernas al tiempo que le daba un mordisco-. No voy a irme a ninguna parte, Olivia. Será mejor que hables conmigo.

-Tengo derecho a mi intimidad.

-Claro que sí. Eso es lo bonito. No me digas nada que no quieras decirme. -Dio otro mordisco a la manzana y luego dijo-: Podemos empezar por algo sencillo, como qué has hecho los últimos seis años.

Maldito cabrón, pensó Olivia, y empezó a pasearse. Detestaba que él tuviera el mismo aspecto, que fuera el mismo: el pelo revuelto, la boca firme y llena, la cara angulosa.

-Si fueras la mitad del hombre que es tu padre, tendrías un poco de respeto a la memoria de mi madre.

Esto dolió a Noah, que examinó la manzana girándola en la mano hasta que estuvo seguro de que podía hablar con calma.

-Ya me comparaste con mi padre una vez. -Levantó una mirada dura como el granito-. No vuelvas a hacerlo.

Olivia se metió las manos en los bolsillos y miró por encima del hombro.

-No te importa lo que pienso de ti.

-No sabes lo que a mí me importa.

-El dinero. Te pagarán mucho por ese libro, ¿no? Después podrás ir a los programas de televisión y hablar de ti y tus valiosas revelaciones sobre por qué mi padre asesinó a mi madre.

-¿No quieres saber por qué? -repuso con tranquilidad y observó aquellos maravillosos ojos reflejar furia, desdicha y de nuevo furia.

-Sé por qué y eso no cambia nada. Vete, Noah. Vete y escribe sobre la tragedia de otros.

-Liv. -La llamó cuando ella se dirigía hacia la puerta con grandes pasos-. No me iré. Esta vez no.

Ella no se paró, no miró atrás, y cerró con un portazo tan fuerte que las acuarelas temblaron. Noah lanzó la manzana al aire.

-Bueno, ha sido agradable -murmuró, y decidió que se merecía aquella cerveza.

Olivia bajó por la escalera trasera, evitando el vestíbulo y la gente que rondaba por allí. Atajó por la cocina, saludando sólo con un gesto de la cabeza cuando se cruzaba con alguien. Necesitaba salir, alejarse de allí hasta que remitiese la horrible presión que sentía en el pecho y el fuerte zumbido de sus oídos.

Tuvo que hacer un esfuerzo para no echar a correr, para vencer el pánico. Se adentró en el bosque, pero seguía jadeando y las rodillas querían temblarle. No lo permitiría.

Cuando se hubo alejado lo suficiente, se sentó y empezó a mecerse.

Era una estúpida. Se había comportado como una estúpida, admitió apoyando la frente en las rodillas. Sabía que él iba a ir, Jamie se lo había dicho, y que ella misma había decidido cooperar con él para el libro. Eso había generado la primera auténtica discusión entre ellas que Olivia recordara. Noah Brady y su libro ya estaba causando problemas en su familia. Pero se había preparado para hacerle frente. Ya no era la niña ingenua y susceptible que se había enamorado de él como una tonta.

Pero no esperaba sentir tanta emoción como cuando él le abrió la puerta y le sonrió; había sido como seis años atrás. No esperaba que su corazón se partiera otra vez, después de tanto tiempo y esfuerzo para curar la herida.

El genio era mejor que el dolor,

Aun así, lo había hecho mal.

Había estado alerta. Cuando él hizo la reserva, Olivia se prometió que iría a su habitación para hablar con él en privado. Estaría calmada y le explicaría cada una de sus objeciones. Al fin y al cabo, era el hijo de Frank Brady. Y Frank era una de las pocas personas en las que confiaba completamente.

Se las arregló para llevar ella misma el frutero y ensayó previamente lo que diría y cómo lo diría: «Bienvenido a River's End de nuevo, Noah. Me alegro de verte. ¿Puedo pasar un minuto?»

Razonable y tranquila. Pero cuando se dirigía hacia, la habitación empezó a sentir miedo y utilizó la ira como un arma para defenderse.

Luego, él había abierto la puerta y le había sonreído. Sonreído, pensó ahora, volviendo la cabeza para apoyar la mejilla en las rodillas. Como si nunca hubiera existido ninguna traición, ningún engaño. Y estaba tan atractivo -con el pelo mojado de la ducha, los ojos verdes iluminados de alegría- que una parte de ella había querido sonreír también.

Por eso había atacado. ¿Qué otra cosa podía hacer?, pensó. En lugar de persuadirle, o de

intimidarle, para que abandonara su proyecto, estaba segura de que le había convencido aún más de seguir adelante.

Olivia aún quería estar sola, proteger su mundo y estar dentro a solas.

¿Por qué Sam Tanner se había puesto en contacto con Noah? Furiosa, cerró los ojos con fuerza. No quería pensar en eso, en él. No' quería saberlo. Había enterrado todo aquello, igual que su abuela había enterrado en un baúl del desván todos los recuerdos.

Había tardado años en conseguirlo. Años de visitas secretas al desván, de pesadillas, años de dolorosas y culpables búsquedas de la mínima información acerca de sus padres. Y una vez hubo encontrado lo que buscaba, se había centrado en el presente y el futuro, olvidando el pasado. Encontró paz y satisfacción en su trabajo, una dirección en su vida. Todo aquello ahora estaba amenazado, porque Sam Tanner iba a salir en libertad y Noah Brady estaba escribiendo un libro.

Contempló al perro labrador correr por el sendero. El saludo adoptó la forma de un salto y muchos lametones que rompieron la tensión de Olivia y le hicieron reír.

-Siempre puedo contar contigo, ¿verdad? -Abrazó a Shirley-. Vamos a casa. Nos preocuparemos por esto más tarde.

La comida era estupenda. Noah puso una nota alta a los MacBride por la cocina del albergue, en particular después de pasar dos veces por el bufé del desayuno. El servicio estaba a la altura de la comida: afectuoso, amistoso y eficiente sin molestar.

Había encontrado la cama muy cómoda, y si hubiera estado de humor habría elegido entre una lista muy decente de películas para ver en la habitación.

Pero había trabajado y ahora le parecía que se merecía una mañana al aire libre. El problema era que, como vio por la ventana del comedor, llovía y, por tanto, el tiempo no ayudaba demasiado. Los folletos ya le habían advertido de que esperara primaveras lluviosas. Y no se podía decir que no fuera pintoresco a su manera. Muy diferente de su soleada costa de California, pero había algo fascinante en los grises y verdes bajo la lluvia. Se abstuvo de dar un paseo, pero le resultó agradable observar el paisaje desde la acogedora calidez del albergue.

Ya había utilizado el gimnasio, que había sido ampliado y modernizado desde su última visita. Habían añadido una piscina climatizada, pero descartó la idea de darse un baño. Suponía que no sería el único y la idea de que hubiera familias salpicando y gritando a su alrededor no se ajustaba a sus planes.

Podía ir a que le dieran un masaje, o husmear en la biblioteca, donde había curioseado la noche anterior, encontrándola bien provista y acogedora.

O podía poner manos a la obra e investigar un poco.

Otra posibilidad era buscar a Olivia y reñir con ella otra vez.

Unas carcajadas masculinas le sacaron de su ensimismamiento. El hombre iba vestido con una camisa de franela a cuadros y pantalones de trabajo. Su pelo era abundante, de un plateado que adquiría reflejos a medida que entraba en el comedor, deteniéndose en las mesas de los que, como Noah, se entretenían con la última taza de café.

Tenía cejas muy oscuras, y aunque Noah no distinguía el color de sus ojos, imaginaba que serían de aquel extraño y hermoso castaño dorado. Tenía la complexión y el buen aspecto de un anciano que pasa muchas horas al aire libre.

Rob MacBride, pensó Noah, y se dijo que entretenerse con el café y observar la lluvia había sido todo un acierto. Se reclinó en la silla y esperó su turno.

Rob no tardó mucho en detenerse junto a la mesa de Noah con una vivaz sonrisa.

-Bonito día, ¿eh?

-Para los patos -repuso Noah, y fue recompensado con una ronca carcajada.

-La lluvia es lo que nos hace ser lo que somos aquí. Espero que disfrute de su estancia.

-Mucho. Es un lugar magnífico. Han hecho algunos cambios desde que estuve aquí la última vez, pero han conservado el tono.

-Así que ya había venido antes.

-Hace muchos años. -Le tendió la mano-. Soy Noah Brady, señor MacBride.

-Bienvenido.

Lo esperaba, pero le pareció que Rob no le reconocía. -Gracias. Vine con mis padres, hace unos doce años. Frank y Celia Brady.

-Siempre nos complace que venga la siguiente generación... -Entonces le reconoció y a sus ojos asomó una expresión de pesar-. ¿Frank Brady? ¿Su padre?

-Sí.

Rob desvió la mirada hacia la ventana.

-Hace mucho tiempo que no pienso en ese nombre. Mucho. -Si quiere sentarse, señor MacBride, le diré por qué estoy aquí.

Rob volvió a mirarlo.

-Supongo que es lo que hay que hacer, ¿no? ¡Hailey! -llamó al camarero que estaba despejando otra mesa-. ¿Podrías traernos café?

Se sentó y puso sus manos largas y delgadas sobre la mesa. Noah observó que en ellas se reflejaba la edad; en su rostro, no. Siempre hay partes del cuerpo, pensó, que reflejan el paso de los años.

-¿Su padre está bien?

-Sí. Se jubiló hace poco, enloqueció a mi madre durante un tiempo y después encontró algo para mantenerse ocupado y fuera de casa.

Rob asintió, agradeciendo que Noah hablara de cosas intrascendentes. Le pareció amable.

-El hombre que no se mantiene ocupado envejece rápido. El albergue, el camping, la gente que va y viene, eso es lo que me mantiene joven. Hay personal que realiza el trabajo diario, pero yo sigo metiendo la nariz.

-Puede estar orgulloso de este lugar. Me he sentido como en casa desde que llegué. -Salvo por un pequeño incidente con su nieta, pensó pero se abstuvo de mencionarlo.

-Le acabaré de llenar la taza, señor Brady -dijo Hailey, y sirvió café a Rob.

-¿Así que se hizo policía como su padre? -preguntó el anciano.

-No. Soy escritor.

-¿De veras? -Se le iluminó el rostro-. No hay nada como una buena historia. ¿Qué clase de libros escribe?

-No ficción. Crímenes auténticos. -Dejó pasar un latido de su corazón al ver que Rob empezaba a entender-. Estoy escribiendo un libro sobre lo que le ocurrió a su hija.

Rob levantó su taza y bebió lentamente. Cuando habló, en su voz no había ira sino cautela.

-Ocurrió hace más de veinte años. ¿No se ha dicho todo ya?

-No lo creo. Me interesa la relación de mi padre con el caso, la forma en que le afectó. Se interrumpió, sopesó sus palabras y decidió ser lo más sincero posible-. En cierto modo, creo que siempre he tenido intención de escribir sobre ello. No sabía cómo hacerlo, pero sabía que llegado el momento lo haría. El momento llegó hace unas semanas, cuando Sam Tanner se puso en contacto conmigo.

-¿Tanner?

-Quiere contar su historia.

-¿Y cree usted que dirá la verdad? -Su voz transmitía amargura-. ¿Cree que el hombre que asesinó a mi hija es capaz de decir la verdad?

-No lo sé, pero sí sé que soy capaz de distinguir la verdad de la mentira. No tengo intención de que éste sea el libro de Tanner, ni que lo que escriba sea simplemente su punto de vista. Voy a hablar con todos los que estuvieron relacionados con el caso. Ya he empezado a hacerlo. Por eso estoy aquí, señor MacBride, para comprender e incorporar su punto de vista.

-Julie era una de las luces más brillantes de mi vida, y él la apagó. Cogió su amor, lo retorció para formar un arma y la destruyó con ella. ¿Qué otro punto de vista puedo tener?

-Usted la conocía como nadie. Los conocía a los dos mejor que nadie. Eso es lo que importa.

Rob se pasó las manos, por la cara.

-Noah, ¿tienes idea de cuántas veces vinieron a vernos durante los años posteriores a la muerte de Julie? Para dar entrevistas, para aprobar libros, películas, series de televisión.

-Lo imagino, y sé que los rechazaron todos.

-Todos -dijo Rob-. Nos ofrecieron sumas obscenas de dinero, promesas, amenazas. La respuesta siempre fue no. ¿Por qué cree que ahora diría que sí, después de tantos años?

-Porque yo no voy a ofrecerles dinero ni a amenazarlos. Sólo les haré una promesa: contaré la verdad, y al contarla haré honor a su hija.

-Tal vez lo haga -dijo Rob al cabo de un momento-. Creo que lo intentará. Pero Julie ya no está, y yo tengo que pensar en la familia que me queda.

-¿Sería mejor que este libro se escribiera sin su aportación?

-No lo sé. La herida ya está cicatrizada, pero aún duele de vez en cuando. Ha habido momentos en que he querido hablar, pero ellos no. -Dejó escapar un largo suspiro-. Una parte de mí, lo admito, no quiere que Julie caiga en el olvido, no deseo que lo que le ocurrió se olvide.

-Yo no he olvidado. -Noah esperó a que la mirada de Rob volviera a su rostro-. Dígame qué quiere que se recuerde.

18

El centro naturalista era el ojito derecho de Olivia. Ella había tenido la idea, lo había creado y, en un sentido muy real, era su Santo Grial. Había insistido en emplear el dinero que había heredado de su madre y a los veintiuno, recién licenciada, había cumplido su sueño.

Ella misma había supervisado todos los aspectos del centro, desde la colocación de la piedra fundamental hasta la distribución de los asientos en el pequeño teatro donde los visitantes podían ver un documental sobre la flora y la fauna de la zona. Había elegido personalmente todas las diapositivas y voces para el sistema de megafonía, había entrevistado y contratado al personal, encargado el modelo a escala del valle de Quinault y el bosque pluvial y a menudo hacía de guía en las excursiones que el centro ofrecía.

En el año transcurrido desde que había abierto sus puertas al público, nunca había estado más contenta. No iba a permitir que Noah Brady estropeara aquella satisfacción tan laboriosamente conseguida.

Sin prestar su atención completa a la tarea que estaba realizando, siguió acompañando a su pequeño grupo de visitantes en su charla sobre los mamíferos de la zona.

-El alce Roosevelt es el más grande de los wapiti. Grandes manadas se cobijan en la Olympic Peninsula. En realidad debemos la conservación de esta zona a este animal autóctono, ya que protegía los terrenos para la cría y la zona de veraneo que el presidente Theodore, Roosevelt, a finales de su mandato, declaró monumento nacional.

Levantó la mirada cuando la puerta principal se abrió y el corazón le dio un vuelco.

Noah la saludó con un leve gesto de la cabeza y una media sonrisa y se puso a pasear por la zona principal, dejando un rastro de agua detrás de él. Por orgullo, Olivia prosiguió la charla pasando del alce al ciervo de cola negra, de éste a la marta, pero cuando se detuvo junto al Castor canadensis, el castor, y el recuerdo de Noah y ella sentados junto al río acudió a su mente, hizo señas a un empleado para que prosiguiera.

Quería encerrarse en su despacho. El papeleo era siempre una buena excusa. Pero sabía que eso sería una cobardía. Así que se acercó a Noah mientras él observaba una de las diapositivas ampliadas con aparente fascinación.

-Así que eso es una musaraña.

-Un tipo de musaraña, la Sorex vagrans, muy corriente en esta región. También tenemos la Trowbridge, la enmascarada y la oscura. Hay musarañas de agua del Pacífico, musarañas de agua del norte y topos musaraña, aunque la musaraña enmascarada es rara.

-Me parece que sólo conozco las musarañas de ciudad. -Es un chiste muy malo.

-Sí, pero por algo hay que empezar. Has hecho un buen trabajo aquí, Liv. Sabía que lo harías.

-¿De veras? No sabía que prestabas atención a mis actividades.

-Prestaba atención a todo lo referente a ti. Todo, Olivia. Ella se cerró en banda.

-No quiero volver a eso. Ni ahora ni nunca.

-Bien, dejémoslo. -Siguió recorriendo la sala y examinó lo que le pareció una criatura particularmente fea llamada murciélago occidental de grandes orejas-. ¿Quieres guiarme?

-Te importan un comino las ciencias naturales. ¿Para qué perder el tiempo?

-Perdona, pero estás hablando con alguien que fue criado oyendo el canto de las ballenas y los picotazos del pelícano. Soy miembro de Greenpeace, de la Nature Conservancy y de la World Wildlife Federation. Cada año recibo calendarios.

Olivia tuvo ganas de sonreír, pero se limitó a suspirar.

-El documental se emite cada media hora en el anfiteatro. Puedes llegar al que empieza dentro de diez minutos; es por esa puerta de la izquierda.

-¿Dónde están las palomitas?

Olivia se volvió para ocultar su sonrisa. -Estoy ocupada.

-No lo estás. -La cogió del brazo, ejerciendo una presión ligera-. Puedes tomarte unos minutos.

-No tengo intención de hablar contigo de mi familia.

-De acuerdo, hablemos de otra cosa. ¿Cómo se te ocurrió esto? Me refiero al diseño. - Utilizó la mano libre para gesticular-. No es moco de pavo, y parece más entretenido que la mayoría de lugares sobre naturaleza a los que mi madre me arrastró hasta que pude defenderme.

-Soy naturalista. Vivo aquí.

-Vamos, Liv, se necesita algo más que eso. ¿También estudiaste diseño?

-No, no estudié diseño. Simplemente lo veía así.

-Bueno, funciona. Aquí dentro nada puede asustar a los niños pequeños. No es aburrido ni produce dolor de cabeza. Los colores son bonitos, hay espacio. ¿Qué hay ahí?

Pasó por delante del mostrador de recepción, donde se exhibían para la venta libros y postales de la zona, y cruzó un amplio umbral.

-Eh, aquí se está muy fresco. -En el centro de una sala donde se mostraban más ejemplares de la vida vegetal y animal se encontraba la maqueta del valle-. A vista de pájaro -dijo Noah, inclinándose para verla mejor-. Y nosotros estamos aquí; el albergue, el centro. -Dio unos golpecitos con el dedo en la cúpula protectora-. ¿Eso es el sendero que tomamos aquel día, junto al río? Incluso has puesto la presa de los castores. Tus abuelos tienen una casa, ¿verdad? No la veo.

-Porque es algo privado.

Noah se irguió y su mirada pareció taladrar a Olivia. -¿Estás tú debajo de esta cúpula de cristal, Liv, escondida para que nadie pueda llegar hasta ti?

-Estoy exactamente donde quiero estar.

-Mi libro probablemente no cambiará eso, pero lo que podría hacer es disipar todas las sombras que aún se ciernen sobre lo que ocurrió aquella noche. Tengo la oportunidad de sacar a la luz la verdad, toda la verdad. Sam Tanner quiere hablar, por primera vez desde el juicio, y un hombre moribundo decide descargar su conciencia antes de que todo termine.

-¿Moribundo?

-El tumor -empezó Noah, y vio con asombro que Olivia palidecía-. Lo siento, creí que lo sabías.

Las palabras le quemaban en la garganta al tratar de salir. -¿Quieres decir que se está muriendo?

-Tiene un tumor cerebral; sólo le quedan unos meses. Ven, siéntate.

Le cogió el brazo, pero ella se soltó de una sacudida.

-No me toques. -Se volvió y salió por la puerta.

Noah la habría dejado marchar, pero aún veía sus ojos llenos de perplejidad. Mascullando un juramento, fue tras ella.

Olivia tenía las piernas largas y el paso de una mujer que sal-. taría todos los obstáculos para llegar a la línea de meta. Él se prometió recordarlo si alguna vez tenía que ponerse en su camino.

Pero la alcanzó cuando entraba en un despacho detrás del anfiteatro y casi le dio con la puerta en las narices.

-Esto es una zona sólo para empleados. -Era una estúpida mentira, pero no se le ocurrió otra cosa-. Vete.

-Siéntate. -Al parecer, ya iba a tener que ponerse en su camino; la cogió del brazo y la acompañó a la silla que había detrás del escritorio. Era un espacio pequeño, metódicamente organizado. Noah se concentró en Olivia-. Lo siento. -Le cogió la mano sin que ninguno de los dos se diera verdadera cuenta del gesto-. No te lo habría dicho de ese modo. Creía que Jamie te lo había contado.

-No lo hizo. Y no importa.

-Claro que importa. ¿Quieres un poco de agua o algo? -Miró alrededor, esperando ver una nevera, una jarra, cualquier cosa que le diera algo que hacer.

-No necesito nada. Estoy perfectamente bien. -Bajó la mirada y vio que estaban cogidos de la mano. Observó con asombro que tenían los dedos entrelazados y apretados con

fuerza. Repentinamente turbada, se soltó-. Ponte de pie, por el amor de Dios. Sólo me falta que entre alguien y te vea arrodillado a mis pies.

-No estoy arrodillado. -Pero se levantó y se sentó en la esquina del escritorio.

En Olivia había cambiado algo más que su cabello. Ahora era más dura, más, enérgica que la tímida estudiante universitaria que él recordaba.

-¿Hablaste con Jamie de que yo quería hablar contigo? -Sí.

-¿Por qué no te dijo que Sam se estaba muriendo?

-Discutimos. -Olivia se recostó en la silla. Ya no se sentía mareada, sólo cansada-. Nunca discutimos, o sea que es una cosa más que tengo que agradeceros a ti y a tu libro. Si tenía intención de decírmelo, supongo que con la pelea se le olvidó.

-Quiere contar su historia antes de morir. Si no lo hace, morirá con él. ¿Eso es lo que realmente quieres?

La necesidad que tanto esfuerzo le había costado enterrar trató de abrirse camino.

-Lo que yo quiera no importa; lo harás de todos modos. Siempre has tenido intención de escribir ese libro.

-Sí, es cierto. Y esta vez te lo digo claramente, como debí haber hecho antes.

-He dicho que no quiero hablar de eso. -Y con la misma frialdad, cerró la puerta-. Tú quieres lo que quieres. Y en cuanto a él, quiere purificarse antes de que sea demasiado tarde. ¿Y qué busca? ¿El perdón? ¿La redención?

-La comprensión, tal vez. Creo que está tratando de entender lo que ocurrió. Quiero tu parte, Liv. Todas las demás personas con las que hablaré son piezas del conjunto, pero tú eres la clave. Tu abuelo afirma que posees una memoria fotográfica. ¿Es cierto?

-Sí. Veo las palabras. Sólo es que... ¿Mi abuelo? -Se puso en pie de un brinco-. ¿Has hablado con mi abuelo? -Después de desayunar.

-No te acerques a él.

-Él se ha acercado a mi mesa. Según recuerdo, tiene costumbre de hablar con los huéspedes. Le he dicho quién era y por qué estaba aquí. Si tienes algún problema con que hable conmigo, tendrás que arreglártelas con él.

-Tiene más de setenta años. No tienes derecho a hacerle pasar por esto.

-Ojalá yo estuviera en tan buena forma a los setenta. No le he puesto en el potro de tortura, por el amor de Dios. -Maldita sea, ¿siempre le haría sentirse culpable?-. Hemos charlado mientras tomábamos café. Luego accedió a grabar una entrevista en mi habitación, y cuando terminamos la sesión, no se marchó arrastrando los pies, destrozado. Parecía aliviado. Sam no es el único que tiene algo que redimir, Liv.

Esto afectó a Olivia lo suficiente para que se mesara nerviosamente el cabello.

-¿Él accedió? ¿Habló de ello contigo? ¿Qué te dijo?

-Ah, no. -Intrigado, Noah la examinó-. Eso no. Quiero que me cuentes las cosas por ti misma, no como reflejo de lo que otras personas piensan y sienten.

-Él nunca habla de ello.

¿Qué era eso?, se preguntó Noah. ¿Dolor?

-Hoy lo ha hecho, y ha accedido a que le haga al menos otra entrevista antes de marcharme.

-¿Qué está pasando? No lo entiendo.

-Tal vez ha llegado el momento. ¿Por qué no lo probamos? Hablaré contigo, te contaré mi excitante vida y todas mis fascinantes opiniones sobre el mundo en general. Una vez veas lo brillante y encantador que soy, te será más fácil hablar conmigo.

-No eres tan encantador como crees.

-Claro que sí. ¿Cenamos?

Oh, ya habían ido por ese camino una vez. -No.

-De acuerdo, ha sido una respuesta instintiva, lo sé. Vamos a probarlo otra vez. ¿Cenamos?

Esta vez Olivia ladeó la cabeza y tardó cinco segundos en responder.

-No.

-De acuerdo, entonces tendré que pagarte. Olivia entrecerró los ojos.

-¿Crees que me importa tu dinero? ¿Que puedes sobornarme, pedazo de...?

-Un momento, no me refería a eso. Quería decir que tendría que contratarte, siguiendo el consejo de los folletos publicitarios: «Pida información sobre nuestras excursiones guiadas por nuestros naturalistas profesionales.» El profesional serías tú. Bueno, ¿qué sendero me recomiendas para hacer una bonita excursión mañana?

-Olvídalo.

-No; si los anunciáis, tenéis que cumplir. Soy un cliente que paga. Bueno, ¿me recomiendas un sendero, o tengo que escoger uno al azar?

-¿Quieres andar? -Le haría andar, pensó Olivia, y se acordaría de ello-. Está bien, para eso estamos. Haz la reserva en recepción. Da mi nombre y la hora: las siete.

-¿De la mañana?

-¿Tienes algún problema, chico urbano?

-No, sólo era para aclararlo. -Se apartó del escritorio y se encontró más cerca de ella de lo que resultaba cómodo para los dos. Ella olía igual. Durante unos segundos de vértigo, fue lo único en 40 que pudo pensar.

Ella olía igual.

Sintió el inconfundible tirón del deseo. Y aunque se dijo que no debía hacerlo, bajó la mirada a la boca de Olivia lo suficiente para recordar.

-Bueno, mmm... -Pensó que aquella reacción era muy inconveniente y se apartó-. Hasta mañana, pues.

-No te olvides de hojear una de nuestras guías de excursiones, para saber qué ropa tienes que ponerte.

-Ya sé qué ropa tengo que ponerme -murmuró, y más irritado consigo mismo de lo que creía justo, salió del despacho con decisión.

Olivia le hacía sentirse culpable un momento y enojado a continuación. Primero era protectora y después agresiva. No quería sentirse atraído hacia ella otra vez y enturbiar más el asunto.

Se paró en recepción y encargó la excursión. La recepcionista tecleó la información en el ordenador y le ofreció una bonita sonrisa.

-¿Me da su nombre, por favor?

-Utilice mis iniciales -se oyó decir-. H.D.P. Tuvo la sensación de que Olivia lo captaría.

Olivia sabía que su abuela había estado llorando. Entró por la puerta de atrás movida por la costumbre, con el perro mojado pisándole los talones. Una mirada le bastó para sentir una opresión en el pecho.

Val insistía en preparar la cena. Cada día, como un reloj, se la podía encontrar en la cocina a las seis de la tarde, removiendo o cortando rodajas, con agradables aromas caseros saliendo de las ollas y cacerolas, mientras en el televisor emitían algún concurso. A menudo se oía a Val pidiendo consejo o murmurando comentarios como: «No te comas

las vocales, tonta.» O meneando la cabeza porque el concursante no adivinaba la respuesta a Ja pregunta.

Era una rutina reconfortante y que raras veces variaba. Olivia entraba, se servía un vaso de vino -cuando era más joven tomaba un refresco o un zumo- y ponía la mesa mientras las dos hablaban.

Pero esa noche entró con el frío metido en los huesos, con su impermeable chorreando porque había estado vagando sin rumbo con Shirley, y la televisión no estaba encendida. Las ollas y cacerolas hervían a fuego lento, Val removía su contenido, pero siguió de espaldas. No hubo una sonrisa de bienvenida por encima del hombro.

-Aparta de ahí a ese perro mojado, Livvy.

Como su voz sonó un poco ronca, Olivia reconoció las lágrimas.

-Vamos, Shirley. Tumbate en el rincón.

Olivia se sirvió un vaso de vino y se acercó a su abuela. -Sé que estás alterada. Lamento que esté sucediendo.

-No tenemos por qué hablar de ello. Esta noche tenemos estofado de buey con cebada.

El primer impulso de Olivia fue asentir y dejar el tema. Pero se preguntó si Noah no tenía razón al menos en una cosa. Tal vez era el momento.

-Abuela, está sucediendo, tanto si hablamos de ello como si no.

-Entonces, no hay por qué sacarlo a la luz. -Fue a coger un cuenco y sin darse cuenta hizo caer el vaso al suelo, donde se hizo añicos.- Oh, ¿qué hacía eso ahí? ¿No se te ocurre otro sitio mejor donde poner algo de cristal que el borde del mostrador? Mira el suelo.

-Lo siento. Ya lo recojo. -Olivia se volvió para sacar la escoba del armario y apartó al perro, que se había acercado como para defender a las mujeres de alguna agresión-. Tranquila, Shirley, son cristales rotos, no disparos.

Pero dejó de bromear en cuanto vio a su abuela temblando, con el rostro oculto tras un trapo de cocina.

-Oh, lo siento, lo siento. -Dejó la escoba y se precipitó a abrazar a la anciana.

-No volveré a revivir aquello. No puedo. Le he dicho a Rob que le diga a ese joven que se marche. Que haga su equipaje y se marche, pero no quiere. Dice que no está bien y que eso no cambiará nada.

-Haré que se marche. -Olivia apretó los labios contra la cabeza de Val-. Le echaré.

-No, no importa. Ya lo sabía incluso cuando peleaba con Rob. No importa. No se puede impedir. No pudimos impedir que se hablara y escribiera hace veinte años, no lo impediremos ahora. Pero no puedo abrir mi corazón de nuevo a esa pena tan grande. -Dio un paso atrás, secándose la cara-. No puedo y no lo haré. Así que tienes que decirle que no venga a pedirme que hable. Y no quiero que se hable de ello en esta casa.

-No vendrá aquí, abuela. Me aseguraré de ello.

-No debí haberte gritado por lo del vaso. Sólo es un vaso. -Val se apretó la sien-. Tengo dolor de cabeza, eso es todo. Me pone de mal genio. Ocúpate de terminar la cena, Livvy. Voy a tomarme una aspirina y a echarme un rato.

-Está bien, abuela...

Val le interrumpió con una mirada.

-Sólo acaba de preparar eso, Livvy. Tu abuelo se pone de mal humor si cenamos más tarde de las seis y media.

Así, simplemente, pensó Olivia cuando Val salió de la cocina. Asunto concluido. Nada que hablar. Otro baúl para el desván. Pero esta vez, la cerradura no resistiría.

Poco después de las nueve, cuando Noah se estaba debatiendo entre trabajar un par de horas o irse al cine, Mike se encaminaba, silbando, a la casa de la playa.

Había querido ir antes para regar bien las plantas y flores de Noah, antes de que anocheciera, pero una cosa había llevado a otra. Uno de sus colaboradores le había retado a un juego maratoniano de Mortal Kombat, que había acabado en un duelo de ordenadores de dos horas y dieciocho minutos.

Pero la victoria no había sido su recompensa, pensó Mike. Y para consolarse, había llamado a su chica y le había pedido que se reuniera con él en casa de Noah para dar un paseo por la playa, meterse en el jacuzzi de su amigo y hacer lo que se les ocurriera.

Suponía que a Noah no le importaría. Y valdría la pena levantarse temprano y ocuparse del jardín.

Encendió la luz del porche y entró en la cocina para ver si el -bueno de Noah tenía algún buen vino adecuado para las seducciones en el jacuzzi. Examinó etiquetas y, confiando en el criterio de Noah para estas cosas, eligió uno con un nombre, que sonaba a francés. Lo dejó sobre el mostrador, preguntándose si tendría que abrirlo para que respirara; como no lo sabía, se encogió de hombros y husmeó en el frigorífico.

Seguía silbando, debatiéndose alegremente entre un paquete de queso brie y un plato de pollo frito con un aspecto dudoso, cuando captó un movimiento con el rabillo del ojo.

Se irguió al instante y sintió un estallido de dolor. Se tambaleó hacia atrás llevándose la mano a la cabeza, creyendo que se la había golpeado con el frigorífico.

Notó algo húmedo y miró confuso la sangre que le manchaba los dedos.

-Oh, mierda -logró mascullar antes de que el segundo golpe le hiciera doblar las piernas y perder el conocimiento.

19

Aún llovía cuando el despertador de Noah sonó a las seis. Lo paró con un golpe, abrió los ojos a la oscuridad y pensó en hacer lo que cualquier hombre sensato haría una mañana lluviosa: seguir durmiendo.

Pero no parecía que unas horas de agradable descanso merecieran los comentarios desdeñosos y punzantes que Olivia le haría. Quizá era orgullo, quizá algo que demostrar a los dos, pero, por el motivo que fuera, la cuestión es que salió de la cama. Fue a la ducha, que le devolvió un poco de consciencia, y luego se vistió para la jornada.

Pensó que quien tuviera intención de ir a caminar entre los árboles bajo la lluvia tenía que estar loco. Supuso que Olivia sabía que iba a llover y lo había hecho adrede para fastidiarle. Bajó al vestíbulo, donde encontró a varios grupos de personas equipadas para el día y proveyéndose del café y bollos que el albergue proporcionaba a los excursionistas madrugadores. La mayoría, según observó Noah con asombro, parecían contentos de estar allí.

A las siete, eufórico gracias a la cafeína y el azúcar, se sentía casi humano. Reunió suficiente energía para coquetear con la recepcionista y luego cogió un último bollo para el camino y se marchó.

Localizó enseguida a Olivia. Estaba fuera; la lluvia le goteaba por el ala del sombrero y la niebla le rodeaba las botas y los tobillos mientras hablaba con unos huéspedes de la ruta que tenía planeada para la mañana. El perro correteaba cerca, recibiendo caricias y mimos de los madrugadores.

Olivia vio a Noah y le hizo un gesto de saludo; luego observó al grupo emprender la

marcha.

-¿Estás listo? -le dijo.

-Creo que sí.

-A ver. -Se echó un poco hacia atrás y le miró de arriba abajo-. ¿Cuánto tiempo hace que esas botas están fuera de la caja?

Menos de una hora, pensó Noah, pues las había comprado en San Francisco.

-Hace años que no hago montañismo. Si no tenemos que es-. calar el Matterhorn, estoy listo. En plena forma.

-Gracias a tu gimnasio. -Le apretó un dedo en el vientre-. Un gimnasio elegante. Esto será diferente. ¿Dónde está tu botella de agua? - Noah, extendió una ruana y simuló coger agua de lluvia. Olivia se limitó a menear la cabeza.

-Espera un momento. -Giró sobre los talones y se encaminó al albergue.

-¿Lo hace con todo el mundo -preguntó Noah a Shirley sólo conmigo?

El perro se quedó sentado. y echó una mirada esperanzada al bollo. Noah partió un trozo y se lo dio. Shirley se lo tragó entero y soltó un eructo de satisfacción.

Noah aún sonreía cuando Olivia regresó con una botella de agua y una anilla para colgarla del cinturón.

-Siempre hay que llevar agua -dijo Olivia y, para sorpresa de Noah, le enganchó torpemente la botella a su cinturón. -Gracias.

-He dicho que la cargaran a tu habitación.

-No, me refería al servicio personal. .

Olivia estuvo a punto de sonreír -Noah lo captó en sus ojos-, pero se encogió de hombros y chasqueó los dedos para llamar a la perra, que al instante se puso a su lado. -Vamos.

Tenía intención de empezar con el sendero natural básico, el circuito de kilómetro y medio recomendado para excursionistas sin experiencia y padres con niños pequeños. Para no asustarle, pensó sonriendo para sí.

La niebla cubría el suelo, se deslizaba entre los árboles y se enredaba con las frondas de los helechos. La lluvia seguía cayendo con un monótono repique. La penumbra se hizo más densa cuando entraron en el bosque; daba la impresión de que tenía peso y de que se convertía en un río fantasma.

-Dios mío, qué sitio. -De pronto Noah se sintió pequeño, indefenso-. ¿Saldrá de la niebla alguna garra con uñas como garfios y nos cogerá del tobillo? Tendrías tiempo de lanzar un chillido, y luego el único ruido sería un... glup.

-Ah, veo que has oído hablar del Monstruo del Bosque.

-Vamos.

-Perdemos una media de quince excursionistas al año. -Se encogió de hombros-. Lo mantenemos en secreto. No queremos asustar a los turistas.

-Eso está bien -murmuró Noah, pero echó una mirada precavida a la niebla.

-Ha sido fácil -repuso ella-. Muy fácil. -Sacó una linterna e iluminó hacia arriba. La oscuridad quedó partida por el haz de luz-. La parte elevada de aquí comprende píceas Sitka, cicuta occidental, abeto Douglas y cedro rojo occidental. Cada uno se distingue por la longitud de sus agujas, la forma de sus piñas y, por supuesto, las peculiaridades de la corteza.

-Por supuesto.

Ella hizo caso omiso.

-Los árboles y la profusión de epífitos tamizan la luz del sol y producen el característico

resplandor verde. -¿Qué es un epifito?

-Como un parásito. Helechos, musgos, líquenes. En este caso no causan efectos perjudiciales a sus anfitriones. Como puede ver, forman una especie de dosel en la parte alta. Y aquí, abajo, alfombran el suelo y cubren los troncos. Aquí, la vida y la muerte están constantemente en funcionamiento. Incluso sin el Monstruo del Bosque.

Apagó la linterna y se la guardó.

Prosiguió la lección mientras caminaban. Noah escuchaba a medias, su descripción de los árboles. Tenía una voz atractiva, sólo un poco ronca. No le cabía duda de que empleaba términos sencillos para los legos, pero no le hacía sentirse tonto. .

Noah se dio cuenta de que bastaba con mirar. Bastaba con estar allí con todas aquellas formas y sombras y el olor a podredumbre, extrañamente atractivo, con respirar aquel aire denso. Había creído que se aburriría o, como mucho, que se resignaría a aprovechar la ruta para hacer hablar a Olivia. En cambio, estaba fascinado.

A pesar de la lluvia y la niebla, había un leve resplandor verde, un pulso sobrenatural en el que resaltaban gruesas matas de helechos y montículos recubiertos de musgo. Todo goteaba y relucía.

Oyó un crujido arriba y levantó la mirada a tiempo de ver que una gruesa rama caía al suelo.

-No me gustaría estar debajo de una como ésa -dijo.

-Es una máquina de hacer viudas -repuso ella con una sonrisa seca.

Noah volvió a mirar la rama y pensó que si le hubiera alcanzado le habría dejado seco.

-Menos mal que no estamos casados.

-De vez en cuando los epifitos absorben tanta lluvia que con el peso rompen las ramas. Esto forma parte del ciclo y se convierten en el hogar de otra cosa. -Se paró de pronto, alzó una mano y dijo en un susurro:- Calla. -Le hizo señas de que se situara detrás del ancho tronco de una píce.

-¿Qué pasa?

Ella meneó la cabeza, pidió silencio con un gesto y se quedó inmóvil. Entonces Noah oyó lo que la había alertado y notó que la perra, que estaba entre los dos, temblaba.

Sin saber qué esperar, puso una mano en el hombro de Olivia en un gesto protector, y examinó los árboles y enredaderas en la dirección de la que procedía el ruido, que había sido producido por algo grande que se movía.

Doce, no, quince, se corrigió Noah, quince enormes alces, con la cornamenta como una corona, salieron de la penumbra y cruzaron el río con el agua hasta las rodillas.

-¿Dónde están las chicas? -murmuró Noah junto al oído de Olivia, y se ganó una mirada asesina.

Uno de los animales lanzó un bramido, una profunda llamada que pareció estremecer los árboles. Luego se deslizaron entre las sombras y el verdor produciendo un rumor en el suelo esponjoso. Noah percibió su olor salvaje. Se alejaron, lentamente, perdiéndose en la penumbra.

-Las hembras -dijo Olivia viajan en manadas con los machos más jóvenes. Los machos más maduros, como los que acabamos de ver, viajan en manadas más pequeñas hasta finales de verano, en que se vuelven hostiles unos con otros para conservar su harén. Sobrevive el más fuerte.

-¿Harén? -Noah sonrió-. Parece divertido. Bueno, ¿eran alces Roosevelt? -preguntó-. ¿De los que ayer hablaste?

Si a Olivia le sorprendió que Noah hubiera prestado atención y se hubiera molestado en recordar, no dio muestras de ello.

-Sí. En esta época del año se les ve a menudo por este camino.

-Entonces, me alegro de haberlo tomado. Son enormes, muy diferentes de Bambi y su familia.

-También se puede ver a Bambi y su familia. Durante la época de celo hay espectáculos espléndidos en el bosque.

-Lo creo. ¿Por qué no ha ladrado la perra ni les ha perseguido? -preguntó, rascando la cabeza a Shirley.

-El entrenamiento vence al instinto. Eres una buena chica, ¿verdad? -Se agachó y acarició al animal; luego se sacó la correa que llevaba sujeta a su cinturón y la puso en el collar de la perra.

-¿Para qué es eso?

-Vamos a salir de la propiedad de los MacBride. Los perros tienen que ir sujetos con correa en las propiedades del gobierno. No nos gusta mucho, ¿verdad? -preguntó a Shirley-. Pero es la ley. O... -se irguió y miró a Noah- podemos regresar si ya tienes suficiente.

-Creía que estábamos empezando.

Siguieron andando. Olivia llevaba una brújula en el cinturón, pero no la consultó. Parecía saber exactamente dónde estaba y adónde iba. No se daba prisa, sino que iba a un paso que a Noah le permitía observar y hacer preguntas.

Empezó a filtrarse la lluvia a través del dosel de vegetación y a disiparse la niebla.

El sendero que Olivia eligió ascendía con una fuerte pendiente. La luz cambió de un modo sutil hasta que se convirtió en un verde luminoso perlado con la débil luz del sol que penetraba por las pequeñas aberturas del dosel, y en las aberturas Noah vislumbraba el color de las flores silvestres, la variedad de tonos y texturas del verde.

-Tengo la sensación de estar bajo el agua.

-¿Qué?

-He estado buceando en México -le dijo-. Si eres lo bastante bueno, puedes estar bajo el agua un buen rato y divertirte. Hay una luz extraña, no verde como ésta, sino diferente, y el sol penetra en diagonal por la superficie. Todo es suave y está lleno de formas. Es fácil perderse allí abajo. ¿Alguna vez has buceado?

-No.

-Te gustaría.

-¿Por qué?

-Bueno, te metes en un mundo que no es el tuyo. Nunca sabes lo que verás a continuación. ¿Te gustan las sorpresas? -No mucho.

-Mentirosa. -Le sonrió-. A todo el mundo le gustan las sorpresas. Además, eres naturalista. El mundo marino tal vez no sea tu fuerte, pero te gustaría. Hace un par de años, mi amigo Mike y yo pasamos dos semanas memorables en Cozumel.

-¿Buceando?

-Sí. Bueno, ¿y tú qué haces para divertirte?

-Llevo de excursión al bosque a irritantes urbanitas.

-Yo no te he irritado al menos desde hace una hora. Lo he cronometrado. ¡Vaya! Ahí está.

¿El qué? -Desprevenida, se giró en redondo.

-Has sonreído. No te has controlado y me has sonreído. -Se llevó una mano al corazón-. Estoy enamorado. Casémonos y criemos más perros labradores.

Ella lanzó una carcajada, pero se interrumpió con brusquedad. -Ya me has irritado otra vez.

-No es verdad. -Empezó a seguirla y se dio cuenta de lo fácil que era seguirle el ritmo-. Me empiezas a gustar otra vez, Liv. No podrás aguantarlo.

-Puede que te tolere, pero eso está muy lejos de que me gustes. Aquí, mira, si observas el sendero, verás la hierba hepática...

-Me encanta la hierba hepática. ¿Alguna vez vas a Los Ángeles?

-No. -Le echó una rápida mirada sin mirarle a los ojos. -Supuse que a lo mejor ibas a visitar a tu tía de vez en cuando. -Ellos vienen aquí una vez al año.

-Tengo que decírtelo: me cuesta imaginar a Jamie paseando por estos bosques. Es una dama impresionante. Aun así, supongo que como se crió aquí le es fácil adaptarse. ¿Y su marido?

-¿Tío David? Le gusta venir, pasar unos días y dejar que mi abuela le lleve a pescar al lago. Ésa ha sido la rutina durante años, aunque todo el mundo sabe que odia pescar. Si tiene mala suerte, realmente pesca alguno, que después tiene que limpiar. Una vez le convencimos para ir de acampada.

-¿Sólo una vez?

-Me parece que así fue cómo tía Jamie consiguió su collar de perlas y diamantes. Le sobornó diciéndole que nunca más le haría dormir en el bosque, sin teléfonos móviles, ni ordenadores ni baños. -Miró a Noah de reojo-. Tú serías igual, supongo.

-Eh, puedo dejar mi móvil en cualquier momento. No soy un adicto. Y he dormido muchas veces al aire libre.

-En una tienda plantada en el jardín de tu casa.

-Y en los campamentos de los boy scouts. Olivia lanzó una carcajada involuntaria. -Tú nunca has sido boy scout.

-Lo fui. Por un período de seis meses y medio. El uniforme es lo que me hizo dejarlo. Porque, vamos, esos sombreros son realmente horribles.

Noah empezaba a estar cansado, pero no quería romper la fluidez que había conseguido con Olivia.

-¿Tú fuiste girl scout?

-No. Nunca me interesó formar parte de ningún grupo. -No querías llevar aquel espantoso modelito. -Fue un factor. ¿Cómo van las botas? -Bien.

-Estás empezando a jadear, amigo. ¿Quieres que paremos? -No estoy jadeando. Es Shirley. ¿Cómo es que nunca me llamas por mi nombre?

-Es que se me olvida. -Dio unos golpecitos a la botella de agua que le colgaba del cinturón-. Bebe un poco. Observarás que aquí las enredaderas son más altas, más como árboles, que las de las tierras bajas. Puedes ver trozos de suelo a través de la alfombra. Hemos ascendido unos ciento cincuenta metros.

El mundo volvió a abrirse, con humeantes picos y verdes valles, con un cielo que era como acero bruñido. Había dejado de llover, pero el suelo aún estaba mojado y el aire sabía a humedad.

-¿Qué sitio es éste?

-Hemos pasado al sendero de los Tres Lagos.

Noah vio que el sinuoso río atravesaba el bosque y la colina, las accidentadas islas de roca que sobresalían del agua. El viento le soplaba en la cara, rugía entre las copas de los árboles a su espalda y era tragado por el bosque.

-No hay nada amable aquí, ¿verdad?

-No. Es bueno recordarlo. Muchos excursionistas domingueros no lo hacen y lo pagan caro. La naturaleza no es amable;

-Puedo andar otros seis kilómetros.

-De acuerdo.

Llegaron al gran puente Creek Bridge. Noah oyó el estrépito del agua cuando lo cruzaban y sintió el empuje del viento. Olivia iba delante como si paseara por Wilshire Boulevard.

Noah trató de no odiarla por ello.

Antes de haber recorrido un kilómetro, los pies le estaban matando. Olivia no se había molestado en mencionar que el tramo final era cuesta arriba. Noah apretó los dientes y siguió andando.

Procuraba mantener la mente distraída para no pensar en su cuerpo maltratado y contemplaba el paisaje, pensando en el masaje que iba a reservar en cuanto regresaran al albergue y especulando sobre lo que Olivia habría traído para almorzar.

Con el rabillo del ojo vislumbró algo que saltaba a través de los árboles.

-¿Qué es eso?

-Una ardilla voladora. Es raro verlas durante el día. Son nocturnas.

-¿De veras? ¿Como Rocky? Rocky y Bullwinkle -explicó al ver que ella le miraba con expresión de no comprenderle-, los dibujos animados.

-No veo mucha televisión.

-Seguro que los veas cuando eras pequeña. -Estiró el cuello tratando de verla otra vez-. No son unos simples dibujos animados; son una institución. ¿Qué más hay aquí, aparte de Rocky?

-En el centro se proporciona una lista de la vida salvaje. -Señaló un árbol cuya corteza había sido arrancada y en cuyo tronco había profundos surcos-. Osos. Eso lo hacen los osos con las zarpas.

-¿Sí? -En lugar de alarmarse, como ella esperaba, Noah se acercó al árbol para examinar el araño con aparente fascinación-. ¿Y ahora están hibernando, o podríamos tropezarnos con alguno?

-Ahora están por aquí. Y tienen hambre -añadió para fastidiarlo.

-Bueno. -Noah pasó los dedos por un profundo surco-. Espero que no venga ninguno en busca de su aperitivo y me confunda con un árbol.

Casi se olvidó de sus doloridos músculos mientras seguían ascendiendo. Había ardillas listadas que retozaban por el suelo y se encaramaban a los árboles, parlotando. Un halcón volaba en lo alto, majestuoso con las alas extendidas, y soltó un chillido que resonó.

-Podemos pararnos aquí. -Olivia se quitó la mochila de la espalda y envió a Noah a echar un vistazo mientras ella se inclinaba para abrirla-. No creía que lo resistieras, al menos sin quejarte.

-He estado a punto de quejarme varias veces, pero no valía la pena.

Contempló los tres lagos, plateados como un viejo espejo. Las montañas se reflejaban en ellos y se ondulaban en la superficie, más una sombra que una imagen. El aire era fresco y olía a pino y tierra mojada.

-Como premio por no quejarte, el menú incluye estofado de buey y cebada de mi abuela.
-Podría comerme una tonelada de ese estofado.
Olivia sacó una manta de la mochila.
-Extiéndela y siéntate. No comerás una tonelada, pero sí lo suficiente para calentarte el estómago y olvidarte de cuánto te duelen los pies.
-He traído un poco de fruta de la habitación. -Sonrió mientras extendía la manta-. Por si tu plan era matarme de hambre.
-No; había pensado abandonarte y ver si eras capaz de encontrar el camino. Pero tus padres me caen bien y no quise darles un disgusto.
Aceptó el café que ella le sirvió de un termo. Noah tenía ganas de quitarle la gorra para acariciarle el cabello, pues le gustaba mucho.
-Podrías aprender a que yo te cayera bien. -No creo que sea posible.
Noah acarició la cabeza de Shirley cuando el animal se le acercó para oler el café.
-A tu perra le gusto.
-Es la perra del abuelo. Y le gusta beber agua de los retretes. No hay que fiarse de sus gustos.
-Eres una mujer dura, Liv. Pero haces un café fantástico. Si nos casáramos, podrías preparármelo cada mañana y yo te trataría como a una reina.
-¿Y si te preparara café y yo te tratara como a un siervo?
-¿Eso incluye pedirme favores sexuales? Porque debo decirte que últimamente he hecho voto de celibato. Ella rió y sacó otro termo.
-Tu virtud está a salvo conmigo.
-Bueno, me quitas un peso de encima. Vaya, eso huele de maravilla.
-Mi abuela es una cocinera excelente. -Sirvió sopa del termo.
-O sea, ¿puedo ir a cenar?
Olivia siguió mirando el termo mientras lo tapaba de nuevo. -Anoche, cuando llegué a casa, había estado llorando. Mi abuelo le había dicho que estabas aquí, lo que querías y que había hablado contigo. No sé qué se dijeron, pero desde entonces no se han hablando mucho y ella ha estado llorando. -Lo siento.
-¿De veras? -Noah creía que Olivia tendría los ojos húmedos, pero los tenía secos-.
¿Sientes haber reavivado una pena intolerable, causado tensión entre dos personas que se han amado durante más de cincuenta años y, de alguna manera, haberme metido a mí en ello?
-Sí. -No dejó de mirarla a los ojos-. Lo siento. -Pero aun así escribirás el libro.
-Sí. -Cogió su tazón-. Lo escribiré. Ya he ido demasiado lejos para volverme atrás. Y hay un hecho, Liv: si esta vez me retiro, Tanner contará igualmente su historia; se la contará a otro. Ese otro podría no sentirlo, no lo bastante para ir con el máximo cuidado, para asegurarse de que lo que escribe es cierto. No tendría ninguna conexión, por débil que sea la mía, contigo y tu familia para que el asunto le importara.
-Bueno, ¿eres un cruzado o qué?
-No. -Dejó resbalar la amargura de Olivia-. Sólo soy un escritor, un buen escritor. No me hago la ilusión de que lo que escribo vaya a cambiar nada, pero espero que responderá a algunas preguntas.
¿Había estado antes tan seguro de sí mismo? A Olivia no se lo parecía. Los dos habían madurado un poco en los últimos seis años.
-Es demasiado tarde para tener respuestas.

-No estoy de acuerdo. Nunca es demasiado tarde para las respuestas. Liv, escúchame -se quitó la gorra y se pasó los dedos por el pelo-, hay cosas que nunca te he explicado.

-He dicho...

-Maldita sea, déjame terminar. Yo tenía diez años cuando ocurrió todo esto. Mi padre era el héroe de mi vida; supongo que aún lo es. Bueno, conocía su trabajo, y no sólo la percepción que tiene un niño de diez años de que un policía persigue a los malos. Lo que él hacía me importaba, me impresionaba. Y yo prestaba atención. Cuando llegó a casa después del asesinato de tu madre, había pena en su rostro. Nunca lo había visto así, no por algo del trabajo. Quizá había ira, Dios sabe que a veces había llegado a casa cabreado y cansado, pero nunca apenado. Y yo jamás lo olvidé.

Para hacer algo, Olivia cogió su tazón y removió el estofado. En la voz de Noah había algo más que frustración, había pasión y determinación.

-¿No es lo que haces ahora, hacerle sentir de nuevo esa pena?

-Esa pena nunca desapareció, ni de él ni de ninguno de vosotros. Te vi en televisión -prosiguió-. Eras una niña. Han enseñado esa imagen docenas de veces, cuando saliste de la casa, llorando, tapándote los oídos con las manos y gritando.

Olivia recordaba ese momento perfectamente, podía revivirlo siempre que quería.

-¿Ahora me estás ofreciendo tu compasión? No sé si estaré de acuerdo -dijo ella tras una pausa-. Pero ni siquiera pensaré si quiero hablar contigo a menos que me prometas que dejarás fuera de todo esto a mi abuela, que la dejarás en paz. Ella no lo resistiría. Y no permitiré que lo intentes.

-De acuerdo. -Suspiró-. Bueno, ¿quieres que lo firme con sangre?

-Tal vez. -Olivia comía sólo porque sabía que necesitaría fuerzas para el regreso-. No esperes que confíe en ti.

-Una vez lo hiciste. Volverás a hacerlo antes de que hayamos terminado.

-Estás muy seguro de ti mismo. En el lago hay un par de patos arlequín. Míralos, allá.

Él miró. Ya se imaginaba que ella cambiaría de tema.

-Me quedaré aquí toda la semana --dijo-. El número de teléfono de mi casa está en la ficha del albergue. Si cuando me marche aún no te has decidido, puedes ponerte en contacto conmigo más adelante y volveré.

-Lo pensaré. -Dio una galleta a Shirley-. Ahora estáte quieta y no hagas ruido. Una de las ventajas de este sitio es la tranquilidad.

Satisfecho con los progresos realizados. Noah atacó su estofado, pero un grito le hizo dejar el cuenco y ponerse de pie de un salto.

-Quédate aquí -ordenó-. No te muevas de aquí.

Olivia le miró boquiabierta, y se levantó cuando él echó a correr hacia el lugar de donde procedía el grito. -¡Espera, espera!

Olivia no sabía si arrojarle a sus piernas o hacerle una zancadilla para hacerle caer. Consiguió agarrarle la manga y tirar de él, mientras la perra se les acercaba corriendo esperando recibir una caricia.

-Alguien tiene problemas. -El grito volvió a surcar el aire e hizo que Noah se deshiciera de Olivia-. Quiero que te quedes aquí hasta que yo...

-Es una marmota. -Se echó a reír-. Probablemente una marmota Olympic.

-¿Y qué demonios es eso?

Olivia recompuso el semblante.

-También se la llama silbadora, aunque el grito de advertencia que emite no es un silbido

hecho con las cuerdas vocales. No es una damisela en apuros, sino una... ¡Mira!

Señaló sin soltarle la manga. Había dos, de color castaño-grisáceo, andando torpemente hacia unas rocas. Una de ellas se levantó sobre las patas traseras y se puso a olfatear el aire; luego, vio a la perra y a los humanos con ojos cansinos.

-Acaban de salir de la hibernación; suelen entrar en sopor en septiembre y no salen hasta mayo. Lo más probable es que su madriguera esté cerca. La llamada que has oído es su sistema de alarma ya que son más lentas que sus depredadores.

-Vaya. -Volvió la cabeza y miró a Olivia con los ojos entrecerrados.

-Bueno, has sido muy valiente. Me siento completamente protegida de cualquier marmota que merodee por aquí.

-Tonta. -Le dio un golpecito en la barbilla.

Los ojos de Olivia tenían un destello que indicaba diversión; sus suaves labios se curvaban. Tenía las mejillas sonrosadas y el pelo alborotado por el viento.

Noah vio el cambio que se produjo en sus ojos, el ensombrecimiento que había visto años atrás. Le pareció que contenía el aliento cuando él le acarició la mejilla. No calculó el movimiento, simplemente lo hizo. En cuanto su boca se unió a la de Olivia, supo que estaba cometiendo un error. Pero ya le estaba pasando la otra mano por el pelo, sus dientes ya mordisqueaban aquel grueso labio inferior.

Ella dio un respingo, como si el beso la hubiera sobresaltado: luego se quedó muy quieta. Noah sintió un débil estremecimiento y los labios de Olivia adquirieron calor bajo los suyos.

Esta combinación le hizo apretar a Olivia contra sí, añadir pasión al beso, aunque una parte de sí mismo sabía que jamás debía haber tomado ese camino.

Ella había querido apartarle, detenerle en el instante en que había captado lo que él pretendía. Pero Noah la paralizó. El ímpetu de los sentimientos que surgían de su interior la tenían asombrada, esperando más, agarrando la manga de Noah y sintiendo que la cabeza le daba vueltas.

Igual que años atrás. Exactamente igual.

El viento soplaba con fuerza entre los árboles. Olivia seguía sin poder moverse, ni acercarse a él ni apartarse de él, ni retener ni rechazar. Esa sensación de indefensión le aterraba.

-Olivia. -Le acarició la cara, fascinado por su cutis.

Los dos habían cambiado, y sin embargo el sabor era el mismo, la forma de su boca era la misma, la necesidad era exactamente la misma.

-Olivia -murmuró de nuevo.

Entonces ella se apartó, a la defensiva. -Esto no volverá a suceder.

-Liv. -Su voz sonó tranquila y seria-. Ya está sucediendo. No, se dijo ella. En absoluto.

-Es típico. -Olivia se giró en redondo y se dirigió hacia la manta para empezar a meterlo todo en la mochila.

¿Típico? Noah no veía nada típico en una interrupción así. No consiguió dejar de pensar, pero logró andar e hizo que Olivia se volviera.

-Escúchame...

-Aparta las manos. -Ella se las apartó de una sacudida-. ¿Crees que no sé de qué va esto? Si no puedes convencerme con tu labia y encanto, utilizas algún estímulo físico. Igual que la otra vez.

-No, no es eso. -Con una fuerza que ella había subestimado, la inmovilizó cuando iba a

apartarse. Los ojos le relucían con una ira mucho más intensa de lo que su postura indolente indicaba-. No vas a darle la vuelta. Sabes muy bien que no he andado cuatro jodidas horas sólo para darte un beso. Si hubiera querido propasarme contigo, lo habría hecho en alguna habitación cálida y agradable antes de tener ampollas en los pies.

-Te has propasado conmigo -le corrigió ella.

-No lo tenía planeado; simplemente ha ocurrido. Y tú no me has rechazado. Querías que parara, de acuerdo, pero no saquemos las cosas de quicio.

Se miraron, furiosos, mientras Shirley gemía e intentaba meterse entre los dos.

-De acuerdo. -Olivia optó por una retirada con dignidad-. Te has aprovechado de una debilidad momentánea.

-No es que seas precisamente una chica débil -masculló él, y la soltó-. ¿Cuánto tiempo me harás pagar por el error que cometí hace seis años? ¿De cuántas maneras quieres que te pida disculpas?

-No quiero disculpas. Quiero olvidarlo.

-Pero no lo has hecho, y yo tampoco. ¿Quieres saber cuántas veces he pensado en ti?

-No -respondió sin vacilar-. No, no quiero. Si queremos encontrar la manera de actuar respecto a esto, vamos a concentrarnos en donde estamos ahora y no en donde estábamos entonces.

-¿El modo MacBride? Si cuesta afrontarlo, entiérralo. -Lo lamentó al instante, no sólo porque estaba fuera de lugar, sino por la expresión de sorpresa y desdicha que vio en los ojos de Olivia-. Liv, lo siento.

Hizo ademán de cogerle la mano, profiriendo juramentos por lo bajo, pero ella se apartó.

-Lo siento -repitió-. No quería decirlo, pero no fuiste tú la única que resultó herida. Aquel día me destrozaste. O sea que tal vez tengas razón. Tal vez sea mejor que lo dejemos y empecemos ahora.

Recogieron las cosas en silencio, con cuidado de no tocarse. Cuando se hallaron de nuevo en el bosque, ella volvió a ser la guía impersonal que señalaba las plantas de interés, identificaba las muestras de vida salvaje y evitaba cualquier conversación personal.

Noah pensó que era como si se hubiera metido en una urna de cristal. Eso lo haría todo más sencillo, se dijo. No quería volver a tocarla. No podía hacerlo; por su propia supervivencia, no podía arriesgarse.

Pasó las dos últimas horas de la excursión soñando con quemar sus botas y quitarse con un buen trago el sabor de ella que le quedaba en la boca.

20

Para cuando divisaron el albergue, el plan de Noah era sencillo. Iba a ir directamente al bar a comprar un paquete de cervezas, subirlas a su habitación y beberlas durante la ducha caliente de una hora que tomaría. Si eso no le hacía volver a sentirse humano, pediría carne cruda y se la comería.

La luz se estaba tiñendo de gris perla con unas pinceladas de color en el cielo occidental, pero Noah no estaba de humor para apreciarlo.

Por el amor de Dios, sólo la había besado. No le había desgarrado la ropa ni había intentado violarla. El hecho de que la imagen de hacer eso precisamente tuviera demasiado atractivo le hizo apretar los dientes cuando abría la puerta del albergue.

Se volvió hacia Olivia pero, cuando iba a hacer algún comentario cortés sobre su capacidad como guía, el recepcionista se apresuró a abordarle.

-Señor Brady, le ha llamado su madre. Ha dicho que era urgente.

Noah se paralizó un instante.

-¿Mi madre?

-Sí, ha llamado una hora después de que se marchara esta mañana y otra vez a las tres. Ha dicho que le telefonara a casa en cuanto llegara.

Tenía una imagen nítida y horrible de la policía llamando a la puerta. Todas las familias de policías sabían lo que significaba que unos agentes vinieran a tu casa y se quedaran allí de pie, con el rostro serio. Su padre estaba jubilado. No podía ser eso, no era posible.

-Yo...

-Puedes llamar desde aquí.

Olivia le cogió del brazo y habló con calma. El miedo que reflejaba el rostro de Noah, la alarmó, pero le condujo con mano firme hasta el despacho, detrás del mostrador.

-Desde aquí es directo. Estaré... -Se retiró para ofrecerle intimidad, pero él la cogió de la mano.

No dijo nada, sólo retuvo su mano mientras marcaba. Asirse a ella le daba confianza mientras mil terrores le daban vueltas en la cabeza. Tenía sudorosa la mano, con la que cogía el auricular mientras éste sonaba una, dos veces; luego, oyó la voz de su madre, precipitada y jadeante.

-¿Mamá?

-Oh, Noah, gracias a Dios.

-¿Papá? -El instante que tardó ella en responder fue un tormento para Noah.

-No, no, cariño. Papá está bien. -Antes de que las rodillas de Noah se afianzaran, aliviadas, ella prosiguió-. Se trata de Mike, Noah.

-¿Mike? -Apretó la mano de Olivia con tanta fuerza que los nudillos se le quedaron blancos-. ¿Qué ha ocurrido?

-Noah, yo... Dios mío, está en el hospital, en coma. No sabemos la gravedad. Le están haciendo pruebas, todo lo que pueden. -Rompió a llorar y Noah sintió un nudo en las entrañas.

-¿Qué ha ocurrido? ¿Un accidente de coche?

-No, no. Alguien le dio una paliza. Le atacó por detrás. Anoche estaba en tu casa.

-¿En la casa de la playa? ¿Estaba en mi casa? -Le asaltó el miedo y la negación-.

¿Ocurrió anoche?

-Sí. No me he enterado hasta esta mañana, a primera hora. Tu padre ha ido al hospital. Yo vengo de allí. Sólo dejan que se quede uno y no mucho rato. Está en cuidados intensivos.

-Estaré ahí en cuanto pueda. Voy a coger el primer vuelo.

-Uno de los dos estará en el hospital. Maggie y Jim... -la voz se le quebró al hablar de los padres de Mike- no deben quedarse allí solos.

-Voy para allá. Mamá... -no se le ocurría nada- voy para allá -repitió. Colgó y miró fijamente a Olivia-. Han atacado a mi amigo. Está en coma. Tengo que ir a casa.

Aún tenía la mano de Olivia en la suya, pero ahora no la apretaba. Olivia notó que temblaba.

-Ve a recoger tus cosas. Yo llamaré al aeropuerto y reservaré un billete.

-¿Qué?

Olivia estaba desolada. Viéndole el pálido semblante y los ojos llenos de asombro, no había espacio para otro sentimiento que la compasión.

-Ahorraremos tiempo, Noah. Así que ve a coger lo que necesites y te llevaré al

aeropuerto.

-Sí... Dios mío. Consígueme un asiento en cualquier cosa que me lleve a Los Ángeles lo antes posible. Estaré listo en cinco minutos.

Así fue, y antes de que Olivia hubiera terminado de hacer la reserva, Noah estaba de nuevo en el despacho. No se había cambiado, observó ella, y sólo llevaba la mochila y el ordenador portátil.

-Ya está. -Se levantó de detrás del escritorio-. Es un aeródromo privado que está a cuarenta minutos de aquí; es de unos amigos de mis padres. Despegarán en cuanto llegues.

Cogió un juego de llaves de un tablero y salió del despacho para encaminarse hacia el jeep. Lo abrió y subió, dejando la mochila en la parte trasera.

-Te lo agradezco.

-No te preocupes por el resto de tus cosas y tu coche. Yo me encargaré. -Olivia conducía deprisa, con seguridad y los ojos fijos en la carretera-. Lamento lo de tu amigo.

Los temblores iniciales habían pasado, pero Noah apoyó la cabeza en el respaldo del asiento.

-Le conozco de toda la vida, del colegio. Fue a vivir a mi barrio. Era un chico gordinflón, torpe. Estabas moralmente obligado a tomarle el pelo, y él no era consciente de su torpeza. Aún le ocurre. Está ridículamente enamorado de Marcia Brady.

-¿Es prima tuya?

-¿Eh? Ah, Brady. No. -Abrió los ojos para lanzarle una mirada de asombro; luego suspiró-. No importa. Él es la persona más dulce que conozco. Leal hasta la muerte y completamente inofensivo. ¡Maldita sea! -Dio un puñetazo al salpicadero y luego se masajeó las sienes-. Está en coma; mierda. Mi madre estaba llorando, y ella es de las que se reprimen. Si no ha podido controlarse es que es grave, muy grave.

Olivia tenía ganas de parar y abrazarle hasta que él encontrara algún alivio. Era una necesidad que nunca había sentido con nadie aparte de su familia. Aferró el volante y pisó el acelerador.

-Ha sido culpa mía. -Noah dejó caer las manos en el regazo.

-Eso es ridículo -dijo Olivia con voz brusca y práctica. La lógica era más productiva que un reconfortante abrazo-. Ni siquiera estabas allí.

-No me lo tomé demasiado en serio. No me la tomé a ella lo bastante en serio. Le envié allí, a regar mis plantas. A regar las plantas, aun sabiendo que ella estaba medio loca.

-¿De quién hablas?

-Salí con una chica durante un tiempo. No era nada serio por mi parte, pero debí haberme dado cuenta. Me limité a seguir, ¿por qué no iba a hacerlo? Disfrutaba del sexo con una mujer guapísima, con un cuerpo estupendo. Cuando se complicó, rompí. Entonces ella se puso furiosa. Tuvimos algunos altercados; el más importante, cuando me destrozó la casa mientras yo estaba fuera.

-¿Te destrozó la casa?

-Tuve que sacarlo casi todo con pala.

-Qué horrible. ¿Por qué no la denunciaste?

-No podía demostrarlo. Todo el mundo sabía que lo había hecho ella, era su estilo, pero no podía hacer nada. Me amenazó unas cuantas veces más, me montó otra escena. Luego me marché y le dije a Mike que me regara las plantas mientras yo estaba fuera.

-Si esa mujer tan extraña es quien ha hecho daño a tu amigo, es culpa de ella.

Él no respondió. Estaba sufriendo, pensó Olivia. Sentía el dolor que él experimentaba. Y no podía soportarlo.

-Cuando... Después de la muerte de mi madre pasé un período en que me culpaba. Había huido y me había escondido en el armario. No hice nada para ayudarla.

-Por Dios, Liv, tenías cuatro años.

-No importa. Eso no importa, Noah. Cuando amas a alguien y le ocurre algo terrible, la edad que tengas no importa. Después de aquello -prosiguió-, pasé por otra fase en que la acusaba a ella. ¿En qué pensaba? Le dejó entrar en casa, dejó entrar al monstruo -murmuró, y sintió un escalofrío-. Le dejó entrar y él me la arrebató. Ella me abandonó y yo se lo reprochaba.

Olivia dio un respingo cuando Noah hizo ademán de tocarle la mejilla; luego suspiro.

-Tal vez hay que pasar por estas fases antes de saber la verdad. Sam Tanner era el culpable. Era el único al que debía reprochar algo. No a mí misma ni a mi madre.

-Tienes razón. Estoy en deuda contigo por esto.

-El albergue habría hecho lo mismo por cualquiera.

-No. Yo estoy en deuda contigo personalmente. -Volvió a apoyar la cabeza en el respaldo, cerró los ojos y el resto del trayecto permaneció callado.

Noah estaba nervioso cuando salió precipitadamente del ascensor en la planta de la UCI. Durante el vuelo había imaginado que Mike moría. Luego, pasó a recordar a su amigo, jugueteando en la cama y bromeando. Cuando el taxi le dejó en el hospital, casi estaba dispuesto a creer que todo había sido una pesadilla.

Vio a su madre sentada en un banco en el silencioso pasillo, con un brazo sobre los hombros de Maggie Elmo, y en su garganta se mezclaron la culpabilidad y el miedo.

-Oh, Noah. -Celia se puso en pie enseguida para arrojarle a sus brazos. Noah sintió un nudo en el estómago-. Me alegro mucho de que hayas venido. No hay ningún cambio -añadió en un susurro.

-Tengo que verle. ¿Puedo? -Meneó la cabeza y se obligó a calmarse y a mirar a Maggie-. Señora Elmo...

-Noah... -Las lágrimas asomaron a sus ojos ya hinchados. Él se inclinó hacia el banco y la rodeó con los brazos-. Querrá verte cuando despierte. Despertará en cualquier momento.

-Hemos ido entrando por turnos. -Celia le frotó la espalda con suavidad-. Frank y Jim ahora están dentro. Pero Maggie tiene que descansar un rato.

-No, yo...

-Me dijiste que descansarías cuando Noah llegara. -Con suavidad, Celia hizo levantar a Maggie-. Tengo una cama preparada para ti, ¿recuerdas? Necesitas tumbarte un rato. Dejaremos que Noah esté con Mike. Yo me quedaré contigo. -Echó a Noah una mirada y, sin dejar de hablar en voz baja, se llevó a Maggie.

Embargado por la pena, Noah se cubrió la cara con las manos. No se había movido cuando Frank salió por la doble puerta de la izquierda y le vio. Sin decir nada, Frank se sentó a su lado y le pasó un brazo por los hombros.

-No sé qué hacer -dijo Noah cuando estuvo en condiciones de hablar.

-Ya lo has hecho. Has venido.

-Quiero vengarme de Caryn. Tengo que encontrar la manera de hacerle pagar por esto.

-Ahora no debes pensar en eso.

-Sabes que lo ha hecho ella.

-Es muy posible. La interrogarán en cuanto la localicen, Noah. -Apretó el hombro de

Noah, interrumpiendo el torrente de juramentos y maldiciones-. No se la puede acusar si no hay pruebas.

-Se lo haré pagar, papá, no permitiré que quede impune.

-No sabes si lo hizo ella -desistió Frank con firmeza-. Pero te daré un consejo, como padre y como policía: mantente alejado de ella. Si sigues el impulso de lo que ahora sientes, lo único que harás será empeorar las cosas. Deja que ella misma se traicione, Noah, para que podamos meterla en la cárcel.

Si Mike muere, pensó Noah, meterla en la cárcel no será suficiente.

Se quedó en el hospital hasta el amanecer. Después fue a casa de sus padres y se desplomó en la cama de su infancia y durmió cuatro horas.

Cuando se hubo quitado con una ducha veinticuatro horas de sudor y fatiga, fue a la cocina.

Allí estaba su madre, vestida con una vieja bata de felpa y batiendo huevos en un cuenco.

Se acercó a ella, emocionado, la estrechó entre sus brazos y la apretó contra sí.

-¿Quién eres y dónde está mi madre?

Ella rió con suavidad, levantó una mano e hizo ademán de darle una palmadita en la cara.

-Esta mañana he roto las reglas de la casa. Huevos de verdad y café de verdad. Será otro largo día.

-Sí. -Miró hacia la ventana que daba al jardín-. ¿Recuerdas cuando Mike y yo intentamos construir aquel fuerte? Reunimos leña y clavos oxidados. Como es natural, él se clavó uno en el pie y tuvieron que ponerle la vacuna del tétanos.

-Gritaba como un loco cuando pisó el clavo. Yo creía que se había partido un brazo. - Sonrió con un suspiro-. Adoro a ese chico. Me avergüenza que, cuando me enteré de lo sucedido, lo primero que pensé fue que gracias a Dios no eras tú. Oh, pobre Maggie.

Se calmó, cogió el cuenco y volvió a batir los huevos con vigor. -Tenemos que pensar positivamente. He leído muchos libros de autoayuda.

Noah sonrió.

-Apuesto a que sí.

-Vamos a sacarle de esto. -Cogió una sartén del armario y miró a Noah con firmeza-. Créelo.

Él quería hacerlo, pero, cuando volvió, al hospital, cada vez que entraba en la habitación y veía a Mike inmóvil y pálido, con la cabeza vendada, los ojos hundidos en un rostro magullado, su fe flaqueaba.

Hacia el final de la mañana, se paseaba por el corredor mientras la ira crecía en su interior. No podía dejar que Caryn quedara impune, pero de momento sólo podía esperar y rezar, permanecer junto al lecho de su amigo y decir tonterías sólo para no oír el monótono pitido de las máquinas.

Caryn había querido hacerle daño a él, pensó. Por Dios, se las pagaría. Se volvió y se encaminó hacia el ascensor, con el odio metido en el cuerpo.

-¿Noah?

-¿Sí? -Con los puños apretados, miró a una chica morena que llevaba una bata blanca sobre la blusa y los pantalones y un estetoscopio en el bolsillo-. ¿Eres uno de los médicos de Mike Elmo?

-No. Yo...

-¿Te conozco? -le interrumpió.

-Nos conocimos en el club; tú y Mike y mi amiga y yo. Soy Dory.

-Ahora lo recuerdo. -Se frotó los cansados ojos. La bonita morena con acento sureño que le defendió la noche en que Caryn le había atacado-. ¿Eres médico?

-Sí. Medicina de urgencia. Es la hora de mi descanso y quería ver cómo estaba Mike.

-No se han producido cambios.

-Lo comprobaré en un momento. Te iría bien tomar un poco el aire. ¿Vamos a dar un paseo?

-Iba a salir.

-Vamos a dar ese paseo, pues -insistió ella. Había visto una mirada asesina anteriormente. No era una mirada que se olvidara-. La última vez que estuve en una habitación, las constantes vitales de Mike eran estables. Y las pruebas han salido bien. -Pulsó el botón de llamada del ascensor-. Su estado es crítico, pero es joven y fuerte.

-Lleva un día y medio en coma.

Entraron en el ascensor.

-A veces un coma no es más que la manera que tiene el cuerpo de concentrarse en la curación. En la ambulancia, cuando venía hacia aquí, recuperó el conocimiento una vez. Fue sólo un instante, pero creo que me reconoció, y eso es muy alentador.

-¿Estabas con él?

Se apearon en la planta baja; ella le cogió del brazo y se dirigieron hacia las puertas.

-Estábamos citados. Tenía que recogerle en tu casa. Yo llegaba tarde porque habíamos tenido un doble intento de suicidio. Perdimos a uno y salvamos al otro. Eran casi las diez cuando llegué a tu casa.

Fuera, se volvió de cara al sol.

-Mmm, qué bien se está aquí. Bueno, la puerta estaba abierta. Encontré a Mike en el suelo de la cocina, boca abajo. Había cristales por todas partes. Una botella de vino. Probablemente le golpearon con ella. Fui por mi maletín, que estaba en el coche, para prestarle los primeros auxilios. Llamé a una ambulancia e hicimos lo que pudimos allí mismo. Se lo llevaron en cuestión de media hora.

-¿Morirá? Dime la verdad..

Ella no respondió enseguida; se sentó en el bordillo y esperó a que Noah la imitara.

-No lo sé. Médicamente, tiene posibilidades. No había fragmentos de hueso en el cerebro. Pero la medicina tiene límites, y ahora es cosa de él. Estoy medio enamorada de él.

-¿De veras?

-Sí. Sé que aquella noche todo empezó por Steph. Y la verdad es que a mí me pasó lo mismo contigo. -Ladeó la cabeza y sonrió-. Tú estabas demasiado nervioso para darte cuenta, por eso me retiré y me sentí un poco frustrada.

-¿Ah, sí?

Ella sonrió.

-Sólo un poco. Mike y Steph se encargaron de todo. A mí me daba pena Mike, porque estaba preocupado por ti y no sabía qué hacer. Nos pusimos a hablar y ocurrió: empezamos a salir juntos. Luego empezamos a quedarnos en casa.

-Eras tú la que estabas con él la otra noche. -Sí.

-Mike Elmo y su médica particular. -Noah sonrió y meneó la cabeza-. Es fantástico. Quién lo iba a decir. -Le cogió la cara y le dio un sonoro beso en la mejilla-. Es magnífico.

Ella rió y le dio una palmadita amistosa en la rodilla.

-Él cree que tú eres capaz de andar sobre el agua. Lo digo porque creo que es un gran tipo

y él cree que tú eres un gran tipo. Así que me imagino que tiene razón. Y supongo que cuando tropecé contigo al subir la escalera estabas furioso e ibas en busca de esa loca de Caryn... para hacer algo que luego lamentarías. Algo que no servirá de nada ni resolverá nada, y eso al final te meterá en un lío que a Mike no le gustaría.

-Ella quería hacerme daño a mí, no a Mike.

-Noah, ella te ha hecho daño, y te lo ha hecho en donde más te duele. Ven, volvamos dentro. Sólo me quedan unos minutos y quiero verle.

Noah asintió y se puso en pie.

-Supongo que fue una suerte que me encontrara contigo.

-¿Por qué no me invitas a una cerveza cuando acabe mi turno? -Sonrió-. Podrás contarme toda clase de historias embarazosas de Mike.

-¿En qué clase de amigo me convertiría eso?

-Me contó que el último año de instituto te retó a correr por la pista de atletismo con el culo al aire. Y cuando lo hiciste, te grabó en vídeo y lo pasó en tu fiesta de graduación. Por cierto, aún conserva una copia. -Su sonrisa se ensanchó-. A los dieciocho estabas en muy buena forma.

-Ah, bueno. Eso no es nada. Tengo historias mucho mejores sobre Mike. ¿A qué hora terminas?

-A las siete.

-Aquí estaré. -Con mejor ánimo, Noah bajó del ascensor. Pero, el corazón le dio un vuelco cuando vio a Maggie sollozando en brazos de su madre-. Oh, no...

El zumbido que sentía en la cabeza era tan fuerte que no oyó su propia voz repetir «oh, no» una y otra vez mientras se precipitaba por el corredor, dejando atrás a Dory.

-¡Noah, espera! -Celia le impidió el paso antes de que cruzara las puertas de la UCI-. Espera. Maggie, díselo. Díselo a Noah.

-Ha abierto los ojos. -Se balanceaba sobre los talones y tendió las manos a Noah-. Ha abierto los ojos. Ha dicho «mamá». Me ha mirado y ha dicho «mamá».

-Quédate aquí -ordenó Dory-. Quédate aquí fuera. Iré a ver.

Celia se secó las lágrimas mientras Noah abrazaba a Maggie-. Frank y Jim están en la cafetería. Tu padre ha convencido a Jim de que comiera algo; yo iba a acompañar a Maggie después. Mike ha despertado, Noah. -Apoyó la cabeza en el hombro de su hijo-. Ha despertado.

Dory salió de la unidad de cuidados intensivos y Noah, al ver la radiante sonrisa en su rostro, hundió la cara en el pelo de Maggie.

21

Bueno, ¿cuándo ibas a contarme lo de la doctora? Mike sonrió casi con su antiguo buen humor. -¿Qué te parece la chavala?

-Es de primera, y con cerebro. ¿Qué hace, entonces, contigo?

-Le gusto. ¿Qué quieres que te diga? -Aún se cansaba fácilmente y tenía dolor de cabeza con tediosa regularidad. Pero se recuperaba bien tras haber salido de la UCI y pasar a una habitación normal.

La habitación estaba llena de flores y postales.

El día anterior Noah le había llevado un ordenador portátil y lo había cargado con diversos videojuegos. Lo había llamado terapia ocupacional, pero sabía que en parte era culpabilidad y en parte gratitud inconfesable.

-Me parece que estoy enamorado de ella -dijo Mike, examinándose las uñas escrupulosamente.

Noah se quedó boquiabierto.

-Hace diez días te dieron un golpe tremendo en la cabeza.

Por cierto, echaron a perder una botella de un vino buenísimo.

Me parece que aún tienes el cerebro magullado. -Esto no tiene nada que ver con el cerebro. Noah parpadeó.

-Pero si sólo hacía unos días que salías con ella cuando te partieron la cabeza. Y desde entonces has estado en una cama de hospital.

-Le tengo mucho cariño a esta cama de hospital. -Mike dio unas palmaditas a las sábanas-. Después de anoche.

-¿Anoche? ¿Aquí? ¿Lo hiciste aquí con ella anoche?

-Chitón. ¿O quieres que se entere todo el mundo? Anoche, cuando terminó su turno, vino a verme y una cosa llevó a la otra. Por cierto, estuvo realmente asombrosa.

-¿Por qué siento lástima por ti? -se preguntó Noah en voz alta-. Tú te llevas toda la diversión. -Cogió la lata de cerveza que había llevado y tomó un trago.

-Le pedí que se casara conmigo.

Noah se atragantó.

-¿Qué dices? Por Dios, Mike.

-Y ella aceptó. -La sonrisa de Mike se convirtió en su sonrisa de cachorro y los ojos se le enternecieron-. ¿Te encuentras bien?

-Me parece que me ha dado un infarto. -Noah se llevó la mano al pecho-. Llamemos a la enfermera. No, será mejor que llamemos a una médica. A lo mejor puedo conseguir un poco de diversión.

-Nos casaremos la primavera próxima, porque ella quiere hacerlo al estilo clásico. Ya sabes: la iglesia, las flores, el vestido blanco.

-Vaya. -Era lo mejor que Mike podía hacer. Noah pensó que era mejor que se sentara, pero se dio cuenta de que ya estaba sentado-. Vaya -repitió.

-Mañana me dan de alta. Quiero comprarle un anillo enseguida. Tienes que acompañarme. No sé nada de anillos de compromiso.

-¿Y yo sé mucho? -Noah se mesó el pelo y se puso serio. Los ojos de Mike eran claros tras los gruesos cristales de sus gafas. Su sonrisa era fácil, casi perezosamente satisfecha-. Lo dices en serio, ¿no?

-Quiero estar con ella. Y cuando lo estoy, no paro de pensar que está bien. Muy bien. -Se encogió de hombros-. No sé cómo explicarlo.

-Me parece que ya lo has explicado. Bien hecho, Mike.

-Bueno, me echarás una mano, ¿no?

-Claro. Le compraremos un anillo soberbio. -Riendo de repente, se puso en pie-. Maldita sea, casado; y con una doctora. Qué bien. Podrá coserte cada vez que pises un clavo. ¿Sabe ya que eres un patoso?

-Sí, y le encanta.

-Ya. -Le dio un suave puñetazo en el hombro-. Supongo que no vendrás a hacer incursiones nocturnas en mi frigorífico después de... -No terminó la frase.

-No fue culpa tuya. Oye, nos conocemos lo suficiente para saber lo que estás pensando. -Mike le cogió la mano-. Tú no sabías que iba a volverse loca.

-Lo sabía.

-Yo también, pero ni siquiera se me ocurrió pensar en eso. Por el amor de Dios, Noah, Dory iba a ir a tu casa. -Sólo pensar en ello le producía escalofríos; se tapó la cara con las manos y se frotó los ojos por debajo de las gafas-. Podría haberle sucedido algo a ella también. Fui yo quien le dije que nos encontráramos allí.

-Eso no es...

-Es lo mismo -le interrumpió Mike-. Aquella noche yo estaba en el club, oí lo que Caryn dijo, vi cómo actuaba. -Se volvió para mirar por la ventana-. Ojalá pudiera recordar algo, pero todo está negro. No recuerdo nada después de salir del trabajo. Recuerdo que le di un puntapié a Pete Bester en Mortal Kombat. Después, lo que recuerdo es que desperté y vi a mamá. Todo lo que sé que ocurrió entre una cosa y otra me lo han contado. Tal vez la vi. Si pudiera decir con certeza que la vi, la encerrarían.

-Primero tendrían que encontrarla. Se ha esfumado -dijo Noah-. Ninguno de sus amigos sabe dónde está, o al menos no lo dicen. Hizo el equipaje y se largó.

-No pueden perseguirla como al Fugitivo. Reír era reconfortante.

-Richard Kimble era inocente.

-Sí, pero aun así.

-No la han acusado. Supongo que si encontraran alguna prueba la buscarían. Si no... -Se encogió de hombros-. Bueno, no

creo que nos cause más problemas, al menos durante un tiempo. -Ya es algo. Bueno, ahora que sabes que estoy bien y que esa zorra está lejos, supongo que será mejor que vuelvas al trabajo. -¿Quién dice que no he estado trabajando? -Tu madre.

-Tío, ¿qué hay entre tú y mi madre?

-Siempre he querido casarme con ella, pero temía que tu padre me pegara un tiro. Dory sabe que ella va en segundo lugar, pero está tan locamente enamorada de mí que no le importa. -Sonrió-. Dijo que lo del libro lo llevas muy mal, que sólo has hecho algo la última semana. Me parece que ya es hora de que muevas tu perezoso culo.

-Lo haré. -Noah se acercó a la ventana.

-No te preocupes por mí. Estoy bien. Aparte de esa amnesia, estoy casi normal.

-Tú nunca has sido normal. He estado pensando en hablar otra vez con Jamie Melbourne, para que su esposo acceda a hablar conmigo.

-Pues hazlo.

-Estoy esperando mi coche. -Sabía que era una evasiva-. En el albergue se encargarán de que alguien me lo traiga. Debería estar aquí mañana o pasado.

-En ese caso puedes ir a casa, hacer las llamadas y preparar las entrevistas.

Noah lo miró.

-¿Me echas?

-¿Para qué están los amigos?

Olivia estaba sentada en el coche, aferrando el volante, respirando pausadamente. Si tomaba aliento despacio y de forma regular, el corazón dejaría de latirle con violencia. Podía controlarlo, controlar la sacudida y el pulso desbocado y superar el ataque de pánico.

Podía hacerlo. No permitiría que la superara.

Pero sus manos querían temblar, asidas al volante, y el sudor ya le perlaba la frente, mientras el calor y el frío se alternaban y asomaban a su piel, en el estómago y la garganta. Sabía lo que vería si miraba por el espejo retrovisor. Los ojos salvajes y desorbitados, la palidez reluciente.

Sintió una náusea y un escalofrío le recorrió el cuerpo.

Le rechinaron los dientes y seguía temblando.

Un grito pugnaba por salir y le atenazaba el pecho, le arañaba con afiladas garras de demonio. Pero lo único que brotó de su garganta fue un gemido, un largo sonido lastimoso empapado de desesperación.

Cinco segundos. Diez. Veinte. Hasta que, a fuerza de voluntad, dobló a su propia mente.

Recuperó el aliento, jadeando como si hubiera estado corriendo, y la arista más afilada del pánico empezó a desaparecer. Poco a poco se fue relajando, músculo a músculo. Abrió los ojos, se contempló los dedos y los flexionó varias veces.

Autodominio. Poseía autodominio. Ella no era una víctima, nunca lo sería, jamás sería una víctima, ni de las circunstancias ni de sus propios fantasmas.

Respiró, con un último estremecimiento, y se recostó de nuevo. Lo he superado, pensó. Sólo era que había sido demasiado repentino, la había cogido por sorpresa. Hacía más de dos años que no sufría un ataque de pánico total, cuando había decidido ir a Los Ángeles a visitar a sus tíos. Había llegado al aeropuerto cuando le sobrevino el ataque. Sintió sudores fríos, estremecimientos, una terrible necesidad de salir y alejarse de toda aquella gente. Lo había superado, pero no había sido capaz de subir al avión, de hacer frente al lugar al que iba. La vergüenza de aquel fracaso la había sumido en una depresión durante semanas.

Esta vez había llegado hasta allí, se dijo. Había controlado el ataque de pánico dos veces en el trayecto y estaba segura de que había ganado. Sí, había ganado; estaba allí y estaba bien. Volvía a coger las riendas.

Había hecho bien en seguir su impulso, en asumir la tarea de devolver ella misma el coche de Noah. Aunque le había causado dificultades con sus abuelos, había hecho lo correcto. Concentrarse en la conducción le había permitido llegar a su destino, al lugar al que durante veinte años no había sido capaz de volver.

O casi había llegado, se corrigió; se apartó un húmedo mechón de la frente y observó la casa de Noah. No era como se la había imaginado. Era bonita, casi femenina, con madera de tonos suaves y alegres macizos de flores. El jardín no era un intento desmañado de un soltero de alegrar su casa, sino un arreglo hecho con cuidado y pericia por alguien que no sólo conocía las flores sino que las apreciaba.

Olivia bajó del coche y sintió alivio al comprobar que las piernas casi no le temblaban. Iría hasta la puerta, llamaría, le daría las llaves y sonreiría con cortesía. Le pediría que llamara un taxi e iría a casa de su tía lo más deprisa posible.

Pero no pudo resistirse a las flores, al encanto de la verbena, a los frescos colores de las margaritas, a las brillantes campanas de las petunias. Observó que no se había conformado con lo corriente y había utilizado muy bien el pequeño espacio a ambos lados del sendero, experimentando con diferentes especímenes para que todo pareciera natural.

Era creativo y estaba bien hecho, y debía de haber tenido mucho trabajo con la plantación y el mantenimiento. Aunque no había sido muy concienzudo al arrancar las malas hierbas, y el corazón de jardinera de Olivia le hizo agacharse y arrancarlas.

Al cabo de un minuto estaba tarareando, absorta en una tarea que le gustaba.

Noah se alegró tanto al ver su coche en el sitio habitual que dio al taxista más propina de lo acostumbrado y bajó de un salto del vehículo.

-Oh, cariño, bienvenido a casa -murmuró, acariciando el parachoques trasero, y casi bailó de alegría cuando divisó a Olivia.

Primero vino la sorpresa, o al menos supuso que el rápido tirón que sintió en el estómago era causado por la sorpresa. Luego llegó el cariño. Ella estaba preciosa, arrodillada junto a las flores, con una descolorida gorra gris que le ocultaba los ojos.

Se acercó a ella y metió los pulgares en los bolsillos porque sus manos ansiaban tocarla.

-Qué sorpresa -dijo, y ella dio un respingo y se quedó paralizada-. No esperaba verte arrancar mis malas hierbas.

-Lo necesitaban. -Turbada, se puso en pie y se sacudió el polvo de las manos-. Si plantas flores, tienes que cuidarlas.

-Últimamente no he tenido mucho tiempo. ¿Qué haces aquí, Liv?

-He venido a devolverte el coche. Te dije que lo haría. -También esperaba encontrar a un fornido tipo llamado

Bob tras el volante. Aunque no me quejo. Vamos, entra.

-Sólo necesito que me pidas un taxi.

-Vamos, entra -repitió, y se dirigió hacia la puerta-. Al menos podré invitarte a tomar algo para compensarte el servicio. Abrió la puerta y miró a Olivia, que seguía sin moverse. - No seas tonta. No pasa nada. ¡Vamos! Liv dio un respingo cuando él entró y una alarma se disparó.

Le oyó maldecir y finalmente la curiosidad venció y le hizo seguirle.

Noah marcó un código en un panel de seguridad que había en el recibidor.

-Acabo de instalarlo. Siempre me olvido de que está aquí. Si vuelve a sonar la alarma, mis vecinos me lincharán. Ya está. -Respiró cuando la luz de señalización se puso verde-. Otra pequeña victoria del hombre contra la máquina. Siéntate.

-No puedo quedarme.

-Iré por un vaso de vino mientras piensas la razón por la que no puedes sentarte quince minutos después de conducir todo el día por la carretera de la costa.

-Mis tíos me están esperando.

-¿En este momento? -preguntó desde la cocina. -No, pero...

-Bien. ¿Quieres unas patatas fritas con esto? Me parece que tengo una bolsa.

-No, gracias. -Pero, ya que estaba allí, ¿qué daño le haría tomar un vaso de vino?

La sala de estar de Noah apenas estaba amueblada, era muy austera, masculina, pero no carecía de encanto. Olivia recordó que le habían destrozado su casa. Eso explicaba por qué todo parecía tan nuevo y sin usar.

-Me alegro de que tu amigo se esté recuperando.

-Los primeros días estuvo muy grave. -Al pensar en ello aún sentía una extraña sensación en las entrañas-. Pero sí, se recuperará. En realidad, las cosas le han salido bien. Le rompieron el cráneo, se enamoró y se ha comprometido; todo en un período de dos semanas.

-Me alegro por él, al menos por dos de esas cosas. -Esta mañana le hemos comprado un anillo. -¿Lo dices en plural?

-Mike necesitaba que le orientaran. Brindemos por él. -¿Por qué no? -Entrechocaron las copas-. ¿Pouilly-Fuissé en un día laborable? Qué elegante.

Noah sonrió, radiante.

-¿Conoces este vino?

-Debe de ser mi herencia italiana por parte de mi abuela. -¿Y los MacBride pueden

identificar una Guinness? -Supongo que sí. -Era comfortable estar allí con él-. Bueno, si llamas...

-Salgamos a la terraza. -Le cogió la mano y la condujo a las puertas correderas. No iba a dejarla escapar tan deprisa-. Es demasiado temprano para la puesta de sol. Tendrás que volver. A veces son espectaculares.

-He visto muchas puestas de sol.

-Desde aquí no.

Soplaba una leve brisa del océano que le acarició la cara. El agua, clara y azul, lamía la orilla. El aire olía a sal y calor y se oía el rumor de la gente que estaba en la playa.

-Vaya jardín trasero.

-Yo pensé lo mismo cuando vi tu bosque. -Se apoyó en la barandilla, de espaldas al panorama, y miró a Olivia-. ¿Quieres jugar en mi jardín trasero, Liv?

-No, gracias. Por cierto, tienes buena mano para las flores. -Es una muestra de mi lado sensible.

-Es una muestra de que sabes lo que es bonito y cómo mantenerlo así.

-Aprendí por compasión y aburrimiento. Mi madre siempre plantaba flores y después las dejaba morir. Iba al vivero y las plantas se echaban a gritar y temblar. Una vez, te lo juro, oí a unas margaritas chillar: «¡Yo no, por favor! ¡Llévate las petunias!» No podía soportarlo -prosiguió cuando Olivia rió-. Empecé a tener pesadillas en las que todas las plantas que ella mataba resucitaban, marchitas, amarronadas, rotas, dejando un rastro de polvo seco mientras formaban un ejército para la venganza.

-Zinnias zombies.

-Exactamente. -Sonrió, encantado con ella, fascinado por el modo en que su rostro se relajaba cuando reía-. Violetas vampiros, caléndulas monstruosas y gardenias demonios. Te diré una cosa: era aterrador. Me erizo sólo de pensarlo.

-Como naturalista, puedo asegurarte que estás a salvo. Siempre que las mantengas vivas.

-Es reconfortante. -Le pasó un dedo por el brazo, del codo a la muñeca, con el gesto distraído de un hombre acostumbrado a tocar. Ella retrocedió, con el gesto de una mujer que no lo estaba.

-Tengo que irme, de veras. He llamado a tío David desde Santa Bárbara, o sea que me esperan.

-¿Cuánto tiempo te quedarás?

-Sólo unos días.

-Cenemos juntos antes de que te marches. -Estaré ocupada.

-Cenemos juntos un día antes de que te marches -insistió, tocándole las mejillas con los dedos-. Me gusta verte. Querías empezar de nuevo. Dame una oportunidad, Olivia.

Ella vio la escena claramente, de pie con él mientras el sol se ponía con un estallido de color, música suave y relajante. Y mientras el sol se volvía rojo y se fundía en el mar, él la tocaría como había hecho antes. Le cogería el rostro con una mano. La besaría como la había besado, de un modo lento, sensual y excitante.

Y ella olvidaría por qué lo hacía. Olvidaría preocuparse de los porqués.

-Tú quieres una historia. -Se apartó de su mano-. No he decidido si voy a dártela.

-Quiero una historia, sí -En sus ojos asomó incomodidad, pero su voz era fría-. Eso es una cosa. Pero acabo de decir que me gustaba verte y es cierto. Esto es otra cosa completamente distinta. He pensado en ti, Olivia.

Hizo un ligero cambio de postura y la encerró entre él y la barandilla.

-He pensado en ti durante años. Quizá sería mejor que no lo hubiera hecho, ya que tú has dejado claro que preferirías que no pensara en ti para nada.

-Lo que yo prefiera no tiene importancia. -Noah la apretaba contra la barandilla, y junto con la irritación que a ella le producía había una leve excitación.

-Podemos ponernos de acuerdo en eso. -Apoyó la copa de vino en la barandilla-. ¿Sabes qué se me ha ocurrido cuando llegué a casa y te vi? Esto, simplemente esto.

Esta vez no fue despacio. Olivia probó el mordisco del deseo en su repentino beso, los chasquidos de excitación cuando su mano estrechó la espalda de ella, igual que sentía la cálida oleada de deseo que le obligó a apretar su cuerpo contra el de él.

Era algo primario como el mundo en que ella vivía, igual de elemental que el mar cuyas olas se estrellaban detrás de ellos, igual de inevitable que la búsqueda del apareamiento. El deseo. ¿Siempre le había deseado? ¿Y ese deseo siempre había sido tan salvaje?

Tenía que aceptarlo.

Olivia lo comprendió y se entregó a la pasión de su beso. Sus manos le aferraban el cabello a mechones y le hundía la lengua en la boca. El calor que sentía en su sangre le indicaba que estaba viva y que podía alcanzar lo que quisiera. Siempre que lo quisiera.

Noah sintió toda la energía de la respuesta de Olivia y sintió un loco deseo de poseerla con avidez hasta saciar su ardor.

Y cuanto más tomaba, más deseaba.

Se retiró un poco para verle la cara.

-Si quieres que crea que esto te molesta, tendrás que dejar de cooperar.

Olivia pensó que la ira era probablemente la única sensación que no experimentaba.

-Apártate, Brady.

-Oye...

-Sólo... -Suspiró y le puso una mano en el pecho-. Apártate un momento.

-De acuerdo. -Le costó mucho dar un paso atrás, romper el contacto de los cuerpos-. ¿Así de lejos?

-Sí, está bien. No voy a fingir que no lo esperaba o que no lo buscaba. Ejercicio una atracción básica en ti. Pero no tenía intención de seguirte el juego.

-¿Por qué?

-Porque no es correcto. Pero... -Volvió a coger la copa, quizá era la de él, y bebió un sorbo mientras le escrutaba-. Si decido ser estúpida, tendremos sexo. No estoy contra el sexo, y supongo que tú lo practicas bastante bien.

El abrió la boca pero la cerró y se aclaró la garganta. Luego dijo:

-Discúlpame mientras pongo de nuevo en marcha mi corazón. Deja que me aclare la cabeza. Estás pensando en ser estúpida y tener sexo conmigo.

-Eso es. -Bien, decidió ella, y tomó otro sorbo de vino. Por fin había roto el ritmo de Noah-. ¿No era esto lo que pretendías?

-A mi manera torpe, supongo que sí. -No había nada torpe en tu beso.

Noah se pasó una mano por la nuca. ¿Realmente había creído que la conocía?

-¿Por qué tengo la sensación de que debería darte las gracias? Ella rió y se encogió de hombros.

-Oye, Noah, ¿por qué mezclar instintos saludables con emociones y excusas? No tengo relaciones sexuales muy a menudo porque estoy muy ocupada. Pero cuando lo hago, lo encuentro un acto natural que no debería vincularse con un montón de falsas excusas. En otras palabras, lo abordo como un hombre.

-Sí, bueno. Mmmm....

-Si no te interesa ese nivel, no te lo reprocharé. -Terminó su copa de vino y la dejó-. Y recuerdo que mencionaste un voto de castidad, o sea que tal vez esta conversación sea inútil.

-Yo no lo llamaría exactamente un voto. Más bien... un concepto.

-Entonces los dos tenemos algo en que pensar. Oye, de veras tengo que irme.

-Te acompañaré.

-Puedo coger un taxi.

-No; te llevaré. Conducir me despejará. Eres fascinante, Olivia. No me extraña que hayas estado en mi cabeza durante años. -Volvió a cogerle la mano, una costumbre a la que ella iba habituándose-. Supongo que tienes tus cosas en el coche.

-Sí.

-Vamos. ¿Tienes las llaves?

Ella las sacó del bolsillo y se las entregó mientras salían de la casa.

-¿No vas a poner la alarma?

-Mierda. Tienes razón. -Cambia de tema, pensó después de introducir el código y cerrar con llave, porque no creo que pueda seguir con el que acabamos de hablar-. Bueno, ¿has tenido algún problema para encontrar mi casa?

-Tenía un mapa. Se me da bien consultar mapas. Y ha sido un viaje fantástico -añadió instalándose en el asiento del pasajero-. Este coche es un sueño.

-¿Has acelerado a fondo?

Ella sonrió.

-Tal vez. -Rió, disfrutando de la ráfaga de viento que se produjo cuando el coche cobró velocidad-. Es una bala. ¿Cuántas multas por exceso de velocidad pagas al año?

Noah hizo una mueca.

-Soy hijo de policía. Tengo mucho respeto por la ley.

-De acuerdo, ¿cuántas veces te las ha arreglado tu padre en un año?

-La familia no se entera de los pequeños actos de amor. Ya sabes que le gustaría verte. A mi madre también.

-No sé qué planes habrá hecho mi tía, si tendré tiempo. -Creí que no te gustaban las falsas excusas.

Olivia cogió las gafas de sol que había dejado en el salpicadero y se las puso.

-De acuerdo. No sé cómo reaccionaré al verle, ni al hecho de estar aquí de nuevo, aunque sean pocos días. Decidí venir para averiguarlo.

Apretó los puños sobre el regazo y los abrió lentamente. -No recuerdo Los Ángeles. Lo único que recuerdo es... ¿Sabes dónde está la casa de mi madre? ¿Dónde estaba?

-Sí. -Había intentado que los actuales propietarios se la dejaran visitar.

-Ve allí, quiero verla.

-Liv, no podrás entrar.

-No es necesario. Sólo necesito verla.

El pánico era un susurro en su cabeza, una helada caricia en la piel. Pero hizo un esfuerzo para quedarse de pie ante la verja. Los altos muros que rodeaban la finca eran gruesos y de un blanco deslumbrante. Los árboles y la distancia impedían ver la casa por completo, pero la vislumbró, también de un vivo blanco, con el tejado de tejas rojas.

-Tenía unos jardines maravillosos, bien diseñados. Había uno bajo grandes árboles de sombra que tenía un pequeño estanque con peces de colores y lirios de agua. Había un

puede sobre él. Un puente blanco, que mi madre decía que era para las hadas.

Se cruzó de brazos, encogiéndose como si de repente tuviera frío.

-Había otro con docenas y docenas de rosales. Cuando nació, él compró un rosal blanco y lo plantó. Recuerdo que me lo contó. Lo plantó él mismo porque le resultaba muy especial, y cuando tenía que irse de la ciudad o cada vez que regresaba, dejaba una rosa blanca en mi almohada. Me pregunto si conservarán los jardines tal como eran.

Noah se limitó a pasarle una mano por la espalda y a escucharla.

-La casa era muy grande. A mí me parecía un palacio. Altísimos techos y enormes ventanas. Habitaciones y más habitaciones, cada una de ellas especial por algún motivo. Yo dormía en una cama con dosel. -Se estremeció-. Ahora no soporto tener nada sobre la cabeza cuando duermo. No me había dado cuenta de por qué. Alguien me contaba una historia cada noche. Mi madre o él, o, si salían, Rosa. Pero Rosa no sabía contar historias interesantes. A veces organizaban fiestas y yo me quedaba en la cama y oía la música y las risas de los invitados. A mi madre le gustaba estar rodeada de gente. Siempre venían a tía Jamie, tío David, su agente, tío Lou. Él siempre me traía una piruleta de menta. Una de esas gruesas, antiguas. No sé de dónde las sacaba.

»Lucas Manning venía mucho. Debió de ser hacia la época en que mi... se marchó. -No pudo decir «mi padre». No era capaz de formar esas palabras-. Recuerdo que Lucas estaba allí, en la casa, en la piscina. Hacía reír a mi madre. Se mostraba agradable conmigo, aunque con aire distante. Los niños saben que sólo es comedia. Yo quería caerle bien, porque hacía reír a mamá, pero deseaba que Lucas dejara de venir porque así tal vez mi... tal vez él volvería a casa.

Apoyó la cabeza contra los barrotes de la verja.

-Entonces una noche vino a casa. Vino a casa y la mató. No puedo continuar... No puedo, no puedo.

-Está bien. -Noah la atrajo hacia sí y la abrazó; ella se mantuvo rígida con los puños contra el pecho de Noah para dejar un espacio entre los dos-. No es necesario que lo hagas. No tienes por qué estar aquí ahora, Olivia.

Ella hizo un esfuerzo y abrió los ojos para mirar por encima del hombro aquellos destellos de color blanco.

-Toda mi vida he estado huyendo y corriendo hacia esto. Es hora de que decida tomar una dirección y seguirla.

Parte de Noah deseaba cogerla en vilo, abrazarla amorosamente y llevársela de allí. Pero alguien se la había llevado durante la mayor parte de su vida.

-Cuando huyes de algo, ese algo te persigue, Liv. Y siempre te alcanza.

Temerosa de que Noah tuviera razón, sintiendo que el monstruo le pisaba los talones, Olivia se volvió y regresó al coche.

22

Cuando Noah enfiló el sendero hacia la mansión de los Melbourne, Olivia había recuperado el color. A Noah le pareció que lo había conseguido a fuerza de voluntad, igual que la expresión serena de sus ojos:

-Vaya -exclamó con una sonrisa que pareció natural cuando la casa apareció a la vista-. He visto fotografías, incluso vídeos, pero no le hacían justicia.

-Sí, es una de esas casitas modestas para recién casados. Olivia rió y se volvió en el asiento cuando los perros aparecieron corriendo en el jardín.

-¡Mira! Ojalá hubiera traído a Shirley. -¿Por qué no lo has hecho?

-Creí que te molestaría que la perra te dejara pelos y babas en el coche. Y mi abuelo se habría sentido perdido sin ella. -Bajó en cuanto el coche se detuvo y se dirigió hacia los perros.

Era como si la mujer vulnerable de los ojos obsesionados que había estado ante la verja del hogar de su infancia no hubiera existido. En ese momento su tío, David Melbourne, salió de la casa.

Olivia lanzó un grito de júbilo y corrió hacia él, arrojándose a sus brazos.

Noah pensó que David Melbourne había envejecido bien, comparando al hombre que estrechaba a Olivia en brazos con las fotos de la época del asesinato. Había conservado el pelo y o bien había descubierto la fuente de la juventud o tenía un excelente cirujano plástico.

Las arrugas de la cara le hacían más atractivo en lugar de envejecerle, igual que las vetas plateadas del cabello. Iba vestido de manera informal con pantalones de color de ante y una camisa Henley de color kiwi.

-Bienvenida, viajera. -Se rió y le cogió el rostro con las manos-. Deja que te mire. Estás tan guapa como siempre. -Te he echado de menos.

La besó en la mejilla, le pasó un brazo protector por los hombros y se volvió hacia Noah. Aunque sutil, el enfriamiento de la voz y la expresión de los ojos fue evidente.

-Gracias por traerme a mi chica.

-Ha sido un placer.

-Tío David, éste es Noah Brady.

-Sí, lo sé.

-Tengo que sacar mis cosas del maletero.

-Iré a por ellas. -Noah abrió el maletero y cogió la única maleta.

-¿Esto es todo? -preguntó David.

-Sólo estaré aquí un par de días.

-¿Qué te parece si mientras estés aquí le enseñas a Jamie cómo hacer poco equipaje?

-Tú también llevas muchas cosas cuando viajas.

David sonrió y le cogió la maleta a Noah.

-Jamie está al teléfono. Supongo que habrá terminado ya. Ven, Livvy. Rosa ha hecho un surco en el vestíbulo de tanto pasearse mientras te esperaba.

-¿Tú no vienes?

-Enseguida voy.

-De acuerdo. Gracias por traerme, Brady.

-De nada, MacBride -repuso él-. Estaremos en contacto. Ella no dijo nada y se alejó, subiendo por la escalinata con decisión.

-Espero que me perdones por no invitarte a entrar -dijo David-. Esta reunión es un asunto familiar.

-Lo comprendo. Puede decirme aquí fuera lo que tiene que decirme.

David inclinó la cabeza.

-Eres perspicaz, Noah. Supongo que es por tu trabajo. -Dejó la maleta de Olivia en el suelo y contempló la casa-. Al parecer has establecido alguna clase de relación con Livvy.

-Estamos empezando a comprendernos el uno al otro. -Otra vez, pensó. O quizá fue: por fin-. ¿Esto es un problema para usted?

-Lo ignoro. -David extendió las manos, en un gesto que podía ser de paz-. No te conozco. -Señor Melbourne, tenía la impresión de que usted apoyaba el libro que estoy escribiendo.

-En efecto. -David suspiró-. Creía que había transcurrido suficiente tiempo, que se había producido suficiente curación. Y creía que un escritor de tu calibre podía hacer justicia a la tragedia.

-Se lo agradezco. ¿Qué le ha hecho cambiar de opinión?

-No me daba cuenta de cuánto trastornaría a Val. -La preocupación le ensombrecía los ojos-. Mi suegra. Me siento responsable en parte porque yo lo apoyé, y este apoyo sin duda influyó en Jamie, que aceptó colaborar y luego animó a Livvy a hacerlo también. Perdí a mi madre cuando era muy joven. Val es una de las personas más importantes de mi vida. No quiero hacerle daño.

Protección, pensó Noah. La familia era un puzzle compuesto por piezas de protección y defensa.

-Ya he dado a Liv mi palabra de que no me pondré en contacto con su abuela ni le pediré que hable conmigo. La mantendré tan apartada de esto como me sea posible.

-El libro en sí le afecta. -Alzó una mano antes de que Noah replicase-. No puedo esperar que dejes tu trabajo porque su repercusión lastimará a personas a las que amo. Pero quiero que seas consciente de ello. Y quiero que consideres que un hombre que asesina no vacilaría en mentir. No confíes en Sam Tanner. Lo que más pena me da es que tendrá tiempo de morir fuera de la prisión y no dentro.

-Si le preocupa el que me mienta, si sus sentimientos son tan fuertes, sería inteligente dejar constancia de ellos. David sonrió y meneó la cabeza.

-Noah, personalmente me gustaría mucho sentarme contigo y contarte exactamente lo que siento, mis recuerdos. Voy a hacer todo lo posible para limar el recelo de mi suegra al respecto; luego, si puedo, hablaré contigo. Ahora tendrás que disculparme. -Cogió la maleta-. Es la primera vez que Livvy viene a visitarnos: No quiero perderme ni un minuto de estar con ella.

A Olivia le gustó mucho la casa y todo lo que habían hecho en ella. Era perfecta para ellos, con su elegancia, sus colores pastel y los techos altos. Pero ella prefería el estilo confuso y las coloridas habitaciones de la casa de sus abuelos.

Pero se alegraba de haber venido por fin.

Cuando se metió en la cama, estaba exhausta a causa del viaje, la emoción, la complicada cena que su tía había preparado y la incesante conversación.

Aun así, su último pensamiento antes de dormirse la sorprendió: Noah de pie en el porche de su casa, de espaldas al mar.

Olivia llegó a la conclusión muy pronto de que si bien el sur de California era la horma del zapato para Jamie, no era la ciudad hecha para Liv MacBride. Estuvo segura de ello durante la expedición de compras que su tía insistió en efectuar y el almuerzo en un restaurante de moda.

Las raciones del almuerzo eran escasas, los camareros elegantes y los precios tan elevados que Olivia tuvo que ahogar un grito cuando los vio.

-He reservado hora en mi peluquería para más tarde -dijo Jamie mientras jugueteaba con su ensalada-. Marco es un genio y todo un personaje por sí mismo. Podemos aprovechar para hacernos la manicura, quizá incluso un tratamiento con parafina.

-Tía Jamie -Olivia probó lo que llamaban nouveau-club, emparedados de pan sin miga

cortado en pequeños triángulos y relleno de misteriosos vegetales. Se preguntó si en Los Angeles alguien comía comida de verdad-, estás intentando convertirme en una señorita.

-No es cierto. Sólo trato de darte un... bueno, un día femenino. Deberías haberme dejado que te comprara aquel vestido negro.

-Ese vestido negro valía cuatro mil dólares y no habría resistido ni una sola excursión.

-Toda mujer que se respete necesita tener al menos un vestido negro en el armario. Me parece que volveremos a la tienda a comprarlo, y las sandalias de lagarto, las Pradas. Si te pones las dos cosas juntas, con el cuerpo fabuloso que tienes, los hombres se arrojarán por las ventanas para caer a tus pies.

Olivia, rió.

-No quiero ser responsable de eso. Y no necesito el vestido ni los zapatos, ni las otras cosas que quieres que me compre. -¿Cómo es posible que seamos de la misma familia?

-La genética es un asunto complicado.

-Me alegro mucho de que estés aquí, y de que ya no estés enfadada conmigo. -Las lágrimas acudieron a sus ojos y alargó el brazo para coger la mano de Olivia.

-No estaba enfadada contigo. Contigo no, de veras. Siento mucho que discutiéramos. -Apretó con fuerza la mano de Jamie-. Estaba enfadada con Noah. Hace años, cuando fuiste a visitarnos y fuimos al bosque aquella tarde... fuiste sincera conmigo y me dejaste ser sincera contigo. Desde entonces, cada vez que necesitaba hablar de mamá, tú me escuchabas. Cada vez que tenía preguntas, tú las respondías'

-Hasta que dejaste de preguntar -murmuró Jamie.

-Creí que debía dejar de hacerlo. Alguien más listo que yo en quien confiaba me dijo que cuando huyes de algo, esto te persigue y siempre te alcanza. Creo que estoy lista para cambiar de dirección.

-No será fácil.

-Lo sé. Pero volveré a ser sincera contigo. Quiero oír lo que él recuerda de aquella noche. Quiero conocer la versión de Sam Tanner.

-Yo también. Todos -dijo Jamie apretando la mano de Olivia-. ¿Cómo no íbamos a querer oír su versión? -La abuela...

-Lo ha afrontado a su manera. Eso no significa que tu camino o tus necesidades sean erróneas.

-No, claro. Supongo que me pondré en contacto con Noah antes de regresar.

-Es un chico agradable. -La sonrisa de Jamie se volvió un poco maliciosa-. Y muy atractivo, además.

-Me he dado cuenta. Acabo de decidir que me acostaré con él.

El leve sonido que brotó de la boca de Jamie fue una mezcla de gruñido y chillido.

-Comprendo. Bien. Ah... oye, ¿por qué no pagamos y vamos a tomar una pizza, y me cuentas esa decisión tan interesante?

-Fantástico. -Con alivio, Olivia apartó el plato-. Estoy muerta de hambre.

Frank estaba sentado en la cocina de su casa, disfrutando de la única cerveza light que su mujer le permitía tomar antes de la cena. En un cuaderno de notas trazaba círculos y garabatos mientras ideaba una nueva táctica para el equipo de baloncesto que entrenaba.

Se habría tomado unas patatas fritas o algún aperitivo con la cerveza, pero Celia había descubierto su despensa secreta unos días antes. No sabía qué demonios había estado buscando en el estante superior del armario del estudio, pero no podía preguntarlo porque había negado saber qué hacían allí las patatas fritas.

Afirmó que probablemente Noah las había dejado allí. Ésta era su versión, pensó Frank mientras se las apañaba con un puñado de pastitas sin sal, y se aferraría a ella.

Cuando sonó el timbre, dejó la cerveza y el bloc de notas en la mesa, pensando que tal vez fuera alguno de sus chicos. No le parecía correcto que el entrenador fuera a abrir la puerta con una cerveza en la mano.

Era una mujer joven, con la estatura que a él le habría ido bien en la cancha. Quizá demasiado mayor para la liga júnior, pensó. Luego, las imágenes se agolparon en su mente y la reconoció.

-¡Livvy! Dios mío, cuánto has crecido.

-Temí que no me reconociera. -Y el que lo hubiera hecho, con tan evidente júbilo, le alegró-. Yo le habría reconocido en cualquier parte. Está usted igual.

-Jamás mientas a un policía, aunque esté jubilado. Vamos, entra. Ojalá Celia estuviera aquí. Tenía una reunión a última hora. Siéntate. -Fue de un lado al otro de la sala de estar, recogiendo el periódico y revistas-. Te traeré algo de beber.

-Gracias, no quiero nada. -Sentía una fuerte opresión en el pecho-. Quería telefonear primero, pero no lo hice.

Frank vio su esfuerzo por controlarse.

-Me alegro. Sabía que habías crecido, pero cada vez que te imaginaba, incluso cuando leía tus cartas, te veía como una niña pequeña.

-Yo siempre le veo como un héroe. -De pronto cedió-. Se arrojó a sus brazos y se dejó abrazar. Y el temblor que sentía en el estómago se calmó-. Sabía que me sentiría mejor. Sabía que todo iría bien si podía verle.

-¿Qué ocurre, Livvy?

-Muchas cosas.

-¿Se trata del libro de Noah?

-En parte sí. Es el libro, y es él, su hijo. -Lo dijo con un suspiro y dio un paso atrás-. Y aunque no quería hacerlo, aunque me había prometido a mí misma no hacerlo, confío en él.

Para mí será doloroso hablarle, pero puedo hacerlo. Lo haré, a mi manera.

-Puedes confiar en él. No entiendo su trabajo, pero le entiendo a él.

Olivia meneó la cabeza.

-¿No entiende su trabajo? ¿Cómo es posible? Es brillante. Frank se quedó perplejo. Se sentó en el brazo del sofá, mirando fijamente a Olivia.

-He de admitir que me sorprende oírte decir eso, siendo superviviente de una víctima de asesinato.

-Es hija de un asesino -precisó ella-. Por eso exactamente. Leí su primer libro en cuanto apareció. ¿Cómo iba a resistirme al ver su nombre en la portada? -Y lo había escondido en su habitación como si fuera pecado-. No esperaba que me gustara. -No quería que me gustara, pensó. Había querido leerlo y condenar a Noah-. Aún no sé si puedo decir que me gustó, pero comprendí lo que Noah hacía. Recrea el crimen más perverso, el más horrible, el más imperdonable, y lo mantiene así. -Hizo un gesto con la mano, molesta por su torpeza al intentar explicarse-. Cuando te enteras de un asesinato por las noticias, o lo lees en el periódico, dices: «Oh, qué espantoso», y sigues con lo tuyo. Noah lo humaniza, lo hace real, tan real que no puedes decir «Oh, qué espantoso» y echarte a dormir. Él desnuda a todos los implicados, expone sus emociones más desesperadas y atormentadas. -Se dio cuenta de que esto era lo que más temía de él: que le desnudara el

alma-. Noah hace que importen -prosiguió-, que importe lo que hicieron. -Sonrió, pero sus ojos reflejaban tristeza-. Que importe lo que hizo su padre cada día, año tras año. Usted es la medida de lo que está bien y lo que es fuerte. -Igual que Sam Tanner, pensó, era para ella la medida de todo lo malo y lo débil.

-Livvy. -Las palabras le atenazaron la -garganta-. Me avergüenza no haberlo advertido antes.

-Usted sólo ve a Noah como un hijo. Me pone nerviosa hablar de él. -Se llevó la mano al estómago-. No quiero que él sepa esto. Quiero que intentemos hacer esto en igualdad de condiciones. Bueno, no del todo. -Sonrió-. Mañana vuelvo a casa, así que tendrá que venir a mi terreno. Una de las cosas que quería pedirle era si usted y la señora Brady querían ir allí en verano, pasar un par de semanas en el albergue, invitados por los Mac-Bride. Hemos hecho muchas mejoras, y me gustaría mucho que viera mi centro naturalista y...

Se llevó las manos a la boca, interrumpiéndose de repente. -Livvy...

-No; estoy bien. Un momento. -Se acercó a la ventana que daba a la parte delantera y miró a través de las finas cortinas-. Acabó de recordar que él saldrá en libertad dentro de unas semanas. En realidad, no he querido pensar mucho en ello, pero se acerca el momento. Sólo faltan unas semanas.

Olivia se volvió, empezó a hablar y pidió disculpas de nuevo. Pero algo sombrío en el rostro de Frank la interrumpió.

-¿Qué ocurre?

-Respecto a su puesta en libertad, Liv, esta mañana me han llamado. Tengo algunos contactos y, cada vez que hay algo nuevo sobre Tanner me llaman. Debido a su salud, las privaciones, el sistema abarrotado, el tiempo que ya ha cumplido de condena, su estancia en prisión... -Frank alzó una mano y la dejó caer.

-Le dejan salir antes, ¿es eso? ¿Cuándo?

Olivia tenía los ojos desorbitados. Frank recordó a la niña que le había mirado fijamente desde su escondite. Esta vez no pudo hacer nada para suavizar el golpe.

-Salió hace dos semanas-dijo.

El teléfono desbarató la concentración de Noah. Lanzó un juramento y no hizo caso del segundo timbrado sino que leyó la última línea que había escrito e intentó proseguir.

Un tercer timbrado le hizo coger el móvil que por error había traído, lo apretó con ambas manos como para estrangular a quien llamaba y luego lo conectó.

-¿Qué demonios quieres?

-Sólo despedirme. Adiós.

-Espera, Liv. Espera, no cuelgues. No me devuelves las llamadas en dos días y luego me pillas en un mal momento.

-He estado ocupada, igual que tú ahora. Así que...

-De acuerdo. Lo siento. He sido muy grosero, soy un imbécil. Tengo aquí el hábito de penitente. ¿Has recibido mis mensajes? -Los diez mil que te he enviado, pensó.

-Sí. Hasta ahora no he tenido tiempo de devolvértelos. Y sólo dispongo de un minuto. Ya están embarcando.

-¿Embarcando? ¿Estás en el aeropuerto? ¿Ya te marchas?

-Sí, he cambiado de planes. -Su padre había salido de la cárcel. ¿Se encontraba ya en Los Ángeles? ¿Sería allí el primer sitio al que iría? Se pasó la mano por la boca e intentó que la voz le saliera natural-. Tengo que regresar, y quería decírtelo. Si aún quieres hablar

conmigo respecto a tu libro, telefoneame al albergue o al centro naturalista.

-Márchate mañana por la mañana, Olivia. Quiero verte. -Ya sabes dónde encontrarme. Buscaré tiempo para las entrevistas.

-Quiero... -Te quiero a ti, iba a decir. ¿Cómo podía estar tan confundido por segunda vez?-. El libro no es todo lo que está pasando entre nosotros. Cambia el vuelo. -Apretó teclas rápidamente para guardar los cambios y cerrar el archivo-. Iré a recogerte.

-No quiero estar aquí -replicó ella, inexpresiva-. Me marchó a casa. -Allí estaba a salvo. Allí podría respirar-. Si quieres entrevistarme, tendrás que ir al albergue. Es la última llamada para embarcar, me marchó.

-No sólo son las entrevistas... -empezó él, pero ella ya había colgado.

Noah estuvo a punto de arrojar el teléfono contra la pared.

Aquella mujer le estaba volviendo loco. Se mostraba apasionada y al momento siguiente fría, iba en todas direcciones. ¿Cómo iba él a seguirle el paso? Ahora se marchaba, se alejaba de él antes de que hubiera tenido ocasión de retenerla. ¿Se suponía que tenía que correr tras ella? ¿Ése era el juego?

Irritado, se reclinó en el sillón y clavó la mirada en el techo. No, ella no era así. Con Olivia no era un juego sino una competición. Había una gran diferencia.

Necesitaba algunos detalles, más datos para trabajar. Y luego, pensó tirando el teléfono sobre el atestado escritorio, se ocuparía de esa competición.

Estaba más que dispuesto a por lo menos empatar.

Olivia no se relajó hasta que el avión estuvo en el aire. Abajo, Los Ángeles se iba alejando y pronto desapareció de la vista. Allí ya no había nada para ella, no era necesario que volviera. La casa que en otro tiempo había sido su castillo personal estaba cerrada tras una verja de hierro y pertenecía a otros. Y el asesinato cometido allí había sido borrado hacía mucho tiempo.

Si Noah se ponía en contacto con ella, lo afrontaría. Se había demostrado a sí misma que era capaz de superar sus recuerdos.

Volver a contarlos sólo sería utilizar palabras, palabras que ya no podían hacerle daño.

El monstruo andaba suelto.

Tenía la impresión de que le susurraba al oído, que le lanzaba advertencias con una especie de júbilo aterrador.

No importaba. Ella no permitiría que le importara. Le hubieran o no abierto la celda, para ella llevaba muerto muchos años. Esperaba que también ella hubiera estado muerta para él, que no pensara en ella. O, si lo hacía, rogaba que cada pensamiento le causara dolor.

Apartó la cara de la ventanilla e hizo un esfuerzo para dormir el resto del vuelo.

A algunos les costó conciliar el sueño. Éste estaba lleno de miedo, ruido e imágenes sangrientas.

El monstruo andaba suelto y en sus sueños hacía cabriolas, caminaba arrastrando los pies y derramaba lágrimas amargas.

El monstruo andaba suelto y sabía qué no habría final, no habría final sin más muerte.

Livvy. Este nombre era un silencioso sollozo, temblando en una mente desesperada. El amor por ella era tan real como lo había sido desde el momento en que había nacido. Y el miedo que ella le producía era tan real como la noche en que se había derramado sangre.

Ella sería sacrificada sólo si no había alternativa.

Y, para él, la pérdida sería una herida siempre abierta en el corazón.

Que ha salido? ¿Qué quiere decir que ha salido? -Salió hace dos semanas. Su abogado alegó problemas de salud incurables y adelantaron la fecha de salida. -Frank se instaló en una tumbona; su hijo había aprovechado un día espléndido y una playa tranquila para trabajar al aire libre.

-Hijo de puta. -Noah se puso de pie y se paseó de un lado a otro de la terraza-. Maldito hijo de puta. La última vez que le vi debía de saberlo ya. No me lo dijo. Bueno, ¿adónde ha ido?

-No lo sé. Creía que tú tal vez podrías decírmelo. No me importaría vigilar a Tanner. - Frank pensó en la sorpresa y el miedo que vio en los ojos de Olivia-. Por los viejos tiempos.

-No se ha molestado en darme su nueva dirección. Sin él, el libro está muerto. -Miró los montones de papeles, con botellas, conchas y diversos objetos encima para que no volaran-. Sin él y Liv, se para. Todo deriva de ellos. ¿Libertad anticipada? -Miró de nuevo a Frank-. Sin condicional, o sea que no tiene que presentarse.

-Ha cumplido su condena. El estado de California le considera rehabilitado.

-¿Y tú?

-¿Qué parte de ti me hace esta pregunta, el hijo o el escritor? El rostro de Noah se quedó inexpresivo. -No importa.

-No es que no quiera contestarte, Noah. Sólo tenía curiosidad. -Eres tú el que distingue entre lo que soy y lo que hago. Para mí las dos cosas están en el mismo cajón.

-Tienes razón. Últimamente he estado pensando en ti.

-Frank suspiró y apoyó las manos en las rodillas-. Creía que serías policía. Supongo que tuve esa idea durante mucho tiempo. Tenía la imagen de que entrarías en el cuerpo mientras yo aún ejercía.

-Sé que te decepcioné. Pero no es lo que soy. Instintivamente, una negativa acudió a su lengua, pero Frank le dijo la verdad a su hijo.

-No tenía derecho a sentirme decepcionado. Y sé que no es lo que eres, Noah, pero algunas cosas tardan en morir. Siempre te interesaste por mi trabajo. Cuando eras niño solías redactar informes. -Rió un poco-. Me hacías preguntas sobre un caso y lo escribías. No supe interpretarlo. Cuando te dedicaste al periodismo, pensé que lo dejarías. Pero no fue así y me sentí decepcionado. El fallo fue mío, no tuyo.

-Nunca quise cerrar casos, papá. Quería estudiarlos.

-Yo no quería oír eso. El orgullo es un arma de doble filo, Noah. Cuando empezaste a escribir libros, cuando empezaste a hurgar en cosas que ya estaban cerradas, lo tomé como un reflejo de lo que yo había hecho, como si estuvieras diciendo que no bastaba con hacer el trabajo policial; reunir pruebas, efectuar el arresto, lograr la condena.

-No es eso. Nunca lo fue.

-No, pero dejé que mi orgullo interfiriera en la manera de ver lo que hacías, por qué lo hacías y qué significaba para ti. Quiero que sepas que lo lamento. Y lamento más no haberte dado el respeto que merecías por hacer el trabajo que tú querías hacer y por hacerlo bien.

-Vaya. -Le embargó la emoción y la tensión en los hombros desapareció-. Es un día de sorpresas.

-Siempre he estado orgulloso de ti, Noah. Siempre has sido mi alegría, como hijo y como hombre. -Frank tuvo que interrumpirse para que no se le trabara la lengua.

-Yo no sería lo que soy si no hubieras estado ahí.

-Noah. -El amor era un río desbordado en su garganta-. Espero que algún día tengas un hijo que te diga eso. Es la única manera de saber cuánto significa. -Tuvo que aclararse la garganta-. Voy a tener más en cuenta lo que haces. ¿Te parece justo?

-Sí, es justo.

-Empezaré por decirte que accederé a que me entrevistes cuando tengas tiempo para ello.

-Ahora lo tengo. ¿Y tú?

-¿Ahora? Bueno, yo... -No estaba preparado y buscaba alguna excusa.

-Deja que coja una cinta nueva.

Noah sabía cuándo tenía un pez en el anzuelo y lo aprovechaba. Volvió con una cinta y dos latas de coca-cola.

-No es tan difícil como crees -dijo mientras ponía una etiqueta en la cinta y la metía en la grabadora-. Tú hablas conmigo, me hablas del caso. Como solías hacer. Me contaste muchas cosas sobre éste. Incluso entonces tomé notas. El propio Tanner llamó a la policía. Lo tengo transcrito.

Como quería exactitud más que memoria, Noah sacó la ficha oportuna.

-Llamó a las doce cuarenta y ocho. «Está muerta. Dios mío, Julie está muerta. Hay sangre por todas partes. No puedo detener la sangre. Que alguien me ayude.» -Noah dejó el papel-. Hay más, pero esto es lo más importante. La operadora de la policía le hizo preguntas y consiguió que le diera la dirección.

-Primero acudieron los agentes de uniforme -dijo Frank-. El procedimiento habitual. La verja estaba abierta, igual que la puerta delantera. Entraron y encontraron el cuerpo y a Tanner en el salón delantero. Acordearon el lugar del crimen, informaron que se había producido un homicidio y pidieron hombres de Homicidios. Tracy Harmon y yo recibimos la llamada.

Para Noah, era como si aquella noche hubiera entrado en la casa con su padre. Sentía el cálido susurro del aire que agitaba las frondas de las palmeras y danzaba por los jardines bañados por la luz de la luna.

Coches de policía vigilaban la parte delantera, uno con las luces azules y rojas destellantes que se reflejaban en la escalinata de mármol, en los rostros de los agentes, en los otros coches.

Por la puerta abierta salía luz.

Un novato, con su uniforme aún recién planchado, vomitó lastimosamente sobre las alfombras.

Dentro, la magnífica araña de techo derramaba su cascada de luz sobre los inmaculados suelos blancos y resaltaba la mancha oscura del rastro de sangre, que iba en todas direcciones, cruzaba el vestíbulo, seguía el ancho pasillo, subía la escalinata de roble pulido.

Estaba acostumbrado a los asesinatos, a su violencia e inutilidad. Pero el primer vistazo de lo que habían hecho a Julie MacBride le sobrecogió. Recordaba exactamente las sensaciones que experimentó, la mezcla de compasión y horror. Y la abrumadora ola de furia que le estalló en la cabeza antes de reprimirla para hacer su trabajo.

A primera vista, parecía haberse producido una pelea: cristales rotos, muebles volcados, grandes manchas de sangre.

Pero había indicios de lo ocurrido. Los cadáveres siempre los dejan. Julie tenía las uñas enteras y limpias y las heridas defensivas de sus manos y brazos eran poco profundas. Él

se había acercado por detrás. Más tarde, Frank lo comprobaría con los hallazgos del forense, y, agachado junto al cuerpo, mentalmente vio la escena. El primer golpe había sido en la espalda, justo debajo de los omóplatos. Probablemente ella gritó, tropezó, trató de volverse. Debió de sentir asombro además de dolor. ¿Le vio la cara a él? ¿Vio su expresión? Él volvió a atacarla. ¿Ella había levantado un brazo para protegerse? «Por favor, no lo hagas. ¡Dios mío, no!» Intentó apartarse, derribó la lámpara, rompió el cristal, se hirió los pies descalzos. Se cayó, se arrastró, llorando. Él le clavó las tijeras una y otra vez, incluso cuando ella se quedó inmóvil, incluso cuando ella ya había muerto.

Dos agentes uniformados custodiaban a Sam en la habitación contigua. Tal como había ocurrido con el primer vistazo a Julie, esta imagen se grabaría en la mente de Frank. Estaba pálido, apuesto. Fumaba dando caladas rápidas. Tenía los ojos vidriosos, por la conmoción y las drogas. Estaba cubierto de sangre de su esposa.

-Alguien la ha matado. Alguien ha matado a Julie -no dejaba de repetir.

-Cuénteme lo ocurrido, señor Tanner.

-Está muerta. Julie está muerta. No he podido evitarlo. -¿No ha podido evitar qué?

-La sangre. -Sam se miró las manos y se echó a llorar.

En algún momento durante el interrogatorio inicial, Frank recordó que había una niña. Y fue a buscarla.

En su despacho, Noah transcribió las notas de la entrevista con su padre. Escribirlo, ver las palabras, le ayudó.

Cuando sonó el teléfono dio un respingo y se dio cuenta de que había estado trabajando durante horas. Las primeras vetas de la puesta de sol teñían el cielo.

Noah se apretó los ojos doloridos y respondió. -Soy Sam Tanner.

Instintivamente, Noah cogió un lápiz. -¿Dónde está?

-Estoy contemplando la puesta de sol. Estoy fuera y contemplo el sol hundirse en el agua.

-No me dijo que le soltarían antes, Sam. -No.

-¿Está en San Francisco?

-Ya estuve suficiente tiempo en San Francisco. Hace frío y es húmedo. Quería -ir a casa.

A Noah se le aceleró el pulso.

-¿Está en Los Ángeles?

-Tengo una habitación en Sunset. Estaba acostumbrado a otra cosa, Brady.

-Déme la dirección.

-Ahora no estoy allí. Estoy en la carretera, contemplando la puesta de sol -dijo casi soñoliento-. En un lugar donde sirven tacos y cerveza y una salsa que te hace saltar las lágrimas.

-Dígame dónde está. Me reuniré con usted.

Sam vestía unos pantalones caquis y una camisa de batista de manga corta, ambas prendas tan dolorosamente nuevas que aún tenían marcados los pliegues. Se sentó a una de las mesitas de hierro del patio del restaurante mexicano y se quedó contemplando el agua. Había algunos clientes en otras mesas, muchachos con el rostro fresco que picaban nachos y tomaban cerveza, la cual apenas tenían edad para comprar.

En contraste con ellos, Sam se veía viejo, pálido e, inexplicablemente, más ingenuo.

Noah pidió más tacos y otra cerveza para cada uno. -¿Qué sensación tiene?

-Pasé unos días en San Francisco, para orientarme. Después, tomé un autobús. Parte de mí seguía esperando que alguien me detuviera y me llevara de nuevo a la cárcel diciendo que todo había sido un error. Otra parte esperaba ser reconocido, oír a alguien gritar

«Mira, ése es Sam Tanner» y correr hacia mí para pedirme un autógrafo. Hay dos vidas separadas, y mi mente no deja de saltar de una a otra.

-¿Quiere que le reconozcan?

-Yo era una estrella. Un actor importante. Uno necesita la atención, no sólo alimentar el ego, sino acariciar al niño. Si no siguiera siendo un niño, ¿cómo podría ser bueno un actor? Al cabo de un tiempo tuve que olvidarme de eso. Cuando supe que las apelaciones no servirían de nada, que la jaula no iba a abrirse, tuve que olvidarlo para sobrevivir. Luego salí y todo acudió a mí de nuevo. Y por mucho que quería que alguien me mirara, me viera y me recordara, me daba mucho miedo que alguien lo hiciera. El pánico al escenario -Sam esbozó una débil sonrisa-, algo a lo que no he tenido que enfrentarme en mucho tiempo.

Noah no dijo nada mientras la camarera les servía la comida y las bebidas. Una vez se hubo alejado, se inclinó hacia adelante.

-Venir a Los Ángeles ha sido muy arriesgado, porque alguien le reconocerá, tarde o temprano.

-¿Adónde iba a ir? Esto está cambiado. Me he perdido dos veces andando por ahí. Por todas partes hay caras nuevas, en las calles, en los anuncios. La gente va de un lado a otro en grandes jeeps. Y no se puede fumar en ningún sitio.

Noah tuvo que reírse ante el desconcierto de Sam.

-Supongo que la comida es mejor que la de San Quintín.

-Había olvidado que existen sitios como éste. -Sam cogió un taco y lo examinó-. Antes, si no era el mejor restaurante, no me interesaba. Si no iban a verme, admirarme, envidiarme, ¿de qué servía?

Mordió un nacho, haciendo caso omiso de los trocitos de tomate, lechuga y salsa que cayeron al plato. Por unos instantes comió en concentrado silencio, una especie de atención huraña que Noah suponía tenía su origen en las comidas de la cárcel.

-Era un imbécil.

Noah alzó una ceja.

-¿Puedo citarles?

-De eso se trata, ¿no? Lo tenía todo: éxito, adulación, poder, riqueza. Tenía a la mujer más hermosa del mundo, que me amaba. Creía que me lo merecía todo, así que no valoraba lo que tenía. No lo valoraba ni lo veía como algo que no merecía. Por eso lo perdí todo.

Noah bebió un sorbo de cerveza sin apartar los ojos de Sam. -¿Mató usted a su esposa?

Al principio no respondió, sólo observó la última línea de sol hundirse en el mar.

-Sí. -Desvió la mirada y la fijó en Noah-. ¿Esperaba que lo negara? ¿De qué serviría? He cumplido veinte años de condena por lo que hice. Algunos dirán que no es suficiente. Tal vez tengan razón.

-¿Por qué la mató?

-Porque no podía ser lo que ella me pedía que fuera. Ahora pregúnteme si aquella noche cogí las tijeras y se las clavé en la espalda, si le corté la garganta.

-De acuerdo: ¿lo hizo?

-No lo sé. -Sus ojos volvieron a desviarse hacia el agua, entrecerrados-. No lo sé. Lo recuerdo de dos maneras, y las dos me parecen absolutamente reales. Dejé de pensar que importaba hasta que me dijeron que iba a morir. Ahora necesito saberlo y usted averiguará cuál de las dos versiones es la real.

-¿Cuál va a contarme?

-Ninguna, todavía no. Necesito dinero. Abrí una cuenta en este banco. -Sacó un papel:- Éste es el número. Se puede hacer una transferencia electrónica. Sería lo mejor.

-De acuerdo. -Noah se guardó el papel-. Lo tendrá allí mañana.

-Entonces hablaremos mañana.

A la mañana siguiente Noah llamó a Olivia, al centro naturalista. Acababa de tomar una ducha después de correr por la playa, y se, había servido un café. Oír la voz decidida, práctica, levemente ronca de Olivia le hizo sonreír.

-Hola, señorita MacBride. ¿Me echas de menos? -No particularmente.

-No lo creo. Has reconocido mi voz enseguida. -La oyó suspirar, seguro de que ella quería que lo oyera, con exasperación.

-¿Por qué iba a hacerlo? Hablas más que tres personas juntas.

-Y tú no hablas suficiente, pero tengo tu voz en mi cabeza. Anoche soñé contigo; era un sueño suave, en cámara lenta, con colores difuminados. Hacíamos el amor en la orilla de un río y la hierba estaba fresca y húmeda y salpicada de flores. He despertado con el sabor de tus labios en mi boca.

Hubo un momento de silencio.

-Qué interesante.

-¿Hay alguien en tu despacho?

-Momentáneamente. Gracias, Curtis, me ocuparé de eso. -Otra pausa-. Aquella orilla es una zona pública.

Noah rió tan fuerte que tuvo que sentarse en un taburete. -Me estoy volviendo loco por ti, Liv. ¿Te gustaron las flores? -Eran muy bonitas y completamente innecesarias.

-Claro que no. Te hicieron pensar en mí. Quiero que me tengas presente, Liv, para que cuando vaya allí reanudemos lo que iniciamos.

-¿Cuándo tienes intención de venir?

-Dentro de unas dos semanas; o antes, si puedo arreglarlo. -En esta época del año las reservas se hacen con mucha anticipación.

-Ya. Quiero decirte que' he hablado con Tanner. Está en Los Ángeles.

-Entiendo.

-Creía que te sentirías mejor si sabías dónde estaba.

-Sí, supongo que así es. Tengo que ir...

-Liv, puedes decirme cómo te sientes. Aparte del libro, sólo como a alguien que se preocupa por ti. Puedes hablar conmigo. -No sé cómo me siento. Sólo sé que no puedo permitir que

él cambie mi vida. No voy a permitir que nada ni nadie lo haga. -Tal vez descubrieras que algunos cambios no tienen por

qué ser dolorosos. Te haré saber cuándo iré allá. No dejes de pensar en mí, Olivia.

Ella colgó y exhaló un largo suspiro.

-Sigue soñando -murmuró, y pasó un dedo por los pétalos de una margarita.

No había sido capaz de resistirse a tenerlas en su despacho, donde podía verlas cuando se veía obligada a permanecer ante su escritorio.

Reconocía que Noah había hecho bien, y lo había encontrado increíblemente dulce y muy hábil. Las flores que él había mandado eran de todas las variedades que tenía en su jardín. El jardín al que ella no había podido resistirse. Noah sabía que cuando las mirara se acordaría de él.

Aunque habría pensado en él de todos modos.

Y le había mentido cuando le dijo que no le echaba de menos. En realidad le echaba mucho de menos. Si fueran diferentes personas en una situación diferente, entonces podrían ser amantes, quizá incluso amigos, sin sombras adheridas a su relación.

Ella nunca había tenido amistad con un amante, y en realidad nunca había tenido un amante, ya que este concepto añadía dimensión e intimidad al simple sexo.

Pero pensó que Noah insistiría en ser ambas cosas. Si le quería, tendría que dar más de lo que había estado dispuesta a dar, o sido capaz de dar, a nadie hasta ese momento. Una cosa más en la que pensar, decidió. Se frotó la nuca para aliviar la tensión, giró en la silla hacia el teclado y empezó a programar las actividades de otoño, con especial atención a las excursiones de colegios que esperaba poner en marcha.

Gruñó cuando llamaron a la puerta.

-¿Eso ha sido un «pasa» o un «largo de aquí»? -preguntó su abuelo cuando entró con un paquete en las manos.

-Para ti es «pasa» y para los demás es «largo de aquí». Estoy trabajando en las actividades de otoño. -Giró en la silla y preguntó:- ¿Qué hay en esa caja?

-No lo sé. Ha llegado al albergue y parece que viene de Los Ángeles . Es para ti.

-¿Para mí?

-Supongo que es del mismo joven que te envió las flores. -Dejó el paquete en el escritorio-. Y diría que tiene buen gusto para las mujeres.

-Cosa que dices con absoluta objetividad, ¿verdad?

-Por supuesto. -Rob se sentó en una esquina del escritorio y le cogió las manos-. ¿Cómo está mi chica?

-Bien. -Le dio un apretón tranquilizador-. No te preocupes por mí, abuelo.

-Tengo permiso para preocuparme. Forma parte del trabajo. -Había estado tan tensa, tan pálida, al regresar de California...-. No importa que él haya salido en libertad, Livvy. Yo he hecho las paces con eso. Espero que tú también las hagas.

-Estoy en ello. -Se levantó y fue a ordenar unas fichas que no necesitaban ser ordenadas-. Noah acaba de llamar. Quería decirme que ha hablado con él.

-Es mejor que lo sepas.

-Sí. Agradezco que él lo entienda y lo respete, que no me trate como si fuera tan frágil que fuera a romperme, que necesitara ser protegida de... -Sintió una oleada de calor en el rostro-. No quería decir...

-Está bien. No sé si hicimos lo correcto, Livvy, trayéndote aquí, apartándote de todo. Lo hicimos porque creímos que era lo mejor.

-Traerme aquí fue exactamente lo que había que hacer. -Dejó las fichas para darle un fuerte abrazo-. Nadie podría haberme dado más amor o un hogar mejor que tú y la abuela. No permitiremos que él entre en nuestro pensamiento y nos trastorne. -Tenía los ojos húmedos de emoción-. No lo permitiremos.

-Sigo queriendo lo mejor para ti, aunque ya no estoy tan seguro de qué es. Este joven... - Señaló hacia las flores- te plantea muchas cosas que afrontar al mismo tiempo. Pero tiene una mirada franca y me merece confianza.

-Abuelo -se inclinó y le dio un beso en la mejilla-, ya soy mayor para decidir eso por mí misma, y no soy nada tonta. -Aún eres mi niña. ¿No vas a abrir el paquete?

-No, eso sólo le animaría. -sonrió-. Intenta camelarme. -¿De veras?

-Supongo que un poco. Tiene intención de volver pronto., Decidiré lo encantada que

estoy cuando le vea de nuevo. Ahora, a trabajar.

-Si vuelve por aquí, le vigilaré. -Rob le hizo un guiño y se encaminó hacia la puerta, pero se detuvo con una mano en el pomo y miró a Olivia-. ¿Te hemos tenido demasiado sujeta, Livvy? ¿Hemos sido demasiado estrictos? -Meneó la cabeza antes de que ella respondiera-. Sea lo que sea, has crecido a tu manera. Tu madre estaría orgullosa de ti.

Cuando se quedó a solas, Olivia se sentó e hizo esfuerzos por contener las lágrimas, que eran de pena y alegría al mismo tiempo. Esperaba que su abuelo tuviera razón, que su madre estuviera orgullosa y no viera a su hija como una mujer distante, dura, temerosa de abrirse a alguien que no fuera de la familia, que siempre había estado a su lado.

¿Preguntaría Julie, la bella y brillante Julie, a su hija dónde estaban sus amigos? ¿Dónde estaban los chicos por los que suspirar, los hombres a los que amar? ¿Dónde está la gente que has tocado o que has hecho formar parte de tu vida?

¿Qué respondería yo?, se preguntó Olivia. No hay nadie. Nadie.

De pronto, esto la entristeció y las lágrimas amenazaron con brotar de nuevo. Parpadeó y se quedó mirando el paquete que había sobre su escritorio.

Noah, pensó. Estaba intentando llegar hasta ella. ¿No era hora de que le dejara?

Sacó una pequeña navaja y cortó la cinta de embalaje. Se detuvo y sintió el placer de la anticipación. Pensó en Noah mientras levantaba la tapa.

Hurgó apresurada entre las virutas protectoras, que se derramaron sobre el escritorio cuando sacó el contenido de la caja. Cristal o porcelana, pensó, alguna figurita. Se preguntó si él habría buscado la estatua de una marmota y sonrió.

Pero el buen humor se le atragantó y dio lugar a un gélido pánico que se desató en su pecho. Su respiración agitada se convirtió en un grito estruendoso en la cabeza. Dejó caer la figurita como si se tratara de una serpiente. Y se quedó mirando fijamente, temblando y meciéndose, el rostro benévolo y hermoso del Hada Azul en equilibrio sobre la caja de música.

24

Nunca quise estar solo. -Sam sostenía la taza de café que Noah le había ofrecido y miraba el sol con los ojos entrecerrados-. Estar solo fue como un castigo, un fracaso. Julie lo prefería. No necesitaba como yo ser el centro de atención.

-¿Necesitaba o necesita? -puntualizó Noah, y Sam sonrió.

-He aprendido que la soledad tiene sus ventajas. Julie siempre lo supo. Cuando nos separamos, cuando compré la casa de Malibú, la idea de vivir allí solo era casi tan aterradora como la de vivir sin ella. No recuerdo mucho de la casa de Malibú. Supongo que era similar a ésta.

Miró hacia la casa, la madera, el cristal, las flores. Luego, desvió la mirada hacia el océano.

-La vista no habría sido muy diferente. ¿A usted le gusta estar solo?

-Mi trabajo requiere soledad.

Sam asintió en silencio.

Noah había debatido si era más prudente realizar la entrevista en su casa. Al final, le había parecido más práctico. Tendrían la intimidad requerida y, al instalarse en el porche, Sam veía satisfecho su deseo de estar al aire libre. No había encontrado ningún argumento en contra, puesto que Sam ya conocía su dirección.

Esperó mientras Sam encendía otro cigarrillo.

-Hábleme de la noche del 28 de agosto.

-No quería estar solo -volvió a decir Sam-. No trabajaba, acababa de despedir a mi agente. Estaba cabreado con Julie. ¿Quién demonios se creía que era, echándome de casa cuando era ella la que follaba por ahí? Llamé a Lydia. Quería compañía, compasión. Ella odiaba a Julie, así que sabía que me diría lo que quería oír. Imaginé que nos colocaríamos y haríamos el amor, como en los viejos tiempos. Eso le daría una lección a Julie. Formó un apretado puño con la mano sobre la rodilla y empezó a golpearla rítmicamente.

-No estaba en casa. Su doncella me dijo que pasaría la velada fuera de casa. Esto también me irritó. No podía confiar en nadie, no había nadie cuando lo necesitaba. Podía acudir a otras personas, pero pensé: Al infierno con ellos. Esnifé una raya para animarme, luego cogí el coche y me dirigí a Los Ángeles.

Se interrumpió y se frotó la sien como si tuviera dolor de cabeza, y siguió golpeándose la rodilla con el puño.

-No sé a cuántos clubes fui. En el juicio testificaron diferentes personas que me habían visto en diferentes lugares aquella noche. Dijeron que yo estaba beligerante, que buscaba camorra. ¿Cómo sabían ellos lo que buscaba si yo mismo no lo sabía?

-Los testigos declararon que usted buscaba a Lucas Manning, que tuvo una pelea con los de seguridad en un club, que lanzó al suelo una bandeja de bebidas en otro.

-Seguro que lo hice. -Sam se encogió de hombros, pero su mano prosiguió con ritmo regular y firme-. Todo está confuso. Luces brillantes, colores vivos, caras, cuerpos. Esnifé otra raya en el coche. Quizá dos antes de dirigirme hacia mi casa. También había bebido. Tenía mucha energía y rabia y sólo pensaba en Julie. Arreglaríamos las cosas de una vez por todas.

Se recostó en la silla y cerró los ojos. Dejó la mano quieta y luego empezó rascarse la rodilla.

-Recuerdo los árboles recortados sobre el cielo, como un cuadro. Y los faros de los otros coches eran como soles, ardiendo contra mis ojos. Los latidos del corazón me retumbaban en la cabeza. -Abrió los ojos, azules e intensos, y miró a Noah-. La verja está cerrada. Sé que él está con ella, ese hijo de puta. Cuando ella acude al interfono le digo que abra la verja, que necesito hablar con ella. Voy con cuidado, mido mis palabras y mantengo la calma. Sé que ella no me dejará entrar si sabe que me he colocado y he bebido. Me dice que es tarde, pero yo insisto, la convengo. Ella cede. Conduzco hasta la casa. La luz de la luna me hiere los ojos. Y ella está en la puerta. Viste el camisón de seda blanca que le regalé por nuestro último aniversario. Lleva el pelo suelto, que le llega hasta los hombros; va descalza. Está tan hermosa... y fría, su rostro es frío, como tallado en mármol. Me dice que hable deprisa, que está cansada, y entra en el salón.

»Hay un vaso de vino en la mesa, y revistas. Las tijeras son de plata y de hoja larga. Ella coge la copa de vino. Sabe que estoy colocado y se enfada. "¿Por qué te haces esto? -me pregunta-. ¿Por qué nos haces esto a mí y a Livvy?" -Sam se llevó una mano a los labios y se los frotó-. Le digo que es culpa suya, porque ha dejado que Manning le pusiera las manos encima, porque ella puso su carrera por delante de nuestro matrimonio. Es una vieja discusión, pero esta vez da un giro diferente. Ella dice que ha terminado conmigo, que no hay ninguna posibilidad para nosotros y que quiere que ya salga de su vida. Yo le repugno.

Actor aún, hacía hincapié en las palabras, hacía pausas y ponía pasión.

-Ella no alza la voz, pero veo salir las palabras de su boca. Las veo como humo rojo y me ahogan. Ella me dice que nunca ha sido más feliz que cuando me echó de casa y no tiene intención de cargar con problemas de drogas. Manning no sólo es mejor actor, sino mejor amante. Y es cierto, él es su amante. Él le da todo lo que yo no puedo darle.

Noah vio que los ojos de Sam estaban vidriosos y entrecerró los suyos.

-Me apartó como si yo no fuera nada -murmuró Sam, y luego alzó la voz hasta gritar: ¡Como si todo lo que habíamos vivido juntos no fuera nada! El humo rojo de sus palabras me cubre la cara, me arde en la garganta. Las tijeras de largas hojas están en mis manos. Quiero clavárselas. Ella grita, la copa se escurre de su mano y se hace añicos. Le brota sangre de la espalda. Como si hubiera sacado un corcho de una botella de vino. Ella se tambalea, se oye un estrépito. No veo a través del humo, sólo sigo acuchillando con las tijeras. Tengo las manos y la cara llenas de sangre. Estamos en el suelo, ella se arrastra, las tijeras son como parte de mi mano. No puedo detenerlas. No puedo parar. -Cerró los ojos y apretó los puños en las rodillas-. Veo a Livvy en el umbral de la puerta, mirándome fijamente con los ojos de su madre...

Le temblaba la mano cuando cogió su taza de café. Tomó un sorbo largo, como un hombre que encuentra agua después de andar perdido por el desierto.

-Ésta es una manera en que lo recuerdo. ¿Podría tomar algo fresco, un poco de agua?

-Claro. -Noah apagó la grabadora y fue a la cocina.

Allí, apoyó las manos en el mostrador. Un sudor helado le perlaba la piel. Las imágenes del asesinato eran espantosas. Había leído las transcripciones y estudiado los informes; sabía qué cabía esperar. Pero la hábil narración de Sam le había formado un nudo en el estómago. Esto, y la idea de Olivia saliendo de la cama y entrando en una pesadilla.

¿Cuántas veces lo habrá revivido?, se preguntó.

Sirvió dos vasos de agua mineral con hielo e hizo acopio de fuerzas para volver.

-Se preguntará usted si aún puede ser objetivo -dijo Sam cuando Noah regresó-. Se preguntará cómo puede estar aquí conmigo y respirar el mismo aire.

-No se preocupe. -Noah le tendió un vaso y se sentó. Forma parte de mi trabajo. Me pregunto cómo vive usted consigo mismo. Qué ve cuando se mira en el espejo cada mañana.

-Me tuvieron vigilado durante dos años por miedo a que me suicidara. Hicieron bien. Pero al cabo de un tiempo aprendes a pasar de un día al siguiente. Yo amaba a Julie, y ese amor era lo mejor de mi vida. Pero no fue suficiente para hacerme un hombre.

-¿Y veinte años en la cárcel lo han conseguido?

-Estos veinte años me han hecho lamentar haber destruido todo lo que tenía. El cáncer me hizo decidir coger lo que me quedaba.

-¿Qué le queda, Sam?

-La verdad, y afrontarla. -Tomó otro sorbo de agua-. También recuerdo aquella noche de otra manera. Empieza igual, tomando drogas, yendo de un local a otro, dejando que la droga alimente la rabia. Pero esta vez, cuando llego allí las puertas están abiertas. Eso me encoleriza. Si Manning está dentro... Sé muy bien que está dentro. Puedo imaginarle montando a mi mujer. Esto me pone furioso. Pienso que voy a matarle con mis propias manos, delante de ella. Las luces están encendidas. Entro, buscando pelea. Empiezo a subir la escalera, seguro de que los pillaré en la cama, pero oigo música en el salón. Deben de estar follando allí, con la música puesta, la puerta abierta y mi hija en el piso de arriba. Entonces yo...

Se interrumpió, se acabó el agua y dejó el vaso.

-Hay sangre por todas partes. Al principio ni siquiera la reconozco. Es demasiado para ser real. Hay cristales rotos. La lámpara que habíamos comprado en nuestra luna de miel está hecha pedazos en el suelo. La cabeza me zumba por la coca-cola con vodka, pero pienso: Dios mío, han entrado a robar. Y la veo. Dios mío, la veo en el suelo.

La voz se le quebró con la misma perfección del torrente de violencia de la primera versión.

-Estoy arrodillado a su lado, pronunciando su nombre, tratando de levantarla. Tiene el cuerpo ensangrentado. Sé que está muerta, pero le digo que despierte, tiene que despertar. Le arranco las tijeras de la espalda. Y allí está Livvy, mirándome fijamente.

Sacó un cigarrillo y encendió una cerilla; la llama tembló como si hubiera viento.

-La policía no se creyó esta versión. -Exhaló el humo-. Ni el jurado. Al cabo de un tiempo, yo también dejé de creérmela.

-No estoy aquí para creer nada, Sam.

-No. -Asintió con expresión taimada-. Pero se lo preguntaré, ¿no?

-Según Manning, él y Julie nunca tuvieron una aventura. No porque él no lo intentara, fue franco en este aspecto. -Noah estaba con su padre en el patio del centro juvenil mientras un grupo de niños jugaba a baloncesto en la cancha recién asfaltada-. Estaba enamorado de ella, o encaprichado, pasaron mucho tiempo juntos, pero ella le consideraba un amigo.

-Eso es lo que declaró durante la investigación.

-¿Tú le creíste?

Frank meneó la cabeza cuando vio a uno de sus muchachos perder el balón.

-Fue convincente. La declaración del ama de llaves le respaldó. Ella juró que ningún hombre había pasado ninguna noche en aquella casa más que el marido de su ama. Era una mujer muy leal a Julie y podía estar encubriéndola. Pero no le hicieron cambiar de opinión. La única prueba en sentido contrario era lo que Sam Tanner creía y los chismes usuales. En lo que se refería al caso, no importaba ni una cosa ni la otra. Tanner creía en el adulterio y para él era real y parte del móvil.

-¿No te parece extraño que Manning y Lydia Loring acabaran siendo amantes al cabo de pocos meses?

-En su ambiente es normal.

-Sólo hipotéticamente, si no hubierais pillado a Tanner, ¿dónde habríais buscado?

-Le habíamos pillado pero también buscamos. Interrogamos a Manning, a Lydia, al ama de llaves, al agente, a la familia. En particular a los Melbourne, ya que ambos trabajaban para Julie. Investigamos a fondo a Jamie Melbourne. Ella heredó una suma considerable por la muerte de su hermana. Repasamos el correo de fans de Julie, separamos a los lunáticos y los examinamos por si algún fan obsesionado hubiera logrado superar la seguridad. La cuestión es que Tanner estaba allí. Sus huellas se encontraban en toda el arma asesina. Tenía motivos, medios y oportunidad. Y su propia hija le vio. -Frank se removió-. Tuve algunos problemas con el caso durante los primeros días. No era tan sólido como yo quería que fuera.

-¿Qué quieres decir?

-Que el modo en que Tanner se comportaba, el modo en que mezclaba dos noches diferentes, dos altercados diferentes con Julie, o fingía hacerlo... Al principio no encajaba. Luego me di cuenta de que había estado jugando conmigo. No dejes que lo haga contigo, Noah.

-Descuida. -Pero se metió las manos en los bolsillos y empezó a pasearse-. Escucha: hace unos días me dijo que tenía dos versiones de aquella noche. La primera encaja con la tuya casi a la perfección. Tanner se mete en el papel cuando lo describe. Podría estar reinterpretando una escena de crimen en una película. Luego me contó la otra versión, la de que fue allí y la encontró muerta. Le tiemblan las manos y palidez e. Su voz sube y baja como en una montaña rusa.

-¿Cuál te creíste tú.

-Las dos.

Frank asintió.

-Y la última que te contó es la que le presenta como inocente, ¿no? Que la impresión sea profunda.

Noah suspiró.

-Sí, lo pensé.

-Tal vez aún desea que hubiera sido de la segunda manera. Yo creo, Noah, que después deseó que ella no hubiera abierto la puerta aquella noche. Por lo demás, no olvides nunca un punto clave -añadió Frank-: Tanner es actor y sabe venderse.

-No lo olvido -murmuró Noah. Pero se lo estaba preguntando.

Decidió cambiar de dirección e ir a ver a su madre. Al día siguiente viajaría a Washington. Esta vez iría en avión y luego alquilaría un coche. No quería perder tiempo en la carretera.

Celia estaba sentada en su porche lateral, repasando el correo y tomando té. Levantó la cabeza para que Noah le diera un beso y luego le entregó un impreso.

-¿Has visto esto? Amenazan con recortar los fondos para preservar el elefante marino.

-Vaya.

-Es lamentable. El Congreso vota darse un aumento y despilfarra millones de dólares que paga el contribuyente, pero se queda sin hacer nada ante otra especie en peligro de extinción.

-A por ellos, mamá.

Ella resopló, dejó la carta y abrió otra.

-Tu padre está en el centro juvenil.

-Lo sé, acabo de estar allí. Se me ha ocurrido venir a verte antes de irme a Washington mañana.

-Me alegro. ¿Por qué no te quedas a cenar? Tengo una nueva receta de corazones de alcachofa.

-Vaya, es... tentador, pero tengo que preparar el equipaje. -Mentiroso -repuso ella con una carcajada-. ¿Cuánto tiempo estarás fuera?

-Depende.

-¿Te está dando mucho trabajo el libro? -Bastante, pero nada importante.

-Entonces, ¿por qué no te quedas?

-Tengo un poco de trabajo atrasado. -Tomó un poco de té del vaso de su madre. Dio un respingo. Ella se negaba a ponerle un solo grano de azúcar-. Algo personal. Sobre Olivia MacBride.

-¿De veras? -Celia sonrió-. ¡Qué bien!

-No sé por qué te satisface tanto. No la has visto desde que era una niña.

-He leído las cartas que ha escrito a tu padre. Me parece una joven inteligente y sensata, muy distinta de las que tú sueles elegir, en particular de esa Caryn. Por cierto, aún no ha

aparecido.

-Bien. Que se quede donde esté.

-Supongo que estoy de acuerdo. Y me gusta oírte decir que te interesa alguien. Nunca me dices nada cuando te interesa una mujer, sólo que sales con alguien.

-Hace años que Liv me interesa.

-¿De veras? Tenía doce años cuando la viste por última vez. -Dieciocho. Fui a verla hace seis años, cuando ella estudiaba en la universidad.

Sorprendida, Celia dejó de abrir el correo.

-¿Fuiste a verla? Nunca lo mencionaste.

-No, porque no quedé muy satisfecho con el resultado. -Suspiró-. De acuerdo, versión condensada: quería escribir el libro y fui a verla para que cooperara. Pero cuando la vi... bueno, no podía pensar, con todo lo que sentí sólo al mirarla.

-Noah -Celia le cogió una mano-, no tenía ni idea de que hubieras tenido esos sentimientos con nadie.

-Pero lo estropeé. Cuando descubrió por qué estaba allí, se sintió dolida. No quiso escuchar mis disculpas o explicaciones. Simplemente, cerró la puerta.

-¿La ha abierto otra vez?

-Me parece que ha descorrido un par de cerrojos.

-No fuiste sincero con ella la primera vez, y acabó mal. Esto debería enseñarte algo.

-Sí, pero antes tengo que hacer que se rinda. -Como se sentía mejor después de decirlo en voz alta, sonrió-. Es mucho más dura de lo que era a los dieciocho.

-Pensarás mejor de ella si te hace esforzarte. -Le dio unas palmaditas en la mano y volvió a su correo-. Te conozco, Noah. Cuando quieres algo, lo consigues. A lo mejor no enseguida, pero no paras hasta conseguirlo.

-Tengo la sensación de que he perseguido a Olivia MacBride la mayor parte de mi vida. Entretanto... ¿Mamá? ¿Qué ocurre?

Celia se había quedado mortalmente pálida y Noah temió que hubiera sufrido un ataque al corazón.

-Noah, Dios mío. -Aferró la mano que él le había puesto en la cabeza-. Mira, mira.

Noah le cogió el papel de la mano y no le hizo caso, mientras procuraba calmarla.

-Tranquila. Quédate quieta. Respira. Llamaré a un médico. -¡No, por el amor de Dios, mira! -Le cogió la muñeca y le quitó el papel que sujetaba.

Entonces Noah lo vio. Era una fotocopia mal hecha, pero reconoció la fotografía de la policía que documentaba el cuerpo de Julie MacBride en la escena del crimen.

Él tenía una copia en sus archivos y, aunque la había mirado incontables veces, le resultó aterradora. Se dio cuenta de que no era una fotocopia, sino una fotografía escaneada en un ordenador, igual que las palabras que había debajo de la fotografía: «Puede volver a suceder. Y puede sucederte a ti.»

Una rabia fría le invadió cuando miró los ojos horrorizados de su madre.

-Esta vez se ha equivocado -murmuró Noah.

Esperó a que su padre volviera corriendo a casa. Pero por mucho que discutió y suplicó, no consiguió hacerle esperar a que llegara la policía.

Aquel hijo de puta le había tomado el pelo. Ahora amenazaba a su familia. Venganza, supuso Noah cuando salió de su coche y enfiló por Sunset. Venganza contra el policía que había ayudado a meterle en la cárcel. Perseguir a la familia. Tentar al hijo, contarle la historia, coger el dinero y luego aterrorizar a la esposa.

Noah entró en el edificio de apartamentos, echó una mirada al ascensor y decidió subir a pie. Aquí había acabado aquel hombre poderoso, pensó. La pintura se estaba desconchando, la escalera estaba sucia y el aire apestaba.

Pero no había acabado lo bastante lejos.

A aquel hijo de puta le gustaban las mujeres como víctimas. Llamó con el puño a la puerta del apartamento del segundo piso. Mujeres y niñas. A ver cómo se las arreglaba cuando tenía que vérselas con un hombre.

Volvió a llamar y pensó en derribar la puerta a patadas. -Si está buscando al viejo, se ha largado. Noah miró a la mujer; bueno, a la puta, se corrigió. -¿Adónde?

-Eh, yo no sigo la pista a los vecinos, cielo. ¿Eres poli? -No; tengo negocios con él.

-Tienes pinta de poli -decidió la mujer tras examinarle de arriba abajo-. ¿Agente de la provisional?

-¿Qué te hace pensar que él lo necesita?

-Mierda, ¿crees que no sé distinguir a un preso? Estuvo mucho tiempo en chirona. ¿Qué hizo, mató a alguien? -Sólo quiero hablar con él.

-Bueno, pues no está aquí. -No paraba de moverse, ofreciendo a Noah desagradables efluvios de perfume barato y sexo rancio-. Hizo su maleta y se marchó ayer.

Mucho después de que el centro naturalista hubiera cerrado por aquel día, Olivia aún trabajaba en su despacho. Los papeles tenían la mala costumbre de acumularse a finales de primavera y verano. Ella prefería llevar de excursión a los grupos, dar conferencias o ir a pasar unos días a la zona remota del bosque.

Se sorprendió mirando fijamente el teléfono, otra vez, y maldijo en voz baja. Era humillante, absolutamente mortificante, darse cuenta de que parte de la razón por la que volvía a quedarse a trabajar hasta tarde era la esperanza de que Noah le llamara.

Y no lo había hecho en dos días, se recordó. No es que tuviera la obligación de llamarla, claro. Tampoco es que ella no pudiera llamarle, si quería hacerlo, pero no lo haría porque parecería que esperaba que él la llamara.

Se estaba comportando como una chiquilla enamorada. Al menos así lo creía. Nunca había sido una chiquilla enamorada. Aparentemente, a los dieciséis años era más sensata que ahora.

Ahora soñaba despierta ante las flores que él le había enviado. Recordaba exactamente el tono de su voz al pronunciar su nombre después de besarla. El tacto de sus manos sobre su rostro. El pequeño vuelco de asombro y placer que sintió en el estómago. .

El modo en que hablaba, dándole golpecitos hasta que ella se rindió y rió. Él había sido el primer hombre que la había atraído y que le había hecho reír. Y sin duda era el único hombre en el que había pensado cuando no estaba delante de él.. No, quizá debería decir el segundo, ya que la versión más joven de Noah la había atraído, encantado, confundido. Ahora eran lo bastante diferentes para que esto... lo que hubiera entre ellos, fuera algo nuevo. Y muy atractivo.

Suponía que esto decía tanto sobre ella como sobre él.

Olivia no había tenido más que compromisos superficiales, y ni siquiera había deseado muchos. Pero ¿por qué estaba allí sentada analizando sus sentimientos cuando, para empezar, no quería tener sentimientos? Ya tenía bastantes cosas de las que preocuparse sin añadir a Noah Brady.

Miró hacia el pequeño armario. Había escondido allí la cajita de música. ¿Por qué se la había enviado? ¿Era una propuesta de paz o una amenaza? No quería lo primero y se

negaba a ser intimidada por lo segundo.

Pero no había sido capaz de tirarla.

Cuando sonó el teléfono, dio un respingo, como una tonta, y puso los ojos en blanco. Tenía que ser Noah, pensó. ¿Quién, si no, la llamaría tan tarde? Se contuvo para no contestar enseguida y lo dejó sonar tres veces.

Cuando respondió, su voz sonó fría y brusca. -Centro Naturalista de River's End.

Oyó la música, débilmente, e imaginó a Noah componiendo una escena para una llamada telefónica romántica. Se echó a reír y fue a hacer algún comentario, pero se vio incapaz de pronunciar una sola palabra.

Reconoció la melodía: La bella durmiente, de Chaikovsky. Aquella composición la transportó a una cálida noche de verano y al olor metálico de la sangre. Apretó el auricular con fuerza mientras el pánico invadía su cuerpo.

-¿Qué quieres? -Con la mano libre se frotó entre los senos como para disipar la creciente opresión-. Sé quién eres. Sé lo .que eres.

El monstruo estaba libre.

-No te tengo miedo.

Era mentira. Una corriente de terror le inundó el vientre y le rezumó en la piel. Olivia quería esconderse bajo el escritorio, hacerse un ovillo. Desaparecer, simplemente.

-Aléjate de mí. -El miedo se traslució en su voz-. ¡Aléjate de mí!

Colgó con un golpe y, presa del pánico, salió corriendo.

El pomo de la puerta le resbaló de la mano, lo que le hizo gemir de frustración, hasta que consiguió abrir. El local se hallaba a oscuras, en silencio. El teléfono sonó, de nuevo. Ella gritó y echó a correr. Le dolían los pulmones al respirar; sus sollozos rompían el silencio. Tenía que salir. Ponerse a salvo.

Y cuando llegó a la puerta, la abrió y se encontró con la sombra de un hombre.

La visión de Olivia se hizo confusa. Oyó débilmente que alguien la llamaba. Unas manos atenazaron sus brazos. Se sintió desfallecer y todo se volvió negro.

-¡Eh, eh! Despierta.

La cabeza le daba vueltas. Sentía unas palmaditas en la cara, el roce de unos labios sobre los suyos. Tardó un momento en comprender que se encontraba en el suelo y era acunada como una niña pequeña en el regazo de Noah.

-Deja de darme bofetadas, tonto. -masculló. Yacía inmóvil debido a la vergüenza y el pánico.

-Eso está mejor. Bien. -Él le cubrió la boca con la suya y en el beso vertió un océano de alivio-. Es la primera vez que una mujer se desmaya a mis pies. No puedo decir que me guste mucho. -No me he desmayado.

-Entonces has hecho una imitación fantástica. -Sólo había estado inconsciente unos segundos, aunque a él le habían parecido una eternidad-. Lamento haberte asustado viniendo así. He visto luz en tu despacho.

-Deja que me levante.

-Quédate así un minuto. Me parece que tus piernas aún no están listas para sostenerte. - Apoyó la mejilla en la de Olivia-. Bueno, por lo demás, ¿qué tal estás?

A ella le entraron ganas de reír y de llorar. -Oh, muy bien. ¿Y tú?

Noah le cambió la postura y le sonrió. El simple hecho de verla, de ver sus claros ojos ambarinos, su pálida piel, hizo que algo se removiera en su interior.

-Te he echado mucho de menos. -Le acarició el cabello-. Es muy extraño. ¿Sabes cuánto

tiempo hemos pasado juntos realmente?

-No.

-No el suficiente -murmuró, y volvió a besarla en la boca. Ella le rodeó con sus brazos. Él se sintió transportado y lo maravilloso de la situación le pareció tan natural como respirar.

Ahora ella no tenía defensas. Él respiró con suavidad, lentamente, seguro hasta que no hubo más que el contacto de los labios.

-Liv. -La besó en la barbilla y fue subiendo hasta la sien-. Déjame cerrar la puerta.

-¿Mmmm?

La soñolienta respuesta de Olivia tenía chispas en su calidez.

-La puerta. -Le pasó una mano por el pecho, abriendo los dedos cuando ella se arqueó contra él-. No quiero hacer el amor contigo en un vestíbulo con la puerta abierta.

Ella emitió otro sonido suave, mordisqueándole el labio inferior mientras trataba de cerrar la puerta.

Entonces sonó el teléfono y Olivia forcejeó para soltarse. -Sólo es el teléfono. Por Dios. - Noah la abrazó con fuerza. -Es él. ¡Suéltame! Es él.

Noah no preguntó a quién se refería. Olivia sólo empleaba aquel tono cuando hablaba de su padre.

-¿Cómo lo sabes?

Sus ojos reflejaban pánico.

-Ha llamado antes.

-¿Qué te ha dicho?

-Nada. -Olivia se acurrucó y se apretó las manos a los oídos-. Nada, nada.

-Está bien. Quédate aquí. -La apartó y entró en el despacho, pero cuando iba a coger el teléfono, dejó de sonar.

-Era él. -Olivia logró ponerse de pie y andar hasta la puerta, temblorosa-. No ha dicho nada. Sólo ha puesto la música que mi madre tenía en el estéreo la noche en que él la mató. Quiere que sepa que no ha olvidado.

25

Consiguió reservar una habitación sólo por una noche. El albergue estaba al completo. Quedaban un par de plazas en el camping, pero a él esa zona no le gustaba. Aun así, iba a tener que resignarse y comprarse un poco de equipo de acampada si decidía quedarse.

Y estaba decidido a quedarse.

Su plan original había sido alquilar una bonita suite en algún hotel situado a una distancia razonable donde pudiera trabajar y seducir a Olivia con estilo. Pero después de lo que había sabido la noche anterior, no estaba dispuesto a quedarse muy lejos.

Tenía intención de vigilarla, y la única manera de hacerlo era quedarse allí y ser mas terco que ella.

La noche anterior también esto se había puesto a prueba. Ella le había contado lo de la llamada telefónica, la caja de música, y su miedo había estado presente en la habitación. Pero en el instante en que habían salido, Olivia volvió a ponerse dura y se apartó de él.

Noah pensó que en parte se sentía turbada por haber mostrado una debilidad. Pero por otra parte, pensó que era la manera en que ella había tapado cualquier agujero practicado en sus defensas durante años. Lo apartaba, lo encerraba y se negaba a hablar de ello.

Se había enfadado cuando él dijo que iba a acompañarla a casa. Ella conocía el camino,

dijo, él se perdería al regresar, ella no necesitaba guardaespaldas. Y nadie la secuestraría. Noah salió a su pequeña terraza del primer piso y contempló el profundo verdor del bosque estival.

Nunca hasta entonces había arrastrado, literalmente, a una mujer a su coche, pensó. Jamas había luchado con ninguna en un combate personal que no tuviese por meta el sexo. Y nunca había estado tan cerca de perder con un chica.

Se frotó las magulladas costillas.

Se preguntó si debería avergonzarse de haber disfrutado tanto con ello, pero pensó que no. La había llevado a casa sana y salva y había logrado esquivar su último puñetazo y puntuar su victoria con un beso muy satisfactorio.

Hasta que ella le mordió.

Dios mío, se había puesto furioso.

Y había decidido plantar cara a Sam Tanner, para mantener a Olivia a salvo y para darle un poco de sosiego espiritual. Volvió a entrar y telefoneó a su padre.

-¿Cómo está mama?

-Bien. Hoy la he llevado en coche al trabajo y me ha prometido que no iría a ninguna parte sola. La llevaré yo de un lado a otro hasta que... hasta que...

-¿No has sabido nada de Tanner?

-No. Retiró dos mil en efectivo de su cuenta bancaria. Alquiló la habitación para una semana. Estamos... la policía esta interesada en interrogarle acerca de la fotografía, pero no pueden hacer gran cosa. He tirado de algunos hilos y un par de compañeros han comprobado las reservas en los aeropuertos y estaciones de tren por si había alguna a su nombre. Nada.

-Hay que encontrarle. Contrata a un detective. Al mejor que conozcas. Puedo pagarlo.

-Noah...

-Es mi fiesta. Yo pagaré la factura. Haré que puedas dejarme mensajes aquí, en el albergue. Voy a pasar unos días en una tienda y es posible que no tenga el móvil conmigo, o sea que no siempre podrás localizarme. Te llamaré lo mas a menudo que pueda.

-Noah, si ha decidido que es hora de vengarse, tú eres un objetivo. Se esta muriendo, no tiene nada que perder.

-Me crié con un poli. Sé cuidarme. Ocúpate de mama.

Frank esperó un segundo.

-Sé cuidar lo que es mío. Ten cuidado, Noah.

-Lo mismo digo. -Colgó y empezó a pasearse por la pequeña habitación mientras trataba de dar con una idea. Cuando se le ocurrió, era tan sencilla, tan perfecta, que sonrió-. Yo también sé cuidar de lo mío -murmuró.

Y, esperando que ella se hubiera calmado, fue a buscar a Olivia.

Ella no se había calmado. En realidad, estaba mimando su mal genio como una devota madre mimaría a su hijo. Cada vez que el teléfono de su despacho sonaba, ponía una capa de mal genio sobre el pánico que sentía.

Cuando Noah entró, ella se levantó despacio, con los ojos fríos.

-Saca tu culo de mi despacho -le espetó-. Y de la propiedad de los MacBride. Si dentro de diez minutos no te has marchado de aquí, llamaré a la policía y te acusaré de asalto.

-No conseguirías nada -dijo él con una desfachatez que enfureció aún más a Olivia-. Soy yo el que tiene magulladuras -se apresuró a añadir, y cerró la puerta tras de sí-. Bueno,

quiero proponerte un trato.

-¿Un trato? -Ella sonrió, pero dio un respingo cuando sonó el teléfono.

Antes de que pudiera moverse, Noah descolgó.

-Centro Naturalista de River's End. Soy Raoul, su ayudante personal. Lo siento, ella está en una reunión. Si desea... -Idiota -dijo ella en un susurro, y le arrebató el auricular-.

Soy Olivia MacBride.

Noah se encogió de hombros y empezó a pasearse por la habitación mientras ella hablaba. Cuando terminó la conversación no dijo nada.

-He pensado en pasar unos días lejos de la tecnología -dijo él-, para probarme. El hombre contra la naturaleza. -La miró.

Ella seguía de pie, pero ahora tenía las manos juntas. El fuego había desaparecido de sus ojos, dejándolos absolutamente inexpresivos.

-Tendría peor opinión de ti si no tuvieras miedo, porque entonces pensaría que eres estúpida -dijo con serenidad.

¿Cómo podía ver tantas cosas, pensó Olivia, si ni siquiera parecía mirar?

-No soy una dama en apuros. Sé cuidar de mí misma. -Bien, porque espero que cuides de mí los próximos días. Quiero ir de acampada a la zona remota.

La carcajada de Olivia fue rápida y no demasiado halagadora. -¿Te burlas de mí?

-Tres días. Tú y yo. -Levantó un dedo antes de que ella volviera a reír-. Desaparecemos unos días. Tú haces lo que mejor sabes hacer. Y yo también. Accediste a que te entrevistara, o sea que hablaremos. Este lugar es algo que tú amas, y quiero que me lo enseñes.

-Para el libro.

-No; para mí. Quiero estar a solas contigo.

Ella advirtió que su resolución y su mal genio se desvanecían.

-He vuelto a pensármelo, y no me interesa.

-Sí te interesa. -Le cogió la mano y le pasó el pulgar por los nudillos-. Estás furiosa conmigo sólo porque anoche te gané. En realidad, no fue... -Se interrumpió al ver los morados que tenía ella en la muñeca-. Me parece que no soy el único que tiene magulladuras. -Le dio un beso en la muñeca-. Lo siento.

-Corta el rollo. -Ella apartó la mano-. De acuerdo, estoy furiosa porque me viste en un momento de máxima debilidad, y permití que me vieras. Estoy furiosa porque no me dejas en paz y estoy furiosa porque me gusta estar contigo aunque me irritas.

-Entonces puedes seguir furiosa. No me iré a ninguna parte hasta que lo aclaremos todo. Vámonos de acampada, Livvy.

-Tengo trabajo.

-Soy un cliente que paga. Y como parte del trato, puedes darme una lista de lo que necesito y compraré en el albergue lo que esté disponible. Entre el precio del guía y el equipo, vas a ganarte fácilmente un par de los grandes. Delega, Liv. Sabes que puedes hacerlo.

-Se necesitan permisos para ir a la zona remota. Además, al cabo de un día estarás llorando por tu ordenador portátil. -¿Nos apostamos algo?

-Cien dólares.

-Trato hecho. -Le estrechó la mano.

No esperaba que le enviara una lista que incluía vestuario y detallaba cuántos pares de calcetines y ropa interior recomendaba que llevara para la excursión. Era como volver a

tener doce años y recibir una lista de encargos de mama.

Compró el equipo, incluida una nueva mochila, pues ella señalaba en la lista que la suya era demasiado pequeña y tenía varios agujeros. Y aunque iban a pesarle mucho, compró dos botellas de vino y las embutió en sendos calcetines.

Cuando hubo terminado, le parecía que llevaba veinte kilos a la espalda. Y suponía que después de andar cinco kilómetros le parecería que pesaba cien.

Con cierto pesar metió el móvil y el ordenador portátil en el maletero del coche de alquiler.

-Volveré, muchachos -murmuró.

-Me parece que ganaré esos cien dólares antes de que nos marchemos observó Olivia a su espalda.

-No me quejaba, sólo me despedía con cariño.

Noah se volvió y miró a Olivia. Ésta vestía tejanos, anchos y descoloridos, una camiseta con la inscripción River's End y una chaqueta fina atada a la cintura. Botas robustas, observó, con numerosos arañazos en el cuero. Llevaba la mochila como si no pesara.

-¿Estás preparado?

-Por supuesto.

Olivia se ajustó la gorra y levantó el pulgar. -Andando.

Noah encontró el bosque más atractivo sin la lluvia bajo la que habían caminado la última vez. Delgados rayos de sol se filtraban entre la espesa vegetación y relucían inesperadamente en las verdes hojas de los arces y las frágiles frondas de los helechos.

El aire era más fresco.

Recordó y reconoció gran parte de la vida que le rodeaba. Las variadas cortezas de los gigantescos árboles, la forma de las hojas de los arbustos. Las amplias alfombras de musgo no le resultaban tan extrañas, ni los diferentes líquenes.

Noah permaneció callado mientras sus músculos se calentaban y prestaba atención a los susurros y llamadas del bosque.

Olivia esperaba que él hablara, que hiciera preguntas o iniciara uno de aquellos monólogos informales que le salían tan bien. Pero él no dijo nada, y la vaga tensión de Olivia desapareció.

Cruzaron un estrecho arroyo que discurría plácidamente, bordearon un fondo de helechos y empezaron a subir por el largo sendero que les llevaría a la zona remota.

Las enredaderas eran gruesas, una fastidiosa maraña en todo el camino. Olivia las evitaba cuando podía y las atravesaba cuando no podía, cuidando de que no golpearan en la cara de Noah.

-Gracias.

-Creía que habías perdido la voz.

-Querías silencio. -Alargó el brazo para pasarle la mano por la nuca-. ¿Has tenido suficiente?

-Cuando hablas demasiado me limito a desconectar. Noah rió por lo bajo y prosiguió.

-Me gusta de veras estar contigo, Liv. -Le cogió la mano y entrelazó los dedos-. Siempre ha sido así. -Perderás el ritmo.

-¿A qué viene tanta prisa? -Se llevó la mano de Olivia a los labios en un gesto ausente-. Creía que traerías a Shirley.

-La mayoría de días se queda con el abuelo, y no se permiten perros en la zona remota. Aquí, mira. -Se paró de pronto y se agachó, dando golpecitos con un dedo junto a unas

ligeras huellas que había en el suelo.

-¿ Son... ?

-Huellas de oso -dijo-. Bastante recientes.

-¿Cómo lo sabes? Siempre lo dicen en las películas: son huellas recientes. ¿Ha pasado por aquí no hace más de una hora, con un sombrero negro, comiéndose un plátano y silbando? Eso hizo reír a Olivia.

-Todos los osos que conozco silban melodías de cine. -Has hecho una broma, Liv. -Le dio un sonoro beso-. Enhorabuena.

Ella le miró ceñuda y se levantó.

-Nada de besos en el sendero.

-No he leído esa norma en mi guía de campista. -Se puso en pie y fue tras ella-. ¿Qué te parece si comemos? ¿Se puede comer en el sendero?

Olivia había previsto que Noah tendría hambre. Se metió la mano en el bolsillo, sacó una bolsa de frutos secos para excursionistas y se la pasó.

-Mmm, corteza de árbol y ramitas, mi favorito. -Pero abrió la bolsa y le ofreció compartirla.

Habría vuelto a cogerle la mano, pero el sendero se estrechaba y 'ella le hizo pasar detrás. Aun así, le pareció que había sonreído más en los últimos diez minutos que lo que solía sonreír en todo un día. Estar juntos a solas en el mundo que ella amaba estaba siendo positivo para los dos.

-Tienes un trasero magnífico, Liv.

Esta vez ella no se molestó en sujetar la enredadera y sonrió de nuevo cuando oyó que le golpeaba y que él soltaba una maldición. Olivia bebió agua de su cantimplora mientras subían. El ligero sudor le resultaba saludable. Tenía los músculos flexibles y la mente clara. Y, admitió, se lo estaba pasando bien.

Había elegido ese sendero, que bordeaba el cañón, porque raras veces lo elegían otros excursionistas. Los largos tramos que desembocaban en terreno empinado desanimaban a muchos. Pero ella lo encontraba uno de los más hermosos y apreciaba la soledad.

Atravesaron el exuberante bosque, subieron cuestas y bajaron pendientes, siguieron por un risco que permitía ver el río, que discurría apacible y plateado. La vida salvaje era abundante allí, donde paseaba el majestuoso alce y el mapache se acercaba al agua con paso torpe.

-He soñado con esto -dijo Noah medio para sí mientras se detenía a mirar.

-¿Con la excursión?

-No; he soñado que estaba aquí. -Trató de captar los fragmentos del subconsciente-. Verde y grueso, con el sonido del agua al correr. Y... te busco a ti. -Su mirada se clavó en los ojos de Olivia con aquella repentina intensidad que siempre la hacía tambalear-. Olivia, hace mucho tiempo que te busco.

Cuando dio un paso al frente, ella sintió que el corazón se le desbocaba.

-Nos queda mucho camino que andar.

-No lo creo. -Suavemente, le puso las manos sobre los hombros y las deslizó hasta sus muñecas-. Ven aquí un momento.

-No quiero...

-Que nos besemos en el sendero -terminó por ella-. Qué pena. Bajó la cabeza y le rozó los labios con los suyos-. Estás temblando.

-No es verdad. -Los huesos se le habían reblandecido demasiado para temblar.

-A lo mejor soy yo. Sea lo que sea, me parece que esta vez por fin te he encontrado. Olivia tenía miedo de que estuviera en lo cierto. Se apartó y, demasiado vacilante para hablar, prosiguió el camino.

El primer puente se encontraba sobre una ancha corriente en la que el agua fluía transparente y rápida. Las orillas estaban puntuadas por manojos de dedalera silvestre con campanillas rosa y una salpicadura de aguileña con sus campanas bicolores. El paisaje le tomaba un giro espectacular, desde el verde profundo del río al magnífico bosque con los rayos y charcos de luz. Los antiguos árboles crecían rectos como soldados, altos como gigantes, y sus copas susurraban al viento que no alcanzaba el suelo del bosque.

A través de sus ramas Noah vio las oscuras alas de un águila recortada sobre el nítido azul del cielo estival.

Entre los helechos y musgos destacaban los colores blanco y rojo de diferentes flores. Flores de hadas, pensó Noah, que se escondían en la sombra o danzaban cerca del río. Sin decir nada, se quitó la mochila.

-Supongo que eso significa que quieres un descanso. -Sólo quiero estar aquí un rato. Es un lugar precioso. -Entonces, ¿no quieres un bocadillo? Noah alzó las cejas.

-¿He dicho que no?

Cuando Olivia fue a quitarse la mochila, él ya estaba detrás de ella para ayudarla. Ella supuso que era tanto por cortesía como por hombre. Abrió el compartimiento que contenía los bocadillos.

Noah tenía razón en cuanto al sitio. Era un lugar magnífico para sentarse a recuperar fuerzas. El agua del riachuelo fluía sobre rocas y centelleaba bajo los rayos de sol que se filtraban a través del dosel de vegetación. El aire olía a pino. En la orilla crecían helechos de un verde intenso. Una pareja de zorzales pasó volando sin hacer apenas ruido, y en el interior del bosque se oyó la llamada de un cuervo.

-¿Con qué frecuencia vienes aquí? -le preguntó Noah cuando sólo quedaban las migas.

-Traigo grupos cuatro o cinco veces al año.

-No me refería como trabajo. Cuántas veces vienes así, para sentarte y estar un rato sin hacer nada.

-No mucho. -Aspiró hondo, se apoyó en los codos y cerró los ojos-. Hace mucho que no venía.

Se la veía relajada, observó Noah, que sólo tuvo que girarse para poner una mano encima de la suya y besarla en los labios. Suavemente, con tanta dulzura que el corazón de Olivia suspiró cuando abrió los ojos.

-Estás empezando a preocuparme un poco, Noah. Dime, ¿qué pretendes?

-Me parece que he sido bastante claro al respecto. Y me pregunto por qué nos sorprende a los dos que, quizá desde el principio de todo esto, haya sentido lo que siento por ti. Quiero tener tiempo para descubrir qué son esos sentimientos. Y, sobre todo, Liv, ahora mismo, te quiero a ti.

-¿Es sano, Noah, que esta relación tenga sus raíces en el asesinato de mi madre? ¿No te lo has preguntado nunca? -No, pero supongo que tú sí.

-Seis años atrás no lo hacía. Pero sí, ahora lo hago. Es una parte complicada de mi vida y de quien soy; una parte íntima. Monstruo y víctima habitan dentro de mí. -Recogió las piernas y las rodeó con los brazos. Se sintió turbada al darse cuenta de que nunca había hablado así con nadie, ni siquiera con su familia.

-Liv. -Esperó a que volviera -la cabeza hacia él; entonces le cogió la cara con firmeza y la

besó con pasión.

Más azorada de lo que quería admitir, Olivia se puso en pie.

-El sexo es fácil; sólo es una función humana básica.

Noah mantuvo la vista fija en Olivia cuando se levantó.

-Voy a disfrutar de veras demostrándote que estás equivocada. -Entonces, en un brusco cambio de humor, Noah cogió su mochila y sonrió con arrogancia-. Cuando esté dentro de ti, Olivia, lo único que te prometo es que no te parecerá fácil.

Olivia se abstuvo de discutir. Él no podía comprenderla ni entender las limitaciones de sus emociones, los límites que había tenido que trazar para no volverse loca. Y él, admitió mientras enfilaban de nuevo el sendero, era el primer hombre que le hacía sentir una punzada de pesar por esa necesidad.

Le gustaba estar con él. Esto sólo ya era preocupante. Él le hacía olvidar que una vez le había roto el corazón, le hacía olvidar que no quería volver a correr ese riesgo. Otros hombres con los que había tratado la aburrían o irritaban al cabo de unas semanas. Olivia nunca lo había considerado un problema, sino más bien una ventaja. Si no le importaba lo suficiente para comprometerse, no había peligro de perder la cabeza o el corazón.

Y de terminar como víctima.

La luz del sol se intensificó a medida que ascendía. Los rayos que se filtraban proporcionaban los primeros puntos auténticos de color en el suelo.

A medida que caminaban había flores multicolores, largos valles abajo y empinadas colinas pobladas de árboles.

En el siguiente punto para cruzar el río, éste era rápido y rocoso con una cascada que caía con estrépito por el acantilado.

-Mira, allí. -Olivia señaló y luego buscó los binoculares-. Está pescando.

-¿Quién? -Noah entrecerró los ojos y siguió la dirección de su mano. Vio una oscura forma encorvada sobre una roca en el río-. ¡Es... Dios mío! ¡Es un oso! -Arrebató los binoculares a Olivia y miró.

El oso entró en su campo de visión y casi le hizo dar un respingo. Se inclinó en el rústico puente y examinó al animal mientras éste examinaba el agua. Con un rapidísimo movimiento, una enorme pezuña negra penetró en el agua produciendo una gran salpicadura. Y volvió a salir con un pez que se retorció y relucía bajo el sol.

-¡Ha cogido uno! ¿Lo has visto? Lo ha sacado del agua al primer intento.

Ella no lo había visto. Había estado observando a Noah: la sorpresa y excitación reflejadas en su rostro, la absoluta fascinación que mostraba.

Noah meneó la cabeza cuando el oso devoró su presa.

-Grandes habilidades de pesca pero modales lamentables en la mesa. -Bajó los binoculares y, cuando se los iba a devolver a Olivia, vio que ésta le miraba fijamente.

-¿Ocurre algo?

-No. -Quizá todo, va muy mal o muy bien, pensó-. Nada. Será mejor que nos marchemos si queremos acampar antes de que anochezca.

-¿Tienes pensado algún lugar especial?

-Sí. Te gustará. Ahora seguiremos el río. Otra hora más o menos.

-¿Otra hora? -Se puso la mochila a la espalda-. ¿Nos dirigimos a Canadá?

-Tú querías ir a la zona remota -le recordó ella-, e irás a la zona remota.

Olivia tenía razón en una cosa, se dijo Noah cuando llegaron al lugar de acampada: le gustó. Estaba protegido entre árboles gigantescos y cerca de donde el río se derramaba

sobre rocas. La luz era dorada, el viento un soplo de aire que olía a pino y agua.

-Voy a ir corriente arriba a pescar la cena -dijo, sacando de la mochila una caña de pescar plegable.

-Qué bien.

-Si tenemos suerte, esta noche comeremos oso. Si no, hay comida deshidratada en la mochila.

-Que tengas suerte, Liv.

-¿Puedes montar la tienda mientras yo pesco?

-Claro; tú ve a cazar, yo haré el nido. No tengo problemas con el intercambio de papeles.

-Ja. Si quieres pasear un poco por aquí, no pierdas de vista el río y consulta la brújula. Si te pierdes...

-No me perderé, no soy imbécil.

-Si te pierdes -repitió-, siéntate y espera a que yo te encuentre. - Noah pareció tan ofendido que Olivia le dio una palmadita en la mejilla-. Hasta ahora lo has hecho muy bien, urbanita.

Él la observó alejarse y se prometió que lo haría muchísimo mejor.

26

La tienda no llevaba instrucciones, lo que Noah consideró un defecto. Según sus cálculos, montar el campamento le llevó el triple de tiempo y energía de lo que le habría llevado a Olivia. Pero decidió que se guardaría esta información para sí.

Hacía más de una hora que ella se había ido cuando estuvo razonablemente seguro de que la tienda permanecería erguida. Suponiendo que ella no tuviera la misma suerte que el oso con la pesca, exploró las otras opciones alimenticias. Paquetes de fruta seca, sopa deshidratada y huevos en polvo le aseguraron que, si bien era posible que no comieran como reyes, no se morirían de hambre.

Como ya no le quedaba nada en la lista de tareas y no tenía ganas de ir a explorar después de una jornada completa de andar, se instaló para escribir.

Se concentró en Olivia, en lo que había hecho con su vida, las metas en que se había centrado, en lo que, a juicio de Noah, había conseguido y las formas en que se había limitado. Las raíces de su infancia le habían hecho crecer en ciertas direcciones, mientras que en otras la habían limitado.

¿Habría sido más abierta, más sociable si su madre hubiera vivido? ¿Habría tenido menos tendencia a ser independiente si hubiera crecido como la hija mimada de una estrella de cine?

¿Cuántos hombres habrían entrado y salido de su vida? ¿Alguna vez se lo preguntaba ella? ¿Toda aquella energía e inteligencia se habría canalizado en el campo artístico?

Pensando en ella, Noah dejó el bloc de notas sobre sus rodillas y se limitó a contemplar el paisaje. El río gorgoteaba, los árboles se elevaban hacia el cielo y se mecían al viento. El silencio era roto por el rumor del agua y el gorjeo de pájaros. Vio un alce solitario, con su regia cornamenta, salir de entre los árboles para beber en el río.

Noah deseó poseer habilidad para el dibujo, pero se contentó con conservar la imagen en su memoria mientras el alce se adentraba lentamente en las sombras de los grandes abetos. El graznido de un águila le hizo levantar la mirada y observar su vuelo. También Olivia había extendido sus alas, pensó. Pero ¿se daba cuenta ella de que cada vez que remontaba el vuelo, lo compensaba corriendo al armario y encerrándose en la oscuridad?

Noah anotó sus pensamientos e impresiones sin dejar de escuchar el latir de la vida que le rodeaba. Se tumbó en el suelo y dejó vagar la mente.

Olivia pescó tres bonitas truchas y recogió un buen montón de bayas. Llevaba el sombrero lleno de ellas y su sabor dulce le llenaba la boca mientras regresaba al campamento.

Sólo el tiempo había serenado su mente y calmado los nervios que al parecer le producía el estar demasiado cerca y demasiado tiempo en compañía de Noah. Era su problema, se dijo. No estaba acostumbrada a estar con un hombre al nivel en que Noah Brady exigía. No estaba más preparada para él ahora que cuando tenía dieciocho años.

Sexualmente debería haber sido muy sencillo. Pero él no paraba de mezclar intimidad y amistad de un modo tan natural que ella respondía sin pensar.

Le gustaba Noah, se dijo. Era un hombre agradable; tanto, que ella tendía a olvidar lo cerca que podía llegar, lo mucho que podía ver. Cuando sus ojos se oscurecían simplemente llegaban hasta sus secretos más profundos.

Ella no quería un hombre que pudiera ver dentro de ella de ese modo. Prefería el tipo de hombre que se queda en la superficie, lo acepta y sigue adelante. Si admitir esto le causaba dolor, tendría que vivir con ello. Era mejor así. Era mejor estar sola que ser consumida.

Olivia pensó que ahora se llevaban bien. Al fin y al cabo, éste era su terreno y tenía la ventaja del locatario. Había tomado la decisión de hablarle de su infancia, de lo que recordaba y había experimentado. Le costaría, pero lo haría.

Era una decisión que no podía haber tomado cuando él fue a verla a la universidad. Entonces ella era demasiado blanda e inestable. Él habría podido convencerla, porque estaba locamente enamorada de él, pero habría sido un desastre para ella.

En alguna parte de su corazón siempre había querido contarle todo, sacarlo todo y recordar a su madre de algún modo tangible. Ahora estaba preparada para ello. Ésta era su oportunidad, y daba gracias por poder contarle a alguien a quien ella respetaba, alguien que la comprendía lo suficiente para que todo importara.

Le vio durmiendo junto al río y sonrió. Le había presionado, pensó, y él había resistido. Un vistazo al campamento le reveló que había hecho bien su trabajo. Dejó la caña de pescar y colocó el pescado en el agua para mantenerlo fresco. Luego se instaló junto a Noah para contemplar el agua.

Él percibió su presencia y se convirtió en parte del sueño, en el que él caminaba por el bosque a la suave luz verdosa, se dirigía hacia ella y alargaba el brazo para poseerla.

Ella se apartó, en un gesto de rechazo automático. Pero la protesta medio formada no emergió de su garganta, pues los ojos de Noah se abrieron repentinamente. Ella contuvo el aliento ante lo que vio en ellos, por la forma en que se quedaron fijos en los de ella cuando se incorporó y le cogió la cara entre las manos como si tuviera derecho a ello, como si siempre hubiera tenido derecho a ello.

-Oye, no...

Noah meneó la cabeza para interrumpir las palabras y sus ojos no abandonaron los de ella cuando la atrajo hacia sí para besarla.

Olivia tembló, quizá en protesta, quizá por miedo. Él tampoco lo aceptó. Esta vez ella aceptaría lo que él tuviera que darle, lo que acababa de ver que él llevaba dentro desde hacía años para dárselo a ella, solamente a ella.

Noah le acarició el pelo y los hombros, al tiempo que el beso se hacía más apasionado, la

tumbaba en el suelo y se ponía encima de ella.

El pánico invadió a Olivia y compitió con el deseo que había brotado fulminantemente en ella. Le empujó por los hombros como si quisiera apartarle y al mismo tiempo se arqueó para acercarse a él.

-No puedo darte lo que quieres. No lo tengo en mí.

¿Cómo era posible que ella no viera lo que él veía? ¿Que no sintiera lo que él sentía? Recorrió su rostro con los labios mientras ella se estremecía.

-Entonces toma lo que quieras. -Rozó su boca con los labios-. Déjame tocarte. -Le acarició el vientre y sintió la reacción de ella cuando sus dedos se cerraron suavemente sobre su pecho-. Déjame poseerte. Aquí, a pleno sol.

La besó en la barbilla, haciéndola gemir. Noah pronunció su nombre, sólo su nombre, y Olivia perdió el control. Hundió los dedos en los hombros de Noah y luego le acarició el pelo, tirando fuerte para unir sus bocas.

Olivia sintió una salvaje ola de deseo cuando él la besó con pasión y conoció la avidez cuando él le levantó la blusa y llenó sus manos con sus pechos.

Por primera vez, Olivia se rindió al cuerpo de un hombre apretado contra el suyo. Se rindió a él, a ella misma, mientras algo en su interior se deshacía, su mente se quedaba felizmente en blanco y luego se llenaba con la imagen de Noah.

Él percibió el cambio, no sólo en su entrega y en la respiración más acelerada. La rendición fue para él dulce e inesperada. Ella era la mujer de la que se había enamorado locamente.

Sus caricias se hicieron más lentas y suaves, calmando temblores y provocando otros. Con, una especie de perezosa deliberación, inició un largo y apetecible recorrido.

El placer estalló en la piel de Olivia, la llenó de calor, la sensibilizó. Se dejó llevar cuando él la alzó, le quitó la camisa y se deleitó con lo que sus manos acariciaban, el reconfortante palpitir de dos corazones al unísono.

-Más... -En aquel estado alterado, oyó su propia petición jadeante y se arqueó para ofrecerse a Noah-. Tómame.

El cuerpo de Olivia era esbelto y de gran suavidad. Había mucho para saborear y tomar. Mientras Olivia temblaba, la boca de Noah se hacía más apremiante. Cada demanda era satisfecha con un gemido, un movimiento, un murmullo.

Noah le desabrochó los tejanos y, cuando le pasó la lengua por el vientre, el tirón de sorpresa con que reaccionó Olivia hizo que acudieran a su mente imágenes oscuras y peligrosas. Se los bajó hasta las rodillas y cuando ella se incorporó de pronto, tomó lo que deseaba.

Con la boca, él la llevó a una cúspide de placer que ella no estaba preparada para afrontar. Pronunció su nombre con voz ahogada, luchando contra una excitación llena de pánico que amenazaba con engullirla.

Entonces sus manos se aferraron a él. La sangre le abrasaba el cuerpo hasta que el dolor y el placer se fundieron, haciéndola jadear y forcejar para liberarse, aunque sus caderas se arqueaban.

Y de pronto todo en su interior se quebró, se hizo añicos que la dejaron inerte e indefensa.

El grito que lanzó penetró en él. Todo lo que él deseaba se reducía a ella, a aquel lugar, a aquel momento. Por eso observó el rostro de Olivia cuando volvió a excitarla. Otra vez.

Ella abrió los ojos, sorprendida, ciega de placer. Los labios le temblaban y la luz del sol

se derramaba sobre su piel.

Noah se mantuvo sobre ella, sintiendo la sangre correrle por las venas y los músculos temblar.

-Olivia. -Su nombre le escocía en la garganta, lleno de deseo-. Mírame cuando te poseo. - Sus ojos eran tan verdes y, profundos como las sombras que los rodeaban-. Mírame cuando nos poseemos el uno al otro. Es importante.

Entonces la penetró profundamente. Su visión se hizo borrosa y pensó en aquella mujer y la certeza que sentía. Aferrado a esa claridad, bajó la frente y la posó sobre la de Olivia.

-Eres tú -logró decir-. Siempre has sido tú.

Y la besó con toda la pasión del mundo.

Olivia no podía moverse. No sólo porque él la tenía inmovilizada en el suelo con el peso de un hombre satisfecho, sino porque su propio cuerpo era débil y aún no se había recuperado de la embestida sensorial que acababa de experimentar.

Y porque su mente, por mucho que ella se esforzara por aclararla, seguía aturdida y ofuscada.

Se dijo que no era más que sexo. Era importante verlo así. Pero había superado todo lo que jamás ella había experimentado, y bajo el placer aletargado había un creciente desasosiego.

Ella siempre había considerado el sexo una fácil válvula de escape, una función humana necesaria que a menudo era un ejercicio placentero. Los orgasmos iban desde una sorprendente explosión de placer a una leve sensación, y siempre se había considerado a sí misma responsable de ambas cosas.

Con Noah tenía la sensación de que no había tenido oportunidad de ser responsable. Él simplemente la había arrastrado. Ella había perdido el control, no sólo de su cuerpo sino también de su voluntad.

Y debido a ello Olivia le había entregado una parte de sí misma que ni siquiera sabía que existía. Una parte que ella no quería que existiera.

Necesitaba recuperarla y volver a encerrarla.

Pero cuando empezó a moverse para que Noah se apartara, él la abrazó y la atrapó sobre su cuerpo. Ella deseó apoyar la cabeza en su corazón, cerrar los ojos y permanecer así para siempre, y eso la asustó enormemente.

-Pronto será de noche. Tengo que preparar la cocina de campo y hacer fuego...

El le acarició el pelo; le gustaba aquella melena hasta la nuca. -Hay tiempo.

Ella se apartó y él volvió a atraerla hacia sí. A Olivia le molestaba que subestimara constantemente su fuerza... y su terquedad.

-Oye, si no quieres pasar frío y hambre, necesitamos leña.

-La recogeré en un minuto -repuso él y, para asegurarse de que ella se quedaba donde él quería, volvió a invertir la posición y examinó su rostro.

-Quieres irte, Liv, pero no lo permitiré. Esta vez no. Quieres hacer ver que esto ha sido un agradable revolcón en el bosque y nada más, sin relación alguna con lo que empezamos años atrás. -Le acarició el pelo-. Pero no puedes, ¿verdad?

-Deja que me levante, Noah.

-Y te dices a ti misma que no volverá a suceder -añadió él en tono airado-, que no volverás a sentir lo que has sentido conmigo. Pero te equivocas.

-No me digas lo que pienso o lo que siento.

-Te digo lo que veo. Está ahí, en tus ojos. Te cuesta mentir con ellos. Así que mírame. -

Le levantó las caderas y volvió a penetrarla-. Mírame y dime qué piensas ahora, qué sientes.

-No... -Él la embestía con fuerza, profundamente, estimulándola-. Dios mío... -musitó en un sollozo, envolviendo a Noah con sus brazos y piernas.

Impulsado tanto por el triunfo como por la frustración, él la poseyó con furia salvaje.

Cuando ella aún se estremecía, Noah se apartó y, sin decir nada, se levantó, se vistió y fue a recoger leña.

Olivia se preguntaba por qué alguna vez había creído que podía manejarse o controlarse cuando él estaba cerca. Nadie había logrado jamás desoncertarla tanto ni tan a menudo.

Noah la había convencido de estar a solas con él cuando ella sabía que era mejor realizar el trabajo en un ambiente más seguro. Le hacía reír cuando ella no quería encontrarle divertido. Le hacía pensar en cosas importantes, en el dolor que ella tan celosamente había guardado.

Ahora la había seducido junto al río, a plena luz del día, en una ruta que, si bien no era muy frecuentada, era terreno público. Si las cosas hubieran ido según sus planes, habrían cenado, charlado un rato y luego habrían gozado del sexo de una forma civilizada y nada complicada en la oscura intimidad de la tienda. Una vez zanjado ese asunto habrían vuelto al trabajo.

En cambio, ahora todo volvía a estar mezclado. Él estaba enojado con ella por algo que ella no podía, ni quería, cambiar. Y sí, algo que ella no le había perdonado: ella se había quedado con una sensación de inestabilidad, de incorrección e inquietud.

Para compensarlo, se ocupó de instalar la cocina de campo a una distancia prudente de la zona de dormir. Colgó la comida a cierta altura y luego recogió los utensilios y se dispuso a limpiar el pescado que cenarían.

Noah era como todos los hombres, se dijo. Se ofendía cuando una mujer no se mostraba boquiabierta de placer por su hazaña sexual. Se disgustaba porque ella no ponía ojos embobados de enamorada, lo que él utilizaría y abandonaría a su antojo.

Era más inteligente pensar como un hombre, decidió, y evitar las trampas.

Déjale que esté de mal humor, pensó mientras enterraba los restos del pescado. Cuando le oyó acercarse, alzó la cabeza con desdén y le espetó:

-¿Qué quieres?

Noah decidió, sabiamente, que ella le daría la patada si se daba cuenta de lo fácil que le resultaba saber lo que estaba pensando. Así que se limitó a ofrecerle un vaso de vino.

-He traído un par de botellas. Se han estado refrescando en el río y creí que te apetecería un vaso.

-Tengo que cocinar este pescado. -Hizo caso omiso del vino y regresó junto al fuego.

-Te diré una cosa. -Siguió a Olivia-. Ya que tú lo has pescado y limpiado, cosas ambas en las que no tengo experiencia, yo lo cocinaré.

-Aquí no dispones de tu bonita cocina. No quiero que se eche a perder lo que he pescado.

-Ah, un desafío directo. -Le acercó el vino y cogió el pescado-. Siéntate, bebe y observa al maestro.

Olivia se encogió de hombros y cogió una baya de su sombrero.

-Si lo estropeas, no pescaré más.

-Confía en mí. -La miró a los ojos-. No te decepcionaré, Liv.

-No correrás el riesgo de decepcionarme si haces bien las cosas.

-Es cierto, pero te pierdes algunas aventuras interesantes. Tuve que aprender a cocinar -

prosiguió, y aligeró el tono mientras untaba el pescado con aceite-. Defensa propia. Mi madre cree que el tofú es el alimento por excelencia. No tienes idea de lo que es ser un chiquillo y enfrentarte con una comida sorpresa de tofú después de un duro día en el colegio.

A su pesar, Olivia sintió interés. Noah había sacado la bolsa de harina de la mochila y estaba empanando el pescado con pericia. Sin pensarlo, ella tomó un sorbo de vino y lo encontró delicioso.

-No te entiendo -dijo.

-Bien, vamos progresando. Has pasado la mayor parte de esta excursión segura de que me entendías y equivocándote por completo. -Satisfecho, puso el pescado en el aceite caliente, que empezó a chisporrotear.

-Hace una hora estabas furioso conmigo. -Tienes razón.

-Y ahora me sirves vino, fríes el pescado y estás ahí sentado como si nada hubiera ocurrido.

-No es que no haya ocurrido nada. -Para él había ocurrido todo. Sólo tenía que esperar a que ella le alcanzara-. Pero imagino que estás irritada por los dos, así que ¿para qué voy a malgastar energía?

-No me gusta que me manipulen.

Él la miró.

-A mí tampoco.

-Creí que querías subir aquí arriba para que te hablara sin distracciones ni interrupciones. Pero no has dicho nada al respecto.

-Quería darte un día, darnos un día a los dos. -Le pasó un dedo por el brazo-. Me gustaría que te sintieras más cómoda.

-A mí me gustaría que te lo tomaras como algo sencillo.

-Bien. -Dio la vuelta al pescado-. Uno de nosotros no llegará a donde quiere. Será mejor que prepares los platos, socia. El pescado casi está hecho.

-Noah.

-¿Qué? -Levantó la mirada con expresión tierna, y el corazón de Olivia casi se derritió.

Ella meneó la cabeza y dijo:

-Nada. -Y cogió los platos.

Más tarde, cuando hubieron terminado de, cenar y el bosque estaba oscuro y lleno de sonidos, Olivia se acercó a Noah. Necesitaba unos brazos que la rodearan para alejar las pesadillas que la acosaban.

Y él estaba allí, para abrazarla en la noche, para mecerla con dulzura.

Y cuando se acostó, durmió acurrucada junto a él, con la mano sobre su corazón y la cabeza en la curva de su hombro. Noah yacía despierto, observando la luz de la luna que jugueteaba sobre la tienda, escuchando la llamada de un coyote, el ulular de una lechuza y el breve chillido de su presa. Pensó que nunca había dejado de amarla y se preguntó qué harían los dos al respecto.

El monstruo

Atisbando en aquella profunda oscuridad, permanecí largo rato preguntándome, temiendo, dudando, soñando sueños que ningún mortal jamás se había atrevido a soñar.

EDGAR ALLAN POE

Mareado y con el cuerpo dolorido, Noah despertó al oír el canto de los pájaros. Se incorporó, se tironeó de los tejanos y pensó vagamente en el desayuno. A través del intenso olor a pino y tierra, percibió el civilizado aroma de café, y habría llorado de gratitud por la eficiencia de Olivia.

Ella había hecho fuego y la cafetera se estaba calentando. Noah se quemó los dedos con el asa, masculló una maldición y cogió el trapo que ella había dejado cerca precisamente para que no se quemara la mano.

Un largo sorbo le despejó los ojos e hizo revivir su cuerpo. Dios bendiga a una mujer que sabe apreciar el café cargado, pensó, y se acercó al río para ver si divisaba a Olivia.

La bruma procedente del agua se mezclaba con los rayos de sol y formaba cintas de oro y plata. Una manada de ciervos bebía perezosamente en el punto en que el río se curvaba y desaparecía entre los árboles.

Y la vio, con el pelo mojado y reluciente flotando entre las brumas doradas, observándole con ojos leonados como los de un gato e igual de cautos.

A aquella luz trémula, ella parecía ser parte del paisaje.

El agua formó ondas cuando ella movió los brazos y los hombros salieron a la superficie. Dio la impresión de que las brumas se abrían para ella y luego se cerraban de nuevo.

-No te esperaba tan pronto. -Su voz sonó tranquila pero sus ojos tenían una expresión tormentosa.

-Soy madrugador. ¿Cómo está el agua? -Mojada.

Y helada, pensó Noah. Aun así, se bebió el café que le quedaba y se dispuso a quitarse los tejanos. Vio que los ojos de Olivia vacilaban y luego se quedaban fijos. ¿Qué te preocupa, Olivia?, se preguntó. ¿Que entre nosotros las cosas no sean como anoche?. ¿O acaso es la posibilidad de que lo sean?

El agua estaba helada y Noah vio que Olivia sonreía cuando él hizo una mueca. Por ninguna otra razón, reprimió un grito cuando se sumergió. Imaginó que el cuerpo se le volvía azul desde el cuello hasta los pies.

-Tienes razón -dijo cuando estuvo razonablemente seguro de que no le castañetearían los dientes-, está mojada.

A Olivia le sorprendió que él se mantuviera a dos brazos de distancia de ella. Esperaba que se le acercara. Al parecer, Noah nunca hacía exactamente lo que ella esperaba. Esto era lo que más le preocupaba.

Noah era imprevisible.

Y sus sentimientos por él no eran los que había previsto.

Cuando él salvó la distancia que había entre ellos, Olivia casi sintió alivio. Esto era más lógico. Sexo matinal, una necesidad humana básica. Después realizarían el trabajo del día en igualdad de condiciones.

Pero él se limitó a entrelazar los dedos con los suyos y a observarle la cara.

-Haces un café muy bueno, Liv.

-Si no te hace bailar, no es café.

-¿Adónde iremos hoy?

Olivia le miró con ceño.

-Suponía que querías empezar la entrevista.

-Ya la haremos. ¿Qué sendero te gusta más desde aquí? Olivia se encogió de hombros.

-Hay una ruta muy bonita montañas arriba, con unas vistas maravillosas y algunas

praderas fantásticas. -Suena bien. ¿Quieres que te toque?

Ella le miró perpleja.

-¿Qué?

-¿Quieres que te toque o prefieres que no lo haga? -Hemos tenido relaciones sexuales -repuso ella-. Y me gustó mucho.

Él soltó una breve carcajada.

-No es necesario que alimentes mi ego -dijo, y le apartó de la mejilla un mechón de pelo mojado-. Además, no te he preguntado eso. Te he preguntado si querías que te tocara ahora.

-Con los ojos fijos en ella, le pasó un dedo por la garganta y el hombro-. Hacer el amor ahora.

-Ya me estás tocando.

Olivia sintió un estremecimiento cuando él le recorrió el cuerpo con el dedo hasta llegar al centro.

-¿Sí o no? -murmuró cuando ella contuvo el aliento.

Olivia sintió ganas de mover las caderas y un fuerte estremecimiento le recorrió el cuerpo. Cediendo a la pasión, agarró a Noah por el cabello y lo arrastró hacia ella.

-Sí -respondió con la boca pegada a la de él.

Le rodeó la cintura con las piernas, preparada para aquella rápida carrera hacia el clímax. Lo ansiaba. Noah la acarició hasta que ella, entre jadeos, empezó a pronunciar su nombre. Noah se extrañó de que la pasión que sentía no hiciera estallar el agua en llamas. Se preguntó cómo podía haber vivido toda su vida sin que ella le hubiera envuelto de aquel modo. Largas piernas, esbeltas y fuertes, piel suave y tersa que, mojada, centelleaba al sol. Él le echó la cabeza hacia atrás para que el beso fuera cada vez más profundo y se prolongara indefinidamente mientras el sol resquebrajaba la bruma con un estallido de luz y convertía el agua en un claro espejo en movimiento.

Afianzó los pies en el lecho del río y penetró a Olivia con un largo y lento movimiento.

-Abrázame, Liv. -Su respiración era entrecortada; hundió el rostro en el cuello de Olivia y la mordisqueó para oírla gemir-. Rodéame con fuerza -murmuró, y sintió que ella se aferraba a él cuando llegaba al clímax.

A través de los latidos de su corazón, Olivia le oyó murmurar algo, pero no pudo separar las promesas de las demandas. Su voz no era más que una capa de terciopelo, otra fuente de placer. Pero cuando sintió que el cuerpo de Noah se tensaba, se enroscó a él y siguió su ritmo para llegar juntos al final.

Él no la soltó. Ella esperaba que la dejara ir, que se apartara, le ofreciera una sonrisa triunfante y saliera del agua para tomar una segunda taza de café. Pero siguió abrazándola con fuerza, besándola en un vaivén dulce y relajante que la hizo estremecer más que el sexo.

Tenía que apartarse,, pensó Olivia, antes de caer en la intimidad.

-El agua está fría.

-¿Fría? Está helada. -Le mordisqueó el lóbulo de la oreja, disfrutando al notar que el corazón de Olivia seguía acelerado-. ¿Sabes?, en cuanto se te despeja la mente, se te tensa el cuerpo. ¿Por qué lo haces?

-No sé a qué te refieres. Tenemos que salir. Hemos de ponernos en marcha si...

Noah la besó.

-Ya nos hemos puesto en marcha, Liv. Nos pusimos en marcha hace mucho tiempo. -Le

cogió la barbilla y luego la soltó para volverse hacia la orilla-. Hemos de averiguar dónde queremos llegar.

Olivia preparó huevos en polvo y se terminaron el café. Él accedió a su plan de mantener el campamento y hacer una excursión de ida y vuelta de cinco horas.

Acarreando pocos bártulos, empezaron a ascender un duro sendero que conducía a elevaciones más agrestes. El valle se extendía a su derecha, el bosque quedaba a la izquierda y el río serpenteaba abajo. El aire era fresco, algunas águilas surcaban el cielo y no se veía señal alguna del hombre.

Noah pensó que ella dominaba aquel terreno como otras mujeres dominaban una pista de baile, con una especie de gracia femenina natural que indicaba una gran confianza en sí misma.

Olivia tenía paciencia cuando él se paraba a tomar fotografías, cosa que hacía a menudo. Contestaba a sus preguntas -y hacía más de las que ella esperaba- con términos claros y sencillos. Y permanecía a su lado, disimulando su diversión, cuando él se detenía y contemplaba el sendero que se curvaba y el cielo barrido por las montañas.

-Si construyeras una casa aquí, nunca conseguirías que la acabaran. ¿Cómo harías para que los obreros dejaran de contemplar el paisaje?

¿Por qué él no podía ser superficial y sencillo como ella quería que fuera?

-Es terreno público.

Él se limitó a menear la cabeza y le cogió la mano para entrelazar los dedos.

-Piénsalo un minuto. Somos las dos únicas personas del mundo y hemos llegado aquí. Podríamos pasar toda nuestra vida aquí, deslumbrados.

Azul, blanco, verde y plateado. El mundo estaba hecho de estos colores fuertes y las manchas borrosas de otros. Picos y valles y el estruendo del agua. La calidez de su mano en la de ella. Y nada más, no existía nada más. No había miedo, ni dolor, ni recuerdos, ni mañana.

Olivia descubrió que era capaz de desear esto y tuvo miedo.

-No te gustaría tanto en pleno invierno, cuando te congelaras y no pudieras pedir una pizza por teléfono.

Noah la miró, con calma y paciencia, y le hizo sentir vergüenza.

-¿Qué es lo que más echarías de menos si no pudieras volver nunca más?

-A mi familia.

-Me refiero a qué cosa echarías más de menos.

-El color verde -respondió sin vacilar-. La luz verde y el olor a verdor del bosque. Aquí arriba es diferente -prosiguió mientras echaban a andar de nuevo-. Abierto, fresco.

-No hay muchos sitios donde esconderse.

-No quiero esconderme. Esto es musgo de la tierra del hielo -dijo señalando una mata de color verde amarillo-. Es el liquen más utilizado por el ser humano. En Suecia lo venden como medicina herbal. -Captó la expresión de Noah y alzó las cejas-. ¿Qué ocurre?

-Me gusta el tono que adoptas cuando estás irritada y te pones a sermonear sobre la naturaleza.

-Si no quieres saber lo que miras, no te diré nada.

-No. Además, cuando, te pones a hablar de líquenes y hongos, me entra una necesidad salvaje de hacerte el amor. -Entonces tendré que pasar a hablar de flores silvestres. -No servirá de nada. Aún querré saltar sobre ti. -Un destello rosa le llamó la atención-. Eh, ¿eso no son «corazones sangrantes»? ¡Silvestres!

-Sí. -Observó el genuino entusiasmo de Noah cuando se acercó a unas rocas para mirar las flores más de cerca-. Se parecen mucho a la variedad' que tienes en tu jardín. No las toques -advirtió-. Aquí procuramos no dañar la naturaleza..

-En casa no dispongo del suelo necesario para cultivarlas, ni de la sombra que precisan. Lo intenté en casa de mamá, pero fue casi un asesinato. Siempre me han gustado.

-En el jardín de casa de mis abuelos tenemos algunos bonitos ejemplares. Iremos por aquí. -Trepó a las rocas y eligió un nuevo rumbo-. Conozco un sitio que te gustará.

El sendero discurría paralelo a una empinada pared de roca donde las flores se abrían paso en los intersticios y arraigaban como mejor podían.

Noah oyó un rumor de agua y sonrió como un niño cuando pasaron por delante de una rugiente cascada. Una docena de veces tuvo que resistirse al impulso de recoger puñados de flores silvestres.

Los músculos empezaban a arderle y los pies a pedirle un descanso. Estaba a punto de ceder a ambas cosas cuando ella subió a una roca redondeada y se volvió para tenderle la mano.

-¿Ida y vuelta en cinco horas, buana? -Resoplando un poco, se agarró a su mano y se aupó-. Porque de lo contrario voy a... Oh, Dios mío...

Se olvidó de sus dolores y fatiga y contempló la vista, estupefacto.

Un mar de flores y ríos de todos los tonos de verde se extendía hacia una ladera boscosa que se elevaba en el azul del cielo como la torre de un castillo. En los puntos más elevados relucía la nieve a través de la roca y los árboles y convertía las flores en casi un milagro.

Las mariposas danzaban, blancas, amarillas, azules, coqueteando con los capullos, o se posaban delicadamente en ellos con un callado batir de alas.

-Asombroso. Increíble. Aquí es donde construiremos la casa. Ahora fue ella la que rió.

-¿Eso son lupinas?

-Tienes buena vista. Son lupinas de hoja ancha; la mariposa azul occidental corriente las prefiere. Aquéllas son margaritas de montaña mezcladas con lupinas. Las de allá, las blancas con el centro amarillo, son lirios de torrente.

-Y milenrama. -Examinó las hojas como de helecho y los capullos blancos.

-Veo que conoces las flores. Aquí arriba no me necesitas.

-Sí -le cogió la mano-, te necesito. Ha valido la pena cada paso que hemos dado. -Se volvió y la pilló desprevenida con un beso tierno-. Gracias.

-En River's End obtienes aquello por lo que pagas. -Hizo ademán de darse la vuelta pero él la retuvo-. No... Él cerró los ojos antes de volver a besarla. -¿Por qué?

-Yo... -Ella abrió los ojos de nuevo y no pudo hacer nada respecto a las emociones que experimentaron-. No lo hagas.

-De acuerdo. -Le cogió la mano y se la llevó a los labios, besándole levemente cada nudillo mientras observaba la confusión que asomaba a sus ojos.

-¿Qué buscas, Noah?

Él mantuvo la vista fija en sus ojos, abrió la mano que ella tenía cerrada en un puño y la besó en el centro de la palma.

-Ya lo he encontrado. Sólo tienes que alcanzarme.

Noah tenía miedo de que hubiera sólo una manera de comenzar aquello.

-Vamos a sentarnos, Liv. Este sitio está muy bien. -Se sentó en una roca y abrió la

mochila para sacar su grabadora. Al ver el aparato, Olivia tragó saliva.

-No sé cómo hacerlo.

-Yo sí. Quiero que antes me digas una cosa. -Dejó la grabadora a su lado y buscó el cuaderno-. Pensé en abandonar la idea de escribir este libro, dejarlo como en aquella ocasión en que te hice daño. -Abrió el cuaderno y miró a Olivia-. Pero no habría servido de nada. Habría permanecido en el fondo de mi mente. Siempre. Igual que habría estado en el fondo de la tuya. No sé si esto se interpone entre nosotros o si es lo que nos une. ¿Por qué hemos vuelto el uno al otro después de tanto tiempo? ¿Por qué ahora somos amantes? Lo que sí sé es que si no lo terminamos, seguiremos corriendo sin llegar a ninguna parte. Necesito avanzar. Y tú también.

-He dicho que lo haría. Cumpliré mi palabra.

-¿Y odiarme por ello? ¿Acusarme de ser el que lo hizo salir a la superficie? ¿Odiarme como aquel día en el hotel? -Me mentiste.

-Lo sé. Nunca he lamentado tanto nada en mi vida.

Olivia esperaba que él lo negara, que pusiera excusas, que lo racionalizara de alguna manera. Pero debería haber sabido que no sería así. Noah era un hombre de honor, que había sido educado en la compasión. Por eso él importaba, pensó Olivia.

-No te odio, Noah, y no te odiaré por ser sincero y hacer lo que crees que tienes que hacer. Pero lo que siento yo es asunto mío.

-Ya no lo es. -Lo dijo a la ligera, pero ella percibió dureza en su voz-. Pero podemos hablar de nosotros más tarde. -No hay un nosotros.

-Piénsalo. -Esta vez la dureza estaba en sus ojos-. De momento, ¿por qué no te sientas?

-No necesito sentarme. -Pero se quitó la mochila y destapó la botella de agua.

-Está bien. Háblame de tu madre.

-Tenía cuatro años cuando murió. Sabrías más cosas de ella por otras fuentes.

-Cuando la recuerdas, ¿qué es lo primero que acude a tu memoria?

-Su perfume. El perfume que guardaba en una de sus botellitas del tocador. Yo creía que eran mágicas. Había una de cobalto con una banda plateada. Era una fragancia única, cálida, ligeramente dulce, con un débil aroma a jazmín. Su piel siempre olía así, y cuando me abrazaba o me cogía en brazos, yo la sentía intensamente... -Olivia se llevó la mano a la garganta-. Me gustaba olfatear y ella se reía.

»Era muy guapa. -La voz le salió con dificultad cuando se volvió para contemplar el campo de flores-. He visto todas sus películas, innumerables veces. Pero era mucho más hermosa de lo que las cámaras podían captar. Se movía como una bailarina, como si fuese ajena a la gravedad. Sé que era una actriz brillante, pero como madre era maravillosa: paciente, divertida y cariñosa. Siempre me prestaba atención y me hacía saber que, pasara lo que pasara, yo era el centro del mundo. ¿Lo entiendes?

-Sí, en este aspecto yo también tuve suerte.

Olivia se rindió y se sentó al lado de Noah.

-Supongo que fui malcriada. Recibía demasiada atención y tenía una casa llena de juguetes y mimos.

-Para mí, los únicos niños malcriados son los que no aprecian ni respetan esas cosas. Yo diría que tú fuiste amada.

-Ella me quería mucho. Nunca tuve motivos para dudarlo, ni siquiera cuando me reñía por algo. Y yo la adoraba. Quería ser exactamente como ella. Solía mirarme en el espejo e imaginar cómo crecería para ser como mamá.

-Te pareces mucho a ella.

-No. No soy guapa y no quiero serlo. Y nunca seré juzgada por mi aspecto físico como a ella la juzgaban a menudo. Por eso la mataron. En este cuento de hadas, la bestia mató a la bella.

-¿Porque era bella?

-Sí. Porque era deseable, porque los hombres la deseaban y él no podía soportarlo. No toleraba en otros lo que a él le había atraído de ella. Su rostro, su cuerpo, sus gestos. Si le atrajo a él también atraía a otros hombres, pero él no quería que hubiera otros hombres. La única manera de mantenerla sólo para sí era destruirla. Por mucho que ella le amara, no era suficiente.

-¿Ella le amaba?

-Lloraba por él. No creo que supiera que yo lo sabía, pero así era. Una noche la oí con tía Jamie cuando se suponía que yo estaba acostada. Fue a principios de aquel verano, cuando anochecía muy tarde. Estaban en la habitación de mamá y yo, desde la puerta, veía en el espejo el reflejo de las dos, sentadas en la cama. Mi madre lloraba y tía Jamie la rodeaba con los brazos.

Y así, rememoró la escena:

-¿Qué haré? Jamie, ¿qué haré con él? -Se te pasará. Lo superarás.

-Duele. -Julie hundió el rostro en el hombro de su hermana-. No quiero perderle, perder todo lo que tenemos juntos. Pero no sé cómo conservarlo.

-Sabes que no puedes seguir como en los dos últimos meses, Julie. -Jamie se separó un poco para apartar un mechón de pelo de la cara de su hermana-. Él te hace daño, no sólo a tu corazón sino a ti. No puedo quedarme con los brazos cruzados cuando veo los morados que él te ha hecho.

-No lo hace adrede. -Julie se pasó las manos por la cara para secarse las lágrimas y se levantó-. Son las drogas, lo trastornan. No entiendo por qué ha empezado a tomarlas de nuevo. No sé qué encuentra en ellas que yo no le haya dado.

-Escucha lo que dices. -Con cierto enojo en la voz, Jamie se puso en pie-. ¿Vas a culparte de lo que ocurre?, ¿de que él tome cocaína, píldoras y alcohol?

-No, no, pero si pudiera entender qué le falta, qué busca... oh, Dios mío... -Cerró los ojos y se peinó el cabello hacia atrás-. Éramos tan felices, Jamie, tú lo sabes. Lo éramos todo el uno para el otro, y cuando nació Livvy fue como... como un círculo completo. ¿Por qué no supe ver cuándo empezó a romperse ese círculo? Quiero volver atrás. Quiero que vuelva mi marido, Jamie. -Se giró en redondo sujetándose el vientre-. Quiero otro hijo.

-Por Dios, Julie. -Estaba al otro lado de la habitación y corrió junto a su hermana-. ¿No ves que eso sería un error ahora?

-Tal vez, pero a lo mejor es la solución. Anoche se lo dije.

Hice que Rosa nos preparara una cena estupenda. Velas, música y champán, y le dije que quería que tuviéramos otro hijo. Al principio se alegró; muy propio de Sam. Nos reímos y abrazamos y empezamos a pensar nombres, igual que hicimos con Livvy. Entonces, de repente, se puso malhumorado y distante y dijo... -las lágrimas volvieron a aflorar- dijo cómo sabría que sería suyo, cómo sabría que no era el hijo bastardo de Lucas.

-Qué cabrón. ¿Cómo se atrevió a decirte algo así?

-Le pegué. No lo pensé, simplemente lo abofeteé y le grité que se marchara, que se largara. Y lo hizo. Me miró fijamente y se marchó. No sé qué hacer.

Se sentó de nuevo en la cama, se cubrió la cara con las manos y lloró.

-Oh, Dios mío, no sé qué hacer.

Noah no dijo nada. Olivia estaba de pie, con una mano en el vientre tal como había hecho su madre. Le había transportado a la intimidad de aquel dormitorio, a la desdicha y desesperación femeninas; a las palabras, las voces, los movimientos de Julie.

Sin mirarle, Olivia bajó la mano.

-Volví a mi habitación y pensé que mamá estaba ensayando. Lo hacía mucho. O sea que me dije que mamá estaba haciendo una película, que no hablaba de mi padre, y me fui a dormir. Y aquella noche, más tarde, desperté y él estaba en mi habitación. Puso la caja de música y yo me sentí muy feliz. Le pedí que me contara una historia. -Sus ojos se aclararon cuando volvió a mirar a Noah-. Estaba colocado. Yo entonces no lo sabía. No supe que estaba enfadado hasta que me gritó y me rompió la caja de música. No supe que no era el de siempre hasta que mi madre entró precipitadamente y él la golpeó. Yo me escondí en el armario mientras ella gritaba y forcejeaba con él y se encerraba en la habitación. Luego ella vino y me dijo que todo iría bien. Llamó a la policía y pidió el divorcio. Él tardó menos de cuatro meses en regresar y matarla.

Noah paró la grabadora, se levantó y se acercó a Olivia.

En un gesto involuntario de defensa ella se apartó.

-No, no quiero que me abracés. No quiero que me consueles.

-Pues mala suerte. -La envolvió entre sus brazos y la estrechó contra sí cuando ella quiso soltarse-. Apóyate en mí -murmuró-. No te hará daño.

-No te necesito -dijo ella con fiereza. -Apóyate de todos modos.

Olivia se mantuvo tensa otro momento y luego se relajó. Apoyó la cabeza en los hombros de Noah y le rodeó la cintura con brazos flojos.

Se apoyó un poco, pero mantuvo los ojos abiertos. Y no lloró.

28

Noah hizo docenas de preguntas en el camino de regreso al campamento, pero no mencionó a los padres de Olivia. Preguntó por su trabajo, sus costumbres, el centro naturalista y el albergue. Ella se dio cuenta de lo que hacía y no sabía si guardarle rencor o apreciar su intento deliberado de hacer que se sintiese bien otra vez.

Ignoraba por qué funcionaba tan bien.

Cada vez que ella levantaba una barrera, él la rodeaba y conseguía que se, sintiese bien otra vez. Era una habilidad que ella admiraba. Y cuando volvieron a pararse, a contemplar de nuevo el paisaje, Olivia se encontró sentada hombro con hombro con Noah como si le conociera de toda la vida.

'Suponía que, en cierto modo, así era.

-De acuerdo, vamos a construir la casa aquí. -Señaló una pendiente rocosa.

-Ya te he dicha que es terreno público.

-Trabaja conmigo aquí, Liv. La construiremos aquí, con grandes ventanales que den a este lado para poder ver la puesta de sol por la noche.

-Será difícil, porque eso es el sur.

-Ah, ¿estás segura?

Ella le miró inexpresiva pero el humor asomó a sus labios. -El oeste está ahí. -Señaló.

-Bien. O sea que el salón da a este lado. Necesitamos una gran chimenea de piedra. Creo que deberíamos tenerla abierta, con techos altísimos como una especie de terraza. Nada de espacios cerrados. Cuatro dormitorios.

-¿Cuatro?

-Claro. Querrás que los niños tengan una habitación cada uno, ¿no? Cinco dormitorios - corrigió, disfrutando al ver cómo abría los ojos Olivia-. Una para invitados. Además, yo necesito un despacho, una habitación espaciosa, con muchos estantes y ventanas, de cara al este. ¿Dónde quieres tu despacho?

-Ya tengo un despacho.

-También necesitas un despacho en casa. Eres una profesional. Creo que debería estar al lado del mío, pero tendremos que poner reglas para respetar el espacio del otro. Los pondremos en el tercer piso. -Entrelazaron los dedos-. Será nuestro territorio. La zona de juegos de los niños debería estar en la planta principal, con ventanas que den a los bosques para que nunca se sientan encerrados. ¿Qué opinas de una piscina cubierta?

-No lo consideraría un hogar si no la tuviera.

Noah sonrió, y a continuación la pilló desprevenida y le dio un largo beso en la boca.

-Bien. La casa ha de ser de piedra y madera, ¿no crees? Juguetaba con las puntas del cabello de Olivia. -No es sitio para vinilo.

-Plantaremos juntos el jardín. -Le mordisqueó el labio inferior-. Bésame, Olivia. Sólo una vez.

Ella no pudo hacer otra cosa. El panorama que él pintaba era tan de ensueño que se sintió transportada a él. Y encontró a Noah. Le encontró sorprendentemente sólido y real. Allí... Con desesperación y placer, lo estrechó con fuerza.

¿Cómo era posible que él lo colocara todo en su lugar? ¿Quién hacía que todo encajara? Todos los brumosos deseos de la infancia, todas las fantasías de una jovencita, todas las necesidades de una mujer se agitaban en su interior y se formaron de nuevo en una sola pregunta.

Y la respuesta era él.

Cuando se dio cuenta, dio un respingo y se apartó. No podía permitir que eso sucediera, con él no, ni con nadie.

-Tenemos que marcharnos. -Había miedo en sus ojos. -¿Por qué estás tan segura de que volveré a hacerte daño? -No estoy segura de nada en lo que a ti se refiere, y no me gusta. Tenemos que irnos. Nos queda más de una hora de camino para llegar al campamento.

-Aquí el tiempo no es un problema. Así que ¿por qué no...? -Un movimiento detrás de Olivia le interrumpió. Desvió la mirada y palideció-. Dios mío, no te muevas.

Entonces ella percibió el olor, salvaje y peligroso. El corazón le dio un vuelco pero, antes de poder ponerse en pie, Noah se interpuso entre ella y el puma.

Era un macho adulto, apoyado en las rocas, con los ojos relucientes bajo el sol. El animal se movió, emitió un gruñido gutural y mostró los colmillos.

-Mírale fijamente -le dijo Olivia mientras se levantaba-. No corras.

Noah ya tenía la mano en el puño de su cuchillo. No pensaba echar a correr.

-Vete. -Mostró también él sus dientes y se apartó cuando Olivia intentó salir de detrás de él-. Empieza a recular por el sendero.

-Está bien --dijo ella con calma-. Ningún movimiento repentino, ni rápido. Vamos a retroceder lentamente, a darle espacio. Él tiene ventaja, porque está más arriba. Y muestra una conducta agresiva. No apartes los ojos de él, no te vuelvas de espaldas.

-He dicho que te vayas. -Necesitó toda su fuerza de voluntad para no volverse y empujarla por el sendero. Un hilo de sudor le bajaba por la espalda.

-Debe de tener una presa por aquí cerca. Sólo intenta protegerla. -Ella se inclinó, sin dejar de mirar al felino a los ojos, y recogió dos piedras-. Retrocede, retrocede.

El felino volvió a sisear y bajó las orejas.

-¡Grita! -ordenó Olivia, prosiguiendo el movimiento hacia atrás aun cuando lanzaba la primera piedra. Ésta dio al puma en el flanco.

Olivia siguió gritando y arrojó la segunda piedra. El felino rugió furioso y se revolvió. Y cuando Noah sacó el cuchillo de su cinturón, el animal se marchó.

Noah siguió retrocediendo lentamente. -¿Estás bien? -preguntó.

-¡Estúpida de mí! -Se quitó la gorra y golpeó con ella una roca-. Ahí sentada, haciendo arrumacos, como si estuviera en el asiento trasero de un Buick. ¿Qué demonios me pasa?

-Furiosa consigo misma, se encasquetó la gorra con brusquedad y se secó las manos sudorosas en los muslos-. Sé lo que hay que hacer en estos casos. Es raro ver a un puma, pero a veces sucede. Y los ataques, en especial si eres idiota. -Se frotó los ojos con fuerza-. Y yo estaba ahí sentada, desprevenida... Despediría a cualquiera de mis guías por una conducta tan negligente.

-De acuerdo, estás despedida. -Aún tenía el cuchillo en la mano-. Vámonos.

-Ahora ya no le molestamos. -Suspiró con fuerza-. Estaba protegiendo una presa, como tiene que ser. Aquí los intrusos somos nosotros.

-Está bien. Supongo que construiremos la casa en otra parte.

Olivia abrió la boca y volvió a cerrarla, y se sorprendió a sí misma echándose a reír.

-Eres un tonto, Noah. Por mi culpa has estado a punto de morir o de quedar tullido. ¿Qué ibas a hacer con eso, urbanita? -Se pasó una mano por la cara e intentó contener la risa mientras miraba el cuchillo de Noah.

Él calibró la hoja del cuchillo.

-Proteger a las mujeres.

Ella soltó otra carcajada y meneó la cabeza.

-Lo siento. No es divertido. Debe de ser una reacción a mi estupidez supina. He visto pumas unas cuantas veces, pero nunca tan de cerca, y siempre he sido yo la que ha estado más elevada.

Respiró hondo, aliviada porque el estómago se le estaba aposentando. Y entonces reparó en que las manos de Noah estaban firmes como una roca. Recordó que ni siquiera había dado un brinco. ¿No era asombroso?

-Te las has arreglado bien.

-Gracias, entrenadora. -Guardó el cuchillo.

Calmada de nuevo, ella le puso una mano en el brazo.

-De veras, lo has hecho muy bien. No lo habría esperado. No paro de subestimarte, Noah. Constantemente intento meterte en una ranura y no entras.

-A lo mejor es que aún no has encontrado la ranura adecuada. -Tal vez, pero me parece que no encajas en nada a menos que quieras encajar.

-¿Y tú qué? ¿Dónde encajas tú, Liv?

-Yo estoy donde quiero estar.

-No estamos hablando del bosque o el océano.

-Estoy donde quiero estar -repitió. O donde ella creía que quería estar, admitió para sí-. Hago un trabajo que me gusta y llevo una vida que me gusta.

-¿Y cuánto espacio queda en tu ranura? Ella le miró brevemente.

-No lo sé. No he tenido que entrar en ninguna.

-Prepárate para hacerlo -dijo él.

Ninguno de los dos estuvo seguro de si fue una orden o una sugerencia.

Noah se ofreció para echar una mano en la pesca, pero ella señaló que no tenía licencia y rehusó. Él asintió e insistió en preparar una sopa, y la entretuvo con historias de aventuras infantiles con Mike.

-Decidió que patinar era la manera de ligar.

Noah probó la sopa y pensó que podía estar peor.

-La coordinación no es el punto fuerte de Mike, pero a los dieciséis años el cerebro de un chico no es mas que una gran glándula palpitante, por eso se gastó casi todos sus ahorros en los patines. Supuse que tal vez tuviera razón y yo también me compré un par. Fuimos a Venice a probar su teoría.

Se interrumpió y sirvió más vino para los dos. Aún había mucha luz y el aire era maravillosamente fresco.

-El lugar estaba abarrotado de chicas. Altas, bajas, con pantalones cortísimos. Primero tenías que ver el panorama para elegir y después ligártela. Yo me decidí por una rubita que estaba en una de las manadas.

Olivia se atragantó.

-¿Manadas de chicas?

-Vamos, las de tu especie siempre van en manada. Es la ley de la tierra. Mientras me ataba los patines pensaba cómo la haría salir de la manada. Entonces Mike se puso en pie y tardó tres segundos en que los pies se le fueran solos. Agitó los brazos, golpeó en la cara a un tipo que patinaba y los dos cayeron como sacos de patatas. Mike se dio en la cabeza con el banco y perdió el conocimiento. Cuando volvió en sí, yo había perdido a la rubia y acabé llevando a Mike a una cita que tenía pendiente.

-¿Es propenso a los accidentes?

-Podía hacerse daño hasta durmiendo. -Le quieres mucho, ¿verdad?

-Supongo que sí. -Y como en su pregunta hubo una pizca de melancolía observó el rostro de Olivia-. ¿Con quién jugabas cuando eras niña?

-Con nadie. Tuve algunas amigas cuando... antes de venir a vivir aquí, pero después... A veces jugaba con niños que se alojaban en el albergue o el camping, pero venían y se iban. No tuve ninguna relación duradera con nadie como tú con Mike. Ahora está bien, ¿verdad?

-Sí. Se recupera.

-¿Encontraron a la persona que entró en tu casa y le hirió?

-No. Quizá sea mejor así. No estoy seguro de lo que haría si le pusiera las manos encima. Podría haber matado a Mike. Todo lo que le hiciera no sería suficiente.

Aquí había un lado oscuro, una violencia latente que Olivia vio en sus ojos. Se lo había visto una o dos veces antes. Era extraño que no la inquietara, como siempre ocurría con la menor insinuación de violencia. Le hacía sentirse a salvo, supuso. Y se preguntó por qué.

-Nada de lo que hicieras cambiaría lo que ya ha ocurrido.

-No. -Volvió a relajarse-. Pero me gustaría saber por qué. Conocer el porqué es importante. ¿Tú no necesitas saber los porqués, Olivia?

Ella cogió los platos vacíos y se levantó.

-Los lavaré. -Hizo ademán de dirigirse hacia el río pero vaciló-. Sí, sí. Necesito saber los porqués.

Mientras lavaba los platos, Noah sacó su grabadora y puso una cinta nueva. Cuando

volvió, vio que había cogido el cuaderno y tenía el bolígrafo a punto, Noah vio la tensión reflejada en su rostro.

-Siéntate -dijo con suavidad- y háblame de tu padre. -No recuerdo mucho de él. No le veo desde hace veinte años.

Noah no dijo nada. Podía haber señalado que ella recordaba claramente a su madre.

-Era muy guapo -dijo Olivia al fin-. Hacían buena pareja. Recuerdo que se vestían para asistir a fiestas y que yo pensaba que todos los padres eran guapos y tenían ropa bonita y asistían a fiestas. Veía sus fotografías en las revistas y en la televisión. Yo lo consideraba algo natural, normal. Ellos parecían muy naturales cuando estaban juntos.

»Se querían. Lo sé. -Ahora hablaba despacio, con una arruga de concentración entre las cejas-. Y me querían. No me equivoco en esto. En las películas que hacían juntos se percibía lo que sentían el uno por el otro. Irradiaba de ellos. Recuerdo que esto ocurría siempre que estaban juntos en la misma habitación. Hasta que él empezó a cambiar.

-¿Cómo cambió?

-Ira, desconfianza, celos. Entonces no tenía palabras para ello, pero de alguna manera aquel brillo se empañó. Peleaban. Primero lo hacían a altas horas de la noche. Yo no oía las palabras sino las voces, el tono. Y hacía que me sintiese mal. -Levantó el vaso-. A veces le oía pasear por el vestíbulo, fuera, recitando poesía o su papel. Más adelante leía algunos artículos sobre él donde decían que a menudo recitaba poesía para calmarse antes de una escena importante. Sufría de pánico al escenario. Es curioso, ¿no? Siempre daba la impresión de estar muy seguro de sí mismo. Creo que utilizaba el mismo método para calmarse cuando se peleaban. Pasear por el vestíbulo recitando poesía. «Pues el hombre siempre es así para la mujer; un solo vínculo les aguarda, la traición es lo único en lo que confían.» -Suspiró-. Es Byron.

-Sí, lo sé.

Olivia volvió a sonreír con tristeza.

-¿Lees poesía, Brady?

-Me licencié en periodismo. Leo de todo. -Le acarició la mejilla con los dedos-. «Di palabras tristes; el pesar que no se expresa susurra al corazón demasiado tenso y lo parte.»

Esto la conmovió.

-Con o sin palabras, mi corazón ha sobrevivido. El de mi madre es el que se partió, y ella fue la que no sobrevivió a lo que él quería o necesitaba de ella. Y no he hablado de ello con nadie más que con tía Jamie, y aun sólo en raras ocasiones. Ahora no sé qué decir. Él me cogía en brazos. -Se le quebró la voz, pero intentó controlarse-. Me levantaba muy deprisa, y el corazón se me quedaba en el suelo unos instantes. Es una sensación deliciosa cuando eres niña. «Livy, cielito», me llamaba, y bailaba conmigo por la sala de estar, la habitación donde la mató. Y cuando me abrazaba, yo me sentía segura. Cuando iba a contarme una historia, me sentía muy feliz; sus historias eran maravillosas. Yo era su princesa, me decía. Y cada vez que tenía que ir a rodar, le echaba mucho de menos. -Se llevó una mano a la boca, como para reprimir las palabras y el dolor. Pero se esforzó para proseguir-. Aquella noche, cuando entró en mi habitación y rompió la caja de música y me gritó, fue como si alguien me hubiera robado a mi padre. Después de aquella noche nunca fue igual. Todo aquel verano estuve esperando que regresara, que todo fuera como antes. Pero no ocurrió. Jamas. En su lugar vino el monstruo.

Contuvo el aliento, dos rápidos jadeos. La mano le temblaba y se le derramó un poco de

vino. Instintivamente, Noah le cogió la copa antes de que se le cayera al suelo. Olivia se llevó los puños al pecho.

-No puedo. -Apenas logró expresar estas palabras. Tenía los ojos desorbitados por el dolor y miraban ciegamente a Noah-. No puedo...

-Tranquila. -Dejó el cuaderno, y rodeó a Olivia con sus brazos. Las manos de ella quedaron atrapadas entre ellos, pero él sentía el palpar de su corazón y los fuertes estremecimientos que la sacudían-. No te hagas esto a ti misma. No lo hagas. Suéltalo. Si no lo haces, acabará contigo.

-Aún lo veo. Aún lo veo arrodillado junto a ella, la sangre y los cristales rotos. Las tijeras en su mano. Pronunciaba mi nombre, lo pronunciaba con la voz de mi padre. Oí que ella gritaba, lo oí. Su grito, el cristal roto. Esto es lo que me despertó. Pero fui a su habitación y jugué con las botellitas. Yo estaba jugando en su habitación cuando él la estaba matando. Entonces huí y no volví a verla nunca más. No me dejaron verla de nuevo.

No había palabras para tanto dolor. Noah la abrazó, acariciándole el cabello mientras el cielo se oscurecía.

-Nunca volví a ver a ninguno de los dos. En casa nunca hablábamos de ellos. Mi abuela los encerró en un baúl en el desván para salvar su corazón. Y yo hablaba de ella en secreto con tía Jamie y me sentía como una ladrona por robar las piezas de mi madre que ella podía darme. Odiaba a mi padre por esto, por tener que hablar de mi madre en susurros. Yo quería que muriera en la cárcel, solo y olvidado. Pero aún vive y está en libertad. Y yo aún recuerdo.

Noah apretó los labios contra su cabello, meciéndola mientras ella lloraba. Por mucho que a Olivia le costara llorar, le haría bien. La atrajo hacia su regazo y la acunó como a un niño hasta que ella se serenó.

A Olivia le dolía la cabeza como una herida reciente y los ojos le ardían. De pronto sintió una fatiga tan grande que se habría quedado dormida allí mismo. Los calambres en el estómago habían cesado y la terrible presión en el pecho había desaparecido.

Cansada y avergonzada, se apartó de Noah.

-Necesito beber agua.

-Iré por ella. -Apartó a Olivia para levantarse y fue a coger una botella. Cuando regresó, se agachó y le secó una lágrima de la mejilla con el pulgar-. Pareces agotada.

-Nunca lloro. No sirve de nada. -Destapó la botella y bebió un largo trago para aliviar su seca garganta-. La última vez que lloré fue por tu culpa.

-Lo siento.

-Estaba muy dolida y enfadada cuando descubrí por qué habías ido allí realmente. Después de hacer que te marcharas, lloré por primera vez desde que era una niña. No tienes idea de lo que llegué a sentir por ti en aquella época.

-Sí lo sé -murmuró él-. Y me asustó. Casi tanto como lo que yo sentía por ti.

Cuando ella hizo ademán de levantarse, él le puso las manos en las caderas, la miró a los ojos y no la dejó mover. -¿Qué? ¿No quieres oírlo?

-Eso fue hace mucho tiempo.

-No tanto, pero quizá lo suficiente. Hiciste bien en echarme, Liv. Los dos éramos demasiado jóvenes para lo que yo quería de ti entonces. Las dos cosas que quería.

-Ahora vas a tener tu libro -dijo ella-. Y estamos actuando movidos por la atracción. Así que supongo que por fin los dos hemos crecido.

Repentinamente, Noah la hizo ponerse en pie y estuvo a punto de levantarla en vilo. Sus

ojos relucían como la hoja de un cuchillo.

-¿Crees que lo único que quiero de ti es el libro y sexo? Maldita sea, ¿eso es lo que crees o lo que quieres creer? De ese modo, no tienes que estar demasiado a la defensiva ni correr ningún riesgo auténtico, ¿verdad?

-¿Crees que desnudar mi alma ante ti en lo referente a mis padres no es un riesgo? -Le apartó con fuerza-. ¿Crees que saber que cualquier lector comprará mis recuerdos y sentimientos no es un riesgo?

-Entonces, ¿por qué lo haces?

-Porque ya es hora. -Se apartó el pelo de las mejillas mojadas-. En eso tenías razón. ¿Estás satisfecho? Tenías razón. Necesito decirlo, sacarlo, y quizá en algún lugar de tu maldito libro veré por qué tenía que suceder. Entonces podré enterrarlos a los dos.

-Está bien. -Noah asintió-. Esto explica una parte. ¿Y el resto? ¿Qué me dices de ti y de mí?

-¿Que qué? -espetó ella-. Hace unos años hubo un chispazo entre nosotros y ahora hemos decidido hacer algo al respecto.

-¿Y eso es todo para ti?

Ella se apartó cuando él hizo ademán de acercarse. -No me atosigues.

-Ni siquiera he empezado a atosigarte. Ése es tu problema, Liv, nunca dejas que nadie se acerque lo bastante para compartir tu espacio. Me ofreces tu cuerpo, pero todo lo demás lo pones bajo llave. Eso a mí no me va. Contigo no.

-Ése es tu problema.

-Maldita sea. -Le cogió el brazo y la hizo girarse-. Y el tuyo también. Tengo sentimientos hacia ti.

La soltó bruscamente y se alejó, vibrando de frustración, hacia la orilla del río. Ya había oscurecido; el fuego bajo vacilaba y el primer rayo de la luna se filtraba entre los árboles.

-¿Crees que esto es fácil para mí? -preguntó él con tono cansino-. ¿Que porque he tenido otras mujeres en mi vida me resulta fácil tratar con la única que jamás me ha importado? Se volvió. Ella se quedó inmóvil con los brazos cruzados en gesto defensivo.

-Olivia, la primera vez que te vi eras una niña. Me llegó algo más que la triste imagen que aparecía en la pantalla de televisión y me cautivó. Y jamás me soltó. No volví a verte hasta que tenías doce años. Hubo una conexión. No había nada sexual en ello.

Empezó a acercarse a ella y observó que Olivia se movía un poco, como para afianzarse.

-Nunca te olvidé. Después tenías dieciocho años. Abriste la puerta de tu apartamento y allí estabas, alta, esbelta, encantadora, medio distraída medio impaciente. Luego tus ojos se despejaron. Dios mío, he tenido tus ojos en mi mente desde siempre. Me sonreíste y jamás volví a ser el mismo. -Se paró a medio metro de ella y vio que estaba temblando-. Jamás he vuelto a ser el mismo.

Olivia temblaba y el corazón le palpitaba.

-Estás fantaseando, Noah. Estás dejando volar la imaginación.

-He fantaseado mucho contigo. -Ahora estaba tranquilo, seguro porque veía los nervios de Olivia-. Pero no se acercaba a la realidad. También lo compensaba de algún modo. Pero nunca hubo una mujer que tirara de mí como tú. Desde el fondo. Sé que te hice daño. En aquel momento no te entendía, ni me entendía a mí mismo lo suficiente. Incluso cuando vine aquí y te vi de nuevo, no lo entendía. Sólo sabía que verte me emocionaba. Nunca superé lo que sentía por ti. ¿Sabes lo que es darse cuenta de esto?

El pánico se abría paso en Olivia, la instaba a echar a correr. Pero el orgullo le decía que

no se moviese. -Estás mezclando las cosas, Noah.

-No. -Alargó el brazo y le acarició el rostro antes de cogérselo entre las manos-. Mírame, Liv. Hay una cosa de la que estoy absolutamente seguro: estoy locamente enamorado de ti.

Una confusa mezcla de alegría y terror atenazó la garganta de Olivia.

-No quiero que lo estés.

-Lo sé. -Le rozó los labios con los suyos-. Te asusta. -No quiero que esto ocurra. -Le sujetó las muñecas-. No te daré lo que buscas.

-Tú eres lo que busco, y ya te he encontrado. El siguiente paso es averiguar lo que tú quieres y qué estás buscando.

-Ya te he dicho que en mi vida tengo todo lo que quiero. -Si eso fuera cierto, yo no te asustaría. Voy a construir una

vida contigo, Olivia. He estado esperando para empezar y ni siquiera lo sabía. Es justo que te dé tiempo para alcanzarme. -No me interesa el matrimonio.

-Todavía no te lo he pedido -señaló Noah, y la besó de nuevo-. Pero ya llegará.

Entretanto, dime una cosa: ¿lo que sientes por mí no es más que un chispazo?

Lo que ella sentía era calidez, una corriente de afecto y un profundo deseo.

-No sé lo que siento.

-Buena respuesta. Déjame amarte -la hizo retroceder hacia la tienda y la aturdió con caricias y besos-, y ya veremos si la respuesta cambia.

Noah le mostró lo que era ser acariciada por un hombre que la amaba. Cada vez que ella intentaba apartarse, él simplemente encontraba una manera nueva de franquear sus defensas, de llenar un corazón reacio a ser llenado, de robar un corazón decidido a no ser tomado.

Cuando la penetró, despacio y profundamente, vio la respuesta que quería en sus ojos.

-Te quiero, Olivia -dijo.

La besó en la boca, aspiró su aliento entrecortado y se preguntó cuánto tendría que esperar para oír -a Olivia pronunciar esta frase.

29

Era tan descuidadamente alegre, pensó Olivia, que era imposible no responder igual. No importaba que hubiera amanecido con una leve llovizna que sin duda les habría empapado al cabo de una hora de caminar.

Él despertó contento, escuchó el rumor del agua y dijo que era una señal de Dios para que se quedaran en la tienda e hicieran el amor apasionadamente.

Como se puso encima de ella e inició una pequeña lid sexual, ella no pudo encontrar un argumento lógico para negarse. Y por primera vez en su vida rió durante una relación sexual.

Luego, cuando se dijo que el sexo no debería ser un barómetro de los sentimientos, él la besó en el cuello y le dijo que se ocuparía del café.

Olivia se acurrucó en la calidez de la tienda y disfrutó de la ociosidad. No se había dejado mimar desde que era niña. Se había enseñado a sí misma que si no se ocupaba personalmente de los detalles y no avanzaba en la dirección que se había trazado, entregaría el control de su vida a otra persona.

Esto era lo que había hecho su madre. Y sí, pensó cerrando los ojos, quizá su padre también. El amor era una debilidad o un arma, y se había convencido de que jamás se

permitiría sentirlo por nadie aparte de su familia.

¿No tenía ella ambos potenciales en su interior?

El de rendirse a él por completo y el de utilizarlo despiadadamente. ¿Cómo podía arriesgarse a girar la última llave en la última cerradura y abrir lo que ya sabía que tenía dentro para Noah?

Entonces él regresó a la tienda con dos humeantes tazas en las manos, el pelo mojado por la lluvia, los pies descalzos y los tejanos desabrochados. Una oleada de amor inundó a Olivia.

-Me ha parecido ver una musaraña. -Le pasó una taza de café y se sentó con la suya-. Parecía un ratón y supongo que estaba buscando el desayuno.

-Comen sin parar, raras veces pasan más de tres horas sin comer, como algunos urbanitas que yo conozco.

-No he mencionado el desayuno. -Bebió un sorbo de café-. He pensado en ello, pero no lo he mencionado. El tiempo mejorará. -Ella se limitó a alzar una ceja y miró hacia el techo de la tienda, donde la lluvia repiqueteaba-. Una hora, como mucho. Y escampará -insistió él-. Si tengo razón, tú preparas el desayuno bajo el sol. Si no, yo lo haré bajo la lluvia.

-Trato hecho.

-Bueno, ¿qué te parece si me das una cita para cuando regresemos?

-¿Cómo dices?

-Una cita. Cenar, ir al cine, darnos el lote en mi coche de alquiler.

-Creía que volverías pronto a Los Ángeles.

-Puedo trabajar en cualquier parte. Y tú estás aquí. Para él era así de sencillo, pensó Olivia.

-Yo sigo intentando ir un paso detrás de ti. Y tú no paras de avanzar.

Noah le pasó los dedos por el pelo revuelto. -¿Eso es un problema para ti?

-Sí, pero no tanto como creía. No tanto como debería ser. -Tomó aliento y se armó de valor-. Me gustas. No es fácil para mí. No lo hago muy bien.

Él se inclinó hacia delante, le besó la frente y dijo: -Es cuestión de práctica.

Mientras Noah y Olivia estaban dentro de la tienda en el bosque azotado por la lluvia, Sam Tanner miraba por la ventana de la cabaña alquilada hacia la oscuridad.

Nunca había entendido qué atraía a Julie de aquel lugar, con la lluvia y el frío, sus densos bosques y su soledad. Ella estaba hecha para la luz, pensó. Focos, el elegante resplandor de las arañas de techo, el ardiente sol de playas exóticas.

Pero siempre se había sentido atraída por ese lugar. Él había hecho todo lo posible para romper ese hechizo. Había dado excusas para no ir con ella, o había hecho juegos malabares para impedirle ir sola. Después de que naciera Olivia, sólo habían ido allí dos veces.

Había luchado contra la necesidad de Julie de ir a su hogar porque no quería que nadie ni nada fuera más importante para ella que él.

Antes de que se le olvidaran, cogió la minigrabadora que había comprado y grabó esos pensamientos. Tenía intención de hablar con Noah otra vez, pero no estaba seguro de cuánto tiempo le quedaba. Los dolores de cabeza ahora le atacaban como un tren de carga y con una regularidad aterradora.

Sospechaba que los médicos habían sobrestimado el tiempo que le quedaba de vida y las cintas eran su apoyo.

Sucediera lo que sucediera, quería estar seguro de que el libro seguiría adelante. Tenía todo lo que necesitaba. Había llenado la despensa con comida de la tienda del lugar. Había ocasiones en que no' tenía fuerzas para bajar al comedor. Disponía de muchas cintas y baterías para proseguir su historia hasta que pudiera volver a ponerse en contacto con Noah.

¿Dónde demonios se había metido?, pensó Sam con cierto enojo. El tiempo se estaba agotando y él necesitaba verlo. Necesitaba no estar solo.

El dolor de cabeza le empezó a taladrar el centro del cráneo. Sacó unas píldoras; algunas se las habían recetado, otras se había arriesgado a comprarlas por sí mismo. Tenía que vencer al dolor. No podía pensar, no podía funcionar si el dolor se apoderaba de él.

Y aún le quedaba mucho por hacer; mucho.

Olivia, pensó tristemente. Tenía una deuda que pagar.

Dejó los frascos de las píldoras en la mesa, junto al largo y reluciente cuchillo y la Smith & Wesson calibre 38.

Noah tal vez se sentía satisfecho porque había tenido razón en lo de la lluvia, pero se sintió aún mejor cuando llegaron al bosque bajo. Entonces pudo empezar a soñar con una ducha caliente, una habitación tranquila y varias horas de soledad con su ordenador y un teléfono.

-Ya has perdido dos apuestas conmigo -le recordó a Olivia -. Ha dejado de llover y no me he quejado ni una sola vez por no tener mi ordenador.

-Sí lo has hecho, mentalmente.

-Eso no cuenta. Págame. No, olvida que he dicho esto. Lo tomaré en especie. Lo reclamaré aunque me encuentres una habitación donde pueda trabajar unas horas.

-Probablemente encontraré algo.

-¿Y un sitio donde pueda ducharme y cambiarme? -Sonrió cuando ella le miró de reojo-. Estoy en lista de espera de una habitación en el albergue, por si hay alguna cancelación, pero entretanto me veo relegado a un camping y a duchas públicas. Soy muy tímido.

Encantado con las risas de ella, le cogió la mano.

-Salvo cuando estoy contigo. Puedes ducharte conmigo. En mi familia nos tomamos muy en serio el ahorro de agua. Ella le miró con ceño.

-Podemos pasar por la casa -dijo después de consultar su reloj-. Mi abuela estará fuera con un grupo de escolares, y luego suele ir a la compra. Tienes una hora, Brady, para lavarte y arreglarte. No quiero molestar a la abuela.

-No hay problema. -Se dijo a sí mismo que no lo dejaría pasar-. Pero tendrá que conocerme de todos modos, Liv, en la boda.

-Ja, ja. -Se soltó la mano.

-Podemos hacer otra apuesta. Yo digo que puedo conquistarla en menos de una hora.

-No hay trato.

-Tienes miedo porque sabes que se pondrá de mi lado y te dirá que eres una tonta por no arrojarte a mis pies. -Realmente necesitas controlarte.

-Ya me controlo. -Y tú también, pensó.

Primero vio los puntos de color a través de los árboles y el verdor. Motas de rojos, azul y amarillo; luego, el brillo mas fuerte del reflejo de los cristales.

Cuando entró en el claro, Noah se paró e hizo que Olivia se parase a su lado.

Cuando la había llevado a casa, era de noche y sólo había visto la oscura silueta y las ventanas iluminadas.

Ahora pensó que la casa parecía de cuento de hadas, con sus diversos tejados y robusta construcción en madera vieja y piedra, con bonitas flores en la base.

Había dos mecedoras en el porche, macetas con flores de vivos colores y amplias ventanas en todos lados. -Es perfecta.

Ella le observó, tan sorprendida al ver que lo decía en serio como por el placer que ello le producía.

-Ha sido el hogar de los MacBride durante generaciones -le dijo.

-No me extraña.

-¿Qué es lo que no te extraña?

-Que sea tu lugar. Es exactamente el lugar ideal para ti. Esto, no la casa de Beverly Hills. Allá nunca habrías sido tú misma. -Nunca lo sabré.

Noah se volvió para mirarla a los ojos.

-Sí lo sabes.

-Sí, lo sé -admitió-. ¿Y tú cómo lo sabes? -Has estado veinte años dentro de mí. -

Absurdo.

-No tiene por qué serlo. Lo que sé es que cuando intento pensar en los próximos veinte años, tú sigues ahí.

El corazón de Olivia dio un vuelco y tuvo que desviar la mirada.

-Dios mío, me emocionas. -Meneó la cabeza cuando Noah le pasó un brazo por los hombros y la atrajo hacia sí-. No, ahora no.

-Siempre -dijo él con voz suave, y la besó tiernamente. Sin resistirse, los brazos de ella le rodearon y su cuerpo se apoyó en él. Esta vez no era rendición sino aceptación.

Las emociones se apoderaron de Noah y besó con pasión a Olivia.

-Dímelo -pidió. Estaba loco por oír aquellas palabras, por escuchar de sus labios lo que podía saborear en ellos.

Ella quería saltar al precipicio y confiar en que él caería con ella. El miedo y la alegría que ello le producía reverberaban en su cabeza; se sentía atraída en ambas direcciones. De pronto se oyó el ruido de un motor que ascendía penosamente por el sendero.

-Viene alguien.

Él siguió mirándola a los ojos con las manos en sus hombros. -Estás enamorada de mí. Dímelo.

-Yo... es el camión. Es mi abuela. -Se llevó una mano a la boca-. Dios mío, ¿qué he hecho?

El camión ya doblaba la curva. Era demasiado tarde para pedirle que se marchara; demasiado tarde aunque el brillo de sus ojos le indicaba que él no se habría ocultado entre los árboles.

Olivia se volvió y se armó de valor cuando el vehículo se detuvo.

-Yo me ocuparé de esto.

-No. -Él le cogió la mano con firmeza-. Nos ocuparemos los dos.

Val los vio aproximarse. Aferró el volante. El rostro de Olivia

le pedía disculpas silenciosamente, pero ella desvió la mirada. -Hola, abuela. -Olivia se acercó a la ventanilla. -Así que has vuelto.

-Sí, ahora mismo. Creía que estarías con el grupo de niños.

-Janine se ocupa de ellos. -La ira la embargaba e hizo que las palabras brotaran sin que pudiera detenerlas-. ¿Teníais intención de entrar y salir a escondidas antes de que yo llegara?

Olivia parpadeó y se quedó aturdida mientras Noah se ponía delante de ella, igual que había hecho para protegerla del puma.

-Le he pedido a Olivia si podía ducharme y cambiarme, ya que el albergue está lleno. Soy Noah Brady, señora MacBride.

-Sé quién eres. Ésta es la casa de Livvy -dijo ella con aspereza-. Si ella te ha dicho que puedes utilizarla para lavarte, está bien. Pero no tengo nada que decirte. Apartaos -ordenó-, tengo que descargar los comestibles.

Puso el camión en marcha y, sin volver a mirarlos, se dirigió hacia la parte trasera de la casa.

-Le he fallado -murmuró Olivia.

-No es cierto.

Olivia dio un respingo cuando vio que él echaba a andar detrás del camión.

-¿Qué haces? ¿Adónde vas?

-A ayudar a tu abuela a descargar los comestibles.

-Oh, por el amor de Dios. -Le alcanzó y le cogió del brazo-. ¡No lo hagas! ¿No ves que la he herido?

-Sí, lo veo. Y también veo que ella te ha herido a ti. -Su voz volvió a reflejar dureza cuando le cogió la muñeca y le apartó la mano-. No voy a irme. Las dos tendréis que afrontar esto.

Se encaminó con decisión hacia la parte trasera de la casa y, antes de que Val pudiera protestar, le cogió una bolsa de la mano. Se metió en la parte trasera del camión y sacó otras.

-Yo entraré éstas -dijo.

Las llevó al porche trasero y entró en la cocina.

-Lo siento. -Olivia se apresuró a acercarse a Val-. Abuela, lo siento mucho. No debería... le diré que se marche.

-Ya has elegido. -Envarada, Val cogió otra bolsa.

-No tenía la cabeza clara, lo siento. -El nerviosismo se estaba apoderando de ella-. Lo siento. Le diré que se marche.

-No, no lo harás. -Haciendo esfuerzos para contener su genio, Noah salió de la casa. Se acercó al camión y cogió las dos últimas bolsas-. Igual que yo no te haré hacer nada. Si quiere hacérselo pagar a alguien, señora MacBride, hágalo conmigo.

-Noah, ¿quieres hacer el favor de irte?

-¿Y dejarte aquí sintiéndote culpable e infeliz? -Le dirigió una larga mirada que hizo entrecerrar los ojos a Val-. Sabes que no lo haré. Lamento que mi presencia aquí le moleste, señora, pero voy a escribir ese libro y voy a formar parte de la vida de Olivia. Espero que podamos llevarnos bien, porque ella la quiere. La quiere mucho y le está muy agradecida por todo lo que ha hecho por ella. La quiere tanto que, llegado el caso de tener que elegir entre la tranquilidad de usted y la felicidad de ella, seguramente elegirá lo primero.

-Esto no es justo -empezó Olivia, pero Val la interrumpió alzando una mano.

La herida que la anciana llevaba dentro podía haberse abierto otra vez, estar en carne viva y doler horribilmente. Pero sus ojos seguían claros y brillantes. Quería que el rostro de Noah le desagradara, encontrarlo frío, duro y despiadado. Quería ver egoísmo, quizá recubierto con una fina capa de buenos modales.

Pero lo que vio fue el brillo de la ira que había aparecido en sus ojos cuando ella había

hablado con aspereza a su nieta. Y vio la fuerza que en otro tiempo reconocía en el rostro de su padre. -En esta casa no se hablará de ese libro. Noah asintió.

-Comprendo.

-En esas bolsas hay alimentos perecederos --dijo Val, y se volvió-. Tengo que guardarlos.

-Dámelos -pidió Olivia, pero chasqueó la lengua, frustrada, cuando Noah se le adelantó y entró en la casa detrás de la abuela.

Como 'no tenía alternativa, Olivia se quitó la mochila y se apresuró a entrar detrás de ellos.

Val ya estaba vaciando bolsas y miró hacia la puerta cuando

Olivia entró. Ella vio nervios en los ojos de su abuela y se sintió avergonzada.

-Podrías quitarte la mochila -dijo a Noah-. Supongo que estás cansado de llevarla.

-Si admitiera eso, Liv sonreiría con sorna. Ella cree que soy un urbanita frívolo que no sabe distinguir el este del oeste. -No lo sabes -murmuró Olivia, y Noah le sonrió. -Te estaba probando.

-¿Y eres capaz? -preguntó Val. Aun siendo ciega habría visto el vínculo que había en la mirada que intercambiaron-. ¿Eres un urbanita frívolo?

-No, señora, no lo soy. La realidad es que me he enamorado no sólo de Liv (aunque eso ha sido una sorpresa para los dos) sino de esta tierra. Ya he tomado algunas fotografías de donde podríamos construir nuestra casa, pero Liv dice que tendríamos problemas porque forma parte de un parque nacional.

-Sólo dice tonterías -balbuceó Olivia-. No hay...

-Pasar unos días en el albergue o en el camping no es lo mismo que vivir aquí -dijo Val.

-Supongo que no. -Noah se apoyó en el mostrador-. Pero soy bastante flexible en algunas cosas. Y aquí es donde ella se siente feliz. Éste es su hogar. En cuanto vi este lugar, pensé que a ella le gustaría casarse aquí, entre las flores y el bosque. Sería adecuado para ella, ¿verdad?

-¡Oh, basta! -explotó Olivia-. No hay...

-No hablaba contigo -dijo Noah con suavidad, y dedicó a Val su sonrisa más encantadora-. Está loca por mí, pero le cuesta aceptarlo.

Val por poco no sonrió al ver la divertida exasperación en el rostro de su nieta.

-Eres un joven muy listo, ¿verdad? -Creo que sí.

Ella suspiró mientras vaciaba con esmero la última bolsa.

-Está bien, ve a buscar el resto de tus cosas. Puedes quedarte en la habitación de invitados -dijo, para sorpresa de Olivia.

-Gracias. Dejaré aquí la mochila. -Se volvió, cogió a Olivia por la barbilla, y le dio un beso-. No tardaré.

-Yo... -balbuceó ella. La puerta de tela mosquitera golpeó detrás de él y Olivia alzó las manos-. No tenías que hacer eso, abuela. En el camping estaría bien. Te sentirás incómoda si se queda aquí.

Val guardó los últimos comestibles.

-¿Estás enamorada de él?

-Yo sólo...

Val se volvió para mirarla.

-¿Estás enamorada de él, Livvy?

Lo único que pudo hacer la joven fue asentir mientras las lágrimas acudían a sus ojos.

-¿Y si yo dijera que no le quiero ver por aquí, que no quiero que te relaciones con él, que

me debes lealtad y has de respetar mis sentimientos en este aspecto?

-Pero...

-Jamás tendré paz si dejas que ese hombre entre en tu vida.

Olivia se quedó pálida y rígida, con expresión de dolor. Ésa era la mujer que se lo había dado todo, que le había abierto su corazón y su hogar. Tuvo que agarrarse al borde del mostrador para mantener el equilibrio.

-Iré... iré a decirle que tiene que marcharse.

-Oh, Livvy. -Val se dejó caer en una silla y se cubrió la cara al tiempo que prorrumplía en sollozos.

-¡No llores! Le echaré de aquí. No volverá. -De rodillas, Olivia estrechó a su abuela entre los brazos-. No volveré a verle.

-Él tenía razón. -Con lágrimas en los ojos, Val cogió el pálido rostro de Olivia-. Quise replicarle, pero tenía razón. Te alejarías de él, de tu propio corazón, si creyeras que eso es lo que yo necesito. Quería que él fuera el egoísta, pero la única que ha sido egoísta soy yo.

-No. Nunca.

-Te he retenido, Livvy. -Con mano temblorosa, Val acarició el cabello de Olivia-. Por ti y por mí al principio, pero... a medida que el tiempo transcurría, sólo por mí. Perdí a mi Julie y me prometí que jamás te ocurriría nada a ti.

-Me has cuidado.

-Sí, lo he hecho. -Las lágrimas seguían derramándose y Val besó a Olivia en la frente-. Te quería y te necesitaba, desesperadamente. Por eso nunca te dejé marchar.

-No llores, abuela. -Verla llorar le destrozaba el corazón.

-Tengo que afrontarlo, las dos tenemos que hacerlo. Nunca permití que ninguna de las dos lo afrontara, Livvy. Cada vez que tu abuelo intentaba hablar conmigo de ello, hacerme comprender, yo me cerraba. Incluso hace pocos días no quise escucharle. Sabía que él tenía razón, pero no quise escucharle. Ha sido necesaria la presencia de alguien ajeno a la familia para que pudiese afrontarlo.

-Todo lo que tengo, todo lo que soy, te lo debo a ti.

-No es una deuda. -La rabia consigo misma hacía áspera la voz de Val-. Me avergüenza haber permitido que creyeras que se trata de una deuda. Me avergüenza haberme alejado de ti cuando decidiste cooperar con ese libro. Me daba cuenta de que era algo que necesitabas, pero yo me aparté, deliberadamente, y te hice sufrir por ello. Puse un obstáculo entre nosotras, y mi orgullo y mi miedo me impedían retirarlo.

-Tengo que saber por qué sucedió.

-Y yo jamás te he dejado saberlo, ni a ti ni a nadie. -Val la atrajo hacia sí y apoyó la mejilla sobre su cabeza-. Aún no sé si puedo afrontarlo todo. Pero sé que quiero. que seas feliz. No sólo que estés a salvo; estar a salvo no es suficiente para seguir viviendo.

Más calmada, Val se apartó y se enjugó las lágrimas. -Es mejor que ese joven se quede aquí. -No quiero que te sientas molesta.

Val dio lo que creía que era el siguiente paso y sonrió.

-Prefiero que se quede aquí para vigilarle y ver si es suficientemente bueno para ti. Si decido que no lo es, me ocuparé de que tu abuelo le enderece.

Olivia se llevó la mano de Val a la mejilla.

-Noah dice que puede conquistarte en menos de una hora.

-Bueno, ya lo veremos. -Se puso de pie y cogió un pañuelo de papel para sonarse-. Es

necesario algo más que un rostro agradable para conquistarme. Me formaré una opinión fundada cuando me parezca oportuno. -Se sentía un poco mareada por la emoción-. Supongo que será mejor que suba a ver si la habitación de invitados está en orden.

-Yo lo haré. Y de paso subiré mi mochila. -La cogió-. No tardaré mucho.

-Tarda lo que quieras. Así tendré oportunidad de interrogar a tu joven amigo. Nunca has traído a ninguno a casa para que yo le conozca.

-Es escurridizo.

-Y yo soy rápida.

-Abuela, te quiero mucho.

-Sí, lo sé. Bien, ahora vete. Necesito ponerme presentable. Hablaremos luego, Liv -murmuró cuando su nieta empezaba a subir por la escalera-. Hace mucho tiempo que no hablamos.

Olivia fue a su habitación con paso ligero. Estaba enamorada y no le hacía daño. La distancia que se había creado entre ella y su abuela en los últimos meses se estaba acortando. Todo parecía aclararse. El futuro era un espacio amplio y maravilloso que rebosaba de posibilidades. Abrió apresurada la puerta de su habitación y la alegría que empezaba a embargar su alma desapareció.

Sobre la almohada de su cama, bañada por un rayo de sol, había una sola rosa blanca.

30

Olivia no podía respirar. Mentalmente oía repicar frenéticas campanas que enviaban su vibración desde el cráneo hasta las piernas, hasta que cayó de bruces y empezó a jadear.

Sintió un impulso incontenible de alejarse y esconderse.

En el armario, en la oscuridad.

Luchó contra ello y contra las punzadas de pánico que sentía en el pecho. Se llevó la mano a la blusa y se quedó mirándola fijamente, sorprendida de que no estuviese manchada de sangre.

El monstruo estaba allí.

En la casa. Había estado en la casa. Con esta idea fija, se puso en pie y, tambaleándose, se desplomó en la cama a unos centímetros del tallo de aquella perfecta rosa blanca.

. Se apartó con brusquedad como si la flor fuera una serpiente a punto de atacar. Retrocedió con los ojos abiertos como platos y un grito a punto de brotar de su garganta.

En la casa, pensó de nuevo. Había entrado en la casa. Y su abuela estaba en la cocina. Las manos le temblaban pero desenvainó-el cuchillo que llevaba colgado al cinturón. Luego se acercó sigilosamente a la puerta.

Ya no era una niña indefensa, y estaba dispuesta a proteger lo que amaba.

Él ya no estaría en la casa, trató de razonar para tranquilizarse, pero el miedo no remitió.

Salió al pasillo, con la espalda pegada a la pared. Aguzó el oído para oír cualquier ruido y la empuñadura del cuchillo le quemaba en la mano.

Fue de una habitación a otra, silenciosamente, con el mismo sigilo con que iría tras un venado. En cada una buscaba una señal, un aroma, un cambio en el aire. Las rodillas le temblaban cuando traspuso la puerta del desván. ¿Se escondería allí, donde estaban encerrados los recuerdos? ¿Sabría que todo lo precioso que había pertenecido a su madre estaba guardado allá arriba?

Olivia se imaginaba a sí misma subiendo aquella estrecha escalera, oyendo el débil crujido de la madera bajo su peso, viéndole allí de pie con el baúl abierto, y el perfume de

su madre luchando por volver a la vida en aquel ambiente rancio.

Con las tijeras ensangrentadas en la mano y los ojos desquiciados del monstruo mirando desde el rostro de su padre.

Casi deseaba que fuera así cuando con mano temblorosa fue a abrir la puerta., Le clavaría el cuchillo como él había clavado las tijeras en su madre. Y así terminaría todo.

Pero su mano se quedó inerte en el pomo, y la frente, apretada contra la puerta. Por primera vez en dos décadas, deseaba llorar desesperadamente y no podía.

Al oír que un coche subía por el sendero, fue con piernas débiles hacia una ventana. El miedo inicial al no reconocer el coche se convirtió en alivio cuando vio bajar a Noah. Se agarró al alféizar mientras examinaba los árboles y las sombras alargadas.

¿Estaba el monstruo allí fuera? ¿Estaba al acecho?

Giró en redondo, ansiosa por bajar corriendo, por dejar que el terror se consumiera a sí mismo.

Y pensó en su abuela. No, no podía asustarla de ese modo. Se ocuparía de todo ella misma. Enfundó el cuchillo en su funda, pero no la cerró.

Se apoyó de nuevo contra la pared, respirando lenta y regularmente y, cuando oyó que Noah subía por la escalera, volvió al pasillo.

-Empiezo a gustarle --dijo él, ajeno a todo-. Me ha preguntado si me gustan las costillas de cerdo a la parrilla.

-Te echaré una mano -repuso Olivia, y alargó el brazo para cogerle el ordenador portátil-. La habitación de invitados está aquí. Tiene su propio cuarto de baño.

-Gracias. -La siguió dentro, y echó una mirada alrededor mientras dejaba las bolsas sobre la cama-. Esto es mucho más atractivo que una tienda de campaña en un camping. Y adivina quién está aquí.

-¿Aquí?

Noah la miró con los ojos entrecerrados y preguntó: -¿Qué ocurre, Liv?

Ella meneó la cabeza y se sentó en la cama. Necesitaba un minuto para reponerse.

-¿Quién?

-Mis padres. -Noah la miró con atención, se sentó a su lado y le cogió una mano sudada y fría.

-¿Frank? ¿Frank está aquí?

-En el albergue -dijo Noah-. Reservaron una habitación hace tiempo. Y ahora dime qué te pasa.

-¿Frank está aquí? -Apoyó la cabeza débilmente sobre el hombro de Noah-. Le pedí que viniera. Cuando estaba en Los Ángeles fui a su casa y le pregunté si podría venir. Y ha venido. -Tú le importas mucho. Siempre le has importado.

-Lo sé. Es como un círculo infinito. Damos vueltas y más vueltas; no podemos parar, no podemos parar hasta que todo haya terminado. Él ha estado en la casa, Noah. -¿Quién?

Olivia se irguió y, aunque aún tenía las mejillas pálidas, sus ojos reflejaban serenidad-. Mi padre. Ha estado en la casa. -¿Cómo lo sabes?

-Hay una rosa blanca en mi cama. Quiere que sepa que ha venido.

El único cambio en él fue la dureza que asomó a sus ojos. -Quédate aquí.

-He ido a mirar. -Le apretó la mano-. Ya he mirado en toda la casa, excepto en el desván. No he podido entrar allí porque...

-Menos mal que no lo has hecho. -Sólo de pensarlo, se le revolvió el estómago-. Quédate aquí o baja con tu abuela.

-No lo entiendes. No he podido entrar porque quería que él estuviera allí. Y lo quería porque deseaba entrar y matarle. Matar a mi padre. Dios mío, lo he visualizado, el modo en que le clavaría el cuchillo, en que la sangre correría por mis manos. Lo deseaba. Lo deseaba. ¿En qué me convierte esto?

-En un ser humano -espetó él.

Ella dio un respingo y se estremeció.

-No. Me convierte en lo que él es.

-¿Has entrado, Olivia?

-No, he cerrado la puerta por fuera.

-Cierra ésta por dentro y espérame aquí. -No vayas.

-Él no está aquí. -Se puso de pie-. Pero te sentirás mejor si nos aseguramos. Cierra la puerta con llave -repitió- y espera.

A su pesar, Olivia lo hizo. Y se escondió, como se había escondido antes. Cuando Noah regresó, le abrió la puerta.

-Allí no hay nadie. No he visto ninguna señal de que haya estado alguien. Tenemos que decírselo a tus abuelos. -La abuela se asustará.

-Tiene que saberlo. Ve a ver si encuentras a tu abuelo. Llama al albergue. Yo llamaré a mis padres. -Le rozó la mejilla con los dedos-. Te sentirás mejor si tienes a tu policía particular.

-Sí. Noah -le puso una mano en el brazo-, cuando te vi salir del coche hace un momento, supe que podía apoyarme en ti. Me alegro por ello.

-Liv, si te dijera que cuidaré de ti te molestaría, ¿verdad? Ella sonrió y se sentó en la cama.

-Sí. Ahora no, porque estoy temblando; pero después sí.

-Bueno, ya que estás temblando, me arriesgaré: voy a cuidar de ti. -Le cogió la cara entre las manos y la besó-. Créelo. Ahora, ve a buscar a tu abuelo.

Se había arriesgado; era un riesgo absurdo y gratificante. Qué fácil habría sido que le pillaran.

¿Y después qué?

No estaba preparado para afrontar eso aún. Todavía no. Sentado en su habitación, se llevó un vaso de bourbon a los labios con mano aún temblorosa.

Pero no temblaba de miedo, sino de excitación, de vida.

Durante veinte años, no había tenido oportunidad más que de seguir las reglas, de hacer lo que se esperaba de él. Jamás habría imaginado lo que era verse libre de ello.

Era aterrador. Era liberador.

Ella sabría lo que significaba la rosa. No habría olvidado el simbolismo: Papá está en casa.

Volvió a beber un sorbo de bourbon y sintió el poder después de tantos años de carecer de él.

Habían estado a punto de atraparlo. Qué increíblemente oportuno había sido. Apenas había salido de la casa por la puerta trasera -era maravilloso que la gente confiara en la providencia y dejara la puerta sin cerrar con llave- cuando les había visto salir de entre los árboles.

Livvy, la pequeña Livvy, y el hijo del policía. Era una ironía. Los caprichos del destino habían hecho que la hija de la mujer a la que amaba se relacionara con el hijo del policía que había investigado el asesinato.

Julie, su hermosa Julie.

Pensó que sería suficiente para asustar a Livvy, para hacerle recordar aquella sangrienta noche de tantos años atrás, recordar lo que había visto y de lo que había huido.

¿Cómo podía saber él que, después de tantos años, la miraría y vería a Julie? Julie, con aquel cuerpo alto y esbelto, restregándose contra otro hombre. ¿Cómo iba a saber que recordaría, en una especie de frenesí de pesadilla, lo que era destruir aquello que amaba, y necesitar desesperadamente hacerlo de nuevo?

Y cuando estuviera hecho... -cogió el cuchillo y lo examinó bajo la lámpara-. Todo habría terminado. El círculo por fin se cerraría.

No quedaría nada de la mujer que le había abandonado.

-Tendrán que tomar precauciones. -Frank estaba sentado en la sala de estar de los MacBride. De nuevo en el trabajo, pensó, para terminar una tarea que siempre consideró inacabada.

-¿Durante cuánto tiempo? -preguntó Olivia. Su abuela era quien más le preocupaba. Pero Val conservaba la compostura sentada, erguida, con los ojos alerta y la boca apretada.

-Todo el tiempo que sea necesario. Evitarás ir sola a ninguna parte y estarás en grupo siempre que te sea posible. Y empieza a cerrar las puertas con llave.

Olivia asintió.

-En realidad no podemos hacer nada, ¿verdad? -preguntó.

Frank recordó la niña pequeña que se había escondido en el armario y el modo en que le tendió los brazos al verle. Ahora era una mujer y esta vez no podía cogerla en brazos y llevarla a un lugar seguro.

-Seré franco, Livvy. Hasta ahora no ha hecho nada por lo que podamos perseguirle.

-Seguir a Olivia -espetó Noah-. Invadir una propiedad privada.

-Primero tienes que demostrarlo. -Frank alzó una mano-. Si lo conseguimos, la policía tal vez pueda buscarle problemas, pero poca cosa más. Sólo tenemos una llamada telefónica sin ninguna amenaza específica, un regalo y una flor dejada dentro de una casa que no estaba cerrada con llave. Podría argumentar que sólo quería ponerse en contacto con la hija a la que no ve desde hace veinte años. No hay ninguna ley que lo prohíba.

-Es un asesino. -Rob dejó de pasearse y puso una mano en el hombro de Olivia.

-Que ha cumplido su condena. Y la realidad es... -Frank examinó los rostros de los presentes- que tal vez lo único que quiera sea establecer contacto.

-Entonces, ¿por qué no me telefonea?

Frank miró a Olivia. Estaba un poco pálida, pero resistía bien. Por debajo de su compostura, imaginaba que tenía los nervios de punta.

-No puedo meterme en su cabeza. Jamás he podido. Tal vez por eso nunca conseguí dejar de pensar en el caso. -Eres todo lo que queda de Julie, pensó Frank. Lo único que él ha dejado de ella. Y eres lo que ayudó a meterle en la cárcel. Y ella lo sabía, Frank lo veía en el brillo de sus ojos-. Lo que podemos hacer es pedir a la policía local que haga algunas comprobaciones -sugirió-. Que haga lo que pueda para averiguar si Tanner anda por la zona.

Olivia volvió a asentir, con las manos en el regazo. -¿Y si es así?

-Hablarán con él. -Y yo también, pensó Frank-. Si se pone en contacto contigo, házmelo saber enseguida. Tal vez podamos seguirle los pasos. -Vaciló y se puso en pie-. Recuerda una cosa, Livvy: él está en tu terreno, y está solo; tú no.

Esto la animó, que era lo que pretendía Frank. También se puso en pie.

-Me alegro de que estén aquí. -Sonrió a Celia-. Los dos. -Nos gustaría que se quedaran. - Val puso una mano en el brazo de Celia, con una súplica en los ojos, de mujer a mujer. -Entonces le echaré una mano. Aún no he tenido oportunidad de decirle cuánto me gusta su casa. Mientras se alejaban, Celia pasándole un brazo por los hombros a Val, Olivia se preguntó quién conducía a quién.

-Ni siquiera les he ofrecido algo de beber. -Rob se esforzó por hacer el papel de anfitrión-. ¿Qué quieren tomar?"

Café, iba a decir Frank. Siempre tomaba café cuando trabajaba. Pero Olivia se acercó a Rob y le cogió del brazo.

-Tenemos un Fumé Blanc estupendo. A Noah le gusta el buen vino. ¿Por qué no se ponen cómodos mientras abrimos una botella?

-Eso estaría bien. Y no me importaría estirar un poco las piernas antes. Noah, ¿por qué no vamos a dar un paseo?

Su hijo fue a objetar algo, pues no quería perder de vista a Olivia, pero había sido más una orden que una petición y sabía que había alguna razón para ello.

-Claro. Echaremos un vistazo al jardín del señor MacBride, para que puedas lamentarte del tuyo. -Se volvió hacia Olivia y le dio un breve beso en la boca-. Volveré pronto. Cuando salían del porche, Frank escrutó a Noah. -Deduzco que entre tú y Livvy hay algo más que el libro. -Estoy enamorada de ella. Vamos a casarnos. Frank se detuvo, respiró hondo y dijo: -La próxima vez, hijo, recuerda mi edad y dime que antes me sientes. Noah estaba iracundo.

-¿Tienes alguna objeción?

-No, nada, pero... -con calma, Frank examinó el rostro de su hijo- da la impresión de que tú sí la tienes. -Yo soy el causante de esto.

-Te equivocas --dijo Frank, y se alejó de la casa para estar seguro de que sus voces no se oían por alguna ventana abierta-. Si Tanner quería llegar hasta ella, habría encontrado la manera. Tú no le trajiste aquí, Noah.

-Maldito libro.

-Quizá él lo considera una herramienta, quizá sólo busca volver a ser el centro de la atención. -Frank meneó la cabeza-. O tal vez al principio quería contar su historia, como te dije. Nunca he conseguido entenderle. Te diré una cosa: si no mantienes la cabeza despejada, tú tampoco lo entenderás. Y no ayudarás a Livvy.

-Tengo la cabeza despejada. -Y su cólera estaba fría-. Lo suficiente para saber que si le encuentro antes que la policía, haré algo más que hablar. Está aterrorizando a Livvy, y metió a mamá en este asunto. Me ha utilizado.

Rodeó el jardín con grandes pasos.

-Maldita sea, estuve sentado con él. Le miré a los ojos. Le escuché. Se supone que sé cuándo me embaucan. Y había empezado a creer que era inocente.

-En cierto momento a mí también me ocurrió. ¿Por qué lo pensaste?

Noah se metió las manos en los bolsillos y fijó la mirada en los árboles.

-Él la amaba. Por muy colocado que estuviera, amaba a Julie. Aún la ama. Se le nota cuando habla de ella. Lo era todo para él. Cuando tienes eso dentro de ti, ¿cómo puedes matar el objeto de tu amor? -Meneó la cabeza antes de que Frank pudiera hablar-. Y es estúpido porque sucede todo el tiempo. Drogas, alcohol, obsesión, celos. Pero una parte de mí le creyó, quería creerlo.

-Tú quieres a Olivia y él es su padre... Por cierto, Noah, encontraron a Caryn.
-¿Qué? -Por un instante ese nombre no le significó nada-. Ahora no importa.
-Tal vez sí. Apareció en Nueva York, liada con un fotógrafo al que conoció en una fiesta. Un fotógrafo rico.
-Me alegro por ella. Espero que se quede allí. Supongo que un continente será suficiente para mantenernos alejados. -Entonces pensó en Mike-. ¿La han detenido?
-La interrogaron y lo negó todo. Me dijeron que se puso bastante histérica al negarlo.
-Muy propio de ella.
-También tiene una coartada para la noche en que dieron la paliza a Mike: la fiesta. Docenas de personas la vieron allí. -O sea que se escapó un rato.
-No parece que fuera así. La coartada es consistente. La hora del ataque oscila en treinta minutos, entre cuando Mike fue a la casa y Dory le encontró. Durante esa media hora Caryn estuvo abrazada al fotógrafo delante de veinte testigos.
-Eso no... -No terminó la frase-. ¿Tanner? Dios mío. -Se apretó a los ojos-. Sabía dónde vivía. Para entonces ya había salido de la cárcel y sabía dónde encontrarme. Qué hijo de puta. ¿Por qué lo hizo?
-¿Le dejaste ver tu trabajo?
-No, claro que no.
-Podría ser eso. Quería echarle un vistazo. Encabezar los créditos era importante para él; probablemente aún lo es. Y tú tendrías nombres y direcciones en tus archivos. Notas, cintas.
-¿Venganza? ¿Se reduce á eso? ¿Vengarse de la gente que declaró en su contra?
-No sé, Noah, pero se está muriendo. ¿Qué tiene que perder?
No tenía nada que perder. Así que se sentó a tomar su bebida y a contemplar cómo anochecía. El dolor estaba bien guardado bajo el cojín de las drogas, y las drogas bailaban con el alcohol.
Como en los viejos tiempos.
Le entraron ganas de reír y de llorar.
El tiempo se le estaba agotando, pensó. ¿No era divertido que durante veinte años se hubiera arrastrado y ahora que era libre tuviera que correr? ¿Era libre para qué? ¿Para morir de cáncer?
Sam examinó el arma y la acarició. No, no creía que dejara que el cáncer le matara. Lo único que necesitaba era tener agallas. Sopesó la pistola, miró atentamente el cañón y luego, se lo metió en la boca.
Sería rápido. Y si había dolor, terminaría casi antes de haber empezado. Su dedo jugueteó con el gatillo. Podía hacerlo. Era otro tipo de supervivencia, ¿no? En la cárcel había aprendido todo lo que había que aprender sobre supervivencia.
Pero todavía no. Primero estaba Livvy.
Por encima de todo estaba Livvy.
Durante la comida nadie habló de ello. La conversación fue fluida e intrascendente. Después de los primeros diez minutos, Noah miró a su madre con admiración. Charlaban con Olivia sobre el centro naturalista y le preguntaba sus opiniones acerca de los más diversos temas.
Decidió que o bien Olivia tenía facilidad para actuar, como su madre había tenido, o bien se lo estaba pasando bien.
Val le pasó a Frank una fuente de patatas aderezadas con hierbas.

-Tome un poco más.

-Mañana tendré que hacer uso del gimnasio-bromeó él y se sirvió otra ración-. Es una comida fantástica, Val.

-Frank tolera mi cocina -intervino Celia.

-¿Cocina? -Frank hizo un guiño a Noah y le pasó la fuente-. ¿Cuándo empezaste a cocinar?

-Escuchen esto -dijo dándole un puñetazo cariñoso-. Todos estos años he sido esclava de la cocina para mis hombres.

-¡Cuánto tofu nos ha dado! -murmuró Noah, y se ganó también un puñetazo-. Pero de lo que no cabe duda, mamá, es de que eres bonita. ¿Verdad que sí? -Le cogió la mano y se la besó.

-¿Crees que así me harás cambiar de opinión?

Él se sirvió patatas.

-Sí.

Y eso fue definitivo para Val. ¿Cómo podía no caerle bien un muchacho que quería a su madre tan claramente? Cogió una cestita del pan y se la ofreció.

-Toma otro panecillo, Noah.

-Gracias. -Esta vez, cuando le sonrió, ella le devolvió la sonrisa.

Se entretuvieron con el café. En circunstancias distintas, pensó Noah, los MacBride y los Brady habrían trabado una fácil amistad, sin complicaciones, sin sombras.

Pero las sombras se cernían de nuevo. Las vio en el modo en que Olivia miraba las ventanas, echando rápidos vistazos a la oscuridad; en el modo en que su padre examinaba la casa, la evaluación que hace un policía; y vio la tensión en el rostro de Val MacBride cuando sus padres se dispusieron a marcharse.

-Asistiré a tu conferencia de mañana en el centro naturalista. -Celia se puso una chaqueta ligera-. Y espero que quede sitio para una persona en tu excursión guiada.

-Descuida.

Celia hizo caso omiso de la mano que le tendía Olivia y le dio un fuerte abrazo.

-Hasta mañana, pues. Val, Rob, gracias por esta cena maravillosa. -Y cuando abrazó a Val, le murmuró al oído-. Sé fuerte. Estamos aquí. -Le dio una palmadita en la espalda y cogió el brazo de Noah.

-Acompaña a tu madre al coche -dijo Frank, para tener oportunidad de tranquilizar a los MacBride.

Celia respiró hondo y se preguntó qué le parecería a Frank comprar una pequeña cabaña en ese lugar. Al fin y al cabo, estaban acostumbrados a tener cerca a su polluelo. Era un buen lugar para echar raíces, pensó, aspirando el aroma de la naturaleza; un buen lugar para su hijo.

Se volvió hacia él y le cogió el rostro entre las manos.

-Eres inteligente y siempre has sido el sol de mi vida. Si dejas escapar a esa chica, te daré una azotaina. Noah alzó una ceja.

-¿Lo sabes todo?

-Acerca de ti, sí. ¿Le has pedido que se case contigo? -Más o menos. Es complicada, pero no se me escapará. Y no voy a permitir que le ocurra nada.

Siempre me he preguntado de quién te enamorarías y a quién traerías a nuestras vidas. Y siempre he pensado que quienquiera que fuera, por mucho que me irritara, me callaría y no me entrometería. Y ahora puedes dejar de sonreír de ese modo, grandullón.

-Lo siento. Me ha parecido oírte decir algo respecto a que no te entrometerías.
-Pero aun así quiero decirte lo mucho que aprecio que hayas elegido a una mujer a la que puedo admirar, respetar y querer.
-Yo no la he elegido. Me parece que me quedé sin elección en el instante en que la vi.
-Oh -exclamó Celia, y se paró, sorbiendo levemente por la nariz-. Vas a hacerme llorar. Quiero nietos, Noah. -¿Conque no te entrometerías, ¿eh?
-Cierra el pico. -Entonces le abrazó con fuerza-. Ten cuidado. Por favor, ten mucho cuidado.
-Lo tendré. Con ella y con todo. -Miró más allá de su madre, hacia las sombras-. No temas.

31

Esperó a que la casa estuviera en silencio para ir a su habitación. Llamó suavemente pero no esperó respuesta. Y en el instante en que ella se volvió de la ventana vio que no le esperaba. -¿De veras creías que te dejaría sola esta noche?

-No me parece bien dormir juntos en casa de mis abuelos. Él tardó un momento en responder.

-¿Lo dices para irritarme o porque de verdad crees que la única razón por la que estoy aquí es para acostarme contigo? Olivia se encogió de hombros y se volvió de nuevo. El viento

silbaba entre los árboles. Aquello y el sonido de las aves nocturnas eran una música que siempre la había calmado. Pero no esta noche.

Se había dado un baño caliente y tomado la infusión que tanto le gustaba a su abuelo. Sin embargo, seguía intranquila.

-No tengo ninguna objeción contra el sexo -dijo con frialdad, deseando que se marchara-. Pero estoy cansada y mis abuelos duermen al final del pasillo.

-Está bien, acuéstate. -Noah se acercó a los estantes con libros, examinó los títulos y cogió uno al azar-. Me sentaré y leeré.

Olivia cerró los ojos y permaneció de espaldas a él; luego, se recompuso y le miró.

-Tal vez debamos dejar las cosas claras antes de que vayan más lejos. El tiempo que pasamos en la montaña fue divertido, más de lo que esperaba. Me gustas, más de lo que creía. Y por eso no quiero hacerte daño.

-Sí, lo haces. -Dejó el libro y se sentó-. La cuestión es por qué.

-No quiero hacerte daño, Noah. -Parte de la emoción que experimentaba se filtró en su voz-. Fue magnífico estar juntos e hicimos el amor de un modo fantástico. Pero ahora tengo otras cosas en la mente. Y la verdad es que no quiero lo que al parecer tú quieres de mí. No estoy hecha para ello.

-Olivia, estás enamorada de mí.

-Te engañas. -Abrió las puertas de cristal y salió a la estrecha terraza.

-No es cierto.

No esperaba que él reaccionara tan deprisa, y sin duda no tan silencioso, pero ya estaba a su lado; hizo que se diera la vuelta y vio en sus ojos una ira contenida.

-¿He de obligarte a decirlo? -le espetó-. ¿Es la única manera? ¿Ni siquiera puedes ofrecerme esas palabras?

-¿Y qué si estoy enamorada de ti? ¿Y qué? -Forcejeó para soltarse-. No saldrá bien. Yo no lo permitiré. -Alzó la voz, pero se controló antes de ceder al impulso de gritar-. Quizá

si no me preocupara por ello, dejaría que sucediera.

-Eso lo explica todo. Si no me quieres, no podremos estar juntos.

-Pero eso no importaría tanto. Tengo miedo y tú te ocuparías de que no estuviera sola. Te dejaría protegerme y ocuparte de mí, al menos hasta que esto termine.

Más calmado, él le pasó los dedos por el cabello.

-Sabía que era un error decir eso. Ocuparme de ti no es tomar el control de tu vida, Liv.

-Tienes tendencia a la protección, no puedes evitarlo.

Esto le desconcertó tanto que sólo pudo quedarse mirándola fijamente.

-No es cierto.

-Oh, por el amor de Dios. -Con gesto brusco entró de nuevo en la habitación-. Quieres cuidar de todas las personas por las que sientes afecto. Escúchate a ti mismo cuando hablas de Mike. Siempre vas a rescatarle. Ni siquiera te das cuenta. Es natural en ti. Con tus padres ocurre lo mismo.

-A mis padres no los rescato.

-Los cuidas, Noah. Eres encantador, realmente encantador. Esta noche mismo, tu madre contaba que ibas a menudo a su casa y tratabas de salvarle las flores. O que ibas al centro juvenil a llevarle pizza a tu padre.

-Si no lo hiciera se moriría de hambre. Eso no es cuidarle. -Era una palabra que le incomodaba-. Son mi familia.

-No; eres tú. -Y ella podría derretirse. de amor por él sólo por eso. Era algo hermoso e infrecuente.

-Te fijas en todo -prosiguió-. Escuchas y haces que las cosas importen. Todas las cosas que quería creer de ti, cuando me decía que eras superficial o descuidado, no eran más que maneras de impedirme sentir. Porque no puedo.

-Parezco un buen partido. -Hizo ademán de acercarse a ella-. ¿Por qué tratas de apartarme?

-No procedo de la misma clase de familia que tú. Mi madre fue asesinada por mi padre. Eso es lo que tengo dentro de mí.

-¿O sea que todo el que procede de un ambiente difícil o violento es incapaz de amar?

-Esto no es un debate. Te digo las cosas tal como son. Y te repito que no quiero implicarme contigo.

-¿Cómo vas a impedirlo?

-Ya lo he hecho. -Su voz sonó fría e inexpresiva; se volvió hacia la puerta-. Hemos terminado. Te he dado todo lo que puedo darte para el libro. No es necesario que te quedes más tiempo.

Noah se dirigió hacia la puerta con el corazón partido. Más tarde, ella se diría que debería haberlo visto venir, haber reconocido el destello frío y temerario de sus ojos..

Noah le agarró la muñeca para apartarla del pomo. Cerró la puerta y corrió el pestillo.

-Si jugamos a tu manera y yo sigo con la idea de que puedes cambiar tus sentimientos con la misma facilidad con que he corrido el pestillo, entonces lo que ha ocurrido entre nosotros ha sido un asunto de trabajo, que ya ha terminado, y sexo. ¿Es así?

La retenía contra la puerta y Olivia se dio cuenta de que él la asustaba. Y junto con el miedo experimentaba una terrible excitación.

-Tal vez sí. Es mejor así, para los dos.

-Claro, dejemos que sea así de sencillo. Si sólo es sexo... -le deshizo el lazo del camisón- vamos a disfrutarlo. Ella alzó la barbilla y se obligó a mirarle a los ojos. -De acuerdo.

Noah la besó con furia. Con los dedos le hizo llegar a un brutal clímax antes de que su mente pudiera seguir el ritmo de su cuerpo. Olivia emitió un grito, de asombro, rechazo y placer, que quedó ahogado en el beso implacable de Noah.

Él le arrancó el camisón, cada vez más ardoroso.

-No importa. Sólo es sexo. -Le inundaban el dolor y la cólera y se dejó arrastrar por el deseo más instintivo.

La llevó hasta la cama con manos ásperas y se tumbó sobre ella con urgencia. No le dio tiempo ni opción. Pero le dio placer.

Ella le hincó las uñas en los hombros, pero no como protesta. Debajo de Noah, Olivia se estremecía y retorció y los sonidos que brotaban de su garganta eran los gemidos de un animal al aparearse.

No fue el agradable revolcón de antes ni tuvo la tierna meticulosidad de la seducción. Calor en lugar de calidez, lascivia no compensada con generosidad.

Ella le quitó la camisa con violencia y le arañó la espalda perlada de sudor. Con juramentos en lugar de promesas, Noah le alzó las caderas y la penetró. Ella estaba caliente y húmeda y le abrazó con apremio arqueando el cuerpo.

La piel de Olivia relucía a la luz de la lámpara de la mesilla de noche; tenía los ojos abiertos, fijos en los de él. No lo resistiría, pensaba aterrada. Nadie resistiría aquel brutal calor, aquellos embates sensoriales.

Trató de aspirar aire y pronunció su nombre.

Llegó al orgasmo, una oleada de placer y dolor, que la dejó indefensa y expuesta.

Él prosiguió, como un hombre desesperado; le latían la cabeza, el corazón y la entrepierna.

-Dilo -exigió entre jadeos-. Pronuncia las palabras. Maldita sea, Liv, dímelo.

Su rostro llenó la visión de Olivia. No había nada más.

-Te quiero. Oh, Dios mío. -Apartó la mano y la dejó caer inerte en la cama-. Noah...

Noah no se contuvo más y, cuando la última embestida desesperada le vació, se desplomó sobre ella.

La sentía temblar y notaba los latidos de su corazón contra el suyo. ¿Quién había ganado?, se preguntó y rodó sobre la cama.

-Intentaré lamentar haberte tratado de esa manera -dijo-, pero creo que no lo conseguiré.

-No serviría de nada. -Se mostró fría, cada vez más porque él se apartaba.

-No me marcharé por la mañana. No me iré hasta que hayamos resuelto esto. Tendrás que encontrar la manera de afrontarlo.

-Noah. -Se incorporó, temblando-. El fallo está en mí, no en ti.

-Vaya por Dios. -Salió de la cama y recogió sus tejanos-. Le dije a mi madre que eras complicada, pero eres mucho más que eso. Eres una batalla perpetua, Liv. Eres una zona de combate, y nunca sé si vas a sacar la bandera blanca, atacar o simplemente retirarte. Y quizá tengas razón. -Se puso los pantalones-. Quizá no valga la pena.

Era la primera vez en seis años que le hacía daño de verdad. Olivia le miró fijamente, muda de asombro. Aquellas palabras eran letales en sí mismas, pero él las había pronunciado con tan acerada finalidad, con tan gélida indiferencia que Olivia se envolvió en sus propios brazos para protegerse de un repentino frío.

-¿Tienes frío? -Recogió el camisón del suelo y se lo tiró a la cama-. Acuéstate.

-¿Crees que puedes hablarme así y después marcharte? -Sí. -Recogió su camisa.

-Eres un cabrón. -Él se limitó a alzar una ceja cuando ella bajó de la cama y se puso el

camisón-. ¿Soy una zona de combate? Bueno, ¿quién te ha pedido que te alistes?

-Supongo que puedo decir que me reclutaron por la fuerza. Cierra esas puertas vidrieras -ordenó, y se volvió para marcharse.

-No te atrevas a marcharte. Tú empezaste esto, ¿no lo entiendes? No tienes ni idea-de lo que es para mí. Entrás en mi vida cada vez que te place y se supone que yo debo seguirte.

-Tú me echas de tu vida cada vez que te place -replicó él-. Y se supone que yo debo seguirte.

-Tú quieres hablar de amor y matrimonio, de construir casas, de tener hijos, y yo no sé qué ocurrirá mañana.

-¿Eso es todo? Bueno, déjame consultar mi bola de cristal.

En situación normal, la mirada asesina que ella le lanzó le habría hecho sonreír. Ahora, simplemente la observó con leve interés mientras ella le espetaba:

-Siempre tienes una respuesta graciosa, siempre una broma. Tengo ganas de darte una bofetada.

-Adelante. Yo no pego a las chicas.

Noah sabía que esto surtiría efecto. Olivia se paró en seco y se giró en redondo con los puños cerrados, temblando de furia. Le costaba respirar y tenía las mejillas encendidas.

Bajo el muro de malhumor que él había erigido se filtraba una corriente de admiración por su fuerza de voluntad. Ella- quería pegarle, pero no le daría esa satisfacción. Por Dios, qué mujer.

-Prefiero ser civilizada -repuso.

-No es cierto. Pero probablemente eres lo bastante lista para saber que si me das un solo golpe acabaremos en la cama otra vez. Allí pierdes el control, cuando te toco, cuando estoy dentro de ti. Te olvidas de toda la protección emocional que has acumulado durante toda tu vida, y sólo estamos tú y yo.

-Tal vez tengas razón, sí. Pero no puedo pasarme la vida en la cama contigo, y la protección está ahí esperándome cuando me levanto.

-Pues deshazte de ella, Liv, y viaja con menos equipaje.

-Eres muy pagado de ti mismo. -Detestó el gusto amargo de estas palabras-. Con tu agradable y cómoda infancia en la ciudad, mamá y papá pasando contigo los fines de semana y tú y todos tus amiguitos paseando en bicicleta por el parque al salir de la escuela.

Vamos progresando, pensó Noah. Por fin Olivia estaba atravesando la coraza.

-Yo diría que no ha sido como Barrio Sésamo, pero claro, tú no sabes de qué hablo porque no veías la televisión.

-Así es, no la veía. Porque mi abuela tenía miedo de que pasaran un reportaje sobre mi madre, o que la encendiera y viera una de sus películas o una de las películas que hicieron sobre ella. No fui al colegio porque alguien podía reconocerme y habría habladurías, o un accidente o Dios sabe qué. Yo no tenía a mis padres en casa los domingos por la tarde porque uno estaba muerto y el otro en prisión.

-Y eso te impide tener una vida normal ahora, ¿verdad? Es una excusa lamentable para tener miedo a confiar en tus sentimientos.

-¿Y qué si es así? ¿Quién eres tú para juzgarme? ¿A quién has perdido tú? No sabes lo que es perder a un ser querido de forma violenta, verlo, formar parte de ello.

-Por el amor de Dios, mi padre era policía. Cada vez que se ponía el arma y se marchaba de casa, sabía que era posible que no regresara. Algunas noches, cuando llegaba tarde, me

sentaba junto a la ventana en la oscuridad a esperar a que llegara su coche. -Nunca se lo había dicho a nadie, ni siquiera a su madre--. Le he perdido de mil maneras diferentes en mil noches diferentes en mi cabeza. No me digas que no lo entiendo. Se me parte el corazón por lo que perdiste, pero, maldita sea, no me digas que no lo entiendo. -Como esto le dolía, se dio la vuelta y se dirigió hacia la puerta-. A la mierda con todo.

-Espera. -Olivia se habría precipitado para detenerle, pero le temblaban las piernas-. Por favor. He hablado sin pensar. -Tenía los ojos húmedos-. Lo siento. No te vayas. Por favor, no te vayas. Necesito aire.

Salió a la terraza y se agarró a la barandilla. Cuando le oyó seguirla, cerró los ojos. Alivio, vergüenza, amor, todo corría por sus venas.

-Es muy confuso, Noah. Siempre me he puesto objetivos y he ido recta hacia ellos. Era la única manera de poder superarlo todo. Era capaz de quitarme de la cabeza lo que ocurría durante largos períodos de tiempo y concentrarme sólo en lo que quería conseguir. No hice amigos, no me esforcé en conseguirlos. La gente no era más que una distracción. No, no. -Lo dijo con suavidad y se apartó cuando él le pasó una mano por el cabello-. Me parece que no podré decirlo si me tocas.

-Estás temblando. Vamos dentro y hablemos.

-Estoy, mejor fuera. Siempre estoy mejor fuera. -Respiró hondo-. Tuve mi primer amante dos semanas después de que fueras a verme a la universidad. Creía estar un poco enamorada de él, pero no era así. Estaba enamorada de ti. Me enamoré de ti cuando te sentaste a mi lado en la orilla del río, cerca de la presa de los castores, y me escuchaste. No fue un flechazo.

Olivia reunió coraje para mirarle.

-Sólo tenía doce años, pero me enamoré de ti. Cuando volví a verte, fue como si todo dentro de mí hubiera estado esperando. Esperándote, Noah. Cuando te marchaste, volví a encerrarme. Tenías razón al decir lo de que abro y cierro mis sentimientos. Podía hacerlo. Lo hice. Me acosté con otro sólo para demostrarlo. Fue algo frío, calculado.

-¿Creías que yo te haría daño?

-Sí. Y -me aseguré de no olvidarlo. Me aseguré de ello para que no pudieras volver a hacerlo. Incluso después de tanto tiempo, no quería creer que entendías lo que yo sentía respecto a lo que le ocurrió a mi madre, a mí, a mi familia. Pero creo que una parte de mí siempre supo que tú eras el único que realmente podía entenderlo. El libro no es sólo para ti.

-No, no lo es.

-No sé si... no estoy segura... -Se interrumpió y meneó la cabeza, frustrada-. Quería que te marcharas. Quería irritarte lo suficiente para que te fueras de aquí porque nunca nadie me ha importado como tú. Y esto me aterra.

-No volveré a hacerte daño, Liv.

-Noah, no se trata de eso. -Los ojos le relucían en la oscuridad-. Esta vez es al revés. Lo que está dentro de mí, lo que algún día podría salir...

-Basta. -Fue una orden tajante-. Tú no eres tu padre y yo no soy el mío.

-Pero tú conoces a los tuyos, Noah. -Por primera vez, alargó el brazo y le puso una mano en la mejilla-. Lo que siento por ti... me llena por completo. Todos los lugares que estaban vacíos ahora están llenos de ti.

-Por Dios, Liv. ¿No ves que a mí me ocurre lo mismo?

-Sí, lo sé. Contigo he sido más feliz de lo que imaginaba posible, más de lo que esperaba

serlo. Pero aun así, tengo miedo de las cosas que tú quieres, las cosas que tienes derecho a esperar. No sé si puedo dártelas o cuánto tardaré en poder hacerlo. Pero sé que te quiero. -Recordó las palabras que él había empleado y se las repitió-. Estoy locamente enamorada de ti. ¿Te basta con esto de momento?

Noah cogió la mano que descansaba en su mejilla y se llevó a los labios el centro de la palma.

-Me basta.

Más tarde, Noah soñó que corría por el bosque, empapado de fría humedad mezclada con el sudor del miedo y el corazón desbocado, porque no encontraba a Olivia, y su grito fue como una espada que le rajara las entrañas.

Despertó con una sacudida; estaba amaneciendo y se oía la última llamada de una lechuza desvanecerse en el aire. Y Olivia estaba acurrucada junto a él.

Iba a llover, pero no sería hasta el anochecer. Olivia percibía su aroma en el aire mientras guiaba al grupo de excursionistas hacia los árboles. Había contado quince y entre ellos se encontraba Celia, lo que le alegró.

El hecho de que estuviera allí había sido suficiente para convencer a Noah de que se quedara un rato a trabajar en su habitación.

Explicó el ciclo de la supervivencia y la tolerancia del bosque pluvial. El dar y tomar, la forma en que lo muerto alimenta a lo vivo.

Lo primero que siempre llamaba la atención era la altura de los árboles. Por la fuerza de la costumbre, Olivia dejó que su audiencia estirara el cuello, emitiera murmullos de sobrecogimiento e hiciera fotografías mientras ella hablaba de la importancia y la finalidad de la vegetación superior. La gente siempre tardaba un poco en reparar en las cosas más pequeñas.

Sus charlas nunca eran iguales. Sabía calibrar el ritmo del grupo y se adaptaba a él. Señaló los profundos surcos que identificaban la corteza del abeto Douglas, la leve coloración púrpura de las piñas de la cicuta occidental.

Cada árbol tenía un fin, aunque éste fuera morir y convertirse en terreno de cultivo de árboles, setas, líquenes; si era caer, golpeando a otros al hacerlo, dejaría un hueco en la parte superior para que las plantas anuales pudieran crecer a la luz del sol.

Siempre le divertía, cuando se internaban en el bosque y la luz se hacía más débil, más verde, que los grupos se quedaran callados, como si hubieran entrado en una iglesia.

Mientras hablaba, seguía la pauta de siempre: examinar los rostros para ver quién escuchaba, quién estaba allí simplemente porque sus padres o su cónyuge le habían arrastrado. Le gustaba en especial jugar con éstos, encontrar algo que les intrigara para que cuando salieran de nuevo a la luz se llevaran algo de su mundo con ellos.

Le llamó la atención un hombre. Alto, ancho de hombros, con la piel enrojecida que indicaba alguien no acostumbrado al sol o imprudente. Llevaba sombrero y camisa de manga larga, con unos tejanos tan nuevos que se habrían mantenido tiesos. Pese a la suave luz, se dejó las gafas de sol puestas. Olivia no le veía los ojos, pero percibía que estaban fijos en ella, que la escuchaba.

Olivia le sonrió con amabilidad. Y su mirada ya se había desviado cuando el hombre se estremeció.

En el grupo se encontraba un ávido fotógrafo aficionado que estaba agazapado junto a un grueso tronco, con la lente pegada a los hongos. Aprovechó ese interés para hablar sobre la seta que el hombre intentaba captar en fotografía. Se acercó a él y señaló un anillo de

sombreros blancos.

-A éstas se las llama Ángeles Destruidores; son raras por aquí pero son mortales.

-Qué bonitas son -comentó alguien. -Sí. La belleza a menudo es mortal.

El hombre de las gafas de sol atrajo su mirada. Se había acercado a ella y, mientras la mayoría de los demás excursionistas buscaban otras setas y charlaban, él se quedó quieto y callado, como a la espera.

-Si hacen alguna excursión sin guía o acampan en la zona, vayan con mucho cuidado -dijo Olivia-. Por muy atractiva que la naturaleza pueda ser, tiene sus propias defensas. No crean que si ven que un animal ha mordisqueado una seta o unas bayas significa que no son venenosas. Es más prudente y disfrutarán más con su experiencia en el bosque si se limitan a mirar.

Sentía una extraña tensión en el pecho, una sensación que le daba ganas de frotarse entre los senos para aliviarla. La reconoció: el primer aviso de un ataque de pánico.

Estúpida, se reprochó, respirando hondo mientras llevaba al grupo por un sinuoso sendero que rodeaba los troncos y los helechos. Allí no había nada más que el bosque que ella conocía y un grupo de turistas.

El hombre se había acercado más, lo bastante para verle el sudor que le perlaba el rostro. Olivia sintió un escalofrío.

-La fresca humedad... -¿Por qué está sudando?, se preguntó-. La fresca humedad -volvió a empezar- en el bosque pluvial de Olympic proporciona el medio perfecto para la exuberante vegetación que ven aquí. Soporta el mayor peso de materia viva por acre del mundo. Todos los helechos, musgos y líquenes que ven viven aquí epifíticamente, esto significa que viven en otra planta, ya sea en la parte superior del bosque, ya sea en los troncos de árboles vivos o en uno muerto.

La imagen del cuerpo de su madre acudió a su mente.

-Aunque muchas de las plantas que vemos aquí crecen en otros sitios, numerosas especies sólo alcanzan la verdadera perfección en esta zona. Aquí, en el lado occidental de los montes Olympic, en los valles de Ho, Quinault y Queets, se produce la mezcla ideal de saturación, temperaturas suaves y topografía adecuada para soportar un bosque pluvial templado.

La rutina de la charla la serenó. Los comentarios y las preguntas la distraían.

El graznido de un águila hizo levantar la mirada a todo el grupo, aunque el grueso dosel de vegetación tapaba el cielo, Olivia aprovechó la ocasión para iniciar una descripción de algunas de las aves y mamíferos que se encontraban en el bosque.

El hombre de las gafas de sol chocó con ella y la cogió del brazo. Ella dio un respingo y estuvo a punto de darle un empujón, pero vio que él había tropezado con una maraña de enredadera.

-Lo siento -dijo él con apenas un susurro, pero su mano siguió en el brazo de Olivia-. No quería hacerte daño.

-No me lo ha hecho. Estas enredaderas han hecho tropezar a los excursionistas durante siglos. ¿Está usted bien? Parece que tiembla un poco.

-Estoy... Eres tan... -Los dedos le temblaban en el brazo de Olivia-. Haces muy bien tu trabajo. Me alegro de haber venido. -Gracias. Deseamos que disfrute. ¿Le conozco?

-No lo creo. -Deslizó la mano por su brazo, se la pasó levemente por la espalda y la apartó-. No, no me conoces.

-Me recuerda usted a alguien. ¿Ha...?

-¡Señorita! Oh, señorita MacBride, ¿puede decirnos qué es esto?

-Claro. Disculpe un momento. -Se acercó a un trío de mujeres que rodeaban una gran lámina de líquen rojo oscuro-. Comúnmente se le llama líquen de perro. Como ven, si emplean la imaginación, las hileras crean la ilusión de que son dientes de perro... -Volvió a sentir la presión, como un torno en las costillas. Se pasó la mano por donde el hombre la había cogido. Le conocía, se dijo. Había algo... Se volvió para mirarle pero ya había desaparecido. .

El corazón le dio un vuelco y contó las cabezas. Quince. Había firmado por quince y había quince. Pero el hombre había estado allí, primero un poco alejado del grupo y después confundido con él.

Se acercó a Celia.

-¡Eres maravillosa! -le dijo ésta con una sonrisa radiante-. Quiero vivir aquí, con líquen de perro y Ángeles Destruyentes y helechos de regaliz. No puedo creer cuánto sabes.

-A veces olvido que tengo que entretener además de educar y me vuelvo demasiado técnica.

Celia paseó la mirada por el grupo.

-Me parece que todos se entretienen.

-Eso espero. ¿Se ha fijado en un hombre alto, de pelo gris, corto, y gafas de sol? Bronceado, buena complexión. Sesenta y tantos, diría yo.

-No he prestado mucha atención a la gente. ¿Has perdido a alguien?

-No, yo... No -dijo con más firmeza-. Debía de ir por su cuenta y se ha unido a nosotros un rato. No es nada. -Pero volvió a frotarse el brazo-. Nada.

Cuando llegó de nuevo al centro naturalista, Olivia se alegró de ver que varios miembros de su grupo se habían interesado lo bastante para dirigirse a la pequeña librería. Una excursión bien guiada podía generar una buena venta de libros.

-¿Te puedo invitar a almorzar? -preguntó Celia.

-Gracias, pero tengo trabajo. -Captó la mirada y suspiró-. No se preocupe. Estaré encadenada a mi escritorio un rato. Luego tengo que dar una conferencia aquí y hacer otra excursión guiada; después, otra conferencia. El único sitio donde estaré sola hasta las seis es mi despacho.

¿A qué hora es la primera conferencia? -A las tres.

-Estaré allí.

-A este ritmo, tendré que ofrecerle empleo.

Celia rió y le dio un breve apretón en el hombro.

-Es molesto, ¿verdad?, tener siempre a alguien que te vigila. -Sí. -En cuanto lo hubo dicho, lo lamentó-. Lo siento. Ha sido una grosería. No quería...

-Yo también lo detestaría -la interrumpió Celia, la sorprendió dándole un beso en la mejilla-. Nos llevaremos muy bien, Liv. Te lo prometo. Nos veremos a las tres.

Extrañamente divertida, Olivia atravesó el local para ir a la zona de máquinas expendedoras y cogió una coca-cola y una caja de pasas para fortalecerse y realizar el trabajo burocrático que le esperaba en su escritorio.

Dio un rodeo para ir a su despacho, pasando por todas las áreas. Cuando se dio cuenta de que estaba buscando al hombre bronceado, se recriminó por idiota.

Se metió la gorra en el bolsillo trasero y se dirigió a su despacho. Cuando entraba, consultó su reloj para calcular el tiempo de que disponía.

Pero a dos pasos de su escritorio se quedó paralizada. Y clavó la mirada en una rosa

blanca que se hallaba junto al secante. La lata de coca-cola se le escurrió y cayó a sus pies con un ruido sordo.

El rostro de él había cambiado. Veinte años... veinte años en la cárcel lo habían cambiado. De alguna manera ella lo sabía, pero no estaba preparada. Respirando de manera entrecortada, se frotó el brazo que él había tocado.

-Papá. Dios mío...

Qué cerca había estado. La había tocado. Le había puesto la mano encima sin que ella supiera quién era. Le había mirado a la cara y no le había conocido.

Todos aquellos años, con el cristal de seguridad entre los dos, Jamie le había dicho que Olivia jamás le reconocería.

Su hija, y ella le había ofrecido la sonrisa risa distraída de un extraño a otro.

Se sentó en un banco en la sombra y se tomó las píldoras con agua de botella. Se secó el sudor de la cara con un pañuelo.

Ella le reconocería, se prometió a sí mismo. Antes de que transcurriera otro día, ella le miraría y le reconocería. Entonces, todo habría terminado.

32

A Noah le irritó no poder ponerse en contacto con Lucas Manning. Estaba ilocalizable, fuera de la ciudad. Incomunicado. Quería una entrevista y la quería pronto.

Después estaba el propio Tanner. Hablarían de nuevo, pensó Noah; se apartó del ordenador portátil y fue hasta la ventana. Tenía mucho que decir a Sam Tanner. Quizá aquel bastardo creía que el libro sería una herramienta, incluso quizá un arma. Pero no iba a ser ninguna de esas cosas.

Cuando estuviera escrito, el libro constituiría la verdad. Y si sabía hacerlo bien, sería un punto final para Olivia. El punto final de aquella espantosa parte de su vida y el inicio de su vida juntos.

Pensó que Olivia ya habría terminado su excursión guiada, y a él le iría bien un descanso. Iría a verla. Quizá a ella le molestaría, o le acusaría de vigilarla.

Bueno, tendría que acostumbrarse a ello. Él tenía intención de pasar los siguientes sesenta años, más o menos, asegurándose de que ella era feliz y se encontraba a salvo.

Apagó el ordenador y bajó al piso de abajo; la casa estaba vacía. Los MacBride estaban en el albergue, e imaginó que su madre les habría convencido de comer con ellos. Bendita fuese su madre.

Antes de salir comprobó que todas las puertas estuvieran cerradas. Y, como hijo de policía, meneó la cabeza en señal de desaprobación al ver las cerraduras. Cualquiera que quisiera entrar podría forzarlas sin dificultad.

Él lo había aprendido a las malas.

Siguiendo un impulso, se desvió hacia el jardín y, lanzando una mirada culpable por encima del hombro, cortó unas flores para Olivia. Le harían sonreír, pensó, aunque fingiera no darse cuenta de que eran del jardín de su abuelo.

Se irguió al oír un coche y reparó en que no. se había acordado de llevar su cuchillo. El vacilante sol se reflejó en el cromo y cristal del vehículo y, luego, Noah reconoció a Jamie Melbourne al volante.

Cuando se hubo acercado al coche, ella había abierto la puerta y bajado.

-¿Están todos bien? ¿Todo va bien?

-Todo el mundo está bien.

-Oh, gracias a Dios. -Se apoyó débilmente contra el coche. y se mesó el pelo.
Noah observó que no iba tan arreglada como de costumbre. Su maquillaje estaba corrido, tenía ojeras y los sencillos pantalones y blusa que llevaba estaban arrugados por el viaje.
-Yo... mientras venía hacia aquí he imaginado toda clase de cosas. -Dejó caer la mano y cerró los ojos un momento-. Anoche me llamó mi madre y me dijo... me dijo que él había estado aquí, dentro de la casa.
-Eso parece. ¿Por qué no se sienta?
-No, no, he estado demasiado sentada; en el avión, en el coche. No he podido llegar antes. Ella no quería que viniera, pero tenía que hacerlo. Tenía que estar aquí.
-Nadie le ha visto, al menos que sepamos. Liv está en el centro naturalista, y sus padres están en el albergue con los míos.
-Bien. -Exhaló un largo suspiro-. No soy una mujer histérica. Me parece que cuando te has enfrentado a lo peor y has sobrevivido, eres capaz de enfrentarte a cualquier cosa. Pero anoche estuve muy cerca de perder el control. David estaba en Chicago y tardé horas en ponerme en contacto con él. Al final lo conseguí llamándole al móvil.
Como parecía que lo necesitaba, Noah le sonrió.
-La tecnología al servicio del usuario -bromeó.
-Sin duda. Anoche nada me sonó tan bien como oír la voz de David. Está de camino. Anuló el resto de reuniones. Tenemos que estar todos juntos hasta... -sus ojos se ensombrecieron¿hasta qué, Noah? .
-Hasta que esto termine -dijo, lacónico.
=Bueno, será mejor que coja mi bolsa... y me tome un buen trago.
-Yo la llevaré.
-No; gracias; es una bolsa pequeña. Dios sabe qué habré puesto en ella esta mañana, probablemente un vestido de cóctel y botas de excursión. Y, para ser sincera, me gustaría estar unos minutos a solas para serenarme.
-Acabo de cerrar con llave. -Sacó la copia que Rob le había proporcionado.
-Apuesto a que ellos no lo han hecho ni media docena de veces desde que yo nací. -Cogió la llave y la examinó-. ¿Cómo está mi madre?
-Es una mujer fuerte; quizá más de lo que ella creía.
-Espero que esté bien -murmuró Jamie cuando abrió el maletero y sacó su bolsa de viaje-. Bueno, tengo que hacer unas seis mil llamadas para terminar de arreglar mis asuntos. -Se echó la bolsa al hombro y miró las flores que Noah sostenía-. ¿Vas a ver a ta chica?
-Exacto.
-Bien. Me parece que le convienes. -Le escrutó el rostro-. Eres fuerte, ¿verdad, Noah Brady?
-Ella no tendrá que preocuparse de nada si yo estoy a su lado, nunca tendrá que preguntarse si la quiero.
-Eso está bien. -La fatiga pareció desaparecer de sus ojos-. Sé lo importante que es. Es curioso, Julie quería eso; no, más que eso... y yo lo encontré. Me alegro de que su hija también lo haya encontrado.
Noah esperó a que ella entrara en la casa, y cerrara con llave. Alerta, se adentró entre los árboles para seguir el sendero que llevaba al centro naturalista.
Tanner observaba desde las sombras, jugueteando con el arma. Y lloraba.
Olivia se había serenado. Durante diez minutos, después de ver la rosa, se quedó sentada en el suelo, temblando. Pero no había huido. Había luchado contra el pánico y había

vencido.

Se había forzado en mantener la calma y actuar. Preguntó, sin grandes alharacas, a todos los miembros del personal si habían visto a alguien entrar en su despacho. Todas las respuestas fueron negativas, y ella les daba una descripción de su padre tal como le había visto por la mañana.

Luego salió y se dirigió hacia el albergue. -¡Eh, Olivia! -oyó que la llamaban.

Su cuerpo quiso echar a correr pero se obligó a quedarse inmóvil. Se sintió aliviada cuando reconoció a Noah al otro lado del aparcamiento, aproximándose a ella.

Compórtate con normalidad, se dijo.

-Mi abuelo te arrancará el cuero cabelludo por haberle cortado sus preciosos lirios.

-No lo hará, porque sabrá que lo que me impulsó a hacerlo fue el amor.

-Eres un idiota. Gracias. -Le ofreció la sonrisa que él esperaba, pero vio tensión en ella.

-Necesitas descansar. ¿Por qué no buscas a alguien que te sustituya el resto del día?

-Tengo que hacer mi trabajo. Es importante para mí. Iba en busca de Frank. -Miró alrededor, la gente que iba y venía, entrando y saliendo del albergue, del centro y del bosque-. Sentémonos un momento.

Le condujo a un banco.

-He encontrado otra rosa blanca. Sobre mi escritorio, en mi despacho.

-Entra en el albergue. -La voz de Noah sonó fría-. Inspeccionaré fuera.

-No, espera. He preguntado al personal y nadie ha visto que alguien entrara en mi despacho. Pero dos me dijeron que observaron a alguien esta mañana, cuando yo estaba reuniendo al grupo aquí fuera. Un hombre alto, pelo corto gris, bronceado. Llevaba gafas de sol y gorra, tejanos nuevos y camisa azul de manga larga. -Apretó los labios-. Yo también me fijé en él, durante la excursión. Se coló en el grupo. Yo tenía una sensación extraña, cierta inquietud, pero no sabía a qué atribuirlo. Me habló y me tocó el brazo. No le reconocí. Ha cambiado mucho, tiene aspecto de viejo, mucho más viejo de lo que debería ser, y... duro. Pero una parte de mí lo sabía. Y cuando vi la rosa, su rostro acudió a mi mente. Era mi padre.

-¿Qué te ha dicho, Liv?

-Nada importante, sólo que hacía bien mi trabajo y que se alegraba de haber venido. Es curioso, ¿no?, han pasado veinte años y me hace un cumplido sobre mi trabajo. Estoy bien -dijo cuando Noah le pasó un brazo por los hombros-. Siempre me he preguntado qué pasaría si le veía otra vez. No se ha parecido en nada a lo que había imaginado. Noah, no tenía aspecto de monstruo. Parecía enfermo y cansado. ¿Cómo pudo hacer lo que hizo, cómo podía estar haciendo eso ahora y parecer cansado?

-Creo que ni él mismo conoce la respuesta. Quizá está atrapado, Liv, entre el pasado y el presente, y no puede parar.

Noah percibió un movimiento, y desvió la mirada, y vio a Sam Tanner salir del bosque. Se puso en pie y cogió una mano de Olivia para que se levantara también.

-Ve al albergue a buscar a mi padre y quédate allí.

Ella también le vio, justo en el momento en que él los veía y se detenía en seco en el otro extremo del aparcamiento. Se quedaron mirándose fijamente en el ventoso silencio, como se habían mirado en otro tiempo sobre aquel suelo manchado de sangre.

Luego, Tanner se volvió y se dirigió apresurado hacia los árboles.

-Ve a buscar a mi padre -repitió Noah y, con un rápido movimiento, le cogió el cuchillo que ella llevaba colgado del cinturón-. Dile lo que ha ocurrido. Y quédate allí. -Se volvió

y la cogió por los hombros-. ¿Me oyes, Liv? Quédate dentro, con mi madre. Llama a tu tía a casa. Dile que se quede allí, con las puertas cerradas con llave.

-¿Qué? ¿Tía Jamie?

-Ha llegado cuando yo me marchaba. Hazlo enseguida. Olivia salió de su confusión y observó con horror que Noah se colgaba su cuchillo al cinturón.

-No irás tras él, ¿verdad?

Él se limitó a dirigirle una mirada fría e hizo que volviera en dirección al albergue.

-Ahora vete dentro.

-¡No le encontrarás! -gritó ella cuando él se alejaba-. ¡No sabes lo que es capaz de hacer!

-Tampoco él sabe de lo que yo soy capaz. -Giró sobre los talones, con el rostro endurecido por la furia-. El amor no es suficiente. Tienes que confiar en mí. Ve a buscar a tu policía y acabemos con esto.

Sin alternativa, Olivia le observó dirigirse hacia los árboles y desaparecer.

Noah tenía que confiar en su oído para captar el susurro de la maleza. ¿A la izquierda? ¿A la derecha? Recto. A medida que se adentraba en el bosque, el falso crepúsculo verde le envolvió, de modo que tuvo que forzar la vista y el oído, esperando ver un movimiento, el leve balanceo de una rama baja, la vibración de una enredadera.

Él era más joven, más rápido, pero el bosque mismo podía confundir a presa y cazador.

Siguió adentrándose, respirando despacio y con regularidad. A medida que andaba, pisando en silencio el cojín de musgo, oyó el cercano retumbar de un trueno.

Se avecinaba tormenta.

-¡Es inútil que corra, Tanner! -gritó, empuñando el cuchillo de Olivia-. ¡Todo ha terminado! ¡Jamás logrará llegar hasta ella! ¡Nunca le pondrá la mano encima!

Su voz resonó, fría, y fue seguida por la estridente llamada de un pájaro y una ráfaga de viento entre las ramas altas.

El instinto le hizo ir en dirección a la casa, adentrarse en la densa belleza del bosque estival, pasando junto a los relucientes hongos venenosos y rodeando los delicados helechos.

La lluvia se desató, cayendo a través del dosel de vegetación al ávido suelo verde.

-¡Es su propia hija! ¿Qué bien le hará a usted? ¿De qué sirve hacerle daño ahora?

-De nada. -Sam salió de detrás de un abeto. El arma que sostenía con mano temblorosa relucía-. Nunca sirvió de nada. Jamás hubo una razón. Creí que lo sabías.

Olivia abrió las puertas del albergue y se precipitó dentro. Miró frenética a izquierda y derecha. Los huéspedes iban de un lado a otro o estaban sentados en sofás y sillas. El rumor de la conversación le zumbaba en los oídos.

No sabía dónde buscar a Frank: ¿en el comedor, en la biblioteca, en su suite, en una de las terrazas? El albergue era una colmena de habitaciones y espacios cuidadosamente arreglados donde los huéspedes podían entretenerse a su gusto.

Noah ya estaba en el bosque; ella podía tomarse tiempo.

Giró sobre los talones y se precipitó hacia el mostrador de recepción.

-Mark.

Cogió de la mano al joven recepcionista y le arrastró hacia la puerta que conducía a las habitaciones traseras.

-¿Has visto a mis abuelos?

-Hace una hora más o menos. Iban con una pareja. ¿Qué ocurre?

-Escúchame. -El pánico pugnaba por filtrarse-. Escucha con atención, es importante.

Necesito que encuentres a Frank Brady. Es un huésped. He de encontrarle lo antes posible. Dile... ¿Me escuchas?

-Sí. -Tragó saliva-. Claro. Frank Brady.

-Encuéntrale enseguida y dile que Sam Tanner se ha metido en el bosque. Por el este, por el sendero de la tierra baja. ¿Lo has entendido?

-Lado este, sendero de la tierra baja.

-Dile que Noah ha ido tras él. Díselo. Y pide a alguien del personal que telefonee a mi casa. Mi tía está allí. Que le digan que no salga y que espere a saber algo de mí. Nadie tiene que entrar en el bosque. Anúncialo. Que nadie vaya al bosque hasta que yo lo diga. Haz lo que puedas para que los huéspedes se queden en el albergue o cerca. Cueste lo que cueste.

-¿Dentro? Pero ¿por qué...?

-Haz lo que te digo -le interrumpió-. Enseguida. -Le apartó y entró apresuradamente en el despacho posterior.

Necesitaba algo, cualquier cosa, que le sirviera de arma. Frenética, revolvió los cajones del escritorio.

Vio unas tijeras y las cogió. ¿Era justicia?, se preguntó, temblorosa. ¿O sólo era el destino?

Se metió las tijeras bajo el cinturón y salió como un rayo.

La lluvia empezó a caer cuando ella cruzaba corriendo el claro y se internaba en el bosque.

Noah tenía la mente clara, separada del peligro que representaba el arma, y se concentró en Tanner. Una parte de él sabía que podía morir allí, en aquella verdosa oscuridad, pero afrontó lo que el destino le deparara.

-Es inútil, Sam. ¿Todos los años que ha pasado en la cárcel se reducen a usted y yo aquí parados bajo la lluvia?

-Tú eres un premio. No esperaba volver a verte. Tengo unas cintas para ti, para el libro.

-¿Aún pretende ser la estrella? No le ayudaré en ello. ¿Cree que le dejaré salir de aquí, que permitiré que le cause un instante más de dolor a Olivia? No la tocará.

-Ya lo he hecho. -Sam sopesó la pistola-. He estado tan cerca... Pude olerla; sólo olía a jabón. Se ha convertido en una joven muy bonita. Tiene un rostro más fuerte que Julie. No es tan guapa, pero sí más fuerte. Me miró directamente y no me reconoció. ¿Cómo iba a reconocerme? -murmuró para sí mismo-. ¿Por qué iba a reconocerme? Para ella he estado tan muerto como su madre durante veinte años.

-¿Por eso ha preparado todo esto? ¿Para venir a verla? Me propuso lo del libro para que yo desenterrara viejos recuerdos, para que ella volviese a pensar en usted, para que cuando usted saliera pudiera empezar con ella.

-Quería que me recordara, maldita sea. Soy su padre. Quería que me recordara. -Alzó la mano otra vez y tamborileó con los dedos en la sien, donde el dolor empezaba a martillearle-. Tengo derecho. Al menos, derecho a eso.

-Usted perdió todos sus derechos sobre ella. -Noah se acercó un poco-. Ya no forma parte de su vida.

-Tal vez no, pero ella es parte de mí. He esperado muchos años para decírselo.

-Y para aterrorizarla. Ella sabe lo que es usted, vio lo que hizo. Ella era una niña pequeña, inocente, ¿no fue suficiente arrebatarse esa inocencia? Le envió la caja de

música para recordarle que no había terminado. Y las llamadas telefónicas, las rosas blancas.

-Rosas. -Una sonrisa melancólica asomó a sus labios-. Solía ponerle una rosa blanca en su almohada. Mi princesita... -Se llevó la mano a la cabeza otra vez, echándola atrás-. Ya no hacen medicamentos como antes. Que yo recuerde, nunca sentías dolor. -Parpadeó y entrecerró los ojos bruscamente-. ¿Caja de música? -Señaló con el arma; fue un gesto distraído que inquietó a Noah-. ¿Qué caja de música?

-El hada azul. La que usted rompió la noche que pegó a su esposa en la habitación de Olivia.

-No lo recuerdo. Estaba atiborrado de coca. -De pronto se le aclararon los ojos-. El hada azul. La arrojé al suelo. Lo recuerdo. Ella lloró y yo le dije que le compraría otra, pero jamás lo hice.

-Hace unos días se la envió.

-¿Qué dice? Ni siquiera recordaba la existencia de esa caja de música... No debería haberla hecho llorar. Era una niña buena. Me quería.

Pese a la fría rabia, la compasión empezó a asomar en Noah. -Está enfermo y cansado. Deje la pistola y le acompañaré. -¿Para qué? ¿Más médicos? ¿Más medicamentos? Ya estoy

muerto, Brady. Hace años que lo estoy. Sólo quería volver a verla por última vez, y que ella me viera. Ella es todo lo que me queda. -Deje la pistola, Tanner.

Con cara de asombro, Sam bajó la mirada al arma que empuñaba. Entonces se echó a reír.

-¿Crees que pensaba utilizarla contra ti? Es para mí, pero no he tenido agallas de apretar el gatillo. Me han faltado agallas toda mi puta vida. ¿Y sabes qué, Brady?, ¿sabes qué pensé cuando tenía el cañón en la boca?, ¿cuando tenía el dedo en el gatillo y no pude apretarlo? -Su voz se hizo segura y clara-. Yo no maté a Julie. No tenía agallas para eso.

-Cálmese y hablemos de ello. -Noah avanzó con cautela, alargando el brazo para cogerle la pistola, pero en ese momento se oyó un crujido entre los arbustos y un movimiento agitado.

Sintió un dolor lacerante en el hombro cuando se volvió y oyó un grito que no era suyo. David Melbourne, con el rostro contraído, embistió con fuerza contra Sam y ambos cayeron al suelo.

Noah rodó a un lado y, violentamente, sufriendo un terrible dolor en el hombro herido, consiguió sujetar la muñeca de David, que se disponía a clavarle el afilado cuchillo de Olivia. Noah hizo una mueca de horror al ver que las manos ensangrentadas empezaban a resbalarle.

El cuchillo se clavó en el suelo, a milímetros de su cara. Noah dio un empujón a David y rodó para coger la pistola caída en el suelo.

Pero David huyó a toda prisa entre los árboles.

Jadeando y con la mejilla sangrando, Sam se acercó a rastras. Tenía los ojos vidriosos a causa del dolor.

-Debería haberlo sabido -dijo-, porque nunca pensé en él. Pensé en otra docena de hombres. Ella nunca los habría mirado, pero pensé en ellos. En él, jamás. -Mientras hablaba, ató con

dificultad su pañuelo en el hombro de Noah-. Debería haber esperado a que yo muriese en lugar de intentar matarme.

Noah hizo una mueca de dolor y agarró a Sam por la camisa. -No es a usted a quien

quiere, sino a Olivia. El miedo asomó a los ojos de Tanner. -No, Livvy no... Tengo que impedirlo.

No había tiempo para discutir.

-Se está adentrando en el bosque, pero es posible que lo rodee en dirección a la casa. - Noah vaciló un instante-. Tenga. -Le entregó el cuchillo de Olivia-. Ahora le buscan a usted. Si mi padre le encuentra con una pistola...

-¿Frank está aquí?

-Sí. Melbourne no se saldrá con la suya. Diríjase hacia la casa. Yo haré lo que pueda para seguirle el rastro.

-No permitas que haga daño a Livvy.

Noah comprobó que la pistola estaba cargada y echó a correr.

Olivia quería precipitarse entre los árboles, correr a ciegas por las sombras, llamar a gritos a Noah.

Por aquella zona del bosque había pasado mucha gente que había dejado huellas en todas direcciones, pero la tierra se estaba empapando del agua de la lluvia y perdería incluso aquellas huellas si no se decidía pronto. Recordó que él había entrado en el bosque corriendo y calculó la longitud de los pasos.

Noah tenía largas piernas. Y su padre también.

Se encaminó hacia el sur.

Se oía el murmullo de la lluvia al filtrarse por la maraña de enredaderas y vegetación superior. El aire, denso, olía a podredumbre. Pequeñas criaturas se escabullían produciendo crujidos en los arbustos. Y mientras el viento enfriaba las copas de los árboles, una fina niebla rozaba el suelo y hacía humear las botas de Olivia.

Ahora se movía más deprisa, tratando de vencer el miedo. Cada sombra era un terror; cada forma, una amenaza. Los helechos, resbaladizos por la lluvia, le arañaban las piernas a su paso.

Perdió el rastro y retrocedió. Habría llorado de frustración. Un gemido de pánico empezó a formarse en el pecho. Se concentró en el suelo del bosque, buscando una señal. Y contuvo el aliento con alivio cuando volvió a ver las huellas.

Tenía los nervios a flor de piel mientras seguía el rastro del hombre al que amaba y del hombre que le había destrozado la vida.

Cuando oyó el grito, el miedo le atenazó el corazón. Olvidó toda lógica, olvidó toda precaución y echó a correr como si la vida le fuera en ello.

Resbaló y cayó al suelo. Los árboles caídos la obligaban a saltar y tropezar. Las setas, viscosas por la lluvia, estallaban bajo sus botas. Volvió a caerse, arrancando musgo con las manos en un intento por amortiguar el golpe. Se puso en pie penosamente, jadeante, y se abrió paso a ciegas a través de las retorcidas enredaderas que se agarraban a sus brazos y piernas. Se deshizo de ellas a manotazos y continuó.

La lluvia le empapaba el cabello y la cara. Parpadeó y de pronto vio sangre en el suelo. Temblorosa, se dejó caer de rodillas, tocó la mancha con los dedos y las apartó rojas y mojadas.

-Otra vez no -rogó-. No, otra vez no. -Se meció, llorando, y se hizo un ovillo; el miedo estalló en su interior como una tormenta de hielo-. ¡Noah! -gritó, pero sólo escuchó el eco de su grito. Se puso en pie y se secó la cara; luego, volvió a gritar.

Con la idea fija de encontrarle, echó a correr.

Había perdido la orientación, pero -aún percibía el olor de su presa. Se sentía cómodo

empuñando el arma, como si siempre la hubiera tenido. Llegado el momento, la utilizaría. Ahora formaba parte de él. Todo lo que había de primitivo y ancestral en el mundo en que estaba ahora se encontraba dentro de él. La vida y la muerte y la férrea voluntad de sobrevivir.

Durante veinte años, David Melbourne había dejado que Tanner se pudriera en una celda por un crimen que no había cometido y se había limitado a interpretar el papel de esposo devoto de la hermana de la víctima, el tío indulgente de Olivia.

El crimen había estado oculto dentro de él mientras prosperaba y se enriquecía, pero cuando la celda de Sam Tanner se había abierto, el impulso de asesinar había reaparecido. La irrupción en su casa y la paliza a Mike habían sido un intento de detener el libro, pensó Noah mientras avanzaba con pasos sigilosos por el bosque, por miedo a ser descubierto, ese miedo que debía de haberle atenazado un centenar de veces durante veinte largos años. Pensó en Sam, un hombre inocente que había pagado injustamente un alto precio por algo que no había hecho.

Y ahora David perseguía a Olivia, por miedo a que ella le hubiera visto aquella noche, a que de pronto recordara algún pequeño detalle oculto en un rincón de su mente todos aquellos años. Un detalle que pudiera concordar con la versión de Sam... Sí, era lógico que actuase así un hombre capaz de asesinar a su cuñada y después vivir tranquilamente con su familia durante años. Pero la balanza podía inclinarse hacia el otro lado con la aparición de un libro que revisara en profundidad el caso, las entrevistas con Olivia sobre la noche en que su familia se había enterrado a sí misma junto con Julie podían ofrecer revelaciones sorprendentes. Eso era lo que más temía Melbourne.

Pero Olivia no podría hablar ni recordar si estaba demasiado asustada. O muerta.

Entonces la oyó gritar su nombre.

33

El monstruo había regresado. Su olor era el de la sangre; su sonido, el terror.

Olivia no tenía opción: tenía que correr, y esta vez hacia él.

La maravillosa exuberancia del bosque que siempre había sido su refugio, su santuario privado, se había convertido en una pesadilla. La encumbrada majestad de los árboles ya no era un símbolo del vigor de la naturaleza, sino una jaula viva que podía atraparla. La luminosa alfombra de musgo burbujeaba y dificultaba su andar. Olivia pasó entre helechos, sin pensar en si los destrozaba. A su alrededor se deslizaban verdes sombras que parecían susurrar su nombre. «Livvy, cariño. Deja que te cuente una historia.» Respiraba entrecortadamente debido al miedo. La sangre que manchaba sus dedos se había quedado fría como el hielo.

La lluvia seguía cayendo, empapando el suelo.

Olivia olvidó si era cazadora o presa, sólo sabía, por algún profundo instinto primitivo, que la supervivencia dependía del movimiento.

Le encontraría, o él la encontraría ella. Y entonces todo habría terminado. Pero ella no acabarla como una cobarde: ella encontraría al hombre al que amaba, y le encontraría vivo. Cerró la mano como para proteger la sangre y conservarla como si fuera esperanza.

La niebla se arremolinaba alrededor de sus botas, se hendía con sus largos pasos. Los latidos del corazón le retumbaban en las costillas, las sienes y la yema de los dedos.

Oyó un crujido en lo alto, un chasquido, y de un ágil salto consiguió evitar que le cayera encima una rama que, empujada por el agua y el viento, se desplomó.

Una pequeña muerte significa nueva vida.

Aferró las tijeras que llevaba. Sabía que sería capaz de matar para sobrevivir.

Y a través de la luz verdosa cercada por oscuras sombras, de pronto vio al monstruo tal como lo recordaba en sus pesadillas. Cubierto de sangre, la observaba.

La furia, junto con el odio y el miedo, se apoderaron de Olivia.

-¿Dónde está Noah? ¿Qué le has hecho?

Él estaba de rodillas, sujetándose el costado donde brotaba sangre. El dolor era tan grande que le llegaba a los huesos.

Livvy... -susurró él como una plegaria y una súplica al mismo tiempo-. Huye.

-He estado huyendo toda mi vida. -Se acercó, impulsada por una necesidad que había estado en ella desde su infancia-. ¿Dónde está Noah? -repitió-. Te mataré si has matado a otro de mis seres queridos.

-Yo no he sido. Ni entonces ni ahora. -Tenía la visión borrosa y le parecía que Olivia se balanceaba delante de él, alta y esbelta, con los ojos de su madre-. Él está cerca. Por el amor de Dios, huye de aquí.

Oyeron al unísono el ruido entre los arbustos. Olivia se giró en redondo y el corazón le dio un vuelco, esperanzada. Su padre estaba aterrorizado.

-Aléjate de ella -masculló Sam, y se levantó por pura fuerza de voluntad. Trató de poner a Olivia detrás de él, pero lo único que consiguió fue desplomarse contra ella.

-Deberías haber muerto en la cárcel -espetó David, con la cara empapada de lluvia y sangre-. Nada de esto habría ocurrido si hubieras muerto.

-Tío David... -La sorpresa de Olivia al verle, con los ojos desorbitados, la ropa sucia y arrugada, le hizo dar un paso al frente, con una fuerza nacida de la desesperación, Sam tiró de ella y la retuvo.

-Él mató a Julie. Escúchame, Olivia. Él es el asesino. La quería y no podía tenerla, por eso la mató., No te acerques.

-Apártate de él, Livvy. No hagas caso de lo que dice -siseó David-. Ven conmigo.

-Huye -le apremió Sam-. Huye como hiciste aquella noche y escóndete. Busca a Noah.

-Sabes que no debes escucharle. -La taimada sonrisa de David hizo estremecer a Olivia-. Tú presenciaste lo que le hizo a tu madre aquella noche. Nunca fue lo bastante bueno para Julie. Nunca. Yo siempre he estado contigo, ¿verdad, Livvy?

-Ella nunca te quiso -Sam hablaba con voz confusa, despacio, procurando no desvanecerse-. Nunca quiso a nadie más que a mí.

-¡Cierra el pico! -La parodia de una sonrisa se convirtió en una mueca. Tenía el rostro enrojecido y contraído;. Debería haber sido mía. Y lo hubiese sido si tú no te hubieras interpuesto.

-Dios mío... -Olivia miraba fijamente a David y se afianzó para sostener el peso de su padre-. Tú, fuiste tú...

-¡Debería haberme escuchado! Yo la amaba. Siempre la amé. Era tan guapa, tan perfecta... La habría tratado como a un ángel. ¿Qué hizo él por ella? La arrastró por el fango, la hizo desdichada, sólo pensaba en sí mismo.

-Tienes razón. La traté muy mal. -Sam se apoyó en Olivia y murmuró-. Huye. -Pero ella meneó la cabeza y siguió sosteniéndole-. Yo no la merecía.

-Yo se lo habría dado todo. -Las lágrimas asomaron a los ojos de David y dejó caer la mano que sostenía el cuchillo-. Conmigo jamás habría sido infeliz. Pero tuve que conformarme con la segunda opción y di a Jamie todo lo que le habría dado a Julie. Pero

¿por qué iba a resignarme cuando por fin ella iba a divorciarse de ti? Cuando por fin vio lo que eras. Entonces tenía que ser mía. Tenía que serlo.

-Aquella noche fuiste a nuestra casa, ¿verdad? -Sam tenía un costado insensible. Se enderezó, contuvo el aliento y rogó tener fuerzas para apartarse de su hija.

-¿Sabes cuánto valor necesité para ir a verla, para mostrarle todo lo que sentía por ella? Ella me hizo pasar y me sonrió. Estaba ocupada con sus recortes y tomaba una copa de vino. Tenía música puesta: su Chaikovsky favorito. Dijo que era agradable tener compañía.

-Ella confiaba en ti.

-Desnudé mi alma ante ella. Le dije que la amaba, que siempre la había amado, que la deseaba, que iba a dejar a Jamie y podríamos estar juntos. Ella me miró como si estuviera loco. Me apartó cuando intenté abrazarla. Me dijo que me marchara y que olvidáramos esa conversación. Olvidar. -Escupió la palabra con amargura.

-Ella quería a mi padre -murmuró Olivia-. Amaba a mi padre.

-¡Estaba equivocada! Yo sólo traté de hacerle ver que estaba equivocada. Sólo quería que lo entendiera. Pero de pronto me gritó que me marchara de su casa y que se lo contaría todo a Jamie, que yo era un mierda. ¡Un mierda! Que jamás volvería a verme ni a hablarme. Yo no soporté oír aquello. Se volvió de espaldas a mí, como si yo no valiese nada. Y las tijeras estaban en mi mano, y después estaban clavadas en ella. Me parece que gritó -musitó con aire ausente-. No estoy seguro. Sólo recuerdo la sangre.

Sus ojos volvieron a enfocar y se detuvieron en Olivia.

-Fue un accidente, de veras. Un terrible error. Pero no podía volver atrás. No podía cambiar las cosas.

Olivia luchó por mantener la calma. Su padre estaba sangrando mucho. Ella podía correr más que su tío y lograr que se perdiera en el bosque, pero ¿cómo iba a dejar a su padre? No podía huir y esconderse, otra vez no. Se quedaría allí para protegerle, y rogando que Noah acudiese en su ayuda.

-Me abrazabas cuando yo lloraba por ella -le recriminó a su tío.

-¡Yo también lloraba! -Ver que no le entendían lo encolerizaba. Lo mismo había ocurrido con Julie-. Si me hubiera escuchado, no habría ocurrido nada. ¿Por qué iba a pagar yo por ello? Él es quien en verdad le hizo daño, quien se merecía pagar. Yo tenía que proteger mi vida. Tenía que salir de allí. Había mucha sangre y me sentía mareado.

-¿Cómo pudiste volver a tu casa después de lo que habías hecho? -preguntó Olivia para ganar tiempo, y aguzó el oído pero sólo oyó el rumor de la lluvia-. Tía Jamie debió de ver la sangre.

-Me quité la ropa y me deshice de ella. En la caseta del jardín siempre había ropa de recambio, nadie lo sabría jamás. Volví a entrar en la casa porque pensé que tal vez todo aquello sólo fuera un mal sueño. Pero no lo era. Me pareció oírte en el piso de arriba, pero no estaba seguro.

-Me desperté con los gritos de mamá.

-Sí, lo supe más tarde. Yo tenía que volver a casa por si Jamie se despertaba. Hasta que te trajeron a casa no me pregunté si me habrías visto o habrías oído algo. Me lo he preguntado durante veinte años.

-No, no te vi.

-Las cosas habrían seguido así de no haber sido por ese maldito libro. Yo no estaba seguro. ¿Cómo podía saber que tú no me habías oído, que no te habías asomado a la

ventana y visto mi coche? Esto arruinó mi vida, ¿lo entiendes? Durante veinte años me he esforzado para que saliera bien, he hecho todo lo posible para compensar aquella única noche.

-Pero dejaste que mi padre fuera a la cárcel.

-Yo también estaba en una cárcel. -Las lágrimas le afloraron-. Yo también rezaba. Sabía que tú serías como Julie. Y que cuando tuvieras que elegir, le elegirías a él. Siempre te he querido, Livvy. Deberías haber sido nuestra. Mía y de Julie. Pero eso ahora no importa. Tengo que protegerme. Todo ha terminado.

Se abalanzó hacia ella empuñando el cuchillo en la mano.

Era como su sueño: la oscuridad, los árboles, el murmullo de la lluvia y el viento. Corrió hasta que el corazón parecía que iba a estallarle. ¿Dónde estaba Olivia? Cada susurro de las hojas le hacía volverse, cada llamada de un pájaro nocturno le confundía.

El miedo a llegar demasiado tarde, a no despertar nunca de aquella pesadilla y encontrar a Olivia acurrucada junto a él, le daba fuerzas para seguir.

Ella se encontraba en algún lugar de aquel laberinto del bosque. En algún lugar fuera de su alcance.

Se detuvo y se apoyó contra una cicuta para tomar aire. El aire era tan denso que cada inspiración que hacía era como tragar agua. El hombro le ardía, el pañuelo blanco atado sobre la herida hacía rato que se había teñido de rojo.

Se quedó inmóvil unos instantes y aguzó el oído. ¿Era aquello un murmullo de voces, o sólo la lluvia? El sonido parecía proceder de diversas direcciones, y al punto desapareció. La única brújula de que disponía era su intuición. Confiando en ella, giró hacia el oeste.

Esta vez, cuando ella gritó él estaba cerca.

Sam apartó a Olivia de un empujón y, con las pocas fuerzas que conservaba, se lanzó contra David. Cuando el cuchillo volvió a herirle, no sintió más que desesperación. Mientras se tambaleaba y caía, Olivia se puso en pie prestamente y trató de sujetarle.

Sucedió deprisa: su padre resbalándole entre las manos, el sonido de alguien que se acercaba corriendo y el repentino pinchazo del cuchillo contra la garganta.

-Suéltala. -Noah afirmó los pies en el suelo y sostuvo la pistola de la manera clásica de la policía, con ambas manos. El miedo le corría por las venas.

-Yo maté a Julie. Y también la mataré a ella si no sueltas la pistola. ¿Me oyes? Le cortaré el cuello y todo habrá terminado.

-¿Y perder tu escudo? No creo que te atrevas -dijo Noah para ganar tiempo. Oh, Dios mío, Liv, no te muevas. La miró a la cara y vio pánico en sus ojos, el hilo de sangre deslizándose por su esbelto cuello-. Apártate de ella, Melbourne.

-¡Suelta la puta pistola! -Levantó la cabeza de Olivia con la hoja del cuchillo-. Morirá, ¿me oyes? ¡Morirá si no me obedeces!

-Me matará de todos modos -gimió Olivia.

¡Cállate! -Volvió a pincharla y ella vio que las manos de Noah empezaban a bajar.

-No lo hagas -suplicó el joven-. No le hagas daño. -¡Suelta la pistola!

Olivia vio la decisión en los ojos de Noah.

-Me matará hagas lo que hagas -suplicó-. Y después te matará a ti. No dejes que se lleve a otra persona a la que amo. No le dejes salirse con la suya.

Y a continuación cogió las tijeras, las sacó de un rápido movimiento y se las clavó a David en el muslo.

Él lanzó un grito y el cuchillo se le escurrió de la mano. Olivia se revolvió y le arrancó

las tijeras. Y las sostuvo en alto cuando él se dispuso a lanzarse contra ella.

Olivia oyó el disparo, un agudo chasquido. Vio formarse una mancha de sangre en el pecho de David y el desconcierto en sus ojos cuando caía hacia ella. Pero Olivia no se apartó. Y jamás se preguntaría si había tenido tiempo de hacerlo. La afilada punta de las tijeras se hundió en el pecho de su tío.

El peso de Melbourne la derribó, pero al punto Noah la ayudó a levantarse. Sus manos, hasta entonces firmes, empezaron a temblar.

-Ya ha pasado todo -dijo él estrechándola entre los brazos-. Oh, cariño, te ha herido. -Le pasó la mano por la garganta-. Dios mío, Liv.

Olivia se apretó contra él con fuerza y sintió un leve mareo.

-Temía que te matara -dijo-. Vi la sangre en el bosque y pensé... ¡Oh, Dios mío! -Se apartó y miró a Tanner-. Papá...

Se agachó junto a él.

-Oh, no, por favor... Lo siento mucho, papá. Lo siento mucho. -Con las manos apretó la herida para cortar la hemorragia.

-No llores, Livvy. -Tanner le acarició el rostro-. Es la mejor manera de morir para mí. De todos modos, el tiempo se me acaba. Necesitaba verte otra vez. Era lo último que tenía que hacer. Tienes los ojos de tu madre. -Esbozó una leve sonrisa-. Siempre los has tenido. A ella la defraudé en muchos aspectos.

-Por favor, no te mueras, papá. -Lo rodeó con los brazos-. Noah, ayúdame.

-Si hubiera sido lo que debería haber sido -balbuceó Tanner-, lo que Julie creía que podía ser, ella aún viviría.

-Ahora no hables, papá. Tenemos que detener la hemorragia. Pronto nos encontrarán. Nos están buscando y te llevaremos al hospital. ,

-Eres lista. -Los ojos se le nublaron de nuevo, pero miró a Noah-. Es lista, ¿verdad, Brady?

-Sí que lo es. -Apretó un trozo de camisa contra la herida de Sam-. O sea que escúchala.

-Prefiero morir como un héroe. -Su breve risa terminó en una tos espasmódica-. Aún queda suficiente de mi antiguo yo para preferirlo. ¿Está muerto ese hijo de puta?

-Sí -dijo Noah.

-Me alegro. -El dolor se iba desvaneciendo-. Livvy le cogió la mano-, cuando aquella desgraciada noche me viste no iba a hacerte daño.

. -Lo sé, papá. Por favor, no me dejes ahora que acabo de recuperarte.

-Lo siento, Livvy. Quería que me vieras al menos una vez, sólo una vez, y que supieras quién soy. Al final, te he mantenido a salvo. Quizá eso compensa todos los años en que no lo hice. -La visión se le oscureció-. Escribe el libro, Brady. Cuenta la verdad.

-Así lo haré.

-Y cuida de mi niñita. Dame un beso de despedida, Livvy, mi amor...

Con un nudo de lágrimas en la garganta, ella la besó en la mejilla. Y sintió que su mano se quedaba inerte. Olivia gimió largamente.

Noah se sentó a su lado mientras ella acunaba el cuerpo de su padre y lloraba bajo la lluvia.

Olivia consiguió dormir gracias a que Noah le dio un sedante., Cuando despertó, aturdida por la pena y la conmoción, era mediodía.

Oyó el canto de los pájaros y sintió el sol en la cara. Al abrir los ojos, vio a Noah sentado junto a ella.

-¿No has dormido? -le preguntó.

Él le tenía la mano cogida.

-Sólo un poco.

-Recuerdo todo lo ocurrido, pero tengo la sensación de que está envuelto en algodón.

Déjalo así de momento.

Estaba muy atractivo, pensó Olivia, observando sus ojos de cansancio y la barba de un día.

-Me salvaste la vida, Noah.

-Forma parte del servicio. -Se inclinó para besarla-. No vuelvas a hacerlo.

-¿.Cómo tienes el hombro?

-Podría decir que no es nada, pero ¿para qué mentir? Me duele muchísimo.

Olivia se incorporó, le subió la manga de la camiseta y le besó el vendaje.

-Gracias. ¿Por qué no intentas dormir un poco más?

-No; la verdad es que quiero levantarme. -Le miró a los ojos-. Necesito andar. Vamos al bosque, Noah. Cuando estuvo vestida, él le cogió la mano. -¿Y mi familia? -preguntó ella.

-Todos duermen. Tus abuelos y tu tía estuvieron levantados hasta casi el amanecer.

Olivia asintió.

-¿Y tus padres?

-En la habitación de invitados.

-Nos necesitarán, todos ellos, pero antes necesito hacer algo.

Bajaron por la escalera trasera y salieron por la puerta de la cocina.

-Cuando nos encontraron -recordó ella-, tu padre no sabía si estar orgulloso de ti u horrorizado. -Dejó escapar un suspiro-. Creo que estaba las dos cosas.

-Él me enseñó a manejar las armas, a respetarlas. Pero esperaba que nunca tendría que utilizar una.

-Estoy confundida, Noah. Todos estos años creía que mi padre era un asesino, el peor de los asesinos. Le perdí cuando tenía cuatro años y ahora le he recuperado, de un modo que lo cambia todo, y nunca podré decírselo.

-Él lo sabía.

-Tener eso me ayudará, aferrarme a eso. -Apretó la mano de Noah-. Esta vez no huí. No le abandoné, no corrí a esconderme. Podré vivir con todo lo demás porque. esta vez no huí.

-Liv, le diste exactamente lo que él quería. Le miraste y le reconociste. Me dijo que era lo único que necesitaba.

Ella asintió.

-Toda mi vida quise a mi tío. Desplacé hacia él la figura de mi padre; le admiraba, confiaba en él. Pero no era lo que yo creía, y tampoco mi padre. Oh, Dios mío, Noah, ¿cómo superará esto tía Jamie? ¿Cómo vivirá con ello?

-Te tiene a ti y. a su familia. Lo superará.

-Espero que se quede aquí, al menos por un tiempo, para recuperarse.

-Me parece que necesita oírte decir eso precisamente.

Volvió a asentir y se apoyó lentamente en él.

-Sabes lo que la gente necesita oír, Noah. -Suspiró-. Tenía miedo de no ser capaz de volver al bosque y sentir lo que siempre he sentido. Pero puedo hacerlo. Es tan hermoso, tan vivo... Aquí no hay monstruos.

-Jamás volverá a haberlos.

-Adoro este lugar. -Le había dado cobijo, vida. Ahora tenía que elegir: quedarse con lo viejo o iniciar lo nuevo.

Soltó la mano de Noah y giró en redondo.

-Pero hay otro lugar, en la costa, con muchos árboles, un bosque magnífico, con una vista del Pacífico rompiendo contra los arrecifes. -Le miró a los ojos-. Allí es donde deberíamos construir nuestra casa.

Noah la miró fijamente mientras una mezcla de emociones le inundaba.

-¿Cuántas habitaciones?

. Cinco, como habíamos dicho.

-De acuerdo. ¿Piedra o madera?

-Las dos cosas. -Los ojos le relucieron cuando él asintió y se acercó a ella.

-¿Cuándo?

-En cuanto me pidas que me case contigo, cosa que hasta ahora no 'has hecho.

-Sabía que olvidaba algo. -Olivia rió cuando él la cogió en vilo-. Te he esperado mucho tiempo. -La besó con pasión-. No me hagas esperar más. Cásate conmigo.

-Sí. -Le acarició la cara-. Entre el bosque y las flores. Y cuanto antes. -Le sonrió y le atrajo hacia sí para besarle en la mejilla-. Te amo, Noah. Quiero empezar una vida contigo. Ahora. Los dos hemos esperado demasiado tiempo.